
EL FINAL DEL
ENGAÑO
LORENA MURIÉN

instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
instagram.com/veronicaespinosa__
Corrección: Rocío G. Yuncal
Fotografías de portada:
unsplash.com

Esta novela contiene situaciones, escenarios y diálogos que podrían herir la sensibilidad de algunas personas. Cada uno de los personajes creados y reflejados en el interior de estas páginas son de carácter ficticio. Cualquier parecido con personas y experiencias reales, es pura coincidencia.

*“No todos los finales sucumben a los movimientos del destino, ni hay huracanes capaces de terminar con todo...”*

# PRÓLOGO

*«Si tenemos un alma bastante fuerte, podemos arrancarnos el velo.»*
Donna Tartt, *El secreto*

No hay marcha atrás posible. Las nubes se niegan a admitirlo y se pegan cada vez más en un intento por evitar que el día llegue a su fin y la oscuridad rasque la tierra. Sobre el capó, la sombra de los últimos pájaros se pasea y se pierde al rozar el horizonte del coche, después no queda más que el movimiento de una vida que ya no tiene sentido, que ha perdido el color y cuya belleza se ha quedado en el cielo que se pinta como las cenizas de un fuego que empieza a renacer. Deseo que ese calor me suba por los brazos, que se cuele a través de mi piel y me queme por dentro, llevándose cada uno de los pecados que he cometido a lo largo de los últimos años, porque para mí ya no hay salvación.

A mi espalda, la carretera sigue vacía, quizá más pronto que tarde reciba a curiosos o gente que va a trabajar en horas tardías, pero evito pensar en ello, quiero disfrutar de lo poco que me quede de soledad. Es lo único que no me va a abandonar.

Respirar se vuelve difícil una vez que tus actos hablan por ti, después de destrozar vidas enteras, sonriendo ante la mirada de aquellos que confiaron en tu palabra. Lo siento, lo siento tanto que la sangre me ruje en las venas. El aire me arde en los pulmones y delante de mí se entrevé oscuridad a pesar de los colores que todavía forman el día. Nunca soñé con este final, jamás pensé que llegaría a odiarme tanto. Me veo en el espejo y ya no soy yo, el hombre que cruzó Nueva Orleans llamando a la puerta de cada vecino para saber qué podía cambiar. No reconozco la sonrisa que un día se vislumbró llena de ilusión, ¿cuándo la alegría se convirtió en dolor? ¿Cuándo cambié sueños por mi propio ego y repulsión?

Respiro, tomo aire y lo suelto de forma automática, permitiendo a mis pulmones que crean en la vida, que voy a arrancar el motor y volveré a casa. Eso no va a pasar. La pistola me observa en silencio

mientras escribo unas últimas palabras que tal vez no viajen a ninguna parte. Las lágrimas caen y se mezclan con la tinta, esto es lo poco que va a quedar de mí. El único legado que puedo dejar tras haberme metido de lleno en un círculo vicioso de traición y destrucción. La vida de los que una vez me miraron a la cara y confiaron en mí va a verse envuelta en llamas, y yo no puedo hacer nada para remediarlo. Pronto morirán, pronto sabrán que es el dolor de verdad, renacidos del Katrina y destrozados por un huracán peor.

«Creí en el cambio, soñé con darle a América un nuevo despertar. Me juré lograrlo tras un séptimo día, donde el sol es capaz de vencer a la oscuridad en mi amada Nueva Orleans, la ciudad que me vio crecer, aquí donde he construido los cimientos de un hogar gracias a todos los que han caminado a mi lado. Sin embargo, os he fallado, he fallado a cada una de esas personas, a los que han creído en mí y a quienes depositaron la confianza en un viraje a mejor. He abierto la puerta al odio, al mismísimo diablo y ya no puedo hacer nada para cambiarlo. Sed fuertes, plantadle cara a la oscuridad y dadle la mano, porque es la única opción que os va a quedar.»

La pluma se desliza sobre el papel una última vez, justo para firmar con mi nombre y permitirme un segundo de esta gozada libertad.

El fuego continúa tiñendo el cielo y le dota de una fuerza que jamás he visto en ninguna noche, con pequeñas motas de claridad. Tal vez esté despidiéndose de mí, o puede que se encuentre abriendo los brazos para que corra hacia él. En mis labios se dibuja una sonrisa que mantengo hasta que los abro para sentir el cañón de la pistola. En otro momento el arma habría temblado, pero ahora se mantiene firme como las nubes que rascan el cielo.

Veo cómo los colores cambian, qué bonita es esta estampa. Guardo la imagen en mi mente pero no pienso en nada más. No sería justo para ellos, no sería justo para nadie dedicarles el final de mi tormento. Prefiero ver cómo la noche empieza a comerse el día para dar la bienvenida a otro más con la esperanza de hacerlo un poco mejor. Solo sé que lo siento, que los quiero y que en mis últimos días hice todo lo posible para ponerlos a salvo. Yo soy la única pieza que debe caer.

Los pájaros sobrevuelan el cielo, se mezclan y revolotean en círculos formando un dibujo de líneas que dirige con elegancia su líder. Eso me hace sonreír, un último gesto antes de que el dedo acaricie el gatillo. Cuento hasta tres, pongo la espalda recta, quiero mirar al cielo y ver de cara el fuego. Y lo hago sin pensar en nada, dándome el tiempo suficiente para dejarme claro que no hay vuelta atrás. No pido perdón, ni pienso hacerlo. Llego a tres, cierro los ojos,

los aprieto con fuerza y cuando los pájaros se pierden de mi vista dando paso a la cruda oscuridad, el disparo se lleva todo mi mal.

# 1

*«La genuina belleza siempre es sobrecogedora.»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

7 de abril de 2024, domingo.

El móvil vibra y me despierta de un sobresalto. En la cabeza tengo el sonido de un disparo y la garganta se me seca, como si la muerte me hubiera atrapado otra vez entre las pesadillas que no se han marchado. El monstruo sigue ahí, tan presente que el corazón me duele al palpitar cada vez que bombea contra mi pecho y, de nuevo, siento ganas de hundirme, de que la cama me coma y me lleve directa al abismo. El techo de este hotel parece viejo, cansado, con ganas de derrumbarse sobre mí. Arrugo los dedos entre las sábanas, mi respiración se acelera y el sudor cae por mi cuello hasta acariciar la cicatriz que vive conmigo, llevándome al infierno cada vez que recuerdo el incendio, a ella, a lo que me robaron, a lo que perdí. Por más que lo haya intentado, no he podido sacarme de la cabeza la imagen de Katherine mirándome en comisaría, destilando tanto odio que estoy segura de que pensó en que ojalá hubiera muerto de verdad.

Ella no se lo merecía; tanto daño, tanto dolor, tantas mentiras.

Y yo… yo tengo claro que por eso sigo pagando el precio de estar viva cuando la mayoría de las noches le pido a las pesadillas que me lleven lejos de aquí, de una realidad que ha perdido sentido. De…

«Joder, el puto teléfono. ¿Por qué simplemente no pueden dejarme en paz?», me digo a mí misma.

—Por fin contestas. —Al descolgar la llamada, la voz de Jason suena tranquila al otro lado de la línea. Cuando soy el ejemplo de la revolución es imposible no tenerle envidia por eso—. Vístete, tenemos que irnos.

—¿A esta hora? —Al mirar el reloj veo que apenas son las tres de la mañana y eso me hace bufar—. Las prisas no son buenas —protesto en un intento de bromear para calmar mis propios nervios.

—Han encontrado un cuerpo y no tengo buenas noticias, así que mueve el culo y deja de perder el tiempo mirando el techo de tu habitación de hotel. Te espero en la recepción.

Cuelga y no me da opción a réplica, algo muy habitual en él. Siempre llevando el control, dictando órdenes e intentando convencerme de que lo que hizo estuvo bien cuando no tiene ni puta idea de nada. Tengo que estar agradecida, pero en el fondo sigue habiendo algo dentro de mí que desea rebobinar el tiempo y cambiarlo todo. Los recuerdos empiezan a formarse en mi mente y dibujan posibles escenarios alternos en los que esto no ha pasado y me vuelvo a encontrar con mis compañeros en un día más de investigación. Pero, en realidad, nada será como antes.

Desde que volvimos a Nueva Orleans, hemos estado algún rato en comisaría para habituarnos a la rutina de trabajar en conjunto, algo que al principio extrañó a muchos, sobre todo tras la vuelta fortuita por mi parte, y no solo como enlace —lo que solía ser habitual—. Yo también estaría jodida si el FBI invadiera un espacio que es mío para llevar a cabo una investigación en la que se usan los recursos del departamento, pero que no tienen el poder de dirigir. Y, aunque oficialmente yo siga formando parte de su círculo, las circunstancias han cambiado.

—Más bien que no estás muerta de verdad. —Mis palabras salen en voz alta y apenas me doy cuenta de que las he mezclado con mis pensamientos.

Mi melena me cae por encima de los hombros, desordenado y con más mechones de mi pelo natural tomando el control del rubio teñido que lleva conmigo años. Como es habitual, me miro al espejo para observar las cicatrices que van desde mi espalda hasta la parte visible del cuello tras ponerme una camiseta ajustada y la chaqueta de un traje que me devuelve ese aspecto profesional con el que me siento más yo, más agente, más Milano. Aunque al observar a mi alrededor compruebo de nuevo cómo han cambiado las cosas y que, por desgracia, nunca tendré oportunidad de volver atrás.

Quiero imaginar que esta es la misma habitación de hotel en la que jugaba a *League of Legends* y compartía muchos momentos con una mujer de armas tomar. Pero aquí ya no queda nada y sola me he encargado de reducirlo a cenizas con mentiras y esperas que ya no tienen ninguna justificación. Porque yo soy quien decidió seguir las órdenes de mis superiores, hacer como si nada y vivir una vida que ni

siquiera sé si quiero. Me permito unos segundos de silencio mientras busco las lentillas para ponérmelas y, cuando estoy lista, cojo la cartera y la tarjeta del hotel para ir al encuentro de un compañero que no parece nada satisfecho con la idea de no estar descansando.

—Parece que te haces mayor, ya no tienes tan buena cara a estas horas de la madrugada. —La burla me cuesta una mirada felina que Jason borra de inmediato al esbozar una sonrisa—. ¿Qué ha pasado?

—Clyde acaba de llamarme, han encontrado un cuerpo en mitad de la carretera interestatal 10, al parecer es un suicidio, pero no se puede dar todo por sentado.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —Mientras lanzo la pregunta, atravesamos la recepción del hotel en silencio e impidiendo que las pocas personas que nos rodean puedan formar parte de esta conversación.

—Se trata del concejal, River.

La boca se me abre al escucharle y mis pies se detienen de forma abrupta, dejándome pegada en el suelo y sin poder dar un paso más. Al girarme, veo como él se guarda las manos en los bolsillos y asiente, conocedor de los pensamientos que se me han cruzado por la mente.

El motivo exacto por el que estamos trabajando en Nueva Orleans y no en la sede del FBI.

—No tengo muchos datos, así que hay que llegar cuanto antes —aclara mi compañero, y yo afirmo sin saber bien qué más decir.

Al meterme en el coche, siento un peso extraño sobre mis hombros. Los nervios me revuelven el estómago al iniciar el camino para adentrarnos en la noche por una carretera que está sumamente tranquila. Durante minutos —que me parecen años— no nos rodea absolutamente nada. Nueva Orleans parece estar sumida en un extraño sueño poco habitual para un lugar en el que el movimiento siempre está presente, y eso me encoge el corazón, pero también me da la oportunidad de poder prepararme para lo que haya que ver.

No sé cómo voy a afrontar estar en el escenario de un crimen a pesar de haberlo querido durante tanto tiempo. Han pasado dos años desde que llegué por primera vez aquí y ahora las cosas son tan distintas que, por un segundo, la idea de no haber cogido aquel avión desde Nueva York se me antoja mucho mejor. Porque si nunca hubiera volado hasta aquí para perseguir a Ictero, no habría destrozado la vida de Katherine ni jodido a gran parte de su familia, amigos y

compañeros de trabajo. La bilis me sube por la garganta al volver a recordar aquella maldita noche y el despertar de días después lejos de ella, convirtiéndome en una completa desconocida. ¿Por qué fui tan cobarde como para no enfrentarme a todos y volver a su lado?

—Eh, aquí tierra llamando a River, ¿estás ahí? —Jason me despierta de la ensoñación y vuelvo a una realidad que no me gusta tanto como la que tenía hace un tiempo.

«Esto es una mierda», digo para mis adentros. Ojalá fuera Katherine quien condujera el coche, ojalá pudiera verla con el ceño fruncido mientras no aparta la vista de la carretera, intentando averiguar qué es lo que piensa.

—Solo estaba dándole vueltas a algo —respondo, sin irme demasiado por las ramas.

—Te decía que si has hablado con ella, no quiero que la situación se vuelva incómoda cuando empecemos a trabajar.

—Es una gran profesional, dudo que haga algo que nos comprometa, el resto del equipo no tiene idea de nada y va a mantenerse así. —La sequedad de mis palabras no sorprende a un Jason que sigue con la mirada en el asfalto, no sé cuánto tiempo más voy a poder mantener este secreto sin que salte por los aires.

—Mira, sé que te hiciste amiga de ellos, pero esto es…

—De vital importancia, créeme, lo sé, Jason, todo para el FBI es de vida o muerte. No quiero hablar más del tema, ¿vale? —asiente y lanzo un suspiro acompañando a su silencio. En este momento me gustaría estar al volante para pisar el acelerador y darme a la carretera sin pensar en nada más—. Cuando entré en la agencia por primera vez tuve muy claro que iba a sacrificar muchas cosas por la sociedad, por una carrera en la que creía con fervor; pero jamás llegué a imaginar que estaría más de un año en la sombra, haciendo creer a mi familia y amigos que estaba muerta. A estas alturas, nadie puede decir que no estoy totalmente comprometida con esta organización.

—Jamás me atrevería a pensarlo —aclara él, y parece que la ofensa le da directo en el corazón. Con una sonrisa en los labios, aparta un momento la mirada de la carretera y me coge una mano—. Estoy contigo, River. Yo no soy tu enemigo —recuerda, pero siempre que lo dice hay algo que no termino de creer.

«Nadie lo era, ¿no?», pienso, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

El camino sigue su curso y cuando llegamos a la altura del kilómetro 388 empiezo a ver varias luces parpadeantes, como luciérnagas azules que van vestidas de coche de policía y la ambulancia que ya debe estar en el lugar. Algunos agentes de tráfico han cortado el paso y dirigen a los pocos coches que circulan hacia el carril contiguo para evitar accidentes, y eso me pone los pelos de punta. Este no es un escenario habitual ni tampoco propicio, pero, al instante, me recuerdo que me he encontrado cosas peores, e inmediatamente se vienen a mi mente las imágenes del primer cadáver que vi en City Park. La garganta se me cierra y me cuesta respirar. «Ahora no», me pido y, sin más, intento desechar lo que cargo dentro de mí.

Jason no se percata de mi estado cuando aparca el coche y lo abandona, poniéndose bien la americana que siempre lleva consigo.

El ambiente está frío y noto que se tensa de inmediato, justo cuando Claudia se levanta y dirige la mirada hacia donde nos encontramos. En un pasado no muy lejano habría sido Katherine quien nos habría recibido y me odio por volver a recordar. Y también, por no poder hablar con ella para intentar que vuelva.

—Clyde me ha informado de que ibais a venir, tenemos poco tiempo antes de que esto trascienda a la prensa, así que acercaos.

Sin pensárselo más, asiente y nos lleva a Jason y a mí hacia un coche negro que se funde perfectamente con la noche. De no ser por las luces que lo rodea, cualquiera podría pensar que forma parte del propio escenario. A nuestro alrededor se escuchan los murmullos y el movimiento de los diferentes agentes que ya están tomando fotografías y explorando el escenario en búsqueda de pruebas que sirvan para esclarecer lo ocurrido.

No es hasta que estoy cerca del coche que veo la sangre esparcida por la ventana del conductor. La cabeza de la víctima está ligeramente ladeada y cae hacia el mismo lado que la trayectoria de la bala que se metió en la sien, lo sé por el agujero que veo una vez me agacho y observo todo con más claridad. Claudia me pasa unos guantes de látex y asiento agradecida por un gesto que parece seguir siendo habitual entre las dos a pesar del pasado.

—Un transeúnte dio la alerta hace poco más de treinta minutos, pero puede que lleve un par de horas muerto, Dennise lo aclarará tras hacerle la autopsia. No hemos encontrado signos de violencia ni robo, y en el asiento del copiloto había una nota que aviva la teoría de que

ha podido ser un suicidio, aunque hay algo más. Mirad. —Jason, quien se ha mantenido a mi lado y en completo silencio, afirma y camina hacia donde hay más luz.

Claudia coge la nota que está en una bolsa de pruebas y nos la muestra tras asegurarse de que ninguno de los agentes que están en el escenario nos prestan atención.

De repente, siento un cosquilleo en el estómago y deseo que Jason no encuentre nada que sea importante, aunque el gesto de su cara me dice lo contrario en cuanto se vuelve a mirarme.

—Clyde ha hecho bien en pedirnos que vengamos —comenta arrugando la frente—. Esta nota confirma que el concejal Richard Parish está implicado —añade dirigiéndose a mí.

—Trae aquí. —No sé por qué me muestro incrédula, pero necesito verlo con mis propios ojos y, cuando empiezo a leer, yo misma lo confirmo—: «Tras lo ocurrido en el 22F no he podido pegar ojo. He destrozado la vida de decenas de familias, le he fallado a Nueva Orleans y a todo el país. Creí en el cambio, soñé con darle a América un nuevo despertar. Me juré lograrlo tras un séptimo día…» —Las palabras se me atascan en la garganta y con el cansancio pesando sobre mis hombros, le entrego la prueba a Claudia—. Mierda. Necesito que Clyde haga todo lo posible porque nuestro equipo se ocupe de este caso. No quiero que otro agente del resto de unidades tenga acceso a esta información.

—¿Qué pasó el 22F?

—¿Recuerdas el accidente de metro que hubo en Indianápolis? —La expresión de ella cambia cuando parece que ha llevado a su mente el recuerdo de aquel instante—. Fue fortuito, iban a por la hija del senador.

El tiempo se paraliza mientras los tres parecemos rememorar cómo las noticias del medio día del 22 de febrero relataban un suceso que dejó más de diez muertos y una veintena de heridos. Afortunadamente, el objetivo principal del ataque no pereció, pero muchas familias perdieron a padres e hijos, también a amigos. Y aunque, como suele ser habitual en este país, a los pocos días nadie más se acordó, Jason y yo ya estábamos investigando en las sombras lo ocurrido, semanas antes de volver a Nueva Orleans para enfrentar una dolorosa realidad.

—Así que esto es lo que hablaste a tu vuelta. —Claudia se cruza

de brazos y me mira bajando la voz—. ¿Van contra ciertos políticos? Pero Parish parece que se ha…

—No podemos estar equivocados —interviene Jason cortándole —. Hay que tratar esto con absoluta discreción antes de hacer conjeturas. Pon al día a Jeremy y Anthony, nos vemos en comisaría. Y que Dennise se ocupe cuanto antes de la autopsia y de las pruebas. Como ha dicho River, nadie más puede tener esta información.

—No os preocupéis, todo está controlado. Llevad cuidado.

Asiento y me llevo las manos a la cintura para girar sobre mis pasos y echar un vistazo al horizonte, queriendo ver más allá de lo que se encuentra en la carretera.

Jason se toma unos segundos en arreglar su pelo desordenado y, poco después, nos dirigimos al coche para emprender el camino hacia comisaría. El silencio me consume hasta que escucho un silbido a mi espalda y observo a Claudia acercarse hasta mí.

—Tienes que hacer que vuelva —me pide y casi suena a súplica —. Sabes que es la mejor.

Mi compañero no dice una sola palabra e intento no mostrar cómo me siento por dentro al mirarla a los ojos.

—Haré lo que pueda —respondo, pero las dos sabemos cómo va a acabar esto.

# 2

*«Navegaba guiado únicamente por las tenues luces del impulso y la costumbre.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

7 de abril de 2024, domingo.

Las piernas me duelen por el esfuerzo y, aun así, no soy capaz de detenerme. El sudor empapa la camiseta gris que llevo puesta y ya empiezo a notar cómo el pelo se me pega en la cara y el cuello. Hace quince minutos que ha empezado a amanecer y llevo más de dos horas corriendo en un intento por alejar de mí las imágenes de la pesadilla que me ha despertado en mitad de la madrugada. Al bordear las aguas del río Misisipi a través del paseo de Woldenberg Park, las nubes adquieren un precioso color que se mezcla con los primeros rayos del sol y eso me estruja el corazón. Me paro y me agacho un poco para recuperar el aliento dejando las manos sobre mis rodillas, al cerrar los ojos vuelvo a ver la carretera que se ha presentado en sueños y cuando la oscuridad me absorbe regreso al ahora, a una realidad que me hace sentir totalmente desesperada.

La música sigue su curso en mis oídos con la banda The 1975, pero ya no soy capaz de prestarle atención porque esta se dirige a las aguas que se mueven lentamente y en calma. Me gustaría que esa paz me atravesara el corazón, ya que últimamente no he podido pegar ojo varias horas seguidas y ya estoy queriendo ceder a los hábitos que con esfuerzo he vuelto a dejar atrás durante las últimas semanas.

La sensación de bienestar dura un segundo, exactamente hasta que recuerdo de nuevo que hace cinco días ella volvió tras creerla muerta, aunque la imagen empeora con el brillo del anillo en su dedo anular. Y todavía no puedo dilucidar qué me molesta más. La gente pasa a mi lado y apenas es consciente del dolor que eso me produce; de cómo la incertidumbre se ha apoderado de mí hasta dejarme sin poder respirar por culpa del llanto porque, una vez más, he aprendido a protegerme con esa coraza de mujer invencible.

El paseo se ve tan bonito que, por un segundo, rezo para poder embriagarme de lo que me rodea; pero es imposible, ya no puedo fingir más y eso me jode tanto que me dan ganas de encerrarme en casa para no ver la luz del día jamás. Ese maldito sentimiento se apodera de mí hasta que Alexander hace su aparición en la pantalla del teléfono y brilla su nombre a la vez que la música se corta, sacándome una sonrisa que no puedo ocultar. Lo único bueno de los últimos meses es que él está de vuelta, a salvo de la guerra.

—¿Dónde estás? —pregunta con voz alegre, jamás pierde la sonrisa por mucho que lo que haya vivido lejos de este país le haya marcado para siempre.

—Estaba corriendo un rato, no he pasado buena noche —le digo y expreso mi malestar por la boca.

—Últimamente estamos igual, pero eso puede solucionarse con un buen desayuno. ¿Qué te parece si nos vemos donde siempre?

La propuesta de mi hermano me deja una sensación que quiero atrapar con las manos para mantenerla en mi pecho todo lo posible. Al menos, podemos rescatar del caos algunas cosas buenas.

—Me pego una ducha y estoy contigo —aseguro poniendo una sonrisa en los labios. A pesar de todo, él siempre lo consigue.

—Genial, hermanita, pero no tardes o me zamparé tus *beignets* favoritos.

—Serás ca…

Alexander corta la llamada antes de que pueda acabar la frase y, como acto reflejo, rompo a reír hasta que el estómago me duele. Ni siquiera sé por qué lo hago, joder, no lo sé, pero me da igual.

El ataque de risa cede en cuanto me giro y choco con la imagen del monumento al inmigrante, dedicado a los hombres y mujeres que dejaron su lugar natal en busca de libertad y una mejor vida en otro país. Sin poder moverme, me quedo mirando las caras de la familia representada en piedra y pienso en cada uno de los acontecimientos que hemos vivido mis compañeros y yo en los últimos dos años. Desde una inmensa pérdida hasta ver de cara a un monstruo de nombre Remy. Pensar en él me revuelve el estómago, pero, en realidad, lo único que hago es tapar mi dolor actual con cosas que no tienen nada que ver con la mujer que logró despertar otra vez mi corazón.

Sus imágenes se pasean por mi mente con fuerza, trayendo sus ojos grises tras esas gafas de pasta que tanto me gustaban. Luego

aparece su sonrisa, pero en los últimos días esa imagen se difumina con la de su llegada al departamento de policía; es parecida a la de antes, pero a la vez muy diferente. Pude detectarlo en cuanto la vi. En mis manos todavía siento el tacto de su ropa y parte de la piel que rocé en el proceso y, al cerrar los ojos, observo el peso del infierno puesto en su mirada. Me duele tanto haberla visto así que, por un momento, me olvido por completo de lo que pasó después.

Otra vez el anillo.

Y yo marchándome de allí sin mirar atrás.

—¿Qué coño voy a hacer? —me pregunto en voz alta.

La verdad es que no lo sé, pero necesito respuestas, aunque a la vez no quiero volver a dirigirle la palabra.

Tengo las manos en la cintura y por mi lado pasan algunas personas que se me quedan mirando, extrañados y, a la vez, no tanto. Porque en Nueva Orleans la gente carga con mucho, algunos se libran; pero la mayoría sabemos qué es el dolor de verdad, conocemos el significado de la pérdida, de las noches sin dormir. Y también, de la traición.

Pensando en ello reinicio la carrera hacia el lugar que ha sido mi hogar en los últimos meses. La casa de Nick y Bethany está vacía, así que aprovecho el momento para subir corriendo las escaleras y pegarme una ducha antes de ir al encuentro de mi hermano.

Es tan cabezota que no he podido negarme a ir a el Cafe Beignet en Decatur Street, porque según él «no puedo permitir que el recuerdo de Remy me aparte de un lugar que siempre ha sido importante para mí». Así que aquí estoy, casi treinta minutos después, con el pelo mojado y ese olor a kiwi y mango de mi sobrino pegado a la nariz.

—¡Ya era hora! —Alexander se levanta y abre los brazos exageradamente, siempre tiene que dar el espectáculo, y provoca que ponga los ojos en blanco.

—Me pones en evidencia, enano —le digo en cuanto llego hasta él para fundirme en un abrazo que me sabe a gloria.

—Deberías comprarte tu propio champú, ¿no se te estropea el pelo? —La burla que suelta le cuesta un golpe en el hombro del que se queja antes de reír, en un gesto que se me contagia enseguida.

La cafetería no está muy concurrida a pesar de la hora, y lo agradezco cuando tomamos asiento en una de las mesas que están pegadas a los grandes ventanales del local. Me encanta poder ver la

ciudad desde otra perspectiva, aunque algún día espero ocupar el lugar favorito que solíamos tener Remy y yo.

—¿Cómo lo llevas? ¿Te apetecen unos de chocolate?

—Vas a por todas —me burlo y después afirmo, esbozando una sonrisa—. Me parece bien, pediré un café *latte*, necesito despertar mis sentidos o voy a querer quedarme tirada en la cama todo el día. Estoy derrotada.

—¿Seguro que es por el cansancio? —Su pregunta llega mientras levanta la mano para llamar a uno de los camareros.

Sin decir nada, dejo el teléfono sobre la mesa y, durante el rato en el que mi hermano pide lo que vamos a tomar, me quedo en silencio acariciándome un mechón de pelo que, posteriormente, cae sobre la chupa de cuero que siempre va conmigo.

Tener cada domingo libre ha sido una rutina que empecé a apreciar hace un par de meses, y que se volvió más increíble entre los partidos de béisbol de Nick y poder enseñar a Ben a jugar; pero, ahora, noto un gran vacío que me hace sentir débil, tocada y a punto de perder los nervios.

—¿Hermanita? —Alexander vuelve a llamar mi atención poniéndome la mano frente a la cara y abro los ojos sorprendida—. ¿Vas a decirme qué te pasa?

—Como si no lo supieras, seguro que Nick y tú ya habéis tenido una de vuestras charlas.

—Eh, no puedes culparnos por preocuparnos por ti. —El semblante de mi hermano se vuelve serio y eso me hace suspirar.

—Lo siento, he sido una borde. —Me mira durante un rato en silencio, como todas esas veces que solíamos hablar por videollamada y en la que intuía de inmediato qué era lo que me pasaba. Así que cedo y pongo las manos sobre la mesa, intentando que mis emociones no tomen el control de todo mi cuerpo—. No tengo ni idea de qué hacer. Ni siquiera he procesado que ella esté viva.

—Pero tú siempre dudaste de su muerte, ¿no?

Cuando me lo recuerda, reavivo cada una de las ocasiones en las que fui a comisaría antes de dejar mi placa para insistir en que la buscaran y dieran con la verdad. Jamás pensé que llegase a tener razón.

—No es tan sencillo. —Los sentimientos se me remueven por dentro y aunque intento ocultarlo, el gesto agradecido que dibujo

cuando el camarero llega con el desayuno no tiene nada que ver con el que solía mostrar hace unos meses—. Llámalo intuición, no lo sé. Desde que aquello pasó he tenido la sensación de que algo se nos escapaba, y aunque teóricamente vi su cadáver o lo que quedó de él, sentía que… ella seguía aquí. Pero una cosa son las sensaciones y otra es verla de cara y con ese… con ese…

—Anillo de casada —sentencia mi hermano y que lo diga con tanta firmeza me choca muchísimo—. ¿Es eso lo que te molesta? ¿Que esté casada o que durante más de un año haya estado haciéndote creer que había muerto? Porque las dos cosas son graves, pero estar viva y no tener la cara de presentarse aquí…

Se encoge de hombros y con el café entre las manos sopla antes de darle un sorbo, pero sin apartar la atención de mí en ningún momento. La pregunta se pasea por mi mente chocando con las paredes de mi cerebro con fuerza, como si estuvieran a punto de abrir la puerta hacia una batalla en la que me negaba a participar. Por un segundo, pierdo la noción de la realidad observando el movimiento en las calles, pero enseguida, agacho la cabeza y suspiro, intentando coger mi taza para hundir mis labios en el café.

—Si te soy sincera, no lo sé. No sé qué me duele más, cómo ha podido hacer esto, y tampoco por qué ha tardado tanto en volver si… si… si yo estaba aquí. —Aprieto mis labios temblorosos y eso hace que Alexander extienda su mano hasta mí para acariciarme la muñeca—. Cuando la vi en comisaría, sentí que la pieza que me faltaba regresó a su lugar, me olvidé del tiempo que había pasado, de todo lo ocurrido; pero cuando me ofreció volver y vi su mano, la verdad es que sentí odio, tanto odio que no pude lidiar con ello y no estoy segura de poder hacerlo nunca.

—El que era tu mejor amigo es un asesino en serie, yo creo que no puede haber nada peor que eso —suelta él y, de repente, se da cuenta de la gran estupidez que acaba de decir—. Creo que tengo que darle un buen repaso a mi humor.

La cara de arrepentimiento que pone Alexander provoca que me eche a reír con fuerza y él levanta una ceja sin poder creerse que lo esté haciendo de verdad. La vida nos ha jodido tanto que no puedo evitar sentir cómo las lágrimas empañan mis ojos antes de encontrar la calma en la mirada de un hombre que también lleva el sufrimiento grabado en la piel.

—Eres muy imbécil —digo recuperando la respiración—. Aunque mi imbécil, pero sí, por más que te siga queriendo, igual tienes que aprender a tener un poco de tacto.

—Jamás lo dudaría de ti. —Presume vanidoso.

Sin decir nada más compartimos una sonrisa y, cuando estoy a punto de dar un bocado a uno de los *beignets*, mi teléfono vibra sobre la mesa. El nombre de Claudia aparece en la pantalla y no puedo evitar soltar un suspiro. Mi primer impulso es borrar el mensaje que ha llegado, pero la otra parte de mí no tarda en abrir la pantalla y leer por encima.

Claudia: Ha pasado algo, deberías ver las noticias.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi hermano.

—Lo de siempre —protesto, aunque la curiosidad me invade y tardo poco en abrir la página oficial del diario de Nueva Orleans.

El titular que leo me deja con la sangre helada, le acompaña una fotografía del concejal Parish y me cuesta conectar las palabras «aparente suicidio» con la imagen de él sonriendo, con su característica perilla y las gafas que siempre llevaba puestas. Todavía recuerdo una de las veces que vino a comisaría para ser más cercano al cuerpo e interesarse por la falta de recursos que teníamos. Para él, su mandato nunca fue fácil, mucho menos tratándose de un hombre de color. Pero esto, se aleja mucho del final que esperaba para un hombre como él. En silencio, sigo leyendo y Alexander se levanta un poco para curiosear sobre la noticia.

—Tiene que ser una broma —suelta y se me queda mirando como si yo fuera a tener las respuestas para esto—. Ese hombre era de las pocas cosas buenas que tenía este país. No me lo puedo creer.

—Ya, yo tampoco —digo por inercia, justo cuando entra otro mensaje.

Claudia: Esto es más complicado de lo que crees. Te necesitamos.

Mi hermano se me queda mirando al leer esas palabras y después hace un chasquido con la lengua.

—No te van a dejar en paz, ¿eh? —Odio que se tome las cosas con tanto humor, y admito que, por un momento, eso me crispa—. Creo que tienes que tomar una decisión, yo ya lo he hecho, la verdad —añade encogiéndose de hombros.

—¿A qué te refieres? —Con el enfado subiéndome por el cuerpo, bloqueo la pantalla del teléfono y lo dejo sobre la mesa. Alexander

sonríe con esa mirada pícara cargada de brillo que nunca ha vaticinado nada bueno. Así que me preparo para lo peor—. ¿Qué pasa?

Coge un dulce para pegarle un buen bocado antes de volver la atención hacia mí y soltar las siguientes palabras como si nada.

—Voy a entrar en el cuerpo de policía y estaría guay tenerte por allí.

# 3

*«Hay cosas demasiado terribles para que lleguemos a entenderlas jamás.»*
Donna Tartt, *El secreto*

MILANO

La puerta se abre y siento que se paraliza el tiempo. Mis piernas empiezan a temblar y tengo la sensación de que acabo de entrar en un laberinto lleno de pruebas que no van a salir nada bien, y lo puedo comprobar en cuanto Nick me dedica una mirada de odio que me merezco, entre muchas cosas más. Sus ojos grises y oscuros me observan con recelo, quizá esté pensando cómo acabar conmigo antes de lanzarse contra mí y no podría reprochárselo si lo hiciera, pero aun así, me mantengo aquí de pie, intentando encontrar las palabras para escupirlas de una maldita vez. Pero al final, es él quien abre la boca.

—No está aquí, y tú tampoco deberías —espeta, tampoco esperaba un «eh, estás viva, qué bien».

—Necesito hablar con ella, es importante.

—¿Y los quince meses que estuviste desaparecida no fueron suficientes? —Tocada y hundida. El dolor que veo en la mirada de Nick es casi igual al que vi en Katherine cuando llegó a comisaría, sé que sufre por su hermana y yo he sido la artífice de ese dolor—. Ya le has hecho bastante daño, puede que tengas una explicación, pero no quiero escucharla.

—Esto es… —balbuceo esas dos palabras con tantos nervios que ni yo me reconozco. ¿Dónde está la Milano que siempre tenía respuesta para todo?—. Es más complicado de lo que te piensas Nick, ¿crees que no quise volver? ¿Que no he estado pensando en ella, en todos vosotros?

—Ya, seguro. Ese anillo dice cuánto la querías. —Sus palabras van acompañadas de una sonrisa irónica que me demuestra que tengo la batalla perdida contra él, así que asiento y me giro dispuesta a irme. Pero está claro que no es lo único que tiene que decirme—. Ha estado viviendo en tu casa, ¿sabes? Ella estuvo allí, hundiéndose cada hora

de cada día hasta que también la forzaron a irse. Eso es querer de verdad a alguien y no lo que tú has hecho.

Mantengo durante unos segundos la cabeza agachada, tan arrepentida que no soy capaz de recoger las fuerzas necesarias para mirarle a los ojos y, cuando por fin lo hago, siento que no tengo nada que decir para poder arreglar esto.

—Lo siento mucho, de verdad. Jamás te harás a la idea de cuánto, pero no es a ti a quien debo una explicación. —La rabia y el dolor hacen que suelte esas palabras sin pensar y cuando veo a Nick cerrar la puerta a su espalda para venir hacia mí y encararse conmigo, un grito nos sorprende.

—¿Qué coño estáis haciendo? —Katherine aparece con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero y una mirada tormentosa que podría acabar con nosotros en un suspiro—. ¿Te recuerdo que es domingo y que tu hijo está en casa? —Veo a su hermano levantar las manos y noto cierto alivio, hasta que ella vuelve a poner la atención en mí—. No tengo nada que hablar contigo, Milano.

—Kat… Katherine, necesito que me escuches —ruego, y aunque quiero acercarme a ella, mis pies no se mueven ni un centímetro—. Déjame hablar y después puedes echarme a patadas de aquí si quieres.

—Eso es lo que me gustaría, créeme. —Sus palabras van acompañadas de un gesto furioso pero, de inmediato, se queda quieta y manda a Nick adentro con la mirada—. Tienes dos minutos, estoy harta de que no dejen de enviarme mensajes y pedirme que vuelva, no pienso hacerlo, así que espero que se lo dejes claro.

—Me encantaría decirte que eso va a pasar, pero… —Cuando Katherine levanta una ceja sé que no estoy escogiendo las palabras adecuadas para contarle lo que necesito que sepa, así que espero a estar solas y me acerco a ella para poder hablar en voz baja—. Supongo que ya estás al tanto de las noticias—. Aprieta los labios, se cruza de brazos y dibuja un gesto de despreocupación que nunca le había visto. Odio haberla destrozado tanto—. Hace nueve meses que estamos investigando algo gordo, ya ha habido dos atentados contra diferentes políticos del mismo partido, creemos que algunos altos cargos están dirigiendo esos ataques. Puede que sean un grupo que esté moviéndose en varios estados y que la muerte de Parish podría estar conectada con esto.

No hay manera para soltar una bomba así de forma delicada y me doy cuenta de ello en cuanto la expresión de Katherine se transforma en completa sorpresa.

—Tienes que estar bromeando —farfulla y los brazos le caen a cada lado de su cuerpo—. ¿Y qué coño tiene esto que ver conmigo?

—¿De verdad me lo estás preguntando? Eres la mejor agente que tiene la NOPD y no podemos exponer a ninguno más que no esté preparado para afrontar un caso así. Puede que creas que esto es trabajo del FBI, pero la mayoría de los movimientos provienen de esta ciudad. Mira, por los indicios parece que el concejal se haya suicidado, pero presiento que hay algo más y quiero me ayudes a investigarlo. —De repente, noto mis fuerzas flaquear y vuelvo a agachar la cabeza antes de encarar su mirada—. Necesito que lo hagas, no te lo pediré por mí, pero sí por los chicos. No quiero que se expongan a algo tan peligroso.

—Pero a mí sí que puedes ningunearme como se te antoje, ¿verdad? —Katherine bufa y niega sin poder creer lo que le estoy proponiendo. No la culpo. Por un segundo pienso que me va a cruzar la cara o a gritarme como en el pasado, pero algo la contiene. Tal vez sea este lugar—. Así que quieres que vuelva al departamento para investigar algo que ni siquiera tenéis del todo claro, los del FBI os creéis los reyes del circo.

Vuelve a negar y pasa por mi lado chocando con mi brazo. El olor a kiwi de su pelo llega hasta mí mezclándose con el perfume de su piel y la mía se eriza de inmediato, llevando a mi mente el recuerdo de decenas de momentos en los que reímos juntas y construimos una vida que jamás llegamos a imaginar posible para las dos.

Sin ser consciente de ese acto, llevo la mano a su brazo y la agarro con fuerza para que se pare.

—Nunca quise que las cosas terminaran así, jamás en la vida se me habría ocurrido hacerte tanto daño de forma consciente. Te lo juro. —Quiero decirle que todo tiene su razón de ser, pero en cuanto me mira a los ojos la fortaleza que ha venido hasta mí se desvanece y le suelto el brazo—. Piénsatelo, por favor. No vamos a poder hacerlo sin ti.

. . .

He traído conmigo la última mirada que Katherine me dedicó antes de desaparecer delante de mis narices. Durante unos segundos me quedé allí parada, observando el porche con su suelo de madera y las paredes y columnas blancas, muy parecido al de una casa de la que nada más que quedan las cenizas. Nadie lo sabe, pero durante las noches he dedicado parte de mi tiempo a cruzar la ciudad para ir a Bourbon Street e intentar recordar los últimos instantes de felicidad que compartimos en un lugar que siempre fue sagrado para ella.

Ahora, la comisaría se muestra igual de fría y oscura, a pesar de que las miradas que me dedican nuestros compañeros están cargadas de alegría. Por suerte, la sorpresa se ha esfumado de sus expresiones tras mi vuelta y puedo caminar sin que me hagan las típicas preguntas que ya estoy cansada de responder. La mayoría de ellos cree que durante semanas estuve en coma en un hospital del estado, que después mi recuperación fue lenta y dolorosa —nada lejos de la realidad— y que fingir mi muerte se convirtió en una estrategia para no poner en peligro a mi familia y compañeros hasta averiguar quién fue el responsable del ataque. Un caso sin resolver por el que ya están fuera de peligro. Es irónico pensar que hay muchas similitudes con la realidad que llevo cargando conmigo semanas, pero, al menos, me da alivio no tener que dar explicaciones que no puedo compartir con los demás.

Hasta que el ascensor se abre y encaro el pasillo hacia la sala de autopsias con ese olor tan característicos a antiséptico.

—Ya estáis aquí —digo al llegar al final y dejar atrás mi propia soledad. Jason me mira sin decir nada, pero la que de verdad me importa es Dennise, que se muestra algo incómoda ante la presencia de todos nosotros—. ¿Qué tenemos?

La pregunta sale con facilidad de mis labios y al segundo, Claudia ya tiene entre manos la libreta donde siempre anota cualquier avance de una investigación.

Anthony me dedica un guiño y vuelvo a sentirme como en casa, a pesar de que nos falta la parte fundamental del equipo.

—Tal como predije al llegar al escenario, el concejal Parish murió poco después de la media noche y en su cuerpo no he encontrado signos de violencia ni los análisis indican que tomara algún tipo de sustancia. —Dennise me sonríe y echo un vistazo a nuestro alrededor, comprobando cómo el equipo ha sido actualizado

desde la última vez que estuve aquí—. La bala le atravesó la cabeza y el arma estaba registrada a su nombre. Se trata de una SIG Pro de calibre 9, semiautomática y muy fácil de conseguir. No he encontrado huellas de otra persona.

—Entonces se reafirma la teoría de que fue un suicidio. —Mientras Jason se mantiene de brazos cruzados, Anthony teoriza con un tono de voz mucho más seguro al que conocí hace un par de años. Ha madurado como agente—. ¿Qué me dices del coche?

—Tampoco he encontrado nada fuera de lo habitual. Había huellas de su familia y también de los miembros de seguridad que solían escoltarle.

—Necesitamos averiguar por qué esa noche ninguno se encontraba con él. —Cuando Jason interviene parece que el escenario que nos rodea se tensa y no tarda en percibirlo, así que esboza una sonrisa complaciente que a mí siempre me parece arrogante—. Sé que soy nuevo por aquí, así que no pienso daros muchos dolores de cabeza; de todas formas, no estaré en comisaría la mayor parte del tiempo, así que intentaré que Clyde sea quien marque las pautas a seguir.

—En realidad, siempre le ha cedido el honor a la agente Milano. —Anthony me sonríe y siento cierto alivio, a pesar de que esto va a molestar a mi compañero más de lo que muchos puedan llegar a percibir.

Mientras vocalizo un «gracias» sin hablar, Dennise mete los informes en la carpeta y me la entrega sin pensárselo dos veces. Los dedos le tiemblan y se me queda mirando un par de segundos antes de volver a lo suyo.

—Ahí está la autopsia completa. No he podido dilucidar si el orificio de entrada indica que otra persona le apuntara con el arma, por la posición que tenía el cuerpo también parece que fuese él quien apretó el gatillo, pero intentaré indagar un poco en las demás pruebas que tenemos a ver si encuentro algo distinto. También haré algunos análisis a la nota de suicidio.

—Esto es más que suficiente para empezar —le aclaro y esboza una débil sonrisa colocándose otro par de guantes de látex—. Te dejamos trabajar.

—Os aviso si encuentro algo —asentimos el resto y nos vamos hacia la salida, pero entonces ella me llama y la piel se me hiela—.

Milano, ¿podemos hablar un momento?

Jason es quien me echa una mirada que ya reconozco bien, pero afirmo con la cabeza y les obligo a marcharse. Me va a caer una bronca por esto.

El silencio llena el espacio durante un rato y, cuando los demás han cruzado el pasillo, Dennise se acerca a mí y se cruza de brazos.

—Un año y tres meses, River. He mantenido el secreto un año y tres meses. ¿Qué coño está pasando en realidad? —Su pregunta me deja paralizada. Por un momento había olvidado que ella es tan intuitiva o más que muchos de los agentes que estamos aquí—. No quiero más engaños, no si eso significa que tengo que seguir traicionando a mis compañeros.

Con un esfuerzo tremendo, finjo la mejor de mis sonrisas y después pongo las manos en sus hombros.

—Jamás podré compensar lo que has hecho durante todo este tiempo, pero lo que te dije es la verdad. Ahora estoy aquí y lo único que quiero es que nos centremos en el caso, ¿vale? Te prometo que no hay nada más.

Se queda en silencio y la veo dudar, pero un par de segundos después lanza un suspiro que se pierde lentamente a través de sus labios. Entonces asiente y me sonríe como siempre lo ha hecho antes de ir a coger su carpeta de notas.

—Te avisaré con cualquier cosa —me dice y, aunque no pierde su sonrisa, no estoy segura de haberla convencido de verdad.

# 4

*«La mente clásica es intolerante, segura, implacable.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

8 de abril de 2024, lunes.

Llevo quince minutos dentro de mi Cadillac en completo silencio y sin ser capaz de quitar las manos del volante. La fuerza que sigo ejerciendo hace que se me entumezcan los dedos, aunque la peor parte se la lleva mi corazón, latiendo a mil por hora mientras intento que mis pensamientos dejen de dar vueltas. Frente a mí, el edificio del departamento de policía parece no haber cambiado nada, algo en lo que no me fijé cuando llegué corriendo hasta aquí hace unos días. Las ampollas que me hice en las manos en el último entrenamiento con Nick casi han desaparecido, pero la piel todavía mantiene ese tono rojizo tan característico de tales heridas. En este momento preferiría estar en el garaje de mi hermano dando unos golpes al saco de boxeo antes de acudir al polideportivo municipal para dar las primeras clases de la mañana, pero el vacío que permanece dentro de mí no me da ningún tipo de descanso.

«Os he dicho que no voy a volver, ¿no he sido lo suficientemente clara?», las palabras que yo misma pronuncié se repiten en mi mente junto a la mirada de Jeremy; pero de inmediato, el escenario cambia por Milano frente a la casa de Nick, con aspecto cansado y una mirada arrepentida que no pasó desapercibida ante mí.

He pasado la noche en vela reprochándome por qué no le hice la pregunta que tanto necesito responder y quizá esa sea la razón por la que estoy aquí. Porque volver a este lugar…

—¿Qué está pasando? —La puerta de la comisaría se abre de golpe y varios agentes salen corriendo hacia sus respectivos coches.

En la lejanía veo también a Claudia y Anthony, quienes tardan poco en poner la sirena y salir disparados hacia la calle contigua, pero la imagen que me deja estática en el asiento es ver a Milano con un

hombre que no reconozco. Debe ser su nuevo compañero, o tal vez… Imaginármelo provoca que apriete más si cabe las manos contra el volante de un coche que se ha vuelto la última reliquia que me queda de mi vida anterior. Estoy a punto de arrancar el motor cuando los veo pasar por mi lado y casi la imagino a ella mirándome, aunque lo que veo es una expresión preocupada que se traslada a mí al ser consciente de que dos unidades no salen juntas por nada.

«No lo hagas, Katherine, te lo prometiste», me pido en silencio, pero tardo poco en hacer caso a mi curiosidad y a esa maldita intuición como policía que siempre vive conmigo.

Entre suspiros, giro el volante y sigo a una velocidad prudente a las unidades que han tomado camino hacia Canal Street y, en cuestión de seis minutos, empiezo a ver cómo la gente se agolpa en las cercanías de una casa que la ciudad conoce muy bien. El hogar del concejal Parish arde en llamas mientras los bomberos intentan tomar el control.

Anthony es el primero que pone orden en cuanto se baja del coche y empieza a dispersar a la gente con la ayuda de Claudia, pero parece una tarea sumamente complicada. Aparco en una zona cercana y decido ir a pie hacia allí, hasta que recuerdo que no llevo mi placa conmigo y que no puedo hacer nada.

—¡Hay que sacarlos de ahí! —Ese grito llama mi atención y, al ponerle cara a la persona del que procede, me quedo tan sorprendida que apenas puedo dar un paso adelante.

La expresión de Milano es de absoluto pánico y creo que está a punto de sufrir un ataque de nervios. Los bomberos parecen tener el fuego controlado, pero aquí hay algo que a ella le hace daño de verdad, y entonces mi mente viaja a esa maldita noche cuando me agarró de los tobillos y me arrastró fuera de mi casa para alejarme de la muerte. Lo estoy viendo con más claridad. Al cerrar los ojos viajo a su vuelta en comisaría, a ese abrazo y a un detalle en el que no he reparado hasta ahora: la cicatriz que asomaba por su cuello.

Antes de que pueda dar un paso, el compañero de Milano se le acerca, pero ella lo aparta con un golpe en el pecho llevándose las manos a la cara, dando varios pasos torpes hacia atrás.

La gente sigue apareciendo de la nada y el caos empieza a gobernar la calle sin un cordón policial que impida su acercamiento. Mierda, tengo que hacer algo.

—Joder, serán imbéciles. —Mis piernas funcionan solas y echo a correr hacia allí para apartar a la gente a empujones y gritar—: ¡Fuera de aquí ya, o acabáis en comisaría! ¡¿Queda claro?!

Mi voz se eleva por encima de los murmullos y el resto de los agentes llega hasta mí para abrir los brazos y conseguir apartar a todo el mundo que tengo cerca mientras otra unidad llega, aparca el coche y hace su maldito trabajo. Odio que Nueva Orleans esté llena de gente curiosa e imprudente.

—Controla esto ahora mismo, o tendréis a más de un herido. —La orden sale disparada hacia Anthony y él parece sonreír encantado.

Inmediatamente soy consciente de lo que acabo de hacer y me muerdo el labio inferior. Tengo que salir de aquí, pero hay algo que me lo impide. Milano sigue ahí parada, está tan petrificada que no parece humana mientras sus ojos se clavan en el fuego como si estuviera reviviendo una pesadilla de la que no puede despertar. La imagen me parte el corazón y al ver que da un paso adelante voy hasta ella y planto mis manos en sus hombros zarandeándola.

—Kat, ¿dónde…? —Su voz se oye en un leve susurro y sus pupilas están sumidas en el caos.

—Salgamos de aquí, vamos. —La agarro con fuerza y tiro de ella en varios intentos hasta que abre bien los ojos y, aparentemente, vuelve a la realidad.

Rápidamente la alejo del bullicio y nos apartamos a un lado de la calle mientras las llamas sucumben a la actuación de los bomberos. No me quiero ni imaginar qué habrá ahí dentro, pero prefiero no preguntármelo. El pensamiento se desvanece al darme cuenta de que aún tengo las manos sobre los hombros de Milano, quien me mira sin pronunciar palabra.

A pocos metros de nosotras, veo a Jeremy llegar y esperar junto a Anthony para que los bomberos den el permiso de poder entrar a la casa del concejal Parish y aclarar lo sucedido mientras la gente va dispersándose poco a poco. Probablemente, esto lleve horas.

—Milano, ¿estás bien? —La voz de un hombre llega por mi lado derecho y al girarme me quedo observándole.

Su mirada color avellana se muestra preocupada y los nervios hacen que se arregle un pelo que está alborotado por culpa de tanto tocárselo. Es su tic personal, lo intuyo al instante. De repente, siento una incomodidad que no puedo echar a un lado, así que me aparto y


estoy a punto de dar media vuelta para volver a mi querido Cadillac.

—Katherine, espera —habla Milano, pero no soy capaz de mirarla a la cara.

—Chicos, esto es serio. —Anthony aparece frente a nosotros y veo cómo el sudor empieza a caerle por el cuello. Al reparar en mi presencia, cierra la boca y es consciente de que no puede decir ni una palabra delante de mí.

—Tranquilo, yo ya me iba —aclaro.

—Habla. —La expresión de Milano ha cambiado por completo y vuelve a adquirir esa extraña frialdad que desconocía en ella y que vi por primera vez en comisaría.

Su compañero traga saliva y se lleva las manos a la cintura, observando cómo la casa ya está envuelta en humo, pero sin ninguna llama que pueda poner en peligro a vecinos y demás curiosos.

—Tres unidades sanitarias se llevaron a la señora Parish y a sus dos hijas antes de que nosotros llegáramos —comenta Anthony, y tengo ganas de pegarle un guantazo por haber hablado sin respetar la decisión de que yo no quiera involucrarme. Sin embargo, aquí estoy, sin moverme ni un solo centímetro—. No han sobrevivido.

—Joder, ¡joder! —Convirtiéndose en una escena de la que jamás esperé ser testigo, Milano se lleva las manos a la cintura y vuelve a gritar de pura frustración.

Cuando mira a mi antiguo compañero, sabe que hay algo más.

—Según lo que han visto los bomberos, no han muerto por inhalación de humo. Al parecer les han ejecutado de un disparo en la cabeza.

—¿Cómo dices? —Para sorpresa de ellos, soy yo quien habla. Enseguida me llevo la mano a la boca y dirijo la mirada hacia la casa del concejal, intentando entender por qué alguien cometería tal acto —. ¿Estás seguro?

—Completamente. Las encontraron en sus respectivas camas antes de que el fuego las alcanzara. Puede que me esté equivocando, pero esto tiene mala pinta.

—No te equivocas —interviene Milano—. Han sido ellos, estoy segura. —Después se dirige a mí y lanza un suspiro—. Te lo dije, Katherine, esto no es ninguna tontería. Anthony, pide la orden para que Dennise pueda hacerles la autopsia, hay que empezar cuanto antes.

Con más serenidad, ella toma el mando y da la orden antes de dedicar una mirada a su compañero. Este asiente sin decir una sola palabra, después me observa algo incómodo, pero decide que es mejor largarse de aquí para seguir los pasos de una mujer que solía tomar asiento a mi lado en el coche.

Los dedos me pican y el corazón vuelve a latirme a mil por hora. Tengo un montón de preguntas en la cabeza y no tengo ni idea de si voy a poder responderlas por mí misma.

—¿Vas a venir con nosotros? —Anthony llama mi atención y aprieta los labios como si estuviera arrepentido de habérmelo preguntado—. Estaría bien que lo hiciera, detective Fortier —clama poniéndose más formal y eso me pone los pelos de punta—. Yo tengo que volver para inspeccionar el escenario.

Con una sonrisa en los labios, asiente y gira sobre sus pasos llevándose una mano hacia su pelo rubio y rizado. Mientras se aleja, mis brazos caen a cada lado de mi cuerpo y traigo a mi mente la frase que dijo Milano frente la casa de Nick: «No te lo pediré por mí, pero sí por los chicos. No quiero que se expongan a algo tan peligroso». Y mientras Anthony se aleja, una de las incógnitas que ha estado rondándome por la cabeza, se presenta ante mí con total claridad.

# 5

*«¿Cómo podemos perder ese yo enloquecedor, perderlo por completo?»*
Donna Tartt, *El secreto*

MILANO

9 de abril de 2024, martes.

El panel de la sala de investigación se llena con las primeras pistas y fotografías, haciéndome volver a un ambiente que disfrutaba tanto como pasear entre las calles bajo la noche de Nueva Orleans. Claudia ya está preparando varias tazas de café y el aroma empieza a acariciar las paredes de un lugar que se siente como estar en casa, pero en el que Jason parece no encajar por la cara de perro cabreado que tiene ahora mismo. Seguro que tiene algún dilema interno que no quiere compartir conmigo, eso o es que echa de menos el bullicio de las oficinas donde el gentío va y viene con prisas, con cajas de dulces que, según él, son una absoluta maravilla.

—¿En qué piensas? —le pregunto sentándome en la mesa donde los informes empiezan a llenar el espacio.

Estoy deseando hincarle el diente a lo que ya tenemos.

—No sé por qué Russell nos ha enviado aquí. —Jason baja el tono de voz y lanza un suspiro cruzándose de brazos. Yo tenía razón, es lo segundo—. Estoy encantado de seguir sus órdenes, pero creo que podríamos investigar esto en Nueva York, nos sería mucho más fácil.

—Allí no podríamos hacerlo de forma tan personal y tú, más que nadie, lo sabes. La tecnología a veces no lo es todo. —Nuestra compañera sigue de espaldas, pero algo me dice que está atenta a la conversación que él y yo tenemos—. El centro de todo se encuentra aquí y esto no está tan mal, es más cercano; Nueva Orleans tiene un gran encanto, te lo prometo. Alguien acabó por demostrármelo hace mucho tiempo.

Recuerdo aquella conversación con Katherine y eso provoca que esboce una sonrisa con la que Jason se me queda mirando antes de poner los ojos en blanco. Cuando está de mal humor, no hay quien lo

aguante.

—Café listo, ahora solo falta que los demás vengan y podremos empezar. ¿Seguro que no llamará la atención que seamos solo nosotros quienes nos centremos en el caso? —Claudia me ofrece una taza y deja otra para Jason sobre la mesa.

Es preferible que nadie le dirija la palabra durante un buen rato. Cuando entremos de lleno en la investigación, se le pasará.

—No hay nada de qué preocuparse, de hecho, creo que es la mejor idea —aclaro intentando sonar lo más tranquila posible—. Además, se trata de un caso múltiple y el foco no estará centrado únicamente en el supuesto suicidio de Parish y su motivación. Quien esté detrás de todo esto creerá que así tiene vigilado al FBI y todo lo que realizamos. Tienen muy claro lo que se hacen. Sé que las pruebas van a ser un factor importante y van a querer desviar nuestra atención, así que debemos estar pendientes de lo que ocurre a nuestro alrededor. Permanecer juntos y no invitar a otros agentes nos lo hará más fácil.

Jason sonríe por la forma en la que explico este punto, muy típico de un agente de los nuestros donde la mayor pasión es trabajar el secretismo; Claudia es muy intuitiva y, de inmediato, sabe a qué me refiero. Cuanto más cerca estemos del enemigo, mucho mejor. No sabemos la cantidad de implicados que hay en este caso, pero llevar esta investigación también nos ayudará a especificarlo.

Con las manos en mis caderas, me acerco al panel y le echo un vistazo a la vez que Anthony y Jeremy entran con varias carpetas que dejan sobre la mesa.

—Dennise ya tiene los cuerpos —dice el primero—, aunque está sin ayuda no creo que tarde mucho en darnos los primeros datos.

—Pobre familia, creo que han pagado justos por pecadores —añade Jeremy, y no le falta ni un poco de razón—. O puede que también supieran dónde estaba metido el concejal.

—El mundo de la política es complicado —argumento girando sobre mis pasos para ir a por una de las carpetas que están sobre la mesa—. El concejal Parish estaba en contacto directo con varios contactos a los que todavía no les ponemos nombre. Varias reuniones se conectan con eventos que han ocurrido durante los últimos meses a lo largo del país, el 22F incluido. —Pensando en ello, cojo un rotulador y empiezo a hacer anotaciones en el panel, descartando

cualquier cosa externa que no tenga que ver directamente con la muerte de la familia—. ¿La casa tenía sistema de seguridad?

—Sí, pero aún no tenemos acceso a las imágenes, la central está trabajando en ello, puede que tarden un rato. La científica está en el escenario recogiendo posibles pruebas, aunque creo que no van a encontrar mucho.

Asiento y me quedo en silencio deseando poder ver esas grabaciones. Mi atención se pierde cuando giro la cabeza y veo movimiento fuera de esta sala de investigación, hay varios agentes que se reúnen en la entrada alrededor de Clyde y la curiosidad me invita a estirar el cuello para ver qué está pasando.

—Es ella. —La voz de Jeremy llega a mis oídos en un eco que se aleja y que vuelve hasta mí cuando habla otra vez—: Joder, es Katherine.

Al escuchar su nombre el suelo parece tambalearse a pesar de estar viéndolo con mis propios ojos.

Uno de nuestros compañeros le estrecha la mano y otro la abraza, aunque ese gesto sea poco habitual en una mujer que suele mostrarse tan fría ante los demás. El pelo mojado le cae sobre una chaqueta de cuero nueva, y va vestida con sus pantalones habituales de trabajo y una de las tantas camisetas blancas que forman parte de su fondo de armario. Los chicos abren la puerta y van a su encuentro con alegría, dejándome a mí a solas con Jason en una sala que adquiere un aire solitario cuando ellos no están.

Me gustaría poder ir allí y abrazarla hasta poder saborear el aroma de su piel con mis labios, pero lo que hago es quedarme aquí plantada, viendo cómo Anthony se ríe por un comentario de ella que no he llegado a escuchar.

—Buen trabajo, has tenido que ser muy convincente. —Jason se pone a mi lado y habla con ese aire de superioridad que odio, tan inoportuno como siempre y con una arrogancia que nunca me ha hecho ni pizca de gracia—. Ahora podrás cumplir con tu parte del trato.

—Cierra la boca, este no es el momento ni el lugar —espeto y estoy a punto de encararme con él cuando alguien llama mi atención.

—Echaba de menos venir y verte trabajando desde tan temprano. —Me quedo mirando a Clyde, que me sonríe antes de entregarme su mano y darme un abrazo para susurrarme algo al oído

—: Vas a tener que decirme qué has hecho.

Se aparta y, con la cabeza agachada, miro mis propios zapatos antes de que mis ojos choquen con los de Katherine.

Años atrás solía ser escéptica con esta clase de emociones, pero ahora soy yo la víctima, soy yo a quien se le paraliza el tiempo, a quien le late el corazón con fuerza contra el pecho y la que recibe un flechazo cuando ella se planta delante de mí con su característico maquillaje y ese gesto que es capaz de dejar callado a cualquiera. Los demás entran junto a ella, pero no soy capaz de prestar atención a otra cosa que no sea su presencia.

—¿No haces las presentaciones? —Al principio no sé a qué se refiere, hasta que levanta una ceja y mira a Jason, tendiéndole la mano poco después.

—Katherine Fortier, detective de la División de Investigación Criminal, será un placer trabajar contigo. —Él la mira con gesto divertido y asiente dándole un buen apretón.

No sé si es mi sensación, pero ambos se quedan mirándose durante un par de segundos, como si quisieran analizar que hay más allá de sus ojos o sus palabras.

—Jason Reade —le responde él para mi alivio—. Trabajo como enlace para el FBI, estoy aquí en calidad de agente e informante, nos veremos las caras de vez en cuando.

—Interesante… —afirma Katherine y, de repente, siento que la tensión aumenta entre los tres—. Me gustaría empezar cuanto antes así que, ¿quién me pone al día?

—Espera, te falta algo.

Clyde llama su atención y se saca del bolsillo la placa que yo misma le entregué a ella hace unos días. Katherine se le queda mirando y, después, la coge entre los dedos para mirarla durante un buen rato, quizá le esté hablando con el pensamiento, no lo puedo asegurar, pero lo que no hago es perderme la imagen de ella poniéndola en el cinturón de su pantalón totalmente lista para volver al trabajo. En mi mente, imagino otro escenario en el que estamos ella y yo a solas para poder hablar o, al menos, tener la oportunidad de contar parte de lo sucedido. Pero eso se borra en cuanto ella carraspea y se pode en modo agente. No le interesa absolutamente nada más, y lo intuyo enseguida. Además, ya no estoy con ella, no sé ni cómo me atrevo a dejarme llevar todo esto.

El panel a mi espalda pide a gritos que empiece con el trabajo, o puede que sean mis nervios. Así que, no pierdo un segundo más y voy hacia este para empezar con el primer análisis.

—Richard Parish. —Señalo con el rotulador—. El concejal fue encontrado muerto la pasada madrugada del día siete, la autopsia ha confirmado que murió de un disparo en la cabeza y cada uno de los detalles indican que se trata de un suicidio —añado con una sonrisa en los labios antes de coger las fotografías que hay sobre la mesa para ponerlas una a una en el panel—. Su postura y la nota que encontramos en el coche, digamos que podrían ser pruebas suficientes para pensar que ha sido así pero… la mañana de ayer se encontraron sin vida los cuerpos de su mujer e hijas antes de que un incendio estuviera a punto de devorar su casa. Las tres, presentan un disparo en la cabeza a modo de ejecución. ¿Teorías?

—Quizá sí que haya sido un suicidio —comenta Jeremy—. El concejal Parish podría haberse quitado de en medio para proteger a su familia, aunque al final no haya salido bien.

En el panel escribo la palabra «suicidio» y lo argumento con la protección hacia su mujer e hijas antes de girarme otra vez y encarar la mirada de mis compañeros. Katherine está tan atenta que me es imposible no enfocar su gesto de concentración de vez en cuando.

—Lo del suicidio es la opción más clara. —Claudia toma la iniciativa y va hacia la mesa para hacerse con otro rotulador antes de venir hasta el panel—. Pero creo que no podemos descartar que haya sido una doble ejecución. Quizá alguien quiso sacar información a Parish amenazando a su familia antes de acabar con él y después terminó con el trabajo.

Es ella quien se encarga de escribir la palabra «ejecución» y exponer los puntos que vamos a tratar entre todos. Las teorías empiezan a tomar forma en el panel justo cuando Jeremy recibe una llamada que le da emoción a su mirada.

—Tenemos el acceso a las grabaciones —comenta y cuelga el teléfono con los nervios rondándole en su voz.

Asiento y doy un paso adelante antes de mirar a un equipo que me recuerda a casa y entonces noto alivio a pesar de que no estamos en las mejores circunstancias.

Es hora de que el juego comience.

—A la sala principal en cinco minutos —digo y el resto tarda

unos segundos en coger sus libretas y dejar la sala de investigación.

Katherine hace exactamente lo mismo, y aunque hubiera deseado tener un segundo a solas con ella, prefiero afrontar la idea de que esta sea nuestra realidad, como dos nuevas desconocidas que vuelven a trabajar juntas.

Porque, al menos, el universo nos ha concedido esa oportunidad.

# 6

*«Uno puede perder su yo en la alegría de la batalla.»*
Donna Tartt*, El secreto*

KATHERINE

La gente no para de sonreírme, de asentir con la cabeza y mirarme como si hubiera tomado la mejor decisión de mi vida al volver. Y no estoy tan segura. Desde primera hora de la mañana tengo el estómago revuelto y no soy capaz de quitarme la sensación de malestar que me hace querer suspirar una y otra vez. Estar con mis compañeros me ha dado un chute de energía increíble, pero verla a ella ha convertido la escena en una prisión de hielo de la que quiero escapar.

«Creo que es la mejor decisión que podrías tomar», las palabras de Alexander revolotean por mi cabeza tras una conversación de horas que nos tuvo despiertos hasta las tantas de la madrugada. Lo curioso de todo, es que también lo creo, pero no tengo idea de si voy a poder mantenerme en pie trabajando a su lado mientras… «actuáis como si nada», pienso de repente.

—¿Estamos listos? —Claudia alza la voz y nos reúne frente a una pantalla enorme antes de poner la memoria USB en el ordenador.

La sala tiene un toque diferente, más moderno y típico de una Milano a la que miro de reojo intentando que ella no lo perciba. Por suerte, las imágenes empiezan a reproducirse y eso hace que mi atención vaya a lo esencial. Las grabaciones de los dormitorios muestran a la mujer y las hijas de Parish durmiendo a pesar de lo ocurrido con el concejal, pero, desde la distancia, puedo comprobar sus rostros cansados, tal vez por haber llorado durante horas, como yo lo hice meses atrás tras despertarme en la cama del hospital.

El pensamiento provoca que se me pongan los pelos de punta y el malestar vuelve hasta que el vídeo sigue y muestra a un hombre encapuchado que recorre el salón de la casa a paso lento. Lleva en la mano izquierda un arma con silenciador y es corpulento además de alto. Evitando ser descubierto, recorre el escenario como si tuviera

claro hacia dónde va justo cuando encara las escaleras que lo llevan al primer piso, donde camina tranquilamente por un pasillo segundos antes de poner la mano en el pomo de la segunda puerta que encuentra.

Los nervios empiezan a apoderarse de mí y me cruzo de brazos para que estos soporten el tamborileo de mis dedos.

—Joder… —musita Anthony, y no es para menos.

Las cámaras enfocan las dos camas de las niñas, antes de que el hombre se acerque a una de ellas para pegarle un tiro en la cabeza sin inmutarse. El disparo, a pesar del abrupto silencio, me sobresalta y tengo que hacerme con toda la fuerza posible para poder seguir mirando las imágenes sin apartar la mirada. Mis dedos se arrugan sobre mi chaqueta de cuero y eso me demuestra que hay cosas con las que todavía no puedo lidiar. Cada vez que veo algo así, el recuerdo de Mila me cruza la mente con la fuerza de un rayo. Y duele, sigue doliendo demasiado. El proceso se repite con la segunda niña, de no más de doce años, pero la escena se vuelve más dura cuando la veo despertar y abrir los ojos producto del pánico. Su mirada va a parar a su hermana antes de que el hombre le cierre la boca con una mano y la aprisione contra la cama. Dos segundos después la ejecuta, y cuando se va a por la madre, el resultado final es el mismo: la mujer acaba muerta tras no enterarse de nada por culpa de haber tomado varias pastillas para dormir —he visto el bote sobre la mesita de noche —, siendo este un detalle que no me pasa desapercibido.

—Este tío es profesional, sabe exactamente cómo y por dónde moverse. —La aclaración de Anthony no nos pilla por sorpresa a ninguno, y mucho menos cuando vemos al hombre coger de su bolsillo un teléfono con el que manda un mensaje.

—¿No tenemos otra perspectiva de las cámaras? —Doy un paso adelante e intento buscar cualquier objetivo que pueda estar en las esquinas de esas paredes.

—Según tengo entendido, no —aclara Claudia y el cabreo me hierve en la sangre antes de ver algo que llama mi atención.

—Espera un momento, ¿qué es eso? Para la imagen. —Con el escenario congelado en la pantalla, llevo las manos a mi cintura y me acerco para ver la grabación mejor—. Parece…

Me quedo en silencio y señado con el dedo la parte que se descubre entre el guante derecho y la camiseta que el asesino lleva

puesta. Claudia amplia la imagen y empieza a difuminarse un poco, pero no lo suficiente para que la marca pase desapercibida, tenemos suerte de que las grabaciones sean de buena calidad.

—¿Es un tatuaje? —Es ella quien pregunta y me quedo unos segundos mirando la pantalla sin decir nada.

—Es una cicatriz, provocada por el fuego. —Milano es la que interviene y se pone a mi lado con los brazos cruzados sin perder de vista la imagen—. Reconocería una así sin tener que pensarlo mucho.

Su tono de voz es serio, suena con un poco de dolor, y enseguida puedo ver cómo sus ojos se trasforman para adquirir una oscuridad que descubrí frente a la casa de los Parish cuando las llamas querían engullir los cimientos. Me es imposible no girar la cara y buscar su cuello para descubrir una marca parecida que se cuela sin piedad a través de su traje, marcando un camino que tiempo atrás recorrí con mis dedos. No quiero saber hasta dónde llega esa cicatriz, ni cuánto sufrió por ello. El pensamiento difumina parte de los sentimientos de rabia que yo misma albergo en mi corazón, aunque al volver a la realidad estos resurgen para quedarse en el centro de mi pecho, recordándome que, a pesar de todo, el daño ya está hecho.

—Claudia, Anthony, quiero que consigáis las grabaciones del circuito cerrado de los alrededores en horas anteriores y posteriores al asesinato, tenemos que averiguar si actuó solo o si tenía a alguien esperando ahí fuera. —En cuanto doy la orden, a pesar de que la investigación es llevada por Milano, toman anotaciones y juntos salen de la sala disparados para empezar con el trabajo. Mi mirada se dirige a Jeremy, quien espera instrucciones con esa hambre de investigación puesta en su mirada—. Necesito saber por qué no había nadie de seguridad en esa casa, investiga quienes fueron los últimos en tener contacto con el concejal y su familia. Lo quiero para ya.

Él asiente y toma el mismo camino que nuestros compañeros en cuanto le indico qué es lo que tiene que hacer.

Milano sigue mirando la pantalla, en silencio, como si por arte de magia fuera a tener el poder de saber quién se esconde tras la mirada del hombre que vemos en pantalla; hay algo en ella que me hace pensar que está intentando recordar algo. Su compañero carraspea y, de repente, siento que la realidad que nos acontece se vuelve todavía más tensa.

—Me comunicaré con Russell, hay que indagar más en los

últimos movimientos de Parish. En cuanto encontréis algo, me avisas.

La sala se queda vacía en cuestión de segundos a excepción de Milano y de mí; y fuera, el movimiento de la comisaría no me parece tan llamativo como en mi zona preferida donde los escritorios están repletos de informes y agentes que trabajan sin descanso. Aquí no hay una cafetera que pueda aprovechar para prepararme una taza, así que suspiro y busco la libreta que he dejado sobre la mesa al entrar.

El silencio se hace pesado, necesito tomar el control para romper la tensión, de intentar que esta situación no se haga más incómoda de lo que ya es. Hasta que Milano se gira y me mira a los ojos.

—Siento lo de Jason, no le gusta mucho estar por aquí. —Me encojo de hombros y lanza un suspiro antes de intentar sonreír. No lo consigue—. Por suerte va a trabajar más fuera que dentro. Gracias por habértelo pensado, no imaginé que lo pudiera conseguir.

—No estoy aquí por ti —aclaro y el tono de mi voz se aleja de la calma que he sentido durante las primeras horas aquí—. Los chicos se las pueden arreglar muy bien solos, ¿sabes? Creo que estás subestimando su capacidad.

Su mirada se va al suelo y niega mientras camina por la sala, después se lleva las manos a los bolsillos y rebusca algo antes de enseñarme la derecha para mostrarme un caramelo que me hace suspirar.

—Jamás lo he hecho —se justifica—, pero también sé que, sin tu perspicacia y experiencia, no vamos a poder conseguirlo.

—Tienes a un buen agente que te respalda y puede ocuparse de eso, ¿no? —Como en los viejos tiempos, no tardo en rebatir las palabras de Milano. Ella vuelve a guardar el caramelo en el bolsillo y aprieta sus labios. De repente, hemos vuelto a aquellos primeros días donde me era difícil soportar que alguien tomara el control de nuestro trabajo. Y esta vez no encuentro forma para que esto pueda cambiar —. Te lo repito, no he vuelto por ti. Alexander quiere ser agente, va a hacer el curso intensivo de seis semanas. Ya sabes cómo va esto, ha estado muchos años en el ejército así que ya viene con experiencia, pero no pienso dejar que esté aquí sin mí. Nosotros nunca nos abandonamos.

Acabo de lanzar un dardo que choca con ella con fuerza, lo sé por la expresión que pone mientras asiente sin ser capaz de decir nada. Me quedo en silencio un par de segundos en los que no sé muy

bien qué hacer, hasta que aferro los dedos a mi libreta de notas y echo un vistazo atrás. Aquí no hay nada que salvar, cuando alguien te rompe de esa manera y se lleva consigo la confianza, no se pueden ni rescatar las raíces. Vuelve a mirarme y hago un gesto con el que me despido abandonando este incómodo escenario de vuelta hacia la sala de investigación. Lejos de ella, busco el teléfono en mi bolsillo y envío un mensaje a Jeremy para que me espere en la salida de comisaría, necesito reencontrarme con las calles de Nueva Orleans y con la investigación.

Pero sobre todo, lo que más me hace falta es alejarme de Milano y el dolor que circula a nuestro alrededor, oprimiéndome el corazón y haciendo que desee que nunca hubiera vuelto.

# 7

*«¿No es el dolor lo que a menudo nos hace conscientes de nosotros mismos?»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

11 de abril de 2024, jueves.

Abro los ojos, ella está a mi lado y me sonríe. Las motitas de color verde brillan en su mirada con más fuerza y se apoderan de la luz que entra a través de la ventana y también de la felicidad que dirige los latidos de mi corazón. La mañana toma la iniciativa y le acaricia el brazo hasta que yo lo hago con mis propios dedos, delineando cada pequeña curva y los lunares que crean un recorrido de constelaciones oscuras que me gusta poder contar una y otra vez. Nuestras respiraciones son la única música que necesitamos para que las heridas curen y nos hagan olvidar el pasado. En este lugar, somos capaces de conseguirlo y entonces la beso, dejo que los miedos se pierdan en el aire y me fundo con la única persona que puede ponerme a salvo.

El tacto de sus labios sigue pegado a mí y a la vez tan lejano que no quiero perder un segundo en volver a recordar el sentimiento que me produce tenerla tan cerca, hasta que su respiración es mía y me convierto en una parte más de su corazón. Katherine se mueve y deja caer parte de su cuerpo sobre el mío, alcanza mi barbilla con sus dientes y se divierte mordiéndome, sabe que voy a tener presente ese recuerdo las veinticuatro horas del día. Y, entonces, me hace suspirar dibujando círculos con su dedo índice sobre mi cadera. Me muevo por el simple placer de poder mirarla bien a los ojos mientras se mantiene en silencio, llevando su mano entre mis piernas para volverme loca de placer con una simple caricia. Ella siempre ha tenido ese poder sobre mí, y vuelve a conseguirlo abriéndose paso en mi interior con mi sexo pidiéndole que no se detenga nunca más, que borre el dolor de mis cicatrices y me haga sentir plena de nuevo. Sus labios rozan mi piel, ya no queda ni un poco de la oscuridad que me engulló hace unos

meses. Mis gemidos se unen a sus suspiros y la humedad acaricia mis mulos a la vez que muevo las caderas para encontrarme una y otra vez con ella, cerrando los ojos, dejándome llevar.

Con el placer invadiendo mi boca vuelvo a abrir los ojos y caigo de forma abrupta. La ilusión pintada en este sueño desaparece otra vez, dejándome encima de una cama donde estoy sola y a la que me aferro con la única intención de volver a dormir para ver si ella regresa a mis labios, a mi cuerpo, a todo mi ser. Puede que Katherine no esté aquí, pero de repente soy capaz de captar la mezcla del sabor de los caramelos de fresa y nata con sus labios.

El aroma se vuelve tan real que en un santiamén la tristeza me invade y las lágrimas empiezan a invadirlo todo. La vida hizo malabares para juntarnos y he sido la artífice de que esta bonita historia se pierda en los recuerdos de algo que jamás podré recuperar.

—¿Por qué me sacasteis de allí? —pregunto en voz alta como si estuviera hablando para alguien, pero sé que nadie va a responderme a eso.

Veo en el reloj que son las 3:48 de la madrugada y la oscuridad se cierne sobre mí con sus brazos endemoniados, dispuesta a vaciar por completo mi corazón.

La cabeza me duele tanto que me cuesta un gran esfuerzo poner los pies en el suelo sin sentir el tamborileo que vuelve a golpearme una y otra vez. Al levantarme siento la cicatriz en mi espalda estirándose y me hace lanzar un quejido que me saca del presente para tropezar con una silla que hay cerca de la cama. El golpe en el pie provoca que grite, pero lo que sale dentro de mí de verdad es el dolor por el recuerdo que sigue atormentándome, el daño de las heridas curando lentamente día tras día mientras estaba lejos de aquí sin poder contarle a Katherine o a mis madres que en realidad estaba viva.

Recuerdo bien la primera vez que vi a Jason entrar a la habitación de un hospital en mitad de Europa. Me sonrió con calma y me dijo que todo iba a estar bien, pero también me advirtió del peligro que tendría volver a Nueva Orleans. La misión en la que me involucré al tiempo en que se curaban mis heridas empezó incluso antes de la noche del ataque en Bourbon Street y yo no tenía ni idea.

Durante días me sentí furiosa por no haber sido consciente de ello, pero luego me hice a la idea de que desaparecer era mucho mejor

que contar la verdad a quienes quería.

—Tengo que salir de aquí, joder… —Las yemas de los dedos me arden y noto el escozor en mi espalda, como si las cicatrices estuvieran abriéndose paso otra vez en mí.

El agua de la ducha es lo único que consigue relajarme un poco, eso y seguir la rutina de vestirme, peinarme y salir a encontrarme con la noche de esta mágica ciudad. La Galerie queda a mi espalda y no siento ningunas ganas de volver. Guardo tantos buenos de este lugar, de los inicios, que he intentado por todos los medios que estos den algo de luz a lo poco que queda de la anterior Milano, pero los días siguen pasando y ya no veo casi ninguna similitud con ella, con la mujer que solía perderse en construcciones de LEGO o en el increíble mundo de *League of Legends*. Y sé que la razón está ahí, tan clara como el agua, revoloteando a mi alrededor como si fuera las motitas de polvo que se mezcla con el aire. Tengo el estúpido sueño constante de que, si me pongo frente a la pantalla del ordenador, ella se va a sentar a mi lado para curiosear un universo que nunca ha llegado a entender y que me encantaría poderle enseñar —a pesar de que sería una idea horrible—. Pero jugar ya no tiene ningún sentido si sé que esto no va a ocurrir.

Ahora, llevo las manos en los bolsillos de una sudadera gris y el pelo recogido en una coleta corta que deja más mechones fuera que dentro. Mis zapatillas están listas para que eche a correr, sin embargo, prefiero caminar un poco más para terminar por introducirme en Jackson Square y quedarme parada ahí un momento. Frente a mis ojos puedo ver la escena con claridad, ella de espaldas a mí y yo acercándome para decirle dos simples palabras que terminaron por cambiarlo todo. «Qué coincidencia», rememoro en mi cabeza y me permito esbozar una sonrisa hasta que cierro los ojos y echo la cabeza atrás para aspirar un poco más de esta calma.

—Así que estabas aquí. —Por un momento escucho la voz de Katherine, pero al darme la vuelta me encuentro con una persona totalmente distinta—. Jason me ha dicho que sueles ir a dar una vuelta por esta zona cuando no puedes dormir.

—¿Qué haces aquí? —La pregunta atraviesa mis labios en un parpadeo casi sin ser consciente.

—¿No puedo visitar a mi mujer? —Escuchar esa palabra me tensa, aunque cuando él se acerca a mí, comienzo a relajarme y

asiento por inercia—. Siento haberme presentado sin avisar.

Sus brazos me rodean con fuerza, casi con un sentimiento de protección y mi cuerpo responde con cansancio, dejándome abrazar con el peso del mundo cayendo sobre los hombros, convirtiendo el cuerpo de este hombre en el refugio que he necesitado durante días. Al abrir los ojos, levanto un poco la cabeza y me encuentro con él sonriendo y con la noche fundiéndose perfectamente con su mirada. Sam se separa un poco y deja una caricia en mi mejilla, apartando un mechón de pelo que, rebelde, ya se estaba metiendo en mi boca. El recuerdo de otra escena diferente se rompe y se queda en el pasado para grabar en la memoria de nuestros días presentes este momento, cuando me aparto y dejo las manos apoyadas en su pecho antes de ver unos ojos que están encantados de verme.

—Me alegro de que estés aquí —digo, y para nada le miento, aunque me parece muy raro que se haya presentado tan de repente.

Encojo los dedos en su camisa y me fijo en la barba de varios días que hace comunión con el cansancio que se refleja en sus ojos. Probablemente lleve horas sin dormir, es una de las cosas que tenemos en común. La plaza está en silencio y este se nos contagia hasta que agacho la mirada y veo el anillo brillando en mi dedo anular.

«Dios, no sé qué coño estoy haciendo», me digo a mí misma.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —pregunto rompiendo la promesa que nos hicimos cuando abandoné el hospital.

—Ocupado, la enfermería está a tope. Las últimas semanas han sido horribles en la frontera. Sufrí un ataque de nervios y me han invitado a tomarme unos días libres.

Los demonios se plantan en la mirada de Sam al decir esas palabras, son los amigos que más tenemos en común. Recuerdo cuando abrí los ojos por primera vez, sin ser consciente de que estaba muy lejos de Nueva Orleans. Él entró a la habitación y me sonrió con tranquilidad, dejándome ver los hoyuelos que ahora están ocultos por una barba imperfecta. Su constantes visitas y chistes hicieron más fácil mi estancia allí mientras las heridas comenzaban a cicatrizar hasta dejar una enorme marca en la parte derecha de mi espalda. Poco a poco nos hicimos cercanos y durante el proceso, averigüé que era el mejor amigo de Jason y que trabajaba allá donde el gobierno le solía enviar como agente y enfermero para mezclar sus dos profesiones en una.

Las semanas siguieron pasando y estas se convirtieron en meses, tiempo en el que me ofreció un refugio y despertó en mí sentimientos de bienestar y paz que sentí válidos en ese momento; pero que, ahora, me llevan a vivir un huracán de emociones donde ya no sé qué más hacer. Porque no solo me estoy engañando a mí misma, también a Sam, y eso me rompe por dentro, sobre todo cuando pone su brazo para que yo lo agarre y empecemos a caminar.

—La investigación no está siendo fácil —comento, necesito a alguien con quien poder liberar los pensamientos y las teorías que se mezclan en mi cabeza y que tenga conocimiento del caso en el que trabajo. Él me mira y se queda en silencio mientras caminamos, dándome el apoyo que tanto necesito—. Al parecer, el concejal Parish pidió expresamente a sus agentes de seguridad que lo dejaran tranquilo veinticuatro horas antes de que apareciera muerto. Uno de ellos desobedeció su orden, pero no pudo contactar con él, se había dejado el teléfono en su oficina. Su familia también rechazó la protección por las niñas, es sumamente irónico.

—¿Crees que fue un suicidio de verdad? —suspira y lleva la mirada al frente sin querer perderse las calles y edificios que se abren paso desde Jackson Square hasta el Barrio Francés.

—En principio todo indica que sí —afirmo, aunque no parezca pensarlo por el tono de mi voz—. Uno de mis compañeros encontró un mensaje sospechoso en el ordenador del trabajo, pero no hemos conseguido triangular quien lo recibió. Un correo electrónico que se envió a través de un servidor oculto, puede que sea el método que usen para comunicarse, tampoco era la dirección habitual de Parish.

—¿Crees que dejó ese rastro a propósito? —asiento y él también, dándose cuenta de lo inteligente que es eso.

—Teniendo en cuenta la nota que encontramos en su coche, podría decirse que sí. Pero lo que no me cuadra es por qué escribió eso si alguien estaba dispuesto a matarle. Quizá fuera una manera de despistarnos. —Tuerzo los labios e intento poner mis pensamientos en orden—. Espero poder averiguar algo estos días. Jason tenía razón en una única cosa, en las oficinas del FBI todo se mueve más rápido.

Pensar en que esto vaya tan despacio hace que el cansancio se siga acumulando en mi cuerpo a pesar de que ya me siento más calmada. Sam ha tenido ese efecto desde el segundo uno que nos conocimos y una parte de mí le agradece con locura que haya venido.

La otra sigue diciéndome que debo enterrar los sentimientos que recorren mi cuerpo con el bombeo de mi corazón, porque si no estoy segura de que voy a meterme en un buen lío y nadie se lo merece después de lo que ha pasado.

—¿Cómo llevas la investigación con ella? ¿Ha vuelto oficialmente? —No hay ningún tipo de maldad en su pregunta, ni siquiera lo siento en su mirada, pero me sorprende que, de repente, salte con esta pregunta.

Es tan bueno que me apena meterle en todo momento en un círculo malicioso que yo misma he creado.

—Me odia, lo que ya me esperaba —admito y, por más que lo intento, no logro sonreír con naturalidad—, pero a pesar de eso está en el equipo y es lo más importante. Jamás me habría perdonado que no volviera a lo que mejor sabe hacer por mi culpa. Nunca imaginé que fuera a traicionarla así, ¿sabes?

—A mí también me cuesta aceptarlo. Seguir órdenes de este tipo es tan doloroso que no quisiera estar en tu situación. —Sam lleva su otra mano hacia la mía y deja un apretón—. Pero me alegra que, aun así, lo hayas podido superar y seas capaz de trabajar con ella. Mientras tanto, conseguiré que te olvides de todo eso.

«Voy a ir al infierno por lo que estoy haciendo», pienso para mí sin poder mirarle a los ojos, por miedo a que pueda leer esas palabras paseándose por ahí. Jamás he llegado a superar haberle hecho esto a Katherine, ocultarme ante el mundo, no decirle la verdad, ni mucho menos los sentimientos que poco a poco envenenan lo que queda de mi alma. Y, para colmo, busqué a un sustituto al que me entregué por la necesidad de seguir adelante, olvidar y volver a darme una oportunidad.

Jackson Square ha quedado atrás pero, sin echar un vistazo a lo que hay allí, sé que la Milano de antes sigue parada en la plaza, un segundo antes de llamar la atención de Katherine y que su mundo cambiara para siempre.

# 8

*«Pensé en la oscura habitación. En todas aquellas capas y capas de silencio.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

Nueva Orleans vuelve a despertar con la noticia en las televisiones de la trágica muerte del concejal Parish y su familia. Decretado el secreto de sumario, la prensa puede seguir haciendo conjeturas, pero, al menos, eso nos da la libertad para seguir investigando sin temor a que cualquier periodista pueda entorpecer nuestro trabajo. En parte, tenemos suerte de que este departamento sea respetado por cada ciudadano y vecino de la ciudad, pero hasta yo sé que las cosas pueden dar un giro de ciento ochenta grados si la presión empieza a crear mella y eso significa que no podemos dormirnos.

Con un vaso de café en mano, camino hacia la sala de investigación con la última sonrisa de mi hermano Alexander metida en la cabeza. Su ilusión por entrar al cuerpo de policía se ha llevado todas las conversaciones de comidas y cenas en casa, y en cierta manera me resulta reconfortante que haya personas en mi familia que entienden bien este trabajo y el impacto que genera en nuestras vidas, pero también sé que no para todos es igual de sencillo.

El teléfono me vibra en el bolsillo y veo un mensaje de Nick que me sorprende por la facilidad que tiene de intuir que estoy pensando en él.

Nick: Si tienes un rato, podríamos vernos a la hora de comer, quiero comentarte algo.

La curiosidad empieza a escalarme por las manos hasta revolverse en el centro de mi pecho, pero al final respondo un simple «vale» que me sabe a poco teniendo en cuenta que le prometí no volver a viejas costumbres. No tengo intención de echar a un lado mi tiempo con ellos y es algo que ya he dejado claro al resto del equipo. Incluso Clyde me felicitó por controlar esa parte obsesiva que siempre me llevaba a no dormir, fumar y meterme en un círculo vicioso del que últimamente era difícil esquivar.

Ahora, veo a Jeremy colocando algunos datos más en el panel y, cuando camina con su ligera cojera presente, me deja pensativa por un momento. Un carrusel de imágenes atraviesa mi mente poniendo el fuego por delante junto a una sombra que se mueve delante de mí, pero esta se esfuma en cuanto Claudia llama mi atención.

—Creo que he encontrado algo. —La voz se le entrecorta y tiene el corazón a mil por hora, con esa hambre de investigación que descubrí en su primer día de trabajo—. Parish se reunió con alguien doce horas antes de su muerte, como no llevaba su móvil encima no hemos podido triangular su posición durante ese lapso de tiempo, pero las cámaras de seguridad de una tienda lo captaron en una cafetería de Baton Rouge.

Levanta la carpeta que lleva consigo y me invita a que vayamos juntas a la sala de investigación. Allí la abre y deja varias fotografías sobre la mesa donde se ve claramente al concejal frente a una persona que está de espaldas al objetivo.

El semblante de Parish es duro, tal vez amenazante o incluso asustado.

—¿Hay alguna imagen de la persona con la que está hablando?

—Lamentablemente no, puede que supiera dónde estaban las cámaras. No abandonó la cafetería por la entrada principal. Hay una salida en el callejón de la derecha que está fuera de toda vigilancia. —A pesar de que Claudia bufa, busca uno de los papeles y señala a una dirección que me anoto en la mente de inmediato—. Estuvieron ahí cerca de treinta minutos, todavía no hemos conseguido rastrear todos los movimientos de Parish a su vuelta, pero estamos en ello.

—Buen trabajo —halago con una especie de sonrisa—, yo misma iré a ver si alguien vio algo raro. Quiero que Anthony y tú os ocupéis de averiguar si estuvo en algún lugar más. Rastrear sus movimientos todo lo que podáis —pido y ella responde con una afirmación—. ¿Qué hay de las cámaras en el barrio donde vivían los Parish?

—Esto no te va a sorprender. —Claudia camina hacia el panel y se planta frente al mapa de la ciudad que está colocado al lado de las imágenes—. Las cámaras de seguridad estuvieron desconectadas varias horas a seiscientos metros a la redonda durante esa madrugada y parte de la mañana. He hablado con los operadores de vigilancia y me han dicho que pudo ser un fallo del sistema, pero que están comprobando si fueron manipuladas.

Y tiene razón, no me sorprende en absoluto. Disgustada por ello, llevo el vaso de café a mis labios y le doy un sorbo tranquilamente mientras observo las calles que hay por toda esa zona y que Claudia está señalando.

—Si no tenemos las cámaras del circuito cerrado habrá que hacerlo de otra manera. Investigar cuántos establecimientos hay por esa zona: cafeterías, bancos, supermercados, lo que sea, y si tienen instaladas cámaras que dan a las calles. Obtened las órdenes necesarias para acceder a esas grabaciones.

—Los vecinos dicen que durante un par de días un coche oscuro se estuvo paseando frente a la casa de los Parish —interviene Jeremy —, pero ninguno recuerda la matrícula o la marca, aunque eso ya es algo con lo que podemos empezar.

—Puede que fueran los de seguridad echando un vistazo a la familia, aunque ellos se negaran a tenerlos por allí, hay personas que son fieles a aquellos para los que han trabajado. No va a ser fácil que lo confiesen si eso pudiera meterles en problemas, así que id con cuidado. —Ese es el primer pensamiento que se me pasa por la cabeza, pero los años de investigación me han enseñado que cualquier cosa es posible con un caso de estas características—. Muy bien, empezad por ahí, no podemos fiarnos de nadie, así que tendremos que echar algunas horas extra —les pido con la calma perfilada en una pequeña sonrisa y después echo un vistazo a mi espalda—. Tengo que ir a ver a mi hermano pero, en cuanto termine, me voy a Baton Rouge a ver qué puedo averiguar. ¿Dónde está Milano?

—Al parecer tenía algo que hacer con ese Jason.

El disgusto de Jeremy al pronunciar su nombre es claro, pero intento que eso pase desapercibido, aunque por la forma en la que me mira está claro que él no puede hacerlo. La vergüenza se apodera de su mirada y, con un carraspeo, vuelve a las imágenes que hay en el panel; el silencio me deja pensativa hasta que veo a Claudia mirándome y no me queda otra que volver a fingir.

—Estoy bien —miento, puede que no se lo crean, pero ya me da igual—. Hay que centrarse en el caso, ella ya dejó claro lo que pasó y cómo quiere que sean las cosas. Si nos ponemos en contra del FBI podemos meter al departamento en problemas.

—Nunca entenderé por qué quieren trabajar en conjunto y no con su propia unidad. Se sabe desde siempre que ellos son más

eficaces. —Claudia intenta bromear remarcando la última palabra con un gesto de asco, pero, de inmediato, su semblante cambia y me giro para ver qué ha llamado su atención.

Clyde se persona en la sala de investigación levantando una ceja y mi compañera se gira para prestar atención a los papeles mientras sonrío tras el vaso de café. Suerte que Anthony no está por aquí para echarle una de esas miradas con las que sé que le quiere decir que más tarde tendrán una charla de pareja.

—Sargento, ¿qué le trae por aquí? —Mi superior me mira con complicidad y no tarda en cruzarse de brazos intentando adoptar esa postura de seriedad que, en realidad, va mucho con él.

—Quería saber cómo van los avances. El agente Reade ha llamado hace un rato. Según parece nos hemos adelantado con los últimos movimientos de Parish, no tenían idea de que estuvo en Baton Rouge en las doce horas anteriores a su muerte, así que muy buen trabajo, chicos. —Ninguno lo percibe, pero cuando Clyde nos da la enhorabuena, me anoto un punto que me hace mirar a Claudia y dedicarle un guiño—. Como ya sabéis, no quieren que más personas de la comisaría se impliquen en el caso y es algo con lo que el alcalde también está de acuerdo.

—¿Se ha puesto en contacto contigo? —pregunto y su afirmación me deja con la boca abierta, esto es algo que nunca suele pasar.

—Quiere la mayor trasparencia posible, está al tanto de tu vuelta al departamento y nos ha felicitado, cosa que le agradezco enormemente.

—¿Pero…?

Claudia, que ya va conociendo mejor cómo funcionan estas cosas, hace una pregunta que a todos se nos debe haber pasado por la cabeza. La mirada de nuestro sargento adquiere una mayor profundidad y eso empieza a preocuparme un poco.

—Eso significa que van a estar encima de nosotros, así que no quiero ningún error que pueda poneros en evidencia. Haced las cosas bien, pero no llaméis demasiado la atención, y que nadie sepa de la investigación secundaria que se está llevando a cabo. El alcalde también sabe que Milano está aquí fuera de peligro, y que tiene un compañero como enlace, pero ha sido informado de que este viene para la propia seguridad de ella tras lo ocurrido. —Clyde deja ir un

suspiro y después, echa un vistazo a las pruebas que hay en el panel y de las que podemos servirnos sin meternos en ningún otro lío—. Anthony está entrevistando a un par de amigos de los Parish, de momento no tenemos nada en concreto pero, en cuanto acabe, quiero que nos reunamos aquí, ¿de acuerdo?

Los tres afirmamos y le dedico a Clyde una sonrisa antes de que se despida y vuelva a su despacho. Al cerrar la puerta me quedo mirando el café que todavía tengo en el vaso y, aunque se ha enfriado, me lo bebo sin pensar en nada más. Claudia y Jeremy se han quedado en un tenso silencio que yo tampoco sé cómo romper, por lo tanto, hago lo que mejor se me da en estos casos.

—No os preocupéis por lo demás, centraros en lo que tenemos aquí, hablaré con Milano para ver qué podemos hacer con el resto. ¿De acuerdo?

—A sus órdenes, detective.

Jeremy no dice más a pesar de que en su mirada se nota que hay algo que se le remueve por dentro. Depositar la confianza en que nada va a salir mal es una carta a la que, como agentes, solemos jugar demasiado y, en esta ocasión, quiero pensar que va a ser así. Pero después, recuerdo cómo terminaron las cosas para mí y para Milano, y eso me pone un nudo en el estómago que no soy capaz de deshacer; porque da igual cuántos pasos demos hacia delante o el esfuerzo que ponga en intentar olvidarme de lo que pasó.

Cuando te hacen tanto daño y las cosas se tuercen de esa manera, el sentimiento se te queda metido muy adentro y, a veces, se me hace imposible creer que todo puede salir bien.

# 9

*«¿Por qué nos atormenta tanto esa vocecita obstinada en el interior de nuestras cabezas?»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

—Lo que me estáis pidiendo es que siga mintiendo a esas personas, y no pienso hacerles pasar por eso otra vez, ¿te queda claro?

—¿Tengo que recordarte que sigues las órdenes de Russell? Nosotros fuimos quienes te pusimos a salvo, quienes te dimos una segunda oportunidad y quienes han logrado que estés aquí hoy.

—¡Pues no tendríais que haberlo hecho! —Mi voz se eleva tanto que hasta a mí me sorprende estar gritando y a punto de sufrir un ataque de nervios.

El tiempo me ha robado muchas cosas, hasta mi propia cordura y cada una de las capas que una vez me hicieron otra persona, y ya no quiero seguir permitiendo que eso sea así. Jason se desespera y lanza una patada al aire antes de darse la vuelta y encararse conmigo apuntándome con el dedo. La furia en sus ojos brilla y se viene a por mí con el gesto desencajado, hasta que Sam interviene y le coge de la camisa para estamparlo contra la pared.

Esta es una escena que jamás en la vida pensé que llegaría a presenciar.

—Relájate de una puta vez —le espeta con los dientes rechinándole.

Desde aquí le veo cerrar los dedos y temo que le pegue un puñetazo a Jason, así que doy un par de pasos y llego hasta ellos para separarlos y dejar los brazos estirados, con una mano en cada pecho y mi corazón a punto de estallar por la situación.

La mirada se me empaña en lágrimas y me cuesta respirar, así que cierro los ojos y me digo a mí misma «basta ya, tengo que ser fuerte, necesito serlo si quiero que esto salga bien».

—Te salvamos la vida, River, y hemos conseguido que Fortier

vuelva al trabajo, eso es lo que nos pediste antes de venir aquí, lo justo es que cumplas con tu parte del trato.

—No voy a mentirles. —Esta vez le miro a los ojos con más calma y pongo las palmas sobre su pecho para que me escuche con atención—. Mira, os prometí no decir nada de lo que pasó en realidad, juré por mi bandera que llevaría esto lo mejor posible, que llegaría aquí y haríamos esta investigación en conjunto con el departamento cuando me parecía una idea terrible, pero no voy a meterlos en una situación que pueda comprometer sus vidas. Creo que ya han sufrido bastante. Así que dile a Russell que a partir de ahora lo haremos a mi manera, ¿de acuerdo? Si me equivoco, asumiré las consecuencias.

Sam se queda paralizado en su posición, sabe que desobedecer una orden directa puede costarme algo más que la placa, pero eso no me hace cambiar de opinión. Ya he perdido demasiado, o más bien… ya no tengo nada que perder.

—Tienes claro que investigar a tus compañeros y al departamento supondría dar un paso enorme, ¿verdad? Esa es la razón por la que vine aquí, por la que empecé a hacer este trabajo cuando pisaste esa comisaría por primera vez. Joder, tenemos claro que hay un topo en ese lugar, ¿y ahora me vienes con estas chiquilladas? Vete a la mierda. —Jason se aparta y se lleva las manos a la cintura, intentando ponerse en mi lugar, pero siempre dando prioridad al agente que lleva en su corazón—. He estado espiando las comunicaciones de ese lugar durante casi dos años, sé que estoy cerca de averiguar quién es esa persona y tú quieres cortar todo por lo sano. De verdad que no te entiendo, River, no sé cómo tienes la cara de decir que estás totalmente entregada a este trabajo.

—No te pases, te lo advierto. —Sam vuelve a apuntarle con el dedo y hace que nuestro compañero levante las manos en son de paz.

La cabeza empieza a dolerme y tengo que hacerme con toda la fuerza posible para serenarme.

Recuerdo el día que conocí esta información, el momento exacto en el que supe que el FBI aprobó mi colaboración temporal con el departamento de policía para poder llevar a cabo su cometido. Tenerme ahí les daba la oportunidad de controlar a mis compañeros, a mis superiores y al resto de unidades que trabajan duro cada día para poner a salvo Nueva Orleans. Saber que mi teléfono también fue intervenido para poder facilitar esas escuchas me heló la sangre y,

después, todo tuvo sentido en mi cabeza. Los viajes a Nueva York, las preguntas, las veces que se pusieron en contacto con Clyde a pesar de que él jamás me dejó en una situación incómoda.

El día que lo supe todo exploté, me levanté de la cama del hospital y sufrí un ataque de ansiedad que me mantuvo sedada durante más de día y medio. Ahora, mirar a los ojos de Jason y ser sincera es lo único que me queda para poder seguir adelante con este maldito juego sin poner en peligro a las personas que tanto quiero.

—Por favor, dame la oportunidad de hacer las cosas diferentes. Acabaremos con ellos, pero no quiero que sea a costa de mis compañeros. Pondría la mano en el fuego por cada una de esas personas y te digo que no son el objetivo.

Los labios me tiemblan al pronunciar estas palabras y él es muy consciente de ello. Incluso Sam se percata de lo desesperada que estoy, tanto, que su mejor amigo termina por asentir y dibujar una sonrisa arrogante que no esperaba ver en este momento.

—De acuerdo, informaré a Russell. Le diré que el trabajo se verá comprometido si indagamos más allá, pero como esto salga mal…

—No pasará, te lo prometo. —La alegría se planta en mi expresión y me da el alivio suficiente para poder calmar el latido frenético de mi corazón.

Ahora mi habitación de hotel se ve más grande y, por primera vez en mucho tiempo, me apetece probar con la idea de traer un enorme escritorio y un ordenador que me permita darme esos momentos de descanso tan necesarios. Pero, al mirarlos de nuevo, las ganas se esfuman como si hubiera explotado un globo. Jason se despide de nosotros con la intención de volver al trabajo para indagar un poco más en la información que han conseguido en comisaría —aunque no me fío del todo—, y eso me da la oportunidad de respirar e ir hacia Sam para coger sus manos antes de refugiarme entre unos brazos que siguen dándome esa protección que tanto necesito últimamente.

Ojalá no estuviera mintiéndole tanto.

Ojalá este engaño no me estuviera matando por dentro.

—Deberías volver, no quiero que tengas problemas con tus compañeros. —La forma en la que pronuncia esas palabras me gusta, y no tengo más remedio que asentir.

—Acompáñame abajo, o siento que no tendré fuerzas para dar

un paso más.

Mi marido sonríe y aparta un mechón de mi cara con la misma delicadeza que tuvo conmigo cuando, día tras día, se dedicó a curarme las heridas que ahora forman cicatrices en mi espalda, parte de mi hombro y también en mi cuello.

Tomo aire para ponerme la chaqueta de mi traje y empiezo a caminar esperando lo que venga a continuación.

Salir del hotel y respirar la vida de Nueva Orleans seda el malestar que me ha anudado el estómago. Atrás dejo los gritos y las mentiras para meterme de lleno en algo que conozco muy bien, en una ciudad que sabe perfectamente cómo llenar de luz esos huecos de sentimientos vacíos. Y, al llevar la mirada al cielo, vuelvo a comprobar el efecto que esto tiene sobre mí.

Mantengo el silencio unos segundos hasta que me giro y encaro la bonita mirada oscura de Sam, brillando por primera vez en toda la mañana al verme más calmada.

—Gracias por acompañarme, y lamento el espectáculo —bromeo, aunque lo que hemos vivido ahí arriba, no tiene nada de gracioso.

—Intentaré hablar con él para que se controle un poco, no todo es válido solo por dedicar tu vida a esto. —De nuevo, lleva los dedos de su mano a mi mejilla y, aunque su mirada se pierde en otra parte por un segundo, no tarda en dejar una caricia que me sabe a gloria—. ¿Seguro que vas a estar bien?

—Te lo prometo —afirmo y, sin decir nada más, me pongo de puntillas para llegar a sus labios y besarle mientras guardo el tacto de su barba en mis dedos.

Le dedico una sonrisa al despedirme y él hace lo mismo antes de desaparecer por la puerta del hotel. En ese instante, me llevo las manos a la cara y dejo escapar un suspiro para alejar de mí las malas sensaciones que se acumulan en mi cuerpo tras ver el vídeo del asesinato de la familia de Parish y esa cicatriz. Mi cabeza me está queriendo decir algo, pero no deseo llevar ese malestar conmigo a comisaría, así que dedico un momento a arreglarme el pelo y, cuando me siento más segura, doy el primer paso.

Mi BMW está en la acera de enfrente, pero cuando levanto la vista para dirigirme a él, me quedo helada en el sitio.

Katherine está mirándome y, desde la distancia, puedo ver sus

ojos inyectados en una gran decepción. Por un segundo, pienso que se va a largar de aquí corriendo, pero hace todo lo contrario porque se cruza de brazos y se apoya en mi coche para esperar a que llegue a su encuentro. ¿Por qué el universo me lo tiene que poner tan difícil?

La boca se me seca y, aunque trago saliva, no consigo destruir los nervios que se han abierto paso en mi pecho y que crecen conforme doy un paso, seguido por el latido de mi maldito corazón. Ella clava los ojos en mí y donde en el pasado hubo amor, ahora solo veo una mezcla de odio y más cosas que no quiero descubrir.

—Me ha extrañado que no estuvieras en comisaría, así que he pensado que a lo mejor te encontraría aquí. —Katherine tiene esa capacidad para hablar como si nada, aparcando a un lado sus sentimientos para centrarse justamente en lo que quiere decir. Y esta vez no iba a ser menos—. Veo que no tenemos nada de lo que preocuparnos con el caso —suelta y la guillotina corta cualquier síntoma de calma.

—Aunque no lo creas, estaba aquí por trabajo. Sam es…

—No me interesa —me corta. Con frialdad, se saca un caramelo de su cazadora de cuero y se lo mete en la boca sin miramientos—. Tenemos que ir a Baton Rouge para intentar averiguar qué hacía allí el concejal Parish, así que espero que actúes como la agente que eres.

Me gustaría cerrarle la boca, argumentar algo inteligente que pueda luchar contra la arrogancia que me demuestra en este momento, pero las fuerzas para discutir se me han quedado en la habitación del hotel. Si tuviera una mínima idea de lo que estoy pasando cerraría la boca, pero no puedo hacerlo, no puedo decirle todo lo que sé sin destruir lo poco que nos queda de un pasado que ya está sumamente lejano. Así que me callo y la sigo para subirme en su Cadillac —por supuesto que no va a permitir que vayamos en mi coche—, porque sé que eso va a ayudarla a no hablar mientras se centra en la carretera.

El caramelo se mueve en su boca despacio mientras clava la mirada al frente justo cuando se enciende el motor y pone rumbo a nuestro destino.

Me pongo el cinturón de seguridad sin decir una sola palabra, notando cómo las manos empiezan a temblarme. Su perfume invade cada rincón de este lugar, y mientras trato de cerrar los ojos y serenar mi agitado corazón tengo la sensación de que esta bomba va a estallar


de un momento a otro.

# 10

*«El amor no lo conquista todo. Y el que lo crea es un insensato.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

La Interestatal 10 sigue dándome escalofríos porque en la cabeza tengo metido cada uno de los kilómetros que crucé a toda velocidad para ir a por Remy y poner a salvo a la mujer que está a mi lado sin decir una sola palabra. No tengo idea de cómo puedo seguir conduciendo cuando la sangre me hierve en las venas y empiezan a formar un ovillo de sentimientos que crece y crece en el centro de mi pecho. Durante más de cincuenta minutos no me he atrevido a mirarla a los ojos ni a mediar palabra. La radio está puesta, aunque a un volumen bajo, pero me ayuda a no percibir su respiración o el latido de su corazón. Verla frente al hotel con el que debe ser su marido me ha sentado peor que una patada en el estómago y, aunque tengo que cumplir con mi trabajo, no sé cuánto tiempo más podré hacerlo. Hasta mi conversación con Nick me ha terminado por joder la mañana con su maldito miedo a que Alexander quiera trabajar como policía.

Lo más claro es que tal vez nunca debí volver al departamento, ni tampoco aceptar ser yo quien trabajara directamente con Milano. Clyde me lo dejó claro nada más vernos, de hecho, fue él quien sugirió que tomáramos caminos diferentes en la investigación fuera de comisaría; pero hacerle caso a mi cabeza y a mi arrogancia ha sido un error que voy a pagar, estoy segura.

La carretera se extiende frente a nosotras como una serpiente que se curva y estira en absoluta calma y sin peligro, porque el veneno está dentro de este coche y lo compruebo cuando Milano se lleva la mano a su cuello, rozando su pelo con la punta de los dedos. La observo por el rabillo del ojo y aprieto los labios en un intento por serenar los sentimientos que siguen atacándome el alma sin piedad. ¿Por qué mi corazón palpita así cuando es obvio que tampoco soporto estar a su lado?

Suspira y echa un vistazo a su reloj antes de centrarse en la carretera y yo hago lo mismo, permitiéndome un segundo para llevar un mechón de pelo tras mi oreja.

—Todavía usas el champú de tu sobrino —suelta de repente, y esas siete palabras son más que suficientes para detonar la rabia que llevo en mi interior.

Sin pensármelo, doy un volantazo con el coche y las ruedas derrapan antes de parar a un lado de la carretera, sin que me importen los vehículos que siguen pasando por aquí.

—¿Qué haces?

—¿Qué haces tú? —le recrimino y doy un golpe al volante con las dos manos—. ¡¿Qué coño haces tú?!

El enfado sube rápidamente por mi cuerpo y me quito el cinturón de seguridad con rabia antes de abrir la puerta del coche y salir. Alguien me pita en cuanto pasa por mi lado, pero lo ignoro y sigo caminando hacia el paraje de hierba que hay junto a la carretera y que lleva a una zona residencial alejada completamente de la ciudad.

Me cuesta respirar y centrarme en lo que tengo delante. Puede que de un momento a otro me caiga redonda y no podría reprochármelo, aunque está claro que esto es poco para lo que me espera, porque Milano me alcanza y, cuando me agarra del brazo, me la quito de encima dándole un golpe sin querer. Al girarme veo la pequeña herida que se abre en su labio inferior y un hilo de sangre camina lento hacia su barbilla. No sé por qué espero que ella me responda de la misma forma, pero lo que hace me deja todavía más descolocada cuando se atreve a encerrarme entre sus brazos.

Su mano se clava en mi nuca y me acerca a ella en un intento por calmar el terremoto que llevo dentro. Pero esto ya no sirve de nada.

—Lo siento, Kat, lo siento mucho. Tienes que perdonarme —suplica y noto el temblor de su cuerpo—. Por favor, no lo hagas más difícil.

Esas palabras se abren paso por mi pecho de una manera dolorosa e injusta y mi respuesta no es otra que apartarme bruscamente para darle una bofetada. La mejilla se le pone roja de inmediato y noto el ardor en la palma de mi mano.

—¿Cómo tienes el atrevimiento de decirme algo así después de

lo que has hecho? —pregunto y noto cómo las lágrimas empiezan a invadir mis ojos—. ¡Te lloré durante semanas! Tanto, que por un momento creí que me iba a morir del dolor. Si no fuera por mis hermanos no estaría aquí, ¿y ahora me pides que no te lo haga más difícil?

Por inercia me río sorprendiéndome a mí misma. Después, niego y me llevo las manos a la cara mientras me agacho y grito totalmente desesperada.

—Katherine, estamos en mitad de la nada… vamos, por favor.

Cuando me pongo recta veo su expresión agotada, puedo reconocer que está cansada de vivir esto, pero el dolor de todos estos meses vuelve a despertarse en mí y hace que me importe una mierda.

—Deja de decir eso —le reprocho y la apunto con el dedo—. Deja de pedir disculpas como si hubieras llegado tarde a trabajar. Jamás te voy a perdonar lo que has hecho, ¿me oyes? ¡Nunca!

Da un paso al frente y respondo alejándome más. Ya no puedo impedir que las lágrimas corran por mis mejillas, así que las dejo ir, rompiendo con mi propia regla de seguir manteniendo la coraza de detective dura. Las piernas me tiemblan y caigo sobre la hierba antes de apoyar los codos en mis rodillas y taparme la cara. El recuerdo de los primeros días tras el incendio comienza a chocar con las paredes de mi cerebro y me es imposible sacarlas de ahí. Estas se mezclan con la única fotografía que logré recuperar y con el funeral de la mujer que sigue frente a mí. Una mujer que jamás murió de verdad y que, ahora, vuelve convertida en una persona que ya no reconozco.

—Tuve que hacerlo, Kat. —Milano abre la boca y después duda. Me cuesta escucharla y no soy capaz de mirarla a la cara, así que continúa—: Dije la verdad, nunca te habría hecho daño a propósito y ojalá pudiera darte una explicación más razonable, pero no puedo… no puedo dejar que tú…

—Ojalá hubieras muerto de verdad. —El pensamiento se me cruza por la cabeza y lo digo en voz alta sin temor al daño que pueda hacer. Al secarme las lágrimas levanto la mirada y veo lo que he provocado en la persona que me devolvió las ganas de amar y que destrozó mi vida a partes iguales—. Ojalá aquel incendio hubiera arrasado contigo de verdad. —Ahora es ella quien deja ir unas cuantas lágrimas que para mí no significan nada y, de inmediato, vuelvo a adoptar esa dureza que me ha ayudado en muchos momentos de mi

vida—. Me ha quedado muy claro que nunca te he importado, y odio haber creído que podríamos llevar este caso juntas.

—Kat… no lo hagas —pide con los labios temblándole.

—A partir de ahora trabajaré con Jeremy —sentencio y busco mi teléfono en el bolsillo del pantalón—, nos veremos en comisaría para centrarnos en la investigación, pero fuera de ahí no quiero que te acerques a mí nunca más, ¿te queda claro? Y ni se te ocurra volver a casa de mi hermano o juro que yo misma haré lo que el fuego no hizo contigo. Vuelve con mi coche.

—Katherine… —balbucea.

—¡Que te largues! —chillo, y el odio se delata tan profundamente en mis ojos que parece abrirle una herida enorme en su pecho.

La veo afirmar y, en silencio, da media vuelta para dirigirse hacia mi coche y sentarse en el lado del conductor. Cuando arranca el motor tardo dos segundos en llamar a Jeremy.

—¿Cómo vais?

—Necesito que vengas a recogerme para ir a Baton Rouge, Milano se vuelve con mi coche.

—Espera, ¿le has dejado conducir tu Cadillac? —Mi silencio le hace darse cuenta de que ha debido pasar algo y obvia esa cuestión mientras carraspea—. ¿Dónde estás?

—Te mando la ubicación exacta, no tardes.

Al colgar el teléfono este me tiembla en las manos. Por un instante, deseo llamar a la persona que ha estado a mi lado durante todos estos meses y cuya relación ha cambiado tras unos acontecimientos que me dejaron totalmente destrozada. El nombre de Hailey aparece en pantalla y casi pulso para poder escuchar su voz, pero los nervios hacen que deseche la idea por completo. Una cosa es que hayamos retomado nuestra amistad, o que vayamos de picnic junto a mis hermanos, y otra es querer pedir su consejo sobre Milano cuando ellas ni siquiera se han visto más de una vez.

Las dudas me asaltan y hasta tengo miedo de exagerar o ser yo la que está construyendo un laberinto del que no podré volver a salir, así que termino por echar a andar y esperar a que los minutos pasen lo más rápido posible hasta que llegue Jeremy.

. . .

El centro de Baton Rouge está abarrotado y cuesta no contagiarse de la energía que desprende la gente a estas horas. En los bolsillos de la chaqueta llevo varios envoltorios de los caramelos que me he comido mientras esperaba. Jeremy, cuando me vio sentada en el césped y con cara de pocos amigos, no se atrevió a decir nada y todavía no ha abierto la boca al respecto. Ahora, los dos avanzamos hacia 3rd Street para situarnos delante de Maison Mocha, una cafetería de aspecto clásico con muebles y suelos de madera. A través del gran ventanal se puede observar a los clientes que ya disfrutan de sus respectivos cafés, y cuando me giro, puedo ver la cámara que grabó a Parish en la distancia.

Nos dirigimos al callejón situado en la parte derecha del local y comprobamos la salida que va hacia el final de este. A cada lado, hay un cubo grande de basura y yo misma compruebo cómo las paredes impiden que se pueda ver gran parte de la calle que queda a nuestras espaldas.

—Al otro lado están las avenidas, si no hay cámaras de tráfico dudo que podamos sacar algo que nos ayude. —Mi compañero bufa y me encojo de hombros antes de continuar—. Será mejor que entremos a ver si alguien recuerda lo que pasó aquel día.

La calma se persona de nuevo en mi interior y agradezco poder hacer mi trabajo a pesar de lo que he vivido hace menos de dos horas. Antes de cruzar la puerta de la cafetería recuerdo los ojos de Milano bañados en una profunda tristeza que no me puedo sacar de la cabeza aunque no me arrepienta de lo que dije. Y con esa tesitura, doy un paso adelante y me dirijo junto a Jeremy hacia la barra del bar. Tras esta, una mujer de pelo rubio nos saluda con una sonrisa en los labios mientras se seca las manos con un trapo. No debe tener más de treinta años y en sus ojos avellana se ve esa alegría que sé reconocer en alguien que ama su trabajo.

Recuerdo que, en algún momento de mi vida, yo también lo dejé ver.

—Buenos días, ¿qué van a tomar? —La pregunta viene con un tono de voz dulce que no pasa desapercibido, lástima que no esté aquí para cumplir con sus deseos.

—En realidad queremos hacerle algunas preguntas. —Bajo el tono de mi voz y después le enseño la placa que llevo conmigo para hacer las presentaciones—. Katherine Fortier, él es el agente Martin.

—Jeremy la saluda mostrándose tranquilo y hago lo mismo con tal de no poner nerviosa a la mujer que tenemos delante—. Estamos investigando la muerte del concejal Richard Parish, y sabemos que estuvo aquí el pasado sábado por la tarde, ¿se encontraba trabajando a esa hora?

—Los sábados hago turno doble —responde ella—. Yo le atendí, de hecho, ha venido un par de veces por la zona, pero no sabría decir en qué puedo ayudar exactamente.

—¿Notó algo raro en él? —interviene mi compañero—. Si estaba serio o nervioso. Las cámaras de seguridad de la tienda que hay enfrente lo muestran sentado en esa mesa de allí durante casi dos horas, también estuvo reunido con una persona durante un buen rato.

La mujer se queda pensativa y lleva la mirada hacia la mesa que le acaba de señalar, justo delante de otra de las que están pegadas al ventanal. El movimiento en la cafetería es rápido y eso la obliga a pedirnos un segundo para llamar a uno de sus compañeros.

—¿Puedes ocuparte un momento? Vuelvo en cinco minutos. —El hombre se nos queda mirando y después asiente sin ofrecer problema.

Olivia; como pone en el delantal que lleva puesto, sale de detrás de la barra y se acerca a nosotros en un acto típico de alguien que no quiere ser escuchado por ningún curioso.

—Llegó sobre las cuatro de la tarde y pidió un sándwich además de un café. Recuerdo verle algo inquieto, pero en todo momento se mostró simpático; sin embargo, cuando fui a servirle escondió una especie de diario en el que estaba escribiendo, como si tuviera miedo a que pudiera ver qué ponía.

—¿Recuerda cómo era? —pregunto mientras el propio Jeremy lo anota.

—Creo que tenía las tapas marrones, pero no lo puedo asegurar. El papel era como amarillento, lo recuerdo porque se parecía a los que suelo usar para anotar los pedidos. Siempre usamos material reciclado. —Ese detalle me lleva a recordar la nota que tenemos como prueba de su suicidio y me anoto en la mente revisarlo al volver—. Después pasó algo raro…

—¿Raro? —afirma ante mi pregunta, aunque se muestra algo nerviosa—. No se va a meter en líos, tranquila.

—Un tipo llegó a eso de las cinco, pero no lo hizo por la puerta principal. Alguien le dejó entrar por la parte de atrás. Era alto y

corpulento, bastante musculoso. En cuanto cruzó la mirada con el señor Parish empezó a increparle sobre no haber cumplido el plan o algo así, no llegué a escucharlo bien. Cuando empezaron a levantar la voz, me acerqué a ellos y el concejal le respondió que dejara a su familia en paz.

—¿Y no dijo nada más?

—No que yo recuerde —responde mirándome a los ojos y después se queda un rato en silencio, quizá intentando llevar alguna imagen más a su mente—. El hombre se marchó enseguida, tenía los ojos marrones y se le veía bastante enfadado, muy profesional. Ya saben… iba vestido con un traje que tenía pinta de ser bastante caro.

—¿Podría decirnos quién estuvo con usted esa tarde?

—Claro, nuestro cocinero John, Megan y el jefe, Liam Howard. Tiene varias cafeterías entre Baton Rouge, Nueva Orleans y Bossier City y suele pasarse por aquí una vez al mes, aunque el sábado pasado no lo esperábamos. Se puso bastante intenso, un poco controlador. —Jeremy y yo nos miramos mientras anota lo que ella nos dice—. El resto estuvo todo el tiempo en sus puestos, tal vez se olvidaron de dejar la puerta cerrada, podría comprobarlo en un momento.

—Tranquila, no va a ser necesario. —Con una sonrisa le entrego mi mano y la estrecha con fuerza—. Gracias por todo y lamentamos haberla molestado. —Antes de despedirme le quito la libreta a Jeremy y apunto mi número—. Si recuerda algo más que pueda ser relevante, comuníquese conmigo.

Olivia asiente y antes de salir de la cafetería, me giro y llamo la atención de la camarera.

—¿Tiene idea de hacia dónde fue el concejal cuando se marchó de aquí?

—Juraría que por allí —señala hacia el este y nos dedica una sonrisa—. Tengo la costumbre de fijarme en estas cosas cuando la gente se marcha de aquí, para desearles buena suerte.

—Claro —afirmo y, junto a Jeremy, vuelvo a las calles de Baton Rouge sin decir nada más.

Aquel día, el concejal Parish tenía las horas contadas, la cuestión que se abre paso en mi mente en cuanto volvemos afuera es si él era consciente de ello como parece, o si el suicidio esconde algo más detrás.

# 11

*«La idea de dejar de ser tú mismo, encierra un gran atractivo.»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

12 de abril de 2024, viernes.

El pasillo empieza a agobiarme, como si las paredes estuvieran a punto de dejar su sitio para encerrarme y aplastarme convirtiéndome en polvo, pero la verdad es que no me importaría para nada. Cada metro que avanzo se convierte en una tortura, ir hacia la sala de autopsias se vuelve difícil y esa parte de mí que disfrutaba con este lado de la investigación se me hace duro, tanto, que por un momento pienso en dar la vuelta y dedicarme a lo que mejor sé: analizar las pruebas que tengo delante. Dennise me recibe con una sonrisa y saludo al resto de los chicos con un gesto con la cabeza. Hace dos horas que ellos están aquí y siento la extrañeza de sus miradas, no es habitual que llegue tarde.

Sin embargo, eso pasa a un segundo plano cuando choco con Katherine y su absoluta indiferencia. Cada vez que cierro los ojos y la veo no puedo apartar el momento exacto en el que el dolor la invadió por completo hasta romperla en mil pedazos. Tengo su voz metida en lo más profundo de mi ser, la rabia, los gritos, las lágrimas, todo es un conjunto dañino que me empieza a romper por dentro haciendo pedazos mis huesos y también mi corazón. Pero, una vez más, hago todo lo posible por echar eso fuera e intentar hacer bien este maldito trabajo. Así que, respiro, levanto mi mano y me recompongo esperando que esta tortura se acabe pronto.

—¿Te pasa algo? Pareces…

—Estoy bien —corto con sequedad a Anthony y enseguida miro a Dennise para que nos cuente qué es lo que tiene.

Ella aprieta los labios y suspira mientras clava la mirada en mí. Siento que está intentando leer más allá de mis ojos y no puedo odiarla por eso, pero sí agradecer que deje de hacerlo y que camine

hacia su ordenador para poner en pantalla algunas imágenes que logran captar nuestra atención de inmediato.

—He recuperado los casquillos de bala en los cuerpos de la mujer de Parish y sus hijas, también eran de una 9 milímetros. Pero eso no es lo más interesante. Al hacer la comparación con la del suicidio del concejal me di cuenta de que todas tenían un pequeño defecto de fábrica, una marca que al solapar las pruebas aventuran a que las balas vienen del mismo sitio, y no que esto sea una simple casualidad. —Las imágenes se suceden una tras otra cuando ella aprieta un botón y me quedo mirando la pequeña marca que hay en los casquillos—. Eso también hizo que no se deformaran por el impacto como lo haría una común.

Para una persona normal esos detalles pasarían desapercibidos, pero Dennise es tan buena que ya no concibo una investigación sin que ella esté en el equipo.

—La teoría del suicidio empieza a caerse. Creo que darse prisa en eliminar a su familia les ha hecho un flaco favor. —Mi comentario no pasa desapercibido para Anthony y Claudia, quienes asienten haciendo unas cuantas anotaciones.

—Tengo algo más. Me he pasado toda la noche con las grabaciones de las cámaras y he conseguido sacar varias imágenes nítidas del arma que llevaba su asesino. Al hacer una comparación con el sistema, este es el resultado. —Dennise sonríe y nos deleita con otra de sus genialidades y el gran trabajo que siempre hace para el departamento—. Su arma es una Glock 17, concretamente el modelo C, con algunas mejoras y cambios en su diseño y armazón. He investigado un poco y fue introducida en 1996, espero que eso os sirva de algo para averiguar de dónde procede.

—Eres increíble. —Todos nos sumamos al agradecimiento de Anthony hacia nuestra forense.

—¿Algo más que nos puedas decir de los cuerpos? —intervengo con la intención de avanzar más deprisa.

Últimamente solo puedo pensar en eso.

—Ya sabemos que no ofrecieron resistencia, así que no hay heridas defensivas. Los análisis de la señora Parish nos da la razón en que había tomado unos cuantos somníferos, eso hizo que no se enterara de nada. Las tres tenían quemaduras en varias partes de sus cuerpos, pero el fuego no llegó a más gracias a la actuación de los

bomberos.

—No me quiero ni imaginar qué se les pasó por la cabeza cuando las sacaron de ahí y se dieron cuenta de que ya habían muerto. —El semblante de Claudia se vuelve serio y mi mente intenta poner imagen a ese momento sin saber por qué.

El recuerdo del fuego me da escalofríos y logra tensarme tanto que la cabeza empieza a dolerme. La sensación me sube por la piel y arde en las cicatrices que tengo por la espalda. De repente, siento que la respiración se me corta y llevo una mano hacia mi cuello intentando abrirme la camisa para coger un poco de aire, cierro los ojos y tardo varios segundos en conseguir serenarme y volver a una realidad en la que el resto me está mirando.

—Decía que en el escenario no se han encontrado pruebas incriminatorias. —Dennise llama mi atención e intento hacer ver que no pasa nada.

—De acuerdo, creo que ya tenemos lo que necesitábamos, así que volvamos al trabajo. —Soy quien da la orden, pero no estoy segura de estar viviendo esta realidad en la que ya camino fuera de aquí para dirigirme hacia el ascensor.

Jason llama en ese momento y resoplo, no necesito su arrogancia ahora mismo, y durante un rato pienso en contestar el teléfono o no hacerlo.

Como siempre, la profesionalidad acaba ganando.

—¿Qué pasa? —pregunto cortante, él lanza un suspiro y logra desesperarme en cuestión de un segundo.

—Quería pedirte perdón por lo de ayer, fui un capullo —dice, y no puedo rebatírselo, así que decide continuar—: Tengo información. Al parecer, Parish se vio frecuentemente con su abogado en los últimos días. Todavía están analizando su móvil, pero hay varios mensajes eliminados que lo conectan con el senador de Luisiana, aún no puedo darte más datos.

—Nosotros tenemos algo, vamos a analizarlo ahora. ¿Cuándo vuelves a la ciudad? —Mientras hablo, siento las miradas de mis compañeros y me es imposible no fijarme en ellos cuando nos metemos en el ascensor—. Deberías estar aquí para avanzar con esto. —La tensión que nos rodea se puede cortar con un cuchillo. Katherine se queda a mi lado, con la cabeza apoyada y la expresión fría que he tenido que soportar en los últimos días. Jason me comenta que estará

en Nueva Orleans a última hora tras una reunión con nuestro superior, y no sé si eso me alivia o me pone todavía más rígida—. Te informaré cuando vuelvas. Dime algo si tienes alguna novedad.

—¿Algo importante? —Claudia se interesa y asiento más calmada.

—El teléfono del concejal nos ha dado algunos datos, esto se pone más interesante según pasan las horas.

Por primera vez esbozo una sonrisa que de verdad siento y el corazón me da un vuelco. Es como si varias partes de mi antigua yo se unieran para recordarme cuánto disfruto de este trabajo —a pesar de cuánto me está costando hacerlo—, de una investigación, de saber la verdad, de estar con las personas que quiero, mis compañeros y de… El anillo de casada brilla en mi dedo al llevar la mano hacia mi pelo para colocar un mechón tras la oreja, y la sensación de felicidad se esfuma cuando Sam aparece en mi mente, dejándome con mal sabor de boca y una gran decepción hacia mí misma que no puedo ocultar.

El trayecto en ascensor se me hace largo pero, en cuanto se abren las puertas y llegamos a la sala de investigación, trato de dejar esos sentimientos fuera para centrarme en lo que veo sobre el panel.

—Jason acaba de informarme que Parish tuvo contacto frecuente con su abogado en los últimos días. También han aparecido varios mensajes que lo vinculan con el senador de Luisiana, esto último puede que sea relevante o no puesto que todavía no conocemos el contenido, pero ya tenemos algo con lo que empezar.

Claudia me da un rotulador y dejo las anotaciones en los huecos que todavía quedan en el panel.

—Nosotros hemos indagado un poco más en los movimientos del concejal. Durante las últimas tres semanas estuvo haciendo la misma ruta, salía a correr por la mañana, iba al trabajo, volvía a casa y así continuamente. Salvo el sábado que fue a Baton Rouge, no tenemos indicación de que estuviera fuera de la ciudad, los datos de su teléfono móvil no muestran nada, pero, como bien dices, podría haberlo dejado en casa. —Anthony se lleva la mano a la barbilla donde tamborilea los dedos y mira el mapa de la ciudad que sigue en el panel—. Puede que tuviera uno personal, otro móvil que usara para casos especiales y que no esté registrado.

—Se pueden comprar terminales libres por Internet —interviene Claudia y eso nos deja a todos pensativos—, pero… ¿y si de algún

modo podemos conectarlo con su lugar de trabajo o el teléfono que nosotros tenemos? Quizá, después de todo, cometiera algún error.

—Los metadatos pueden darnos esa información. —Se me queda mirando como si no entendiera nada y me muestro encantada de poder aclarárselo—. A través de estos podemos construir un patrón, incluso saber mucho más que el contenido de mensajes que se envían o cosas así. Si logramos acceder a toda esa información, sabremos desde dónde, a qué hora y con quién pudo contactarse. El mensaje que descubrimos aún no nos ha dado nada en concreto, pero creo que dejó esa pista a propósito.

—Increíble —musita Anthony—. ¿El FBI no es quien se ocupa de esas cosas cuando están en una investigación?

—Sí, pero nosotros nos centraremos en Nueva Orleans o donde Parish se haya movido, no en quien trataba de contactar, eso puede darnos la respuesta de forma indirecta. —Con la emoción subiéndome por el cuerpo, me dirijo al panel y empiezo a escribir—. Si conseguimos acceder a toda esa información, podremos poner al concejal y cada uno de sus movimientos en el mapa. Los vecinos no sabían nada y en el trabajo nos han dejado claro que él mismo pidió a su seguridad que lo dejaran tranquilo. Él salía a correr, era cercano con la gente, muchos dicen que se recorría la ciudad de arriba abajo para saber cuáles eran las necesidades de las personas, pero ¿y si lo que estaba haciendo en realidad era reconocer un poco más el terreno?

—¿Qué quieres decir? —Por primera vez, Katherine abre la boca y mis ojos chocan de inmediato con ella, haciéndome dibujar una leve sonrisa como en los viejos tiempos.

Su gesto se relaja y se me queda mirando como aquellas veces en las que le parecí interesante de verdad.

—Una persona de su cargo tenía que cuidar bien sus movimientos, es verdad que no siempre llevaba a su personal de seguridad, pero presiento que era alguien precavido, puede que se haya dedicado a buscar lugares en los que no quería ser visto con nadie más —aclaro y me encojo de hombros—. Yo misma empecé a hacerlo cuando me vine a vivir aquí, nunca sabes con qué te puedes encontrar. Saber en el terreno que te mueves, marca la diferencia.

Katherine vuelve a reconocer a la friki que hay en mí y eso provoca el primer gesto calmado que la he visto en días. Claudia y

Anthony se nos quedan mirando, a veces podría decirse que son el vivo reflejo de lo que nosotras hemos vivido y, al darse cuenta, intentan llevar sus ojos a otra parte con tal de no aumentar la tensión del momento.

Pero ya es demasiado tarde porque, en realidad, esta empeora cuando Katherine vuelve a hablar.

—Desde luego es muy útil cuando no quieres que conozcan tus secretos. —El tono de su voz suena duro, implacable y de nuevo consigue clavarme un cuchillo en el corazón—. Espero que pronto tengamos noticias de esto. ¿Qué hay de Liam Howard?

El golpe bajo me ha dejado callada y con el rotulador temblándome en los dedos, así que decido dejarlo tal cual y vuelvo a mi silla para sentarme e intentar no volverme loca con esto, aunque sea imposible. Claudia es quien toma la iniciativa y pone una fotografía de él en el panel antes de hacerse con una carpeta que ha dejado sobre la mesa.

—Tal y como te dijo la camarera, es un empresario que tiene varias cafeterías a lo largo del estado. Es un hombre bastante comprometido que le gusta ir a los establecimientos de vez en cuando para comprobar que todo va bien. —Del portafolio saca varios documentos y los desliza sobre la mesa para que les echemos un vistazo—. En sus redes sociales sube todas las fotografías que puede de sus visitas, aquí tenemos las del sábado día 6. —Pongo la atención en las imágenes y, aunque no veo algo que sea relevante, sigo escuchando—. También se dedica al mundo inmobiliario y ha asistido a varias ferias durante este año. Anthony y yo estamos indagando un poco en todo eso.

—Muy bien, seguir con eso, pero sin llamar su atención por el momento. Jeremy y yo contactaremos con el abogado de Parish para ver qué nos cuenta. —Katherine se gira y me encara con gesto serio—. ¿Te encargas de todo eso que has dicho? No creo que pueda acercarme a un ordenador en años, de solo pensarlo hasta me dan náuseas.

Con las órdenes dictadas, la veo recoger varias cosas que hay por la mesa y servirse un café como si nada.

La cabeza empieza a dolerme con intensidad y siento que necesito respirar aire fresco. Hasta Anthony se da cuenta, pero me encojo de hombros en silencio, cojo mi chaqueta y abandono la sala

sin decir nada. Durante el trayecto me encuentro con Clyde y, aunque me saluda, no cruzo palabra con él. La garganta se me vuelve a cerrar y empiezo a respirar de forma entrecortada. Esto está siendo una locura, una puta locura con la que no quiero lidiar, pero en cuanto piso el siguiente pasillo me recuerdo que los que se han quedado en la sala de investigación estarán en un peligro mayor si no hago mi trabajo, cumpliendo con la promesa que le hice a Jason.

Y eso me hunde si cabe todavía más.

# 12

*«Me lanzó una mirada compasiva, solidarizándose con mi soledad y mi pena.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

Un silencio incómodo nos invade durante un rato y la razón acaba de desaparecer por uno de los pasillos de comisaría. Sin mediar palabra, me llevo las manos a la cabeza e intento poner cada uno de mis pensamientos en orden, hasta que percibo la mirada de Claudia fija en mí y advierto que tiene miedo a decirme lo que piensa.

—Dispara —pido sin contemplaciones.

—También es duro para ella —comenta y, de inmediato, busca la mirada de Anthony para respaldar su opinión—, creo que reprochárselo todo el rato no nos va a ayudar a trabajar en paz.

—Lo tenía fácil, que no hubiera vuelto —suelto con enfado, ella se cruza de brazos y el gesto me hace bufar y levantar las manos—. Vale, lo tengo claro, intentaré moderarme un poco.

—¿De verdad la odias tanto? —No me espero la pregunta de Anthony y él parece darse cuenta por el gesto arrepentido que pone después.

Verlos a ellos dos me recuerda la parte bonita de este trabajo, esa en la que puedes encontrar a alguien que te respalde en todo momento, que sepa del peligro, de las noches sin dormir, del dolor que causa la pérdida de una víctima, de lo que cargamos sobre nuestros hombros durante una investigación. Tener ese apoyo y amor mutuos es algo que no siempre ocurre para personas como nosotros y cada día que los veo me alegra más que se hayan encontrado. Pero, entonces, una punzada dolorosa me golpea directa al corazón, mi mente viaja al recuerdo de esos momentos con Milano y a las promesas que se han roto con el paso del tiempo. Hasta llevarnos al aquí y al ahora, donde nos hemos convertido en dos completas desconocidas. A una situación que es prácticamente insostenible y que

no sé cuánto tiempo vamos a poder aguantar. Pero odiarla, pensar en esa palabra y mezclarla con ella, me resulta igual de doloroso que haberla perdido, así que niego frente a mis dos compañeros y me encojo de hombros como si no tuviera idea de qué más poder decir.

—Deberías hablarlo con alguien, buscar ayuda fuera del departamento. —Claudia viene hacia mí y pone las manos sobre mis hombros.

Está a punto de darme un abrazo, pero me aparto por miedo a que las paredes que he levantado alrededor de mi corazón acaben por romperse.

—La última vez que hablé con un profesional acabó siendo una asesina, algo que me pasó también con mi mejor amigo, así que… creo que paso, tengo un don para atraer a personas peligrosas. ¿Todavía no os habéis dado cuenta? —Trato de bromear con el asunto, pero la verdad es que no lo consigo para nada.

—Al menos, inténtalo —suplica Anthony—. No tenemos ni idea de si está ocultando algo con respecto a lo que pasó, lo único que sé es que no me fío de ese Jason, creo que esconde algo y que cada día de trabajo es más difícil para Milano.

Los tres nos quedamos en silencio meditando sobre ello y la verdad es que no le puedo quitar la razón. Claudia tampoco dice nada, así que eso me asegura que también lo cree y, de repente, me entran ganas de indagar un poco más, de saber por qué él llegó al departamento de policía para pedirnos ayuda en una investigación que ahora, casualmente, ha terminado con el suicidio de una persona y su familia asesinada.

—Tenemos que centrarnos en esto —les pido, aunque ya no puedo sacar nuestras conjeturas de la cabeza—. Es mejor que no hablemos aquí de lo que pensamos con respecto a otro agente y yo… —Bufo sin remedio, intentando autoconvencerme de que en realidad voy a cumplir con lo que Anthony me ha pedido—. Me portaré mejor con ella. Si queréis una respuesta más clara es que jamás podría llegar a odiarla.

Mi confesión deja a Claudia con un semblante triste. Ante mí están dos de las pocas personas a las que puedo llamar amigos y saben perfectamente qué trasfondo tienen mis palabras. No la odio porque la quiero, porque sigo teniendo a Milano en mi corazón y nunca se marchó de ahí por más que la creyera muerta porque me es imposible

sacarla de mi cabeza; pero ahora, en esta realidad, tengo muy claro que nuestra historia ha terminado y que es inviable que las aguas vuelvan a su cauce original.

Pensando en ello, me encuentro con Jeremy que sale de la comisaría a paso rápido y con un maletín pegado a su pecho. Cuando entra el coche parece respirar por primera vez en mucho tiempo y eso me hace sonreír. Me gustan los agentes dedicados, y él está demostrando que cada pista que cae entre sus manos es más importante que la anterior. Su mirada destila cansancio y aunque no tiene comparación conmigo, intento que sus sentidos despierten un poco dándole uno de los caramelos que llevo siempre conmigo.

—No es un café, pero a lo mejor te sirve —digo poniendo las manos al volante—. ¿Qué has averiguado?

—La verdad es que no mucho, el trabajo del abogado de Parish parece muy hermético. Algunos de sus litigios se hicieron famosos a lo largo de Luisiana, pero desde hace un tiempo se ha dedicado más al trabajo de asesoramiento. Es solo que… —En cuanto arranco el motor le veo abrir los ojos con ese brillo que caracteriza a un buen agente, y eso significa que dentro de lo que cabe, sí tiene algo importante—. Su secretaria me ha comentado hace un rato que le ha notado algo nervioso, como si se trajera algo gordo entre manos, no sabía más detalles.

—Una secretaria que no sabe en qué está metido su jefe, interesante.

Con un movimiento de cabeza a modo de aprobación pongo rumbo a la dirección que Jeremy me indica y dejo que las calles de Nueva Orleans se lleven las malas sensaciones para cambiarlas por el hambre de seguir investigando este caso. Mi compañero deja atrás el maletín tras sacar una carpeta en la que hay varios documentos que miro de reojo.

—Tengo la sensación de que algo se nos escapa, detective.

—Como vuelvas a llamarme así, te quedas en comisaría —aclaro medio en broma. Él se me queda mirando y carraspea en un intento por poner en orden las palabras—. Dime qué estás pensando.

—Si Parish se suicidó debía estar muy seguro de que a su familia no le iba a pasar nada, ¿no? —asiento y no tarda en buscar una imagen en la que se ve fotocopiada la nota que se encontró en el coche del concejal—. De su oficina nos llegaron algunos informes y

Dennise me ayudó a hacer la comparación. La letra era suya, pero hay varios puntos que parecen fuera de toda premeditación, tengo la sensación de que escribió esto corriendo o, tal vez, estaba más nervioso de lo normal. No estoy en la mente de alguien que quiere suicidarse, por supuesto, y quizá ese fuera el motivo, pero me ha parecido curioso, como un indicativo de que algo no estaba bien.

Me quedo en silencio algunos segundos, volviendo a unos meses atrás, justo después de salir del hospital, cuando no tenía fuerzas para nada y lo único que deseaba era que me metieran en un hoyo bajo tierra para no salir jamás. En silencio, aprovecho un semáforo en rojo para coger la fotocopia y ver con mis propios ojos la supuesta nota de suicidio. La rúbrica se ve natural, pero es cierto que hay algunos puntos en los que parece como forzada y eso me deja pensativa.

—Desde el principio hemos barajado la posibilidad de que esto no fuera un suicidio y con cada prueba que llega a nuestras manos me queda mucho más claro. Puede que la familia Parish ya estuviera condenada y que algo, a última hora, saliera mal con el concejal. —Vuelvo a pisar el acelerador y, pensativa, barajo varias posibilidades que se abren ante nosotros—. Necesitamos saber qué hizo exactamente aquella noche. Desde que volvió de Baton Rouge hasta que acabó muerto. Tal vez Milano tenía razón y era una persona que sabía esconder bien lo que hacía.

—¿Qué ha comentado sobre lo que me has dicho del teléfono?

—Va a comprobar los metadatos de no sé dónde para ver qué hay de cierto en eso. Quizá encontremos algo más que nos de unas cuantas pistas, pero, de momento, vamos a ver qué tiene que decirnos su abogado.

Al llegar a Camp Street, nos encontramos con un montón de edificios elegantes que fueron construidos originalmente en 1850 y que se mezclan entre sí con diferentes fachadas, ventanales y un aspecto que combina perfectamente con los rascacielos del Distrito Central de negocios. La oficina del abogado de Parish se encuentra en el número 384, y las ventanas en arco llaman mi atención de inmediato, con un toque elegante que es imposible que pase desapercibido.

Jeremy coge su libreta y sigue mis pasos. La secretaria nos abre nada más llamar al timbre y lo primero que nos recibe son unas preciosas escaleras de mármol que se bifurcan a ambos lados en cada

uno de los pisos. Algunas oficinas están cerradas y en otras puedo ver movimiento en su interior, pero enseguida me centro en la puerta que hay a la derecha nada más subir al tercer piso, donde el apellido Harrison brilla sobre una placa. Antes de ser recibidos por la secretaria, me arreglo un poco el pelo y la chaqueta, poniendo una sonrisa en mis labios —poco habitual en mí— para destilar la simpatía que no tengo y por la que mi compañero parece reírse como si fuera algo importante.

Lo fulmino con la mirada justo antes de que una mujer se plante ante nosotros.

—Usted debe ser la detective Fortier —dice con un tono dulce y tranquilo, y acerca su mano para saludarme—. El señor Harrison la está esperando.

—Muchas gracias, él es mi compañero. ¿Le importaría que le hiciera unas preguntas?

La mujer se le queda mirando y después niega, señalando su escritorio para que él tome asiento antes de empezar con una entrevista que estoy segura de que nos va a dar unas cuantas respuestas.

El despacho de Harrison queda al fondo de la estancia y, cuando entro, me maravillo al ver las numerosas estanterías que decoran las paredes con decenas de libros que llaman mi atención y que resaltan junto a las fotografías y diplomas que hay repartidos por toda la sala.

—Señor, la detective Fortier ha llegado.

Su secretaria se despide agachando la cabeza y se escabulle de inmediato justo antes de que el hombre que me da la espalda y mira por la ventana se gire para sonreír y acercarse hasta mí.

—Espero no haber interrumpido su trabajo al pedirle que venga aquí, detective —niego con un gesto y eso le hace soltar un suspiro totalmente aliviado. Apretando los labios me cede la mano y estrecha la mía en cuanto yo hago lo mismo—. David Harrison, me alegro de poder tener una charla con usted.

—Lo mismo digo, por teléfono parecía bastante preocupado.

—Ah, querida, lo estoy, lo estoy. Jamás esperé que mi querido Richard fuera a acabar de esta manera. Que Dios lo tenga en su gloria, y su familia… horrible, ha sido horrible. —Con una negación toma asiento en la butaca a la que se aferra con tal de mantener los nervios en orden y que preside un enorme escritorio de madera antigua que

contiene carpetas, documentos, plumas caras, una pelota de béisbol y varias fotografías de la que debe ser su familia.

Con solo ver este lugar, se evidencia que el señor Harrison tiene una gran posición en la sociedad gracias a su trabajo y, probablemente, a los clientes que debe representar. Ya sentada, dejo mi libreta sobre el escritorio y me dedico un rato a seguir mirando lo que hay por aquí.

—Por lo que veo era muy amigo del concejal Parish. —Mi comentario llega cuando me fijo en otra de las fotografías donde los veo abrazados, sonriendo a la cámara y llevando unos palos de golf que los une en el típico juego de los adinerados de Nueva Orleans—. ¿Desde cuándo le conocía?

—Hace veintidós años. Él apenas era un crío, estaba a punto de graduarse y yo ya sabía que iba a llegar muy lejos. Nunca se tomó a la ligera las ciencias políticas, y lo demostró con su nombramiento en el 2018. Siempre ha sido un ciudadano ejemplar, alguien que amaba Nueva Orleans y a su gente por encima de muchas cosas. Incluso antes de obtener su cargo, buscaba la forma de ayudar a los vecinos con los que se encontraba. —Su discurso denota perfectamente el cariño que el hombre que tengo delante le tenía a Parish, y lo acepto sin dejar de analizar su postura.

No estoy aquí para juzgar las acciones del concejal a pesar de que pudiera estar metido en algo que iba en contra de sus ideales, pero ver a este hombre con los dedos cruzados y las manos apoyadas sobre el escritorio, me indica que de verdad tiene algo importante que decir.

—¿Nunca vio algo raro en él que estuviera relacionado con gente que no debía?

—¿Se refiere a si era corrupto o algo así? —El hombre se escandaliza y desmiente la insinuación levantando las manos antes de devolverlas al mismo lugar. Sus ojos marrones me analizan y, a pesar de que enseguida cambia el gesto de sorpresa por una sonrisa, estoy segura de que no le ha hecho ni pizca de gracia que haga esta pregunta—. Parish era buen hombre, jamás se le habría ocurrido hacer daño de forma gratuita.

Harrison se lleva la mano a su nuca y después, se acaricia una de sus cejas pobladas. Ya he escuchado esa frase antes y sé perfectamente lo mucho que puede joderte una persona a pesar de no tener intención

real. Porque al final, quien cae en ese juego es igual de dañino que el propio organizador. Casi me hace poner los ojos en blanco al recordarme el mismo discurso que pronunció Milano ante mí, y la verdad es que no sé cómo aguanto la compostura, pero lo que sí tengo claro es que tal vez este hombre tiene razón. Puede que hubiera un motivo por el que el concejal conocía los diferentes ataques que se han llevado a cabo sin estar realmente implicado.

Durante estos segundos de silencio, intento ver qué se esconde más allá de una mirada que enfoca a todas partes antes de volver conmigo, como si quisiera recoger las fuerzas posibles para continuar con la conversación.

—Señor Harrison, la familia de Parish fue asesinada horas después del suicidio del concejal, se imaginará que esta situación está muy lejana de ser normal. —Omito parte de la información que ya tenemos y juego con las palabras para que él se ponga un poco nervioso, efecto que consigo en cuanto hago una pausa—. Si hay algo que le preocupe es el momento de decirlo, usted fue el que insistió en que viniéramos aquí.

Levanta un dedo y me pide que espere antes de abrir uno de los cajones y buscar una carpeta que pone sobre el escritorio. La inseguridad le invade, hasta el punto en que posa sobre esta una de sus manos, como si fuera reticente a entregarme la información.

—Richard insistió en que pusiéramos en orden su testamento en las últimas semanas. Me sonó a locura puesto que gozaba de una gran salud y era joven, pero cada vez que le intentaba hacer ver que era demasiado pronto, él me contradecía. —Harrison desliza la carpeta y deja que yo la coja—. También cerró una venta a última hora. Una propiedad en Florida que puso a nombre de sus hijas además de la otra que tenía en Saint Rose. Creo que ni siquiera la había visitado, sonó como si se tratara de un lugar en el que esconderse si pasaba algo, la verdad es que cuando me enteré de lo que le ocurrió a su mujer y a sus hijas, le puse sentido a todo.

—¿Se comunicó con él durante ese sábado? —Con el bolígrafo entre los dedos sigo tomando anotaciones de cada frase de esta conversación y me quedo atenta a su respuesta.

El semblante de Harrison vuelve a cambiar y no tarda mucho en suspirar.

—Me envió un mensaje al teléfono. Dijo que me había dejado

algo en casa, un paquete que debía entregarle a su mujer en cuanto pudiera, me comentó que tenía algo que hacer, pero jamás imaginé que… —La voz se le atasca y puedo ver la congoja que le produce recordar a un buen amigo, incluso las manos le tiemblan antes de volver a buscar algo en el cajón del que ha sacado la carpeta, dejándome boquiabierta cuando pone una especie de diario sobre la mesa—. No lo he leído, para mí siempre ha sido muy importante respetar los deseos de mis clientes, aunque en realidad él era más que eso. Fue un gran amigo, alguien a quien consideré mi propio hijo. Ojalá sepan averiguar qué ocurrió de verdad. No logro perdonarme que su familia no estuviera a salvo.

—Estamos haciendo lo que podemos, señor Harrison. —Pongo esa confianza en mis palabras y cojo tanto la carpeta como el diario que me ha entregado—. ¿Alguien más sabía de la existencia de esto?

Niega y aunque se muestra algo asustado, enseguida carraspea y adopta una actitud más firme.

—Lo dudo mucho, no he hablado con nadie estos días y Parish jamás confiaría a alguien más una información que me daba a mí. Era bastante precavido con el trabajo y lo que tuviera que ver con ello.

Asiento y le doy la razón antes de ponerme en pie y estrecharle la mano. Cuando le miro a los ojos veo algo que todavía no había detectado en él y, al despedirme, le aseguro que no tiene nada que temer y que estará a salvo. Me sonríe y me acompaña fuera de su despacho donde Jeremy me dedica una mirada cargada de curiosidad en cuanto se despide de la secretaria y abandonamos la oficina.

—Esa mujer sigue sin saber nada —comenta en voz baja.

—Tengo el diario de Parish —anuncio dejándolo con la boca abierta mientras cruzamos la calle.

Con las dudas y la curiosidad puesta en saber qué vamos a encontrar, subimos al coche y conduzco a toda prisa de vuelta a comisaría.

No tenemos tiempo que perder.

# 13

*«Sombras alargadas, luz de pesadilla.»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

Creí poder olvidarlo, ignorar la presión en mi pecho, hacer como si nada y comportarme de una forma en la que mi corazón no se viera comprometido, pero nada de eso está saliendo bien. El dolor de cabeza me palpita en las sienes y empieza a moverse por todo mi cuerpo, síntoma de que pronto, este acabará conmigo. Hace casi diez minutos que me he encerrado en el cuarto de baño y no sé cuándo seré capaz de salir. Algunas gotas de agua me resbalan por el pelo y caen sobre el lavabo dibujando líneas que pronto se pierden en la nada. Estoy muy cansada, prácticamente destruida y aunque quiero preguntar si de verdad me lo merezco, sé perfectamente que yo soy la causa de esto.

Los primeros días en este departamento fueron difíciles, pero nada comparado con lo que estoy viviendo ahora. Ella me odia, me odia tanto que no soporta la idea de que esté a su alrededor y el alma se me cae en pedazos cada vez que soy consciente.

«Ella eligió volver», me recuerda mi conciencia, aunque eso no sea suficiente.

De nuevo, abro el grifo y dejo correr el agua antes de mojarme el cuello y la nuca. El frío me pone los pelos de punta, aunque a decir verdad creo que es la soledad que aquí me rodea. Un sentimiento que poco a poco se va abriendo paso en mi interior, llevándome a revivir una y otra vez la noche del incendio, en la que me salvaron la vida y, a la vez, me condenaron a desear la muerte.

La puerta se abre de golpe y doy un bote. Mi chaqueta está al lado del lavabo y tengo la mano metida por el cuello de la camisa, descubriendo parte de una cicatriz que enseguida me preocupo en cubrir porque odio que la gente la vea. Al girarme me choco con la mirada sombría de una de las personas que no deseaba que me viera así.

—Ya me iba. —Sueno cortante cuando miro a Claudia, pero no pretendo cruzar una sola palabra más.

Aunque, como es habitual, sucede todo lo contrario.

—Al parecer el abogado de Parish tenía algo importante que decirnos —comenta con total tranquilidad—. No entiendo por qué no se ha comunicado antes con nosotros, Jeremy y Katherine se han ido corriendo para ver qué ocurre.

—Algunas veces las circunstancias no son las que esperamos, créeme, es algo que vivo a diario. —Se queda callada, ni siquiera sé por qué se lo digo, aunque no me interesa averiguarlo—. Espero tener algo para cuando ellos vuelvan, debo centrarme en lo que tenemos delante de las narices.

—Siento que esto sea tan duro, no quiero ni imaginar lo que debes de estar pasando.

Sus ojos se tiñen de ese velo de tristeza con el que todos me observan cada vez que notan que no estoy bien y, la verdad, ya estoy tan harta de esto que no puedo evitar volver a suspirar.

Cualquier persona se habría marchado de aquí como si nada, de hecho, por un instante siento que podría ser como Katherine y ponerme una capa dura que nadie sea capaz de traspasar y fingir que me importa una mierda lo que sientan los demás, pero lo cierto es que no puedo y dudo que pueda conseguirlo en algún momento estos próximos días.

—Ya… lástima que no todos se den cuenta de eso. —Me encojo de hombros y antes de salir, pongo una mano sobre su hombro y me despido con una sonrisa.

Dejo ver mi dolor, pero no me importa, ya es demasiado tarde para ocultar lo que siento y guardarlo en mi interior. Mi cuerpo se para en mitad del pasillo, una parte de mí espera que ella salga del baño para darme un poco de merecido consuelo; pero, al final, avanzo porque no puedo detenerme ni un segundo más en intentar lidiar con esta situación.

En un abrir de ojos estoy en la sala tecnológica y meto en un ordenador una memoria USB para empezar a teclear, viendo como los códigos aparecen en pantalla. Diez segundos y los metadatos del teléfono personal de Parish aparecen frente a mí. No me es difícil cruzar el primer acceso para que aparezcan las diferentes ubicaciones en las que se ha movido y cada uno de los dispositivos que en algún

momento han estado cerca de este terminal. Mordiendo el lado derecho de mi labio inferior enseguida vuelvo a comprobar lo que Jason me comentó cuando empezaron a investigar esto en la sede del FBI: el concejal no dejó pistas en vano.

La información se desvía a un montón de servidores que aparecen en pantalla, sin embargo, no es eso en lo que quiero centrarme sino en cualquier dispositivo que nos conecte con Nueva Orleans o cualquier lugar cercano que haya estado mucho tiempo en conexión cercana con este teléfono y que actualmente se encuentre en funcionamiento. Si Parish se arrepentía de algo que había hecho —según su nota de suicidio—, sé que encontraré respuestas.

Después de todo, dejar aquella señal en su trabajo hubiera sido una total imprudencia y mientras espero dar con algo útil, no hago otra cosa que repasar las cosas que tenemos del caso.

«Por mucho que haya utilizado un servidor de incógnito sabía que de algún modo lo encontraríamos», me aclaro mientras sigo tecleando.

Los minutos siguen pasando y, cuando el dolor de cabeza se hace presente con más fuerza, aparece otra pantalla frente a mis ojos con un localizador en el que parpadea un punto que me muestra la conexión que estaba buscando. Cuando triangulo la posición sonrío y paro de teclear, varias ubicaciones se unen al juego, pero hay una en concreto que llama mi atención y que se encuentra no muy lejos de aquí.

—Saint Rose —murmuro al ver las imágenes de la población.

De inmediato, hago una búsqueda con los datos de Richard Parish y aparece que allí tiene una propiedad a su nombre, a la que solía acudir la familia para veranear. El punto que sigue parpadeando no me indica más que un lugar, por lo que solo hay una manera de saber si allí dejó su otro terminal. En silencio, doy a imprimir a todo y recojo mis cosas tras apagar el ordenador para buscar a Clyde e informarle de los avances; de hecho, voy tan deprisa a su despacho que ya noto cómo el aire me falta.

Su mirada está puesta en un montón de papeles pero, en cuanto llamo a la puerta y levanta la vista, me sonríe encantado.

—Milano, ¿qué te trae por aquí? —pregunta con interés, me encanta que me haga sentir como si nada hubiera pasado.

—He descubierto algo, iba a decírselo a los chicos, pero están

ocupados y Katherine ha ido a ver al abogado de Parrish. —Clyde no aparta la mirada de mí, en realidad se muestra tan interesado en lo que digo que los nervios se instalan en el centro de mi pecho—. El concejal tenía una segunda propiedad registrada a su nombre en Saint Rose. He hecho una triangulación de los metadatos de su teléfono y he descubierto que estuvo cerca de un terminal distinto durante mucho tiempo, probablemente no estuviera registrado. —Nuestro sargento arruga la frente como si no estuviera entiendo nada de lo que le digo, pero ahora, no tengo tiempo de explicárselo—. Creemos que usaba ese teléfono para comunicarse con posibles sospechosos, así que creo que deberíamos ir enseguida a ver qué encontramos.

—Me sigue sorprendiendo que con tus capacidades quieras seguir trabajando en un departamento como este, hasta el FBI se te queda pequeño. —Recibo su halago encantada y, aunque me encojo de hombros, él insiste—. Lo digo en serio, eres una agente increíble, me alegro de tenerte por aquí, pero no quiero que vayas sola, espera a que los chicos estén disponibles e id a hacer una comprobación. Pediré la orden de inmediato.

—Gracias, sargento —niega quitándole importancia y ahora soy yo la que quiere volver a dejárselo claro—. Lo digo por todo, este trabajo es mi vida.

«Este lugar lo es», pienso sin compartirlo en voz alta.

Abandono su despacho y voy hacia la sala de investigación. Allí me comunico con Claudia y me informa de que ella y Anthony han salido para comprobar una información que tiene que ver con Liam Howard. Las pistas que llenan el panel que sigue delante de mí me dejan en silencio y pensativa, necesito obtener respuestas cuanto antes y saber hacia dónde sigue avanzando esta investigación. Cuando la orden para entrar en la propiedad de Parrish llega, han pasado tantos minutos que siento la desesperación oprimiéndome el pecho.

Sé que esto no está bien y que no debería desobedecer una orden de Clyde, pero no puedo quedarme aquí sentada mientras el resto avanza con las pistas que tiene, así que decido seguir a mi cabeza y abandono la comisaría para meterme directa en mi BMW y dirigirme a Saint Rose. Conforme avanzo no paro de decirme que debería volver, que después de todo por lo que hemos pasado debería llevar más cuidado; pero, aun así, piso el acelerador para convertir el viaje de más de treinta minutos en unos cuantos menos y plantarme en una población tranquila, de casas unifamiliares cuyas parcelas están

compuestas por jardines enormes y una tranquilidad que de inmediato se me contagia. Antes de apagar el motor, hecho un vistazo a mi teléfono móvil y compruebo la ubicación una vez más. Después, salgo del coche y me pongo unos guantes de látex que acompañan mis pasos hasta el otro lado de la calle.

La casa de Parish tiene una construcción bonita y elegante, con paredes de ladrillo que parecen guardar múltiples recuerdos en su interior. A mi alrededor solo hay silencio y me sorprende que no haya nadie paseando por aquí, aunque la falta de coches me indica que probablemente los vecinos estén trabajando mientras que otros tal vez ni siquiera estén por aquí.

—Venga, puedo estar equivocada… —susurro antes de subir las escaleras y ponerme delante de una ventana para acercarme e intentar echar un vistazo al interior.

—¿Qué busca? —La voz de una mujer me sobresalta y, cuando caigo en su presencia, me pregunto cómo coño ha llegado hasta mí sin que me dé cuenta.

—Bue-buen día, soy la agente Milano. Del FBI —le digo y de inmediato le enseño mi placa—. Estoy investigando la muerte del concejal Parrish y su familia, tengo una orden para echar un vistazo al interior de la casa.

La mujer me escudriña con la mirada y no parece muy convencida de lo que le digo, así que intento mostrar la mejor de mis sonrisas en un intento por convencerla. Venir sola ha sido una malísima idea, estas cosas siempre cuelan más cuando dos agentes se personan en una propiedad.

—Ya le dije a uno de sus compañeros que los vecinos no hemos visto nada. Hacía más de un mes que la familia no venía por aquí y la verdad es que nunca han causado ni un solo problema. —La mujer habla con sus ojos azules bañados en hastío, como si alguien le hubiera estado molestando con frecuencia y es evidente que eso llama mi atención.

No sé si miente o es que de verdad Parrish era bueno en pasar desapercibido. Tal vez las últimas veces que vino por aquí lo hizo de madrugada y nadie fue consciente de ello, pero no es eso lo que ahora me importa, sino que otro agente haya venido a hablar con los vecinos, así que tiro de mi ingenio, vuelvo a sonreír y me llevo una mano al pelo para apartarlo con nervios fingidos.

—Lo lamento, es que he sido la última en sumarme al caso y me gusta comprobar las cosas por mi cuenta, ya deben estar cansados de atender a la policía —comento intentando llegar a las palabras correctas que la hagan decir justo lo que quiero—. Espero que al menos mis compañeros hayan sido agradables.

—Oh, sí, sí, hubo uno que fue especialmente simpático. Un tal Jared o… ¿cómo se llamaba? ¡Joseph, sí! Era altísimo y vestía muy elegante, jamás pasaría desapercibido ante nadie.

—Desde luego —comento e intento mantener la compostura con una broma que no sé si va a darme resultado—. Siempre ha sido el mejor vestido de la unidad.

—Y con esos ojos oscuros y pelo bien peinado, todavía más. Hasta esa cicatriz que le iba del brazo a la mano le quedaba bien, qué lástima, dijo que se la hizo salvando a un niño hace unos años. Su trabajo debe ser muy complicado, señorita…

—Milano —repito e intento mantener los nervios a raya, había olvidado cómo la gente cotilla podía irse de la lengua tan rápido y fijarse en tantos detalles—. Gracias por su colaboración, de verdad, ahora voy a intentar ocuparme de esto, no quiero llegar tarde a una cita que tengo a la hora de comer. También tenemos que disfrutar de la vida.

La mujer se echa a reír y me golpea en el brazo con cariño. Cuando nos despedimos se aleja lentamente, su espalda se curva ligeramente, pero no tarda mucho en meterse en su casa y dejarme a solas. En silencio saco las ganzúas que siempre llevo conmigo y me pongo a abrir la puerta. El clic me hace sonreír y, sin pensármelo dos veces, doy un paso al interior para que el silencio me abrace, convirtiéndose en amigo y también en un aliado que espero me acompañe durante un buen rato.

# 14

*«Es muy fácil ver las cosas retrospectivamente.»*
Donna Tartt*, El secreto*

KATHERINE

—No me puedo creer que siga siendo tan imprudente, ¡joder!

Jeremy da un bote a mi lado y aunque abre la boca, no se atreve a decir nada. Frente a mí se dibujan hileras de calles que voy dejando atrás conforme piso el acelerador y giro el volante para dejar atrás lo más bonito de Nueva Orleans. Hace casi una hora que no sabemos nada de Milano. «Después de todo lo que hemos pasado, ¿cómo se le ocurre?», pienso, y la sangre me hierve por su maldita estupidez. La rabia me circula por las venas, pero hasta así me doy cuenta de lo que pasa en realidad.

Imaginarla a ella a solas en un escenario peligroso me pone los pelos de punta y eso hace que conduzca sin una pizca de precaución.

—Katherine, vas a provocar un accidente, esto no es una persecución.

—Pues no me desconcentres —advierto, y aprieto los dedos contra el volante—. Clyde es idiota, ¿por qué no la ha parado…?

—No es el primer agente que actúa solo, tú lo hacías antes de que ella… —Jeremy se calla de golpe en cuanto lo miro e intenta poner atención a la carretera.

Tiene tanta razón que eso es precisamente lo que me tiene loca, creerme que estoy de nuevo atravesando la Interestatal para ir a ponerla a salvo cuando sé muy bien que ella tiene las cualidades suficientes para defenderse. «Sobrevivió a un horrible incendio, ¿no?», me digo esas palabras y, mientras las pienso, duele que una pequeña parte de mí se sienta orgullosa al darme cuenta de lo valiente que debió ser en aquel momento. Milano tuvo la tenacidad suficiente para sacarme de mi casa y enfrentarse al enemigo con las manos desnudas y yo… lo único que he hecho es joderle la existencia desde que volvió, a pesar de que tenga buenas razones para odiarla o para estar

enfadada, o… «También para quererla», me recuerdo.

El barullo de pensamientos que me recorren la mente provoca que me distraiga un segundo y me salte un semáforo en rojo.

Oigo el claxon de un coche que se une al grito de Jeremy, quien se aferra a su cinturón de seguridad y parece querer fundirse con el asiento del coche. Cuando le miro, veo que se ha puesto pálido y que el sudor empieza a caerle por el cuello, así que aminoro la velocidad y detengo el coche antes de llegar a un paso de peatones.

—Perdona, no quería ser tan brusca.

—Tienes que llevar más cuidado, no llevo bien la velocidad y lo sabes. —Mi compañero me hace el recordatorio y, de inmediato, me arrepiento, lo había olvidado por completo.

Intento formular una disculpa en mi cabeza, pero las palabras no me salen, así que intento sonreír y volver a conducir, esta vez con más calma. Antes de salir de la ciudad los dos cruzamos Bourbon Street y de lejos veo el lugar donde debería estar mi casa, un lugar que ahora está reducido a la nada, después de que una contrata se encargara de limpiarlo todo. Todavía no sé si quiero construir otra casa en el terreno, es algo que he ido retrasando con el paso del tiempo y que también he intentado olvidar por mi propio bienestar.

A mi lado, echo de menos a la mujer que tenía la capacidad de consolarme con su maravillosa sonrisa de pintalabios rojo —que ya no lleva nunca— y un simple gesto.

La imagen se pasa por mi mente y se instala ahí metro tras metro, hasta que por fin llegamos a nuestro destino y veo el BMW aparcado en una calle donde hay varias personas paseando y niños jugando en sus respectivos jardines. El sol brilla en lo más alto y no hay ni una sola nube que surque el cielo. Es un día precioso, un instante que quiero guardarme muy adentro para cuando las cosas se pongan mal «o tengas a Milano delante», mi subconsciente me da ánimos. Al cruzar la calle siento la mirada de una mujer, pero lo ignoro y me planto en la propiedad de los Parish, llamando a la puerta poco después. Pasan los segundos y no se escucha ni un solo movimiento en el interior, algo que me tensa y hace que me muerda el interior de las mejillas. Voy a matarla como le haya pasado algo, aunque al apoyar las manos en el cristal y acercarme para ver el interior, consigo verla en la lejanía.

Con el enfado ya presente, doy unos cuantos toques al cristal y

ella se detiene mientras cruza uno de los pasillos, quedándose estática en el sitio al verme. Está en serios problemas.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —increpo en cuanto la puerta se abre.

Milano se lleva el índice a los labios y nos pide silencio antes de hacernos un gesto para que pasemos. A mi espalda, dejo la mirada curiosa de la mujer que nos sirgue observando desde el portal de su casa y que me pone los pelos de punta. Parece la típica vecina que sabe muy bien lo que se cuece en el vecindario, es imposible que pase desapercibida para mí.

—He encontrado varios micrófonos —nos informa Milano y abre una de sus manos para que los veamos con más claridad—. No sé cuántos habrá por toda la casa.

Con un simple gesto, ordeno a Jeremy que inicie la búsqueda y él responde poniéndose unos guantes de látex —siempre lleva algún par en el bolsillo— para inspeccionar la casa.

Milano me dirige a lo que parece ser el despacho de Parish: una habitación que se encuentra al fondo de un largo pasillo, justo en la parte de atrás de la casa. La estancia me dice que parecía estar muy conectado con su trabajo y las responsabilidades de una vida como concejal. Hay estanterías con libros, un escritorio ordenado, algunas fotografías que decoran la estancia y un pequeño desorden que está claro por quién ha sido creado.

Durante un momento me olvido de por qué he venido aquí a toda prisa, hasta que ella sigue inspeccionando las estanterías y muebles.

—¿Por qué has venido tu sola? —pregunto sin poder aguantarme las ganas.

—Tú y Jeremy estabais fuera, y los chicos también se acababan de ir. No quería perder el tiempo en comisaría. —Milano se mueve por el escenario como si esto fuera muy común en su día a día de agente, y por un momento me pregunto si forma parte de lo que ha estado haciendo durante todos estos meses.

—¿Y arriesgarte a ponerte en peligro? Tú misma me dejaste claro que no querías eso para nuestros compañeros, sin embargo, puedes hacer lo que te dé la gana.

—Bueno, fuiste tú la que me dijiste que no querías trabajar conmigo. —La tranquilidad con la que dice esas palabras me crispa y

tardo poco en sentir ganas de largarme de aquí—. En cuanto Jason esté de vuelta iré con él a todas partes, así no tendrás que preocuparte por nada.

Sus palabras me dejan con la boca abierta y una frustración que crece hasta convertirse en el mismo enfado que me es imposible refrenar desde que ella volvió. Al segundo, ya estoy caminando hacia ella y doy un golpe a la estantería con la mano para llamar su atención.

Milano deja lo que está haciendo y levanta la mirada quedándose casi a mi altura, tan cerca que soy capaz de percibir el aroma cítrico de su perfume, una de las pocas cosas que parecen no haber cambiado. A pesar de que me desconcierta la forma en la que clava sus ojos en mí, estoy decidida a dejarle claras unas cuantas cosas y, por su gesto, no sé si está dispuesta a disfrutar de ello o, todo lo contrario.

—¿Eres consciente de dónde estás trabajando? Esto no es el FBI ni tampoco Nueva York o donde quiera que estés con tu compañero. Tienes que seguir las órdenes de Clyde y…

—¿De ti? —suelta sin más—. No hace falta que me lo digas, aunque que yo recuerde esta investigación empezó por mí. —Milano esboza una sonrisa arrogante que me deja totalmente descolocada—. Tú deberías ser quien siga mis órdenes en esta investigación.

—¡No te atrevas a…!

Vuelvo a dar un golpe en la estantería a la vez que su mirada se va hacia la puerta. Cuando me giro veo a un Jeremy que parece tener ganas de salir corriendo.

—Creo q-que he encontrado algo —nos dice con palabras torpes. Milano sonríe como una niña que acaba de ganar una pelea y se aprovecha de la oportunidad para encogerse de hombros y dejarme con la palabra en la boca.

Él nos guía hacia el piso de arriba donde está el dormitorio de los Parish, y se ha encargado de buscar por los cajones. En silencio, coge uno que está vacío sobre la cama y lo levanta para enseñarnos la parte de abajo. Me quedo boquiabierta al ver un teléfono que está pegado a la madera con cinta adhesiva y, cuando estoy a punto de hablar, recuerdo lo que Milano nos dijo antes de entrar. No hemos inspeccionado toda la casa, así que no sabemos si nos estarán escuchando ahora mismo. Vocalizo un «¿has encontrado algo más?»

por el que nuestro compañero asiente, y rápidamente nos hace mirar a los lugares que él nos indica con las manos.

En la habitación también hay varios micrófonos, una *tablet* y un teléfono, que nos llevamos en una bolsa de pruebas. El hallazgo nos deja claro que teníamos razón al pensar que en lo que nos estábamos metiendo iba a ser peligroso y en este momento recuerdo la conversación que Clyde tuvo con nosotros al hablar del alcalde. Alguien estaba vigilando a conciencia a Parish y no me gusta en absoluto, pero no tardo mucho en volver al trabajo y en pedirle a los chicos que envíen varias unidades y a la científica para que se haga un registro completo de la casa. Cuando los tres abandonamos la propiedad, nos dirigimos a nuestros respectivos coches, aunque antes de que Milano se meta en el suyo, llamo su atención y ella se acerca a mí con una sonrisa victoriosa puesta en los labios.

—Buen trabajo, detective Fortier —dice en un tono de voz dulce y a la vez arrogante. Está saboreando la victoria—. Nos vemos en comisaría.

Cómo me gustaría poder cerrarle la boca. Echa un vistazo a su alrededor y dejo que camine hacia su coche, aunque no pienso permitirle que tenga la última palabra.

—Nuestra conversación no ha terminado —aclaro alzando un poco la voz, pero no consigo que se gire y me mire a los ojos.

Sin embargo, soy yo la que se queda estática en mi posición, esperando a que ella cierre la puerta, se ponga el cinturón de seguridad y arranque el motor. Me pregunto qué es lo que hace que no pueda moverme ni un solo centímetro, y entonces caigo en la cuenta de que hoy es el primer día que la he vuelto a ver sonreír de verdad después de mucho tiempo.

# 15

*«Fue como despertar de una pesadilla en otra todavía peor.»*
Donna Tartt, El secreto

MILANO

15 de abril de 2024, lunes.

El jazz baña las calles del Barrio Francés con una alegría que no me pasa desapercibida. Las notas cruzan el aire y se meten de lleno en mi interior para alejar poco a poco el cansancio que se me ha ido acumulando durante el último par de días. Al volver de la residencia de los Parish en Saint Rose, nos enfrascamos de lleno en intentar averiguar quién es el hombre que estuvo por allí y que, a todas luces, es el asesino de la familia del concejal. Nuestros compañeros lograron encontrar algunos micrófonos más y registraron la casa a fondo para comprobar que no nos habíamos dejado nada además de la *tablet* y el teléfono que traje conmigo, un terminal del que seguimos recopilando datos. Pero del sospechoso y de quien instaló los micrófonos seguimos sin tener nada y quedarnos estancados es algo que no llevo demasiado bien.

Con la vuelta de Jason a la ciudad, me quedó más claro que las personas a las que nos enfrentamos son sumamente peligrosas y que se esfuerzan por intentar no dejar cabos sueltos a pesar de que con Parish no funcionó como ellos esperaban.

—Creo que murió intentando proteger la información que nos ha dado. —De repente hablo en voz alta sin ser consciente de que mis palabras han sido guiadas por los pensamientos que debería haber dejado de lado esta noche. Y en cuanto Sam me mira, soy muy consciente de ello.

Él levanta una ceja y se para frente a la puerta del pub irlandés Molly's at the Market, enviándome un claro mensaje por el que levanto mis manos antes de que los dos dejemos las calles atrás. Si sigo hablando de trabajo, habrá consecuencias y no tengo ganas de escuchar sus regaños. El local pequeño está abarrotado y la música se mezcla con los murmullos de los que, como yo, buscan un poco de

desconexión de un trabajo que a veces me gustaría aparcar para siempre. Últimamente es un pensamiento que está tomando fuerza, pero al que no me atrevo a dar más claridad, porque la verdad es que no sé si podría sobrevivir sin hacer lo que hago y lo poco que me queda de mi anterior yo, pequeños resquicios que me hacen aferrarme a la investigación todo lo posible. Pero esto último, no lo comparto con el que es mi marido.

—Mañana tengo que irme a primera hora, así que disfrutemos de un poco de libertad antes de que las obligaciones te atrapen durante semanas. —A pesar de la sonrisa que Sam esboza, sé muy bien por dónde van los tiros y eso me hace suspirar.

—Cuando me conociste te diste cuenta de que no me tomaba esto a la ligera. —Sonríe con dulzura y llama la atención del camarero para pedir dos cervezas irlandesas, del típico color negro que me lleva al recuerdo de otra noche en concreto.

—Aun así, me gustaría que te tomaras un poco de tiempo para descansar… —La imagen de la noche que pasé con Katherine en Lafitte's Blacksmith se cruza por mi mente, y no soy capaz de oír nada de lo que me dice Sam hasta que él mueve una mano delante de mi cara—. River, ¿estás aquí?

—Sí, sí, perdona. Es solo que me duele la cabeza, créeme, a mí también me gustaría poder tomarme un par de días libres.

«Estoy harta de ir con pies de plomo», me digo, y cuando creo que las cosas no pueden ir peor, la puerta del bar se abre para dejarme estática en mi sitio. ¿Qué posibilidades hay de que coincidas con la persona que menos quieres ver en un bar en la noche de un lunes?

El cuerpo se me queda helado y no puedo evitar clavar los ojos sobre una estampa que me vibra muy en el pecho. Katherine se ríe ante alguna de las bromas de su hermano pequeño y él la coge del brazo para entrar al bar, seguidos de Nick y de Bethany. De inmediato, dejo de mirar y llevo las manos a la barra intentando obligarme a hacer algo, pero no puedo.

—Deberías haberle visto, apenas ha empezado el curso y ya se cree con derecho a rebatir mis palabras. Enano, cuando lleves más de veinte años de experiencia en esto, me cuentas. —Su voz relajada llega clara hasta mí provocándome un pequeño pellizco en el estómago.

—¡Qué aguafiestas! —dice Alexander, y todos se echan a reír.

Desde aquí no soy capaz de ver sus caras y prefiero no girarme para evitar que me vean, algo totalmente imposible teniendo en cuenta que en este bar solo está la barra y unas pocas mesas. Las risas se cortan de repente y el ambiente se tensa de inmediato. «Me han visto», pienso, y no tengo ni idea de lo que hacer.

—No dejes que tomen el control de tus acciones. —Escucho a Sam hablar, pero su tono de voz se oye tan lejano que siento que mi mente está totalmente desconectada de mi cuerpo, al menos hasta que su mano se aferra a mi cintura y me agarra como si quisiera demostrar que es él quien está a mi lado.

—Milano, así que has cumplido con tu palabra. —«Mierda», digo en silencio. No sé por qué lo hace, pero Katherine se acerca a mí con las manos en los bolsillos de una chaqueta que nunca le había visto. Más formal, preciosa, hasta *sexy*, y la garganta se me seca de inmediato mientras la miro de arriba abajo—. ¿Cómo lo llevas?

La pregunta no va hacia mí, sino para Sam y enseguida caigo en la cuenta de por qué se ha acercado. Dios, ¿desde cuándo es tan despiadada? Sus hermanos nos observan en la lejanía y siento una presión en el pecho que probablemente me romperá por completo de un momento a otro, aunque estoy segura de que eso es justo lo que Katherine espera, así que le echo valor y me recompongo antes de buscar la mano de Sam para hacer las presentaciones.

—Cariño, te presento a Katherine Fortier, la mejor detective del departamento. —Me quedo mirándolo y carraspeo intentando romper con esta tensión—. Él es Sam, mi… marido.

—Encantada de conocerte. —Aunque su voz suena de lo más calmada, se le nota que está jodida por dentro por la manera en la que su mandíbula se tensa.

—Lo mismo digo, River no ha dejado de hablar de ti. —Como es habitual en él, Sam se muestra encantador sin perder la oportunidad de recalcar algo que no es del todo cierto y que me hace sentir todavía más incómoda—. Gracias por cuidarla cuando estoy lejos.

Ninguna de las dos esperamos sus últimas palabras y eso me pone en tensión, a las dos en realidad. Miro hacia abajo un par de segundos y enseguida le suelto la mano para llevarla a mi pelo y dejar un mechón tras mi oreja. Encantada de ver a sus hermanos con ella, asiento dirigiendo mi mirada hacia Alexander, quien me saluda con la mano. Con Nick todo es totalmente distinto, así que no espero que sea

agradable conmigo y, de hecho, no lo es al venir a por su hermana y susurrarle algo al oído.

Jugar con el cabello no me va a quitar el malestar que siento en mi pecho, pero al menos me da la oportunidad para pensar qué decir.

—Nos vemos mañana. —Me despido de ella y Katherine afirma sin decir una palabra más, dejándome a solas con un Sam que no aparta la mirada de ella mientras que entrelaza sus dedos—. ¿Por qué has hecho eso? —increpo en voz baja.

—¿Qué pasa, no puedo agradecérselo? Eres mi mujer y estoy más lejos de ti que a tu lado, creo que no tiene nada de malo. —Su indiferencia me sorprende y molesta a partes iguales tanto, que por un momento deseo coger mis cosas y largarme de vuelta al hotel.

No tengo ni idea de que es lo que me contiene. Aunque, probablemente sí. Tengo la tentación de echar un vistazo a mi espalda, de ver cómo Katherine vuelve a reír o entablar conversación con sus hermanos; sin embargo, me centro en la cerveza que el camarero desliza por la barra. El frío en mis dedos me proporciona una sensación de bienestar, igual que el primer sorbo que bebo dejándome los labios manchados de espuma. Sam sigue en completo silencio a mi lado y me hace sentir completamente fuera de lugar, como si estando con él, Nueva Orleans tuviera otra cara distinta.

—Intentaré tomármelo con más calma —prometo a pesar de que sé que no va a ser así.

Sam se muestra simpático y asiente antes de girarse y levantar el vaso de cerveza para mirarme fijamente a los ojos. Su mano libre busca mi pierna y me regala una caricia junto a un apretón que, en vez de gustarme, me vuelve a incomodar, pero aun así, no le detengo.

—Eres una agente maravillosa —declara con el orgullo puesto en sus ojos oscuros—. Y me alegra que vuelvas a trabajar en el ámbito que tanto te gusta, sé que no estabas para nada cómoda entre las sombras. Y menos con Jason.

—Y menos con Jason —repito con rapidez.

Los dos negamos con la sonrisa puesta en los labios y eso me permite un segundo de paz que se disipa cuando noto cómo el teléfono me vibra en el bolsillo. Al leer el mensaje mi semblante cambia instantáneamente y Sam se da cuenta de que mi promesa acaba de volar por los aires.

—Tienes que volver —afirma tras dejar el vaso de cerveza sobre

la barra.

—Al parecer Jason tiene algo importante —comunico con cansancio, la pesadez cae sobre mis hombros y, de repente, siento que podría quedarme pegada en la butaca un montón de horas más. Pero, como siempre, el deber me llama—. Voy un momento al servicio, tú quédate aquí disfrutando de la cerveza.

Ahora soy yo quien deja una caricia en su mano y me dirijo al fondo del local para dar con una puerta dentro de un pequeño pasillo. El aseo, más pequeño de lo que me gustaría, me da la bienvenida con una oscuridad aplastante y que me tensa al escuchar movimiento a mi espalda. Apenas me da tiempo a darme la vuelta cuando Katherine pasa por mi lado y nos encierra, con cara de pocos amigos.

—No pensarías ir sin avisar a los demás, ¿verdad? —Genial, me ha escuchado, había olvidado ese don detectivesco de ella.

—¿Habrías querido venir conmigo? —La pregunta retórica se escapa de mis labios con una velocidad aplastante y que apenas puedo controlar, odio que siga poniéndome así de furiosa—. Si ni siquiera lo tragas.

—No, pero eso no quiere decir que tenga que hacer las cosas por su cuenta. Yo misma le recordaré que esta investigación está en manos de nuestro departamento si hace falta.

Katherine apoya la mano en la pared y me deja contra las cuerdas, lo sabe muy bien y por eso sonríe de oreja a oreja mientras me observa con una sonrisa maliciosa que no tiene pensado ocultar.

Me llevo las manos a la cabeza y enredo los dedos en mi pelo por pura necesidad de hacer algo que no sea…

—Sigues haciendo las cosas muy difíciles, Kat. —Cuando vuelvo a mirarla, su expresión ha cambiado por completo y adopta la misma incomodidad que he sentido hace unos minutos, así que decido que lo mejor es dar un paso adelante—. Hemos quedado en mi hotel para ver qué ha averiguado, puedes venirte, aunque le odies.

—Ahí fuera hay alguien que te odia a ti mucho más —dice y sé muy bien que se refiere a Nick. Un tenso silencio nos rodea y ella da un par de palmadas en la pared. Segundos en los que me dedico a observarla, ver el maquillaje en sus ojos y su estilo algo cambiado con una camisa que le queda de maravilla. El corazón me bombea y aparto la mirada al segundo, justo cuando ella va hacia la puerta—. Te espero en la entrada del bar, no tardes.

Aunque intenta que suene a orden, lo cierto es que no lo consigue, y cuando me deja a solas, me quedo mirándome al espejo como una tonta, intentando buscar dentro de mí las respuestas que tanto necesito y el valor que me hace falta para salir ahí afuera y enfrentarme a esta realidad sin que parezca que estoy tirándolo todo por la borda. Desde mi cordura hasta mi bienestar, desde mi amistad con los chicos hasta un hombre que sigue en la barra, pensativo mientras observa a Katherine marchar, sin tener idea de que está siendo engañado por una mujer a la que ya no le quedan fuerzas para seguir fingiendo que se encuentra de maravilla en la realidad que está viviendo.

# 16

*«Todo quedaba envuelto en blanco,*
*y me daba la impresión de que yo no tenía pasado, ni recuerdos.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

Tengo ganas de fumar, y eso no es bueno. Mientras tanto, mantengo las manos en los bolsillos, intentando rozar el papel de un caramelo que no existe y me lamento por no haber tenido la noche tranquila que esperaba disfrutar con mis hermanos y mi cuñada. Nick se ha cabreado a pesar de no decir nada, es bastante obvio. Últimamente está de mal humor y no puedo reprochárselo; además, habernos encontrado con Milano ha empeorado la situación. Sabe que estoy bajando la guardia, que permito muchas cosas, que trabajar con ella es una puta locura que no debería de permitirme, pero hay una parte de mí que tira constantemente hacia ese lado. Porque, aunque quiera, no logro convencerme de alejarme, de levantar un muro y plantearle la idea a Clyde de llevar cualquier otro caso.

Desde luego, esa sería una solución bastante sensata, pero no una propia de mí.

—Y tú no haces más que tonterías siguiendo en esto —me autorreprocho.

—¿Por qué? —La voz de Milano corta el aire y me sobresalta. ¿Cuánto tiempo lleva aquí fuera?

—Son cosas mías —intento fingir que no pasa absolutamente nada, a veces me olvido de su capacidad de intuición.

—Si te estás planteando dejar el caso, renunciaría yo antes. —¿Cómo cojones puede leerme la mente así? Se abraza y de alguna manera consigue protegerse mientras veo total sinceridad en lo que dice—. No voy a dejar que abandones otra vez, no si yo tengo la culpa.

—No empieces, sabes que no quiero hablar de esto. —Lo acepta y hace un gesto afirmativo antes de echar a andar.

Mientras camina, intento no caer en la tentación de observarla, de querer guardar en mi memoria la imagen de la curvatura de su nariz, donde solían apoyarse unas gafas que ya no ha vuelto a traer consigo al trabajo. La curiosidad de saber por qué se despierta dentro de mí, quiero echarla a un lado, pero sé que no voy a conseguirlo, así que agacho la vista y cuando vuelvo a mirar al frente, simplemente me lanzo.

—¿Por qué ya no las llevas? —pregunto y se da cuenta enseguida a qué me refiero por cómo la miro.

—No lo sé, la verdad. —Se encoge de hombros e intenta buscar la forma en la que poder continuar—. Siento que ya no soy la misma persona de antes, he perdido algo y, por más que lo intente, no logro reencontrarme con ese pasado.

—Es imposible. —Mi sinceridad no le afecta en absoluto, de hecho, la acepta con una pequeña sonrisa—. Lo que pasó nos ha cambiado para siempre.

De repente me quedo en silencio, apenas he sido consciente de la facilidad con la que he podido pronunciar esas palabras estando a su lado, como si hubiéramos vuelto por un pequeño instante al inicio, a esos momentos en los que empezamos a ser cómplices en el trabajo, y también en la vida. Pensarlo de esa manera me duele y vuelve a abrir un hueco en mi pecho que no he podido ocultar ni con el tabaco, ni con ejercicio, ni con las clases de *krav maga*. Parte de mi existencia dejó de tener sentido cuando las llamas redujeron a cenizas todo lo que conocía y se llevó lejos a una mujer que no ha vuelto a ser quien era. Se le nota en la expresión, en sus pasos cansados, en el vacío que veo constantemente en sus ojos y hasta en su forma de vestir.

Sigue callada y, al mirarla, me pregunto si la mujer que conocí estará encerrada en algún compartimento dentro de su corazón. La echo de menos, y por más que haya cosas que todavía me duelan, no puedo ocultar esa realidad.

—Nick me dijo que te quedaste en mi casa, ¿por qué lo hiciste?

—Porque esperaba que volvieras —sentencio y lo digo con tanta firmeza que percibo el dolor de esas palabras como un disparo al corazón. De repente, se para en mitad de la acera y observa el cruce que va a La Galerie como si por allí hubiera pasado un fantasma—. ¿Qué ocurre? —cuestiono dirigiendo la mirada al mismo punto. Su silencio me pone de los nervios.

—No puedo concebir la idea de que no me perdones nunca —expresa con los labios temblándole, las lágrimas están a punto de acudir a sus ojos, pero antes de que pueda decirle algo, se seca los párpados y vuelve a adquirir una expresión fría.

Jason está cruzando la calle y cuando descubre que también estoy aquí levanta una ceja con disgusto mientras llega hacia nosotras.

—Te dije que vinieras sola —le increpa a Milano, pero esta vez soy yo quien da un paso al frente.

—Si tienes algo importante que decir, a partir de ahora te dirigirás a mí o en su caso a Clyde. —Se queda parado y le veo fruncir el ceño, la sangre le debe estar hirviendo por dentro—. ¿Tengo que recodarte cómo funciona esto? —Sin pensármelo dos veces, guardo las manos en mis bolsillos y encaro su disgustada mirada—. Nosotros tenemos la jurisdicción del caso y, como tal, estamos por encima de ti, estáis trabajando en nuestro departamento, en esta ciudad, así que déjate de creerte espía y de querer hacer las cosas por tu cuenta o tendrás problemas.

—¿Me estás amenazando? —Cierra las manos en puños y parece querer abalanzarme sobre mí.

—Tómatelo como quieras —espeto yo.

—Esto es increíble, no pienso permitir que una simple agente quiera pasarme por encima. ¿Tú sabes con quién estás tratando?

—Jason, qué es lo que has averiguado. —Milano le interrumpe y le mira con cara de pocos amigos, aunque en sus ojos detecto algo que no sé descifrar muy bien.

«¿Está ocultando algo?», de inmediato me hago esa pregunta y los observo si perderme ni un solo detalle. Él se queda en silencio, vuelve a mirarme y entrecierra los ojos, pero en cuanto Milano vuelve a llamar su atención parece desistir en su empeño por joderme, por si acaso fuera a cometer algún tipo de equivocación.

El cuerpo de Jason se relaja y, de repente, muestra una sonrisa colaborativa justo cuando se aparta de él y se cruza de brazos. Los observo a los dos y veo las mismas similitudes que destacan en Claudia y Anthony durante el trabajo, no solo es complicidad, también es entendimiento. Me acabo de quedar fuera de esta ecuación y creo que esto tiene una razón de mucho peso. Un motivo que pienso averiguar por mi cuenta.

—Hemos encontrado una conversación comprometedora de

Parish sobre el senador de Luisiana. Estaban organizando un ataque, aquí, en Nueva Orleans. —Sus palabras me pillan por sorpresa y se evidencia tanto en mi cuerpo que Jason parece disfrutarlo en cuanto se da cuenta de ello—. Por si creías que trabajar por mi cuenta no es algo importante, aquí tienes el ejemplo. —El desprecio con el que me habla me da ganas de abofetearlo, pero no pienso recular en mis intenciones—. No sabemos qué o quién es el objetivo o si el concejal intentaba averiguar algo de más para persuadirlos, pero me temo que nos estamos quedando sin tiempo.

—¿Habéis sacado algo más? —Milano se muestra preocupada y todavía más cuando su compañero niega soltando un bufido—. Se supone que ya deberíamos de conocer más detalles, no podemos jugárnosla tanto o hacer simples conjeturas.

—No es tan sencillo, River. —Que Jason pronuncie su nombre me descoloca y me produce un desagrado que no sabía que tenía dentro hasta ahora. Quiero decir algo, pero de repente he perdido mis fuerzas y el deseo de hacerlo—. Todavía estamos analizando datos, puede que alguien esté interviniendo los que ya tenemos almacenados para desviar nuestra atención. Tuviste mucha suerte al encontrar el otro teléfono de Parish, y ya sabes que tenemos a los mejores informáticos trabajando en esto, pero todo lleva su tiempo.

—Hay que investigar al senador y a su equipo de seguridad, pero hay que hacerlo sin llamar su atención o nos pondrá en una situación comprometida.

—¿Crees que él tiene algo que ver con la muerte de Parish y su familia? —Aunque mi pregunta parece de policía novata, Milano me observa con complicidad y se lleva la mano hacia el pelo para ocultar un mechón tras su oreja derecha.

—Por lo menos se acercó a él lo suficiente. Jason, necesito esa información ya, nos pondremos a investigar esto en cuanto amanezca. —Me gusta cómo le da esa orden y la postura que adquiere su cuerpo cuando habla—. Deberíamos descansar un poco, mañana va a ser un día intenso.

—Estaré a primera hora en comisaría. —Su compañero me mira mientras dice esas palabras y después se despide de ella con un beso en la mejilla, acercándose tanto que me da por imaginar que le ha susurrado algo al oído—. Nos vemos.

Después se despide de mí y se va calle abajo sin mirar atrás,

dejándonos completamente a solas.

Ahora soy yo la que se queda mirando la fachada del hotel donde ella duerme y, por un momento, me imagino dando un paso adelante, cogiéndola de la mano y llevándola al interior de su habitación para besarla hasta quedarme sin aliento. Lo deseo tanto que imagino mis labios pegados en su cuello mientras mis manos se cuelan entre su ropa, intentando buscar su piel, repartiendo caricias en su cuerpo hasta hacerla gemir de placer.

—Katherine. —Escuchar mi nombre me baja a la realidad y trago saliva en un pequeño intento porque no se me note nada de lo que estaba pensando—. ¿Qué pasa?

—Nada, es que lo que ha dicho me ha dejado…, nunca pensé que la muerte de un concejal fuera a llegar tan lejos, no en Nueva Orleans. —Parte de lo que digo es exactamente lo que pienso, aunque cuando ella sonríe tengo que recoger fuerzas de donde sea para evitar volver a algo que ha desaparecido por completo.

Su perfume vuela hacia donde estoy y no me lo pone nada fácil, ni tampoco su cercanía o la forma en la que me mira.

—Tenemos que andar con cuidado, si alguien es consciente de que estamos pasando una línea, podemos estar en peligro. Por eso Jason está más desligado del caso, investiga las cosas que no podemos hacer en el departamento. El otro día tuve que *hackear* el sistema de la comisaría para que nadie se diera cuenta de que estaba accediendo a los metadatos del teléfono de Parish.

—Estarás de coña. —La sonrisa petulante que esboza provoca la mía de forma automática, un gesto inesperado que me quema en las mejillas y me hace sentir… orgullosa—. Si Clyde se entera, nos mata.

—¿De verdad crees que él se va a dar cuenta de eso? Venga, no me hagas reír. —Aunque, de hecho, es justo lo que hace contagiándome al instante. Durante un rato pequeño nuestras risas se convierten en la mejor música, al menos hasta que vuelve a ponerse seria y llama mi atención con un gesto—. Espera un momento.

Milano camina un par de metros para estar más cerca de la entrada del hotel, a la que se dirige un tipo alto y bastante corpulento. Las dos nos miramos un momento y asentimos, sabiendo exactamente qué es lo que está pasando. A intuición no nos gana nadie.

El tipo se queda parado en la puerta algo nervioso, mira su teléfono móvil y después se aparta dando un paso hacia atrás como si

estuviera comprobando que se encuentra en la dirección correcta. Al segundo, ya estamos cruzando la calle para ir a por él, lanzándonos contra todo a pesar de que podríamos tener el peligro muy cerca. Y nos basta una mirada para saber qué es lo que tenemos que hacer a continuación.

—Eh, tú —dice ella llamando su atención—. ¡Quieto ahí!

En cuanto se da cuenta de nuestra presencia, el tipo sale corriendo calle abajo y echo la cabeza hacia atrás con desesperación. Milano se va tras él con una rapidez que no recordaba haberle visto y tardo poco más de dos segundos en hacer lo mismo, diciendo adiós a una noche de paz en la que tenía esperado que el caos no me visitara de nuevo.

# 17

*«Es peligroso ignorar la existencia de lo irracional.»*
Donna Tartt, *El secreto*

MILANO

La calle llega a su fin y veo cómo nuestro sospechoso gira hacia Canal Street a toda velocidad. El chute de adrenalina me permite ir tras él a pesar de los tacones y el cansancio, pero cuando él sigue adelante y cruza la zona del tranvía, pasan varios coches que me impiden ver hacia donde se dirige exactamente y eso me detiene. Al pararme en seco noto como el aire empieza a faltarme y me agacho intentando recuperar el aliento justo cuando Katherine aparece por mi espalda. No puedo creer que se nos haya escapado. La frustración me hace gritar e intento una vez más buscarlo con la mirada.

—No vamos a alcanzarle, déjalo estar —me pide ella, aunque deseo hacer todo lo contrario—. ¿Desde cuándo corres tan rápido?

El comentario me sorprende y me lleva al recuerdo de meses atrás, cuando empecé mi recuperación y me hice dueña de las calles para intentar alejar los demonios que todavía toman el control de mi mente. Deseo confesárselo a Katherine, decirle la verdad, pero hay una parte de mí que me impide dar el paso, porque soy la única culpable de esto y de tener que buscar alternativas para evitar que lo malo me coma por dentro.

—He estado entrenando, no puedo ser una buena agente si siempre me quedo atrás —digo y tapo gran parte de lo que siento.

Me observa como si no se creyera que esa es la verdadera razón, aunque agradezco que no haga ni una sola pregunta más cuando se gira y echa un vistazo a nuestra espalda.

—Desde Decatur Street hasta aquí hay un par de bancos y algunos establecimientos que tienen cámaras de seguridad —comenta llevándose las manos a la cintura. Ahora sé por qué no se ha tomado la molestia de seguir corriendo, tiene muy claro que vamos a saber quién era ese tipo y esa determinación me hace sonreír—. Pediré la

orden al juez de guardia para tener las grabaciones a primera hora, este no se nos escapa. —Katherine se gira y vuelve a mirarme con una sonrisa tranquila en los labios. Tiene el pelo enmarañado y la camisa que lleva puesta se le ha arrugado por la carrera, incluso se le ha corrido un poco el rímel—. ¿Qué?

La pregunta me pilla desprevenida y se me hace un nudo en la garganta, pero ya no puedo apartar la atención de unos ojos que por la noche siguen siendo igual de bonitos que ella, y eso provoca que me rinda ante las circunstancias y lo que siento.

—Solo estaba pensando que estás muy guapa. Te queda bien ese estilo más formal. —Cierta sensación de miedo se apodera de mi cuerpo y noto cómo el sudor empieza a caer por mi espalda, pero ya no hay nada que me detenga—. ¿Desde cuándo lo llevas?

—Me quedé sin nada de ropa por el incendio así que tuve que improvisar, por suerte Bethany y yo tenemos la misma talla y no he tenido ganas de ir de compras. Así que hago lo que puedo, al final me acostumbraré.

—Ah… —La realidad me golpea y el dolor de cabeza se abre paso. Cada vez que tocamos este tema no puedo evitar sentir la culpa corroyéndome por dentro y eso me hace sentir una persona miserable —. Perdona, no quería ser impertinente.

—No lo eres —suelta ella sin más, aunque la verdad es que me cuesta creerlo. Suspira y se arregla el pelo antes de guardar las manos en los bolsillos de su chaqueta—. Mira, no sé qué coño pasó ni por qué no me lo cuentas, pero por más que quieras ya no vas a poder cambiar lo que hiciste así que, es mejor que no te disculpes más. —Se encoge de hombros y señala hacia la calle con un gesto de cabeza—. Voy con mi familia, no quiero volver sola a casa.

En otra vida habría sido yo quien la acompañara y mi mente me lo recuerda con una imagen nuestra caminando hacia Bourbon Street antes de que… todo se fuera a la mierda. Katherine ya me da la espalda y camina tranquilamente calle arriba como si nada y me duele tanto que no mire atrás que mis pies se mueven solos cuando voy tras sus pasos.

—Kat… —digo, justo antes de cogerla por el brazo y hacerla girar.

El pelo le acaricia el cuello y la cara justo antes de que pueda ver de cerca las motitas de color avellana y verde en sus ojos. La luz

de una farola incide con fuerza en esa perfecta mezcla y no puedo evitar caer en la tentación de besar sus labios, llevada por la desesperación de tenerla cerca, de acariciar su piel, de sentirme viva otra vez.

Mi aliento choca con el suyo y me guardo el sabor de su boca en mis labios de vuelta a un paraíso que se vuelve infierno cuando ella se separa y me pega una bofetada.

—¿Se puede saber qué coño haces? —me increpa, y la furia se instala en cada una de esas palabras.

—Solo quería…

—Querías ¿qué? Mira tu puto anillo y sé consecuente con tus actos —pide entre gritos y, por un instante, pienso que va a volver a abofetearme—. No se te ocurra volver a hacerlo. No, mejor ni te acerques a mí.

Katherine levanta las manos y con la desesperación tomando el control de su cuerpo se gira y se va, dejándome sola, confundida, destrozada y declarándome una gran traidora.

. . .

18 de abril de 2024, jueves.

El sueño se repite, ella está a mi lado, me sonríe y acaricia la mejilla tomándose unos segundos para besarme. Tener su mirada tan cerca sana cada una de las heridas que hayan podido abrirse en mi corazón. Siento paz, una calma que me recorre por dentro y de la que me hago dueña para instalarla ahí, unos segundos, hasta que mis ojos se abren y vuelvo a la realidad. Anthony está mirándome, con la expresión llena de incógnitas mientras que fantaseo con imágenes creadas por mi propia imaginación como defensa a los errores que he cometido y por los que sé que pronto voy a pagarlo caro.

Llevamos tres días metidos en la sala de investigación cruzando datos, obteniendo imágenes y valorando las mil y una posibilidades que se han abierto ante nosotros.

De las grabaciones del circuito cerrado de Decatur Street, obtuvimos algunas grabaciones poco nítidas que no nos han dicho demasiado, y Katherine estuvo a punto de pagarlo con el panel que ahora contiene más preguntas que respuestas. ¿Quién mató a la mujer e hijas de Parish? ¿Fue el mismo asesino quien acabó con él? A falta

de hacerlo oficial fuera de estas paredes, el equipo sabe muy bien a qué nos estamos enfrentando y que la teoría del suicidio ya ha perdido la fuerza. Y lo único que hemos obtenido de los agentes de seguridad del senador, son declaraciones que no nos sirven para nada: ellos siempre tenían encuentros organizados y fortuitos que tenían que ver con política y solo política.

¿Cómo vamos a tragarnos eso?

Yo misma estoy a punto de golpear la mesa por culpa de la frustración cuando me levanto y voy a prepararme un café. Desde la otra noche, Katherine apenas me ha dirigido la palabra y Sam tampoco responde mis mensajes, mientras que Jason no para de protestar porque, según él, podría avanzar mucho más en la investigación si el departamento o más bien «la detective arrogante» le dejaran en paz. Su presencia aquí tensa el ambiente y a veces me gustaría ser yo quien lo echara a patadas.

El dolor está a punto de hacerme explotar la cabeza y la distracción provoca que me queme la lengua tras dar un sorbo a mi taza.

—¡Joder! —grito perdiendo el control.

—Creo que he encontrado algo que… —Claudia levanta la cabeza del escritorio y me mira intentando encontrar una explicación.

—¿Qué pasa? —protesto sin medir el tono de mi voz. Ella se asombra y se ve incómoda por haber abierto la boca.

—Lo siento, es que estoy cansada —me justifico y, al echar un vistazo por la sala, puedo ver a Katherine recriminándomelo con la mirada—. ¿Qué has encontrado?

—Creo que Parish escribió algo aquí y arrancó la hoja. Mirad.

Claudia se levanta y deja el diario que el abogado nos entregó sobre la mesa. Lo abre lo máximo que puede y señala una página en la que hay unas cuantas líneas escritas, con un gran vacío a partir de la mitad de la hoja. Katherine y yo tenemos la misma idea al llevar las manos hacia esta para pasar los dedos por el papel. El choque crea una pequeña descarga que me hace apartar la mano de golpe y ya siento la mirada de nuestros compañeros puesta en nosotras, aunque ella no se inmuta para nada.

—Tienes razón. —El tono de su voz suena totalmente concentrado en lo que hace y después coge el cuaderno para moverlo varias veces y así mirarlo más de cerca—. Aquí se ve cómo falta una

hoja —dice observando las uniones de estas—. Llévaselo a Dennise y que le haga algunas pruebas, tenemos que saber si intentaba decir algo de lo que se arrepintió.

—Voy.

Claudia sale disparada de la sala de investigación con la esperanza de encontrar algo que nos haga avanzar.

—¿De verdad crees que Parish fue tan estúpido como para escribir algo importante en un diario de adolescente? —Jason vuelve a su arrogancia habitual y veo cómo Anthony está a punto de levantarse para irse a por él.

—Si nos dejó pistas con su mensaje, ¿por qué no iba a hacerlo? —Katherine le da replica cruzándose de brazos y encarando su mirada sin ningún tipo de respeto, en algún momento le va a cruzar la cara, estoy segura—. No sé en qué mundo vives tú, pero las personas aquí son vulnerables y cometen errores, quizás estuviera metido en cosas turbias, pero eso no le hace mala persona. Existe la coacción, las amenazas… un montón de cosas que podrían haberle alejado de su verdadera vocación.

—Ya, seguro. No me extraña que por aquí os hayan ido así las cosas.

—¿Qué quieres decir? —Aunque nadie se da cuenta, me tenso al escuchar las palabras de Jason hacia Katherine y en cuanto cruza la mirada conmigo es consciente de que el cabreo ha hecho que se vaya de la lengua.

—Será mejor que sigamos con esto, puede que encontremos alguna conexión más. ¿Qué hay de las fechas en las que Parish escribía el diario? ¿Alguna conexión más con otros eventos? —Intento que la atención se desvíe a las cuestiones que he planteado, pero enseguida me doy cuenta de que es demasiado tarde.

—No, no, aquí hay algo más. ¿A qué te refieres, Jason? —insiste Katherine.

Anthony nos mira intentando entender qué se está perdiendo y en este momento me doy cuenta de que mi compañero ha cometido un error que para alguien como Katherine jamás pasaría desapercibido.

—¿Puedes dejarnos un momento? —le pido a Anthony con una sonrisa en los labios, él tarda poco en entender que es un asunto en el que no quiero meterle y asiente.

La puerta de la sala se cierra a su espalda y cuando le veo

alejarse de aquí, siento un nudo en el estómago. Jason me pide con la mirada que no lo haga, no puedo pasar esa línea, pero el dolor y la culpa se están llevando lo poco que queda de mí. Estoy tan cansada que, al mirar a los ojos de Katherine, siento que ya no tengo más fuerzas para guardar tantos y tantos secretos. Y, a estas alturas, ya me da igual que otro fuego me queme hasta la muerte.

# 18

*«¿Quién sabía qué tipo de extraña y solitaria vida podía descubrir?»*
Donna Tartt*, El secreto*

KATHERINE

No sé qué decir. Llevo un rato con las manos puestas sobre la mesa, intentando centrarme en otra cosa que no sea la traición a la que el equipo, el departamento y yo nos hemos visto sometidos. El silencio reina a nuestro alrededor, tenso, filoso como un cuchillo, y el latido de mi corazón empieza a notárseme en las sienes. El hombre que está apoyado y de brazos cruzados contra la pared lleva meses investigando a los miembros de esta comisaría, de nuestro equipo y lo peor de todo es que ella ya lo sabía.

—Dos putos años, dos malditos años y ¿ahora tienes la cara de decírnoslo?

—En su defensa, diré que no hace mucho que se enteró. —Jason tiene la desfachatez de hablar tan tranquilo, como si el tema no fuera con él o hubiera cometido una pequeña falta.

Estoy a punto de coger algo y lanzárselo a la cabeza, pero sé que este no es el lugar preciso y, sobre todo, que no debo de llamar la atención de los agentes que están ahí fuera partiéndose el lomo por mantener las calles de Nueva Orleans seguras.

Al levantar la cabeza, llevo la mirada hacia el despacho de Clyde. Desde aquí no se ve bien lo que hace, pero verle ahí me lleva a pensar en el gran trabajo que carga sobre sus hombros y me duele que también haya sido engañado por alguien que juró protegernos como nosotros a ella. Esto se pone cada vez peor, y me cuesta creer que la mujer que un día conocí haya tenido el valor de mentirnos a la cara.

—¿Por eso desapareciste sin más? ¿Porque tenías que cumplir las directrices del FBI? —Me gustaría bajar el tono, pero cuánto más lo pienso, más me arde la sangre.

—Jason te dice la verdad, yo no lo sabía. Me enteré unas semanas antes de volver aquí.

—Claro, y eso justifica que estés trabajando como si nada con gente que es ¿sospechosa de qué? —Ahora me encaro de nuevo a Jason y espero una respuesta clara, pero él aprieta los labios y parece mostrarse dispuesto a no decir nada. Algo que no pienso consentir—. Vas a decírmelo ahora mismo, o juro que no sales vivo de esta sala. —La amenaza no parece causarle ningún efecto, así que tomo la drástica medida de ir a por él y agarrarle de la camisa—. Que hables.

—Katherine, aquí no —pide Milano, no pienso hacerle caso—. Joder…

Las sombras empiezan a bañar el escenario unos segundos después, debe haber cerrado las cortinas para evitar que desde fuera se pueda ver algo, y aprovecho la oportunidad para hacer más presión y atraer hacia mí a un agente en el que ya no creo ni confío, si es que lo hice en algún momento.

—¿Por qué nos has estado investigando? —vuelvo a preguntar y esta vez no mido mis actos.

Milano está a punto de apartarme de él cuando llevo la mano a su cuello de forma amenazante y es cuando consigo que Jason sonría y levante las suyas en son de paz.

—No me extraña que te gustara tanto —suelta y lo dice encarando la mirada de ella. Sus palabras me dejan aturdida, pero ahora mismo solo tengo energías para que me dé la explicación que tanto merezco—. Muy bien, creemos que alguien del departamento ha estado colaborando con las personas que investigamos. Todavía no sabemos quién es, pero tenemos claro que se comunican con alguien más de aquí. Podría ser tu querido sargento, incluso.

Que lo proponga con esa libertad me dan ganas de pegarle un puñetazo, de hecho, no me limito y le empujo contra la pared, dispuesta a ir con todo si hace falta. No voy a permitir que un forastero crea que Clyde es un traidor, por más que en su día yo tuviera ciertas reticencias con él.

—Vuelve a decir eso y te parto la cara.

—Oye, ¿no sabes otra cosa que ir amenazando a la gente? ¿Crees que me gusta hacer esto? He visto cómo trabajáis, tus compañeros son excelentes y parecen buenas personas, pero hasta tú deberías saber que nadie es lo parece. —La sonrisa de Remy aparece con fuerza y eso me hace dar un paso hacia atrás descolocada y sorprendida, cayendo en la cuenta de lo peligroso que puede ser este trabajo.

La duda se cierne sobre mí y entonces empiezan a pasar por mi cabeza las sonrisas de cada uno de los agentes con los que me cruzo todos los días, intentando dilucidar algo que es totalmente imposible. Nunca sabes quién puede ser un traidor, y América es consciente de que hay decenas de políticos y policías corruptos por todas partes. No hay más que ver las noticias para darse cuenta de ello.

—¿Qué me dices de mí? —cuestiono de repente—. ¿Me tomas como sospechosa?

Jason se echa a reír y su reacción me frustra y cabrea a partes iguales. Incluso Milano se cruza de brazos y parece no creerse lo que estoy diciendo.

—¿Qué? —pregunto sin miramientos.

—Tú eres la agente más leal que he conocido a lo largo de mi carrera, y precisamente por eso te necesitábamos aquí. —Por primera vez, Jason muestra una sonrisa agradable que, sin embargo, no termina de convencerme—. A mi jefe le ha quedado claro que si sospecharas de alguien no dudarías en entregarle, esa es la gran diferencia.

«Yo no estoy tan segura», me digo, recordando cómo luché por la inocencia de mi hermano incluso cuando no debí ir a su casa. «Aunque eso es totalmente distinto», también me dejo claro.

—Esto es increíble, y tú ¿qué excusa tienes? —encaro a Milano con enfado, sé que no me va a dar una respuesta, aunque no pierdo nada por intentarlo.

—No es excusa y, créeme, sé que no tengo justificación, pero quiero que sepas que en todo momento he pensado en los chicos y en nuestro trabajo. A veces, por más que no lo queramos, tenemos que seguir unas normas que nos obligan hasta a desaparecer.

Milano no indaga más en el tema y arruga la frente, consternada. Me gustaría poder meterme en su cabeza y conocer las cosas que se me escapan, quiero hacerlo, pero alguien da un toque en la puerta y bufo por la frustración.

—Tenemos al sospechoso. —Anthony entra con una carpeta en la mano y la compañía de Claudia, quien sonríe de oreja a oreja. Al abrirla sobre la mesa descubre unas cuantas fotografías en las que se ve a un hombre bastante alto, de ojos marrones y hoyuelos marcados que está al lado de otro tipo trajeado—. Se llama Frank Moore y durante los últimos días ha estado merodeando por Decatur Street,

ahora mismo se está alojando en el Hotel Pontchartrain. Entre las grabaciones del circuito cerrado encontramos una imagen más nítida de la noche en la que lo perseguisteis. Adivinad de quien es buen amigo.

—Liam Howard —añade Claudia—. Trabajan juntos en la misma empresa y estuvieron en la última feria inmobiliaria del estado, pero eso no es todo. —Se pone más seria y sé que lo que va a decir no nos va a gustar en absoluto—. Antes del 22F, estuvo por Indianápolis.

—Hay que investigar los fondos económicos de su empresa. —Jason interviene como si se le hubiera puesto delante una idea repentina—. Prestad atención en si en los últimos años ha hecho transferencias con grandes sumas de dinero, podría tratarse de un inversor para financiar estos ataques.

Todos nos miramos con gesto de preocupación, cuando me giro hacia el panel suspiro y llevo las manos a mi cintura. El círculo que se está creando alrededor de Parish es enorme y está lejos de esclarecernos algo en concreto, y la única esperanza que me queda es que Dennise descubra algo importante entre las páginas del diario o que la investigación dé uno de esos giros que nunca esperas.

Clyde aparece en la sala y llama mi atención con un carraspeo. No tiene cara de buenos amigos y la preocupación se instala en el centro de mi pecho.

—Tenemos problemas —dice, era demasiado bonito para ser verdad—. Ha trascendido que la mujer del concejal y sus hijas fueron ejecutadas, la prensa ya está haciendo todo tipo de conjeturas y acabo de tener una llamada con el jefe, al parecer el alcalde no está para nada contento con esto.

—Joder. —El cabreo me explota sin miramientos y me voy contra una de las sillas para pegarle una patada—. ¡Joder, joder! —Fuera de la sala de investigación varios agentes se me quedan mirando y eso me frustra aún más—. ¡Volved a vuestro puto trabajo!

—Detective Fortier, cálmese —me pide Clyde a regañadientes, y la verdad es que me resulta muy difícil hacerlo—. Convocaré una rueda de prensa para primera hora de la tarde, os quiero a todos allí.

—Eso podría complicarnos las cosas —dice Jason y me da rabia que solo piense en su maldito trasero.

—Necesitamos mostrarnos fuertes y hacer saber a la gente que estamos con todo en esta investigación, no pienso ocultar que el

departamento colabora con el FBI, me da igual lo que opine tu superior.

Clyde se muestra tan firme que no da lugar a respuesta y cuando nos deja a solas, me llevo las manos a la cabeza. Mi teléfono empieza a vibrar sobre la mesa y veo una llamada de Hailey que, por un momento, me calma por completo. Pero esta se esfuma en cuanto soy consciente de cómo están las cosas.

—Buscad a Jeremy, averiguad quién ha filtrado la información y blindad a la prensa, no podemos permitir que se ponga en peligro la investigación.

Claudia y Anthony asienten y salen disparados de la sala de investigación. Milano abre la boca como queriendo decir algo, pero la ignoro levantando la mano y llevándome el móvil a la oreja.

—Hailey, dime —hablo encantada, dejando claro que esta no es una llamada cualquiera y, cuando me giro, sé que Milano está prestando atención a la conversación—. Sí, puede ser antes de cenar. A eso de las seis y media —aclaro con una sonrisa—. De acuerdo, nos vemos. —Cuelgo el teléfono y lo dejo sobre la mesa con la atención de todos puesta sobre sobre mí. Jason tose y me vuelvo hacia él—. Será mejor que nos pongamos con el resto, hay que hacer una visita a ese tal Frank, y tú te vienes con nosotras.

Esboza una sonrisa fingida y, sin decir nada más, cojo mi chaqueta. Que esto haya llegado a la prensa me da a entender que nos estamos metiendo en un terreno muy peligroso, pero, una vez más, eso no hará que tire por la borda mi esfuerzo. Ni eso, ni la mujer que camina a mi espalda, en silencio y midiendo sus pasos con tal de no quedarse a mi lado.

# 19

*«Toda acción acaba perdiéndose en la nada.»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

No sé qué es peor: si estar en la parte de atrás del coche o que Jason vaya sentado al lado de Katherine. Tengo el codo apoyado en el borde de la ventanilla, intentando fijarme en las calles de la ciudad y la gente con la que nos cruzamos, pero nada parece atrapar mi atención, salvo la mirada y el ceño fruncido de la mujer que tengo sentada delante. Siempre me ha gustado el gesto de concentración que toma cuando está al volante y admito que verlo desde esta perspectiva hace que aprecie todavía más los momentos en los que he tenido la oportunidad de estar aquí con ella.

La última vez que nos subimos juntas a su Cadillac no fue precisamente un cuento de hadas, y el recuerdo de su llanto hace que me hunda más en el asiento. De hecho, me dan ganas de abrir la puerta y tirarme a la calzada, porque jamás en la vida se me habría pasado por la cabeza la idea de ser yo quien le provocara tanto dolor. Pensativa, apoyo la barbilla en una mano y decido dejarme llevar por Nueva Orleans hasta que lleguemos a nuestro destino, pero hay algo que vuelve a atraerme hacia ella y son sus ojos fijos en mí a través del espejo retrovisor.

«Te echo de menos», pienso, justo cuando aparta la mirada y vuelve a centrarse en el camino.

Saint Charles Avenue tiene una mezcla perfecta de edificios altos y casas antiguas que me sigue dejando con la boca abierta a pesar de que es una de mis rutas favoritas para correr de noche. El tranvía también pasa por aquí y eso le aporta un encanto magnífico, algo que me llena de energía hasta que Katherine aparca y apaga el motor. Ahora, lo importante es hacer nuestro trabajo.

—Tú vigila los alrededores —le pide a Jason y él se tensa en su asiento.

—¿Me has tomado por segurata? —protesta.

Dios, me voy a matar. Estoy harta de presenciar esta eterna guerra entre los dos.

—No, pero aquí eres el forastero y yo la que está al mando, así que harás lo que te diga. —Katherine no se corta para nada y su forma de dar órdenes me deja una sonrisa en los labios que quiero saborear un ratito más.

Jason me fulmina con la mirada cuando lo hago y me encojo de hombros, no pienso ponerme de su parte y lo sabe.

—Muy bien, me quedaré echando un vistazo por aquí, más vale que volváis con algo bueno.

Tocado y hundido dejamos a mi compañero sin mirar atrás. El tranvía pasa justo por delante de las dos y me quedo mirando los colores y el aspecto del vagón como una niña que acaba de descubrir algo nuevo, durante un pequeño instante que me sabe a gloria. Katherine tiene las manos en los bolsillos y el pelo se le mueve por la brisa que pasa por aquí y, durante estos segundos, nos transporto a otro mundo paralelo, donde ella y yo estamos dando un paseo como cualquier persona normal.

La ilusión desaparece enseguida y tengo que darme prisa por seguir sus pasos antes de darnos de cara con la entrada del edificio histórico de más de diez plantas que fue construido en 1927 y reabierto en la década pasada, según tengo entendido. La construcción clásica es una belleza digna de ver y el interior no se queda atrás cuando piso el suelo de mármol, cuyo material también está presente en las paredes y algunos adornos. Katherine camina hacia la recepción dispuesta a obtener información sobre el sospechoso, un hombre que aparece repentinamente al final de la sala y que clava sus ojos sorprendidos sobre mí.

—Eh, Kat. —Llamo su atención y, en cuanto ella se gira, el hombre sale disparado hacia la derecha.

—¡Espera! —grito, y salgo corriendo tras él sin esperas. Cuando atraviesa la distancia veo hacia dónde se dirige y echo un vistazo a mi espalda—. ¡Va por las escaleras, coge el ascensor!

Katherine no se lo piensa dos veces y toca todos los botones un momento antes de que yo empiece a subir los escalones a toda prisa. En cada planta hay una puerta que da al pasillo de las habitaciones, pero el hombre sigue subiendo piso tras piso sin descanso. Las prisas

me hacen tropezar con varios trabajadores que se cruzan por mi camino y pido disculpas sin pararme ni un segundo. La adrenalina hace que vaya más rápido y por dentro agradezco haber descargado mis penas con largas noches de *footing* porque si no esta persecución hubiera sido imposible. Noto cómo el corazón me late a toda prisa y aunque me cuesta coger aire, no me rindo en mi empeño por alcanzarlo. Cuando estoy en la planta séptima me paro y echo un vistazo arriba para ver cómo sigue subiendo por las escaleras, retomo la carrera y busco el teléfono para llamar a Katherine.

—Creo que va a la azotea —balbuceo con la voz entrecortada, el pecho me duele, pero eso no es suficiente para detener mis pasos.

—Acabo de llegar a la última planta, nos vemos ahora.

—Ten cuidado, por fa… —Ella cuelga antes de que pueda terminar la frase, y el temor a que pueda pasar algo me hace subir los escalones de dos en dos.

Los últimos metros antes de llegar al último piso se me hacen eternos, el sudor me cae por el cuello y atraviesa mi espalda sin piedad. Seco mi frente y al llegar a la última puerta saco el arma de la funda y apunto al frente. La puerta se abre y me choco con la nada. No ver a Katherine me pone nerviosa y el corazón me da un vuelco sin poder evitarlo. La ansiedad lleva a mi mente un montón de posibilidades que sé que no son reales, pero a las que temo de verdad y que me ponen los pelos de punta. Tengo que cerrar los ojos y pensar que todo irá bien, que a ella no va a pasarle nada, que no van a atacarla y que tampoco va a morir. Tiempo atrás no se me habría pasado la idea por la cabeza, pero ahora… «Joder, tiene que estar bien».

—¿Kat? —pregunto y el sol me pega de lleno impidiendo que pueda ver con claridad lo que hay a mi alrededor.

Me llevo una mano a la frente para hacerme sombra y la busco por todas partes antes de avanzar.

—¡Quédate quieto! —Escuchar su voz hace que me pare en seco y bajo las manos llena de alivio.

Los labios me tiemblan, por un momento he creído que iba a echarme a llorar. Giro a la izquierda y la veo de espaldas a mí, poniendo las manos en alto y enseñando el arma. Frank está de pie en la cornisa del edificio y la chaqueta de su traje se mueve con fuerza por la brisa que corre aquí arriba. Verle ahí me deja sin respiración, el

instinto me hace querer correr para intentar ponerle a salvo; sin embargo, camino con más calma e intento formar las palabras correctas en mi mente para que nos saquen de esta situación.

—¡Ellos me mataran, ya no tengo escapatoria! —El pánico se apodera de él.

Los pies de Frank se mueven ligeramente y el cuerpo se le inclina hacia atrás, verle a punto de caer me hace cerrar los ojos y casi soy yo la que se rinde ante la situación. De repente me siento exactamente igual que el día en que la casa de los Parish estaba en llamas, el miedo toma control de mí y me eriza la piel, hasta el punto de que no sé si soy yo de verdad la que está caminando o no. Un sentimiento que cambia en cuanto le veo volver a moverse.

—¡Para, por favor! Estamos aquí para ayudarte —grito y automáticamente guardo el arma en su funda—. No hagas ninguna tontería, Frank.

Katherine me mira de reojo y también quita el arma de su vista procurando que él vea cada una de sus acciones. Nervioso, gira la cabeza para mirar que hay más allá y aprovecho ese segundo de distracción para acercarme a él sin bajar las manos en ningún momento.

—Yo no quería que esto acabara así, no quería que murieran —balbucea y las dos vemos cómo su expresión se baña en un intenso desconcierto—. Eran mis amigos, pero ellos me obligaron.

—A qué Frank, ¿quién te obligó a qué? —Procuro hacer cuestiones cortas y que logren mantener su atención fija en nosotras mientras nos damos la oportunidad de poder hacer algo—. Estás a salvo, no va a pasarte nada si nos lo cuentas.

—¿A vosotras? Todo está corrupto, no va a servir de nada. En cuanto abra la boca van a venir a por mí. —El miedo está tan presente en sus palabras que me hace creerlo enseguida, no lo está diciendo a la ligera.

—¿Por qué fuiste a La Galerie? —interviene Katherine, y aunque me asusta la idea de que pueda provocar algo peor, veo tanta determinación en su mirada que la dejo hacer su trabajo—. La buscabas a ella, sabías que podías echarnos una mano y todavía estás a tiempo, pero necesito que te bajes de ahí.

Él se lo piensa, su silencio es tenso y noto cómo las manos le tiemblan. La chaqueta de su traje se sigue moviendo como una capa y

hace que me fije en el arma que lleva en la cintura. Detalle que a Katherine tampoco le pasa desapercibido por la forma en la que me mira después.

Estemos en peligro o no, muestro una sonrisa y me quedo mirando a Frank durante unos segundos, lo justo para extender mi brazo y mostrarle la mano.

—Baja de ahí, te prometo que haré lo que esté en mi mano para ponerte a salvo. Yo misma te vigilaré la espalda si es necesario, nadie va a hacerte nada. —Se lo pido con un tono tranquilo, y asiento moviendo ligeramente mis pies.

Por más que sean unos pocos centímetros, acercarme hasta él ya lo veo como ganancia. De pronto, parece pensárselo, suspira y aprieta los labios buscando algo a su alrededor, en un intento por saber qué debe hacer.

—Eso es exactamente lo que me dijeron —suelta repentinamente y me deja clavada en el sitio—. Que tú jurarías salvarme la vida, pero no puedes. ¡No puedes!

—¿Por qué no puedo? —La pregunta sale de mis labios con pausa y seguridad.

Verme a punto de alcanzarle hace que me sienta bien, y la inocencia crea una ilusión que se disipa cuando frunce el ceño y le veo cambiar de expresión.

—Porque eres una cobarde —espeta y sonríe con arrogancia llevándose la mano a la cintura.

Todo ocurre muy deprisa. Frank baja de la cornisa y saca el arma para apuntarme sin pensárselo dos veces. A continuación, se escuchan varios disparos y me quedo petrificada en el sitio. Mi cuerpo da un espasmo como respuesta ante el posible dolor, pero enseguida me doy cuenta de que no siento absolutamente nada.

Cuando giro la cara veo a Katherine con su pistola y nuestro sospechoso va caminando hacia atrás hasta que se precipita por la azotea.

—¡No! —El impulso me hace correr y me quedo con las manos apoyadas en la cornisa viendo como su cuerpo se estampa contra el suelo.

La imagen de la sangre me lleva a un estado de *shock* que ya he sentido antes. Apenas puedo moverme y las manos empiezan a temblarme por culpa del pánico. Estoy tan quieta que cuando siento

cómo unos brazos me rodean ni siquiera soy consciente del lugar en el que me encuentro.

—River, ¡River! —La voz de Katherine me devuelve al presente y, al abrir los ojos, noto que no tengo poder sobre ninguno de mis músculos—. ¿Estás bien? Dime algo, joder. —Sus brazos tiene la fortaleza suficiente para sujetarme mientras intento asentir sin apenas conseguirlo.

—Estoy… bien —balbuceo y el suspiro que escucho en mi oído me devuelve cada uno de mis sentidos. Automáticamente, me abrazo a ella y la aprieto contra mí comprobando que esto no es un sueño, que estoy viva y que ella sigue aquí—. ¿Qué… qué ha pasado? —pregunto como si durante un momento hubiera estado fuera de toda realidad.

—Casi te… —No es capaz de pronunciar la última palabra, se separa de mí y me mira a los ojos como tantas veces lo hizo antes de que una noche nuestro destino cambiara para siempre. Veo el terror apoderarse de ella y lo siento cuando pone sus manos en mi cuello rozándome las mejillas con los dedos, intentando comprobar que estoy bien—. Pensé que te había herido.

Su mano derecha se clava contra mi pecho con tanta fuerza que siento que podría parar mi corazón. El sol incide en una mirada asustada que adquiere mucha más fuerza al ver que me encuentro bien y, de pronto, mi latido se paraliza para volver a reiniciarse poco después, como si al mirarla, el pasado hubiera quedado encerrado y el destino me entregase una nueva oportunidad.

Sonrío, no sé por qué lo hago, pero noto el cosquilleo en los labios y me gusta la sensación de volver a hacerlo solo porque ella está delante de mí. La tensión me sube por las piernas, se instala en el centro de mi pecho y me hace sentir la respiración de Katherine mucho más cerca. De repente, su frente está pegada a la mía, las mejillas me arden y caigo en el recuerdo de sus labios una vez más, un roce que se apodera de mi alma para cerrar cada una de las heridas que seguían abiertas desde que la perdí.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Jason atraviesa la distancia y nos corta en dos.

Katherine se separa al instante, sus labios se tensan formando un gesto incómodo antes de mirar a los ojos de mi compañero, quien corre hacia nosotras para comprobar que no ha pasado nada grave.

Su mirada no me pasa desapercibida, pero intento que la

profesionalidad vaya por delante cuando le tengo frente a mí.

—Ha intentado dispararme, no hemos podido hacer más —informo.

—¡Mierda! —grita él y después me mira con los ojos inyectados en rabia—. ¿Habéis podido sacarle algo?

—Iba a por Milano —comenta Katherine y enseguida se lleva la mano al bolsillo de su pantalón—. Pediré a una unidad que venga, vosotros empezad a despejar la zona. No quiero a más curiosos por aquí, deberías haberte encargado de eso.

El enfado de Katherine con Jason es monumental y crece en cuestión de un segundo, pero no es eso lo que más miedo me da en este momento, sino la forma en la que él vuelve a mirarme cuando retoma su atención en mí. Asiente en silencio y cumple con las órdenes que le han entregado mientras me llevo las manos a la cabeza.

Porque de alguna forma u otra sé que todo lo que ha pasado aquí arriba va a costarme muy caro.

# 20

*«Las flores habían quedado enterradas; todo había desaparecido.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

19 de abril de 2024, viernes.

Al salir de la comisaría siento que la cabeza me va a estallar y, al caminar. tamborileo los dedos sobre mis pantalones sin descanso. El caramelo que me acabo de terminar no es suficiente y tengo unas ganas profundas de encenderme un cigarrillo para calmar la revolución que tengo en mi interior. Con Frank Moore fuera de juego, el registro de su habitación de hotel nos dejó algunas pistas que todavía estamos cotejando y que confirma que Parish fue asesinado por las amenazas que envió al concejal a través de su teléfono móvil. Su ordenador —minuciosamente encriptado— ya está en manos de la unidad informática para darnos acceso a cualquier cosa que pueda ayudarnos, pero que todo vaya tan lento está empezando a frustrarme demasiado.

Sin embargo, no es precisamente eso lo que me tiene con los nervios de punta. Cada vez que cierro los ojos veo a Milano delante de mí, tan cerca de la muerte que siento que en algún momento se la va a llevar de verdad. El temor al adiós se abre paso y cuando lo pienso, creo que muero un poco por dentro.

«Te vas a volver loca», me recrimino, y ya no sé qué más hacer.

Después de que se llevaran el cadáver de Frank, ella tuvo que ser atendida por otra crisis de ansiedad. Verla sentada en la ambulancia con la mirada perdida me dejó con una sensación horrible que todavía no puedo sacarme del pecho, y la idea de que haya estado sufriendo así todo este tiempo no mejora la situación. Ahora, me siento estúpida, impotente y dolida conmigo misma por haber acrecentado cada uno de los problemas que ella debe estar arrastrando.

—Joder, ¡qué voy a hacer!

—¿Darte un respiro? —La voz de Hailey aparece de la nada y al

levantar la mirada me la encuentro delante de mí.

Sus ojos verdes brillan a pesar de la oscuridad, de hecho, diría que la noche sigue haciendo de las suyas para darles un aspecto más bonito que la sonrisa que esboza ahora mismo. Tardo un segundo en reaccionar y en acercarme a ella para fundirme en un abrazo que me sabe a gloria y que sacude las malas sensaciones que han salido conmigo de comisaría. Ella siempre ha tenido ese poder, el de borrar lo malo para convertir el final del día en el mejor que hayas vivido. Cuando se separa, se queda mirándome y sé que va a decirme que parezco cansada, así que supongo que lo omite al adivinar lo que voy a responder.

—¿Llevas mucho aquí? —pregunto, como si hubiera olvidado lo puntual que siempre es.

—Solo un rato, el suficiente para saber que sigues trabajando demasiado —bromea, no ha podido evitar lanzarme una reprimenda —. ¿Tomamos una cerveza?

—No podrías proponer algo mejor.

Juntas atravesamos la calle y vamos a parar a un bar cercano que hace esquina y que se ve tranquilo desde el exterior. Las luces tenues le entregan un aspecto rústico mezclado con los muebles de madera y los ladrillos que decoran su interior. La barra está prácticamente vacía así que decidimos sentarnos en un par de taburetes. Me quito la chaqueta de cuero mientras Hailey llama la atención del camarero y pide dos cervezas negras.

—¿Qué tal va todo? —quiere saber, y en su mirada veo un interés verdadero que me hace recordar las primeras veces que me hizo esa pregunta después de que volviéramos a la normalidad.

—No me quejo, podría ir mejor, pero ya sabes cómo son estas cosas. —Me encojo de hombros al responder y guardo un mechón de pelo tras mi oreja—. La investigación está siendo dura y ya hemos tenido un par de sustos, pero nada fuera de lo habitual.

—¿Y tus hermanos? —Hailey agradece con una sonrisa la llegada de su cerveza y le da un pequeño sorbo antes de continuar—. Tenemos que repetir lo del mes pasado, estuvo muy bien.

—La verdad es que sí. —A mi mente llegan los recuerdos del día que pasamos en el campo, haciendo una barbacoa y jugando al béisbol hasta que el sol empezó a caer—. Ya sabes que repetimos cuando quieras, Alexander está muy centrado en ser poli, así que también le

vendrá bien un descanso. Parece que eso venga de familia —bromeo y agacho un segundo la mirada—. Me alegro de que podamos volver a hacer esto, ¿sabes? Te echaba de menos.

Acaricia el vaso de cerveza y asiente pensativa, algo sonriente, pero no demasiado. ¿Me lo parece a mí o está intentando encontrar las palabras correctas para decirme algo que le resulta incómodo? El silencio se mantiene unos pocos segundos en los que me dedico a saborear la cerveza y echar un vistazo al movimiento de la calle. Mis ojos chocan con el departamento, esperando a que alguien en concreto salga por la puerta.

—¿Tú… estás bien? —pregunta tras un rato y, cuando la miro, sé perfectamente por qué me lo dice—. Hace unos días hablé con Nick, estaba bastante enfadado. Dice que has cometido un error catastrófico, intenté convencerle de lo contrario, pero después de todo lo que ha pasado…

—Solo quiere protegerme. Lo ha pasado muy mal durante el último año y la verdad es que no puedo reprochárselo. —La frustración se palpa en mi persona y no puedo evitar sentir ese arrepentimiento que sigue azotándome muchas noches—. Pero se equivoca en algo. No me había percatado de cuánto necesito este trabajo hasta que volví a pisar la comisaría.

—¿Incluso estando ella ahí? —Hailey profundiza en ello sin tapujos y su gesto se tuerce antes de esconder los labios tras el vaso de cerveza.

Dejo escapar un suspiro e intento ver la situación con otra perspectiva. Durante días he pensado que hacía lo correcto y que, además, tendría las fuerzas suficientes para trabajar con Milano como si nada hubiera pasado, pero la verdad es que ya no me merece la pena ocultar lo que siento de verdad. Sobre todo porque Nick está sumamente pendiente de lo que ocurre a mi alrededor, y la mujer que tengo delante es tan intuitiva que no podría mentirle.

—Si tengo que ser sincera, está siendo lo más duro que he hecho en mi vida durante los últimos años. Cada vez que ella entra por la puerta recuerdo cómo me hundí cuando se supone que ella estaba… muerta. —Me cuesta terminar la frase y ahogo un suspiro que se pierde en cuanto doy un sorbo a mi cerveza—. Creo que no dice la verdad del todo, que hay algo que sigue ocultando porque tiene miedo, lo que no se da cuenta es que ya no puede hacerme más daño

—ironizo, y no sé si me gusta sentirme así—. ¿Sabes? El otro día me besó y te juro que…

—Te gustó —interrumpe Hailey con firmeza.

Después se me queda mirando e intenta analizar lo que voy a decir incluso antes de que yo pronuncie palabra.

—Iba a decir que la odié y le di un buen tortazo, pero bueno, para qué voy a mentirte. —El dolor se asienta en mis labios, aunque intento apartarlo con una sonrisa que al final no puedo esbozar. Qué irónico es que esté hablando con mi exmujer de Milano, pero aun así, continúo—: Eso es lo peor de todo, que me gustó, que la echo de menos, que verla cada día en comisaría lo siento como un regalo, como un motivo para tener esperanza y creer que podemos volver a empezar, aunque no me cuente qué es lo que pasó, todo lo que pasó. Pero luego… recuerdo que está casada y Hailey ¡no lo entiendo! —Necesito tomar aire para aclarar las ideas y poner en orden mis pensamientos, incluso para buscar en la mujer que tengo delante una respuesta que ella no puede darme—. No sé cómo ha podido casarse, sé que en esto no soy la más indicada para hablar, que tengo fama de destrozar aquello que toco, pero han pasado solo unos meses y parece haber rehecho su vida como si nada cuando yo… bueno, ojalá tuviera ese superpoder.

—A mí me olvidaste yendo de cama en cama, acuérdate.

Hailey suelta una broma de muy mal gusto y se da cuenta al instante, pero en cuanto relajo los músculos y la veo a punto de atragantarse con la cerveza con tal de no abrir la boca, me echo a reír.

—Ese ha sido un golpe bajo —digo casi sin voz. Chasqueo la lengua y me bebo lo que me queda en el vaso de un tirón pidiendo que me pongan otra—, aunque no puedo negarlo, es exactamente lo que hice. Pero, ¿Milano? Ella nunca ha sido… así. Si ella misma confesó que estaba casada con su trabajo, nunca la imaginé con un anillo puesto.

—¿Seguro? Porque según lo que cuentas las cosas os iban bien como para habérselo pedido tú. —Me quedo mirando a Hailey y después se encoge de hombros—. Mira, creo que deberías de hablar con ella, conociéndote, seguro que estás evitando la charla o, si la has tenido, habrás preferido cortar por lo sano y alejarte de Milano. Nick me va a odiar por alentarte, pero a veces las cosas no son lo que parecen y pienso mucho en cómo habrían sido las cosas de haberme

quedado un poco más contigo, abrazándote e intentando indagar más en tu interior. Eres una cabezota, Katherine Fortier, y la vida no siempre da oportunidades como esta, no lo eches a perder por no querer averiguarlo.

. . .

Las llaves se mueven entre mis dedos y subo despacio los escalones del porche de casa. Al meter una en la cerradura estoy a punto de girarla cuando la puerta se abre y veo los ojos de Nick inyectados en preocupación. De hecho, tiene la vena de su cuello hinchada igual que cuando entrenamos en su garaje, algo que últimamente no hemos hecho demasiado. Pongo los ojos en blanco y me hago paso al interior poniendo una sonrisa en mis labios y sin dedicarle ni un saludo. Al menos, hasta que dejo la chaqueta en el perchero e intento deshacerme del cansancio.

—¿Dónde estabas? Te he dejado tres mensajes.

—Tomando una cerveza con Hailey, señor preocupado. —Uso el tono de burla que nuestro hermano suele poner cada vez que quiere regañarnos y camino hacia la cocina como si nada. Sigue mis pasos y se cruza de brazos viéndome abrir la nevera para buscar un poco de agua fresca—. ¿Ahora vas a vigilarme como si fueras mi padre? —Levanta una ceja, está claro que no va a dejar esto pasar, así que me seco los labios y levanto las manos en son de paz—. No quería estar pendiente del teléfono mientras pasaba un rato tranquilo con ella, ¿vale? Hace días que las cosas están siendo una locura en comisaría y después de lo de la azotea necesitaba un poco de paz. Tú más que nadie deberías entenderlo.

—Precisamente por eso deberías de tener un poco de consideración. En esta casa nos preocupamos por ti y me pone de los nervios que no contestes un puto mensaje para saber si estás bien mientras tú te vas de cervezas. —Sus labios se crispan y noto cómo el enfado empieza a tomar el control de su cuerpo.

Su postura se tensa y cierra los puños, está a punto de perder los nervios. No me gusta verle así y eso me hace recordar las noches que pasó sin dormir cuando yo estaba en el hospital y cada uno de los días que me acompañó a las curas, al gimnasio y a sesiones de terapia que dejé continuamente. Nick se ha pasado la vida cuidándome continuamente sin necesidad de hacerlo, porque él es simplemente así y cuando profundizo en su mirada me doy cuenta de que estoy siendo

totalmente injusta.

—Perdóname, debería haberte avisado, pero tienes que entender que no puedes estar las veinticuatro horas del día pensando en si estaré bien o no. —Me acerco a él y pongo las manos en su pecho acariciándole la mejilla poco después—. Necesitas desconectar un poco de eso, porque cuando Alexander entre al cuerpo no vas a poder preocuparte continuamente por los dos, o eso acabará matándote.

—Es que… Katherine, no soporto la idea de que estés ahí otra vez, siempre en peligro, siempre siendo el escudo de gente que te ha destrozado la vida. Primero fue Remy y ahora es la puta de Milano.

Que hable así de ella me sorprende y enfría mi cuerpo. Sus ojos se encienden en fuego y la frustración se mezcla con un sentimiento de odio que provoca el frenético latido de su corazón, puedo notarlo con los dedos. Aprieto los labios e intento decir algo que pueda cambiar la situación, hacerle ver que se está equivocando, pero al final caigo en la cuenta de que yo estaría exactamente igual si Bethany le hubiera hecho daño así, y la verdad es que también odio a Remy por haberle engañado durante tantos años. Hasta el punto en que me hubiera gustado matarle con mis propias manos.

Nick está derrotado, tiene miedo a no vernos más y lo único que puedo hacer es abrazarle con fuerza, pegar su cuerpo al mío e intentar disipar la tormenta que se mueve dentro de su pecho a pesar de lo que tengo que decirle.

—Todavía la quiero Nick —confieso, y no soy capaz de mirarle a los ojos hasta un poco después—. Puede que no lo entiendas, pero la quiero. Pensé que podría odiarla tanto como lo haces tú, pero no puedo.

—Lo sé, lo supe desde el día que os vi ahí fuera. —Sus labios tiemblan y después niega intentando recomponerse—. No es solo ella, es que haya vuelto después de tantos meses como si nada hubiera pasado. Nosotros nunca le habríamos hecho algo así. Jamás. Para mí era como una hermana y, ahora, se ha convertido en una completa desconocida. Ya perdí a una persona, y no pensé que volvería a pasar tan pronto.

Llevo ambas manos a su cara y me pongo de puntillas para dejar un beso en su frente. Nick tiene razón, aunque desafortunadamente no tenemos el poder de echar atrás el tiempo, así que me aparto y me muevo por la cocina para buscar un par de tazas y preparar café, estoy

segura de que nos va a venir muy bien. Necesito que olvidemos el tema y decirle algo que instala ciertas mariposas en mi estómago. Cuando pongo una sonrisa en los labios Nick se extraña así que lo suelto sin más.

—Hailey se casa, me lo ha dicho hace un rato y quiere que vayamos a la boda.

Mi hermano abre la boca sin saber qué decir, hasta me mira con intensidad buscando cualquier gesto que me denote triste, pero lo único que puedo dejar ver es la enorme alegría que siento por ella. Ahora es él quien viene hacia mí y me abraza, apoyando la barbilla sobre mi cabeza, haciéndome sentir en casa y tan bien que por un momento pienso que ahí afuera ya no queda nada que pueda dañarme.

Sin embargo, lo que hago es pensar en mi exmujer y en la frase que dijo antes de contarme su gran noticia: «La vida no siempre da oportunidades como esta, no lo eches a perder por no querer averiguarlo.»

Y sé que tiene razón.

# 21

*«Las cosas pequeñas se magnifican*
*y resaltan del fondo con una claridad dolorosa.»*
Donna Tartt, *El secreto*

MILANO

23 de abril de 2024, martes.

Mi teléfono vuelve a vibrar y lo silencio girándolo sobre la mesa. Necesito poner mi atención en lo que tenemos delante y no en mensajes cargados de reclamos con los que ahora no puedo lidiar. Al menos Jason no está aquí para seguir insistiendo en el tema. Claudia lleva un rato mirándome y no estoy dispuesta a que el resto siga su ejemplo, así que busco uno de los rotulares y me voy directa al panel de pruebas para escribir los nombres más presentes que encontramos en el teléfono y en el ordenador de Frank Moore, destacando entre ellos el de Liam Howard, a quien todavía no hemos decidido interrogar.

—Este tío tenía relación con un montón de gente —dice Anthony rascándose la barbilla en un intento por clarificar algo que no sepamos ya—. ¿Creéis que era un sicario o algo así?

—Estuvo en el ejército en operaciones especiales, así que sabía perfectamente lo que se hacía —interviene Jeremy, y quita la atención de los documentos que estaba mirando—. Lo que necesitamos averiguar es si ese contacto misterioso se trata del hombre que ejecutó a la familia de Parish y para quiénes seguían órdenes.

Katherine está cruzada de brazos apoyada en la pared, meditando algo que quisiera poder averiguar. Su mirada está fija en el panel hasta que choca conmigo y estoy a punto de tirar el rotulador; acto seguido, Jason suspira y parece estar a punto de lanzar algo contra el otro lado de la sala.

Carraspeo y vuelvo al trabajo, intentando no pensar en la mujer que sigue a mi espalda.

—Según los mensajes que hemos encontrado llevaba tiempo

entre Nueva Orleans e Indianápolis, así que sus objetivos principales seguían moviéndose por allí. Con el ataque fallido a la hija del senador quizá buscaron otra vía por la que conseguir su objetivo, pero ¿cuál? —Katherine plantea una pregunta interesante y entonces, conecto el nombre de Liam con los otros tres que he escrito en el panel.

—Tenemos a un empresario que posiblemente hinchaba las arcas de unos cuantos altos cargos: Liam —informo rodeando su nombre con un círculo—. Este conocía a Frank y a su vez mantenía contacto constante con estas tres personas: Rosalie Clarkson, Jesse Murray y Nicholas Torres; este último es uno de los concejales metropolitanos de Baton Rouge y amigo personal de Parish. También tenemos mensajes entre ellos, pero nada que sea relevante o incriminatorio. Los otros dos están metidos en política, como asesores. —Hago una pausa y pienso cuál debería ser el siguiente paso—. Creo que deberíamos centrarnos en sus movimientos, averiguar a quiénes han ayudado o si están trabajando en la campaña del próximo mes de noviembre.

—Me encargaré del concejal Torres —propone Jeremy y ninguno vemos objeción—. Quizá sepa algo, se le vio muy afectado en el homenaje que le hicieron a Parish hace unos días. Incluso salió en las noticias.

—Haced hincapié en averiguar si tenían líneas secundarias con las que se comunicaban y pedid una orden para pincharles los teléfonos personales si es necesario —dice Katherine dando instrucciones.

—Parece que no estás tan en desacuerdo con los métodos del FBI como parece. —Jason ironiza ante sus palabras y el resto nos quedamos en silencio. Las miradas que se ponen encima de él no son nada buenas, así que retira lo dicho levantando las manos y volviendo a los informes que tiene delante—. Yo solo daba mi opinión —se excusa.

—Pues no deberías hacer conjeturas sobre nuestro trabajo, ¿sabes? No te creas tan importante solo porque seas del FBI. —Tal y como me temía que iba a pasar en algún momento, Anthony interviene y mi compañero se encara con él levantándose de la silla.

—¡Parad ya! O estáis fuera del caso —ordena Katherine—. Claudia, llévatelo y volved al despacho del abogado de Parish, dadle a

conocer los nombres que tenemos en mente, a ver si los conocía o el concejal les habló de ellos en algún momento. Y después volved a revisar cada una de las cámaras en las que Frank haya salido durante el último par de semanas, si se reunió con el tipo de la cicatriz, quiero saberlo, eso y cualquier cosa que esté registrada a su nombre.

Anthony abandona la sala furioso y busco en el bolsillo de mi pantalón un caramelo que echarme a la boca. Después, voy al fondo de la sala y me sirvo otro café viendo como Katherine se pone a mi lado sin mirarme en ningún momento.

—Lo siento, a veces es insoportable —me disculpo en voz baja.

—Te estoy oyendo —vuelve a protestar Jason y siento que en cualquier momento voy a explotar contra él.

—Dennise lleva días con el diario de Parish y eso no puede ser bueno. —Katherine intenta encaminar la conversación a otra parte, evitando pensar en algo que no gire en torno al engreído de mi compañero o un marido por el que todavía no me atrevo a hablar. Puede que esto último sean conjeturas estúpidas que se me pasan por la cabeza, pero no puedo evitar decírmelo. El aroma a café baña el escenario y eso me ayuda a pensar con más claridad—. Me parece que iré a ver cómo va o si necesita ayuda.

—Creo que a mí también me vendrá bien un descanso o no respondo de lo que pueda llegar a hacer. —Después de mucho tiempo, soy capaz de bromear con ella y esboza una sonrisa ofreciéndome una taza de café—. Gracias.

Dos minutos más tarde estamos metidas en el ascensor que nos lleva hacia la zona del laboratorio que está cerca de la sala de autopsias. El silencio que nos rodea me tensa y le pido al universo que lleguemos rápido al encuentro con nuestra forense, o no sabré qué hacer. Al mirar de reojo veo el perfil de Katherine. Su mirada parece más tranquila que en días pasados, aunque de vez en cuando cierra los ojos y toma aire despacio, quizás intentando aclarar las ideas o calmar cualquier cosa que esté removiéndose en su interior.

Los números cambian en el panel y tengo la percepción de que el tiempo se paraliza tanto que ya no puedo soportar esta incomodidad entre las dos.

—Tenemos que hablar.

—Katherine —digo a la vez y nos quedamos mirando a punto de sonreír como tontas—. Tú primero.

Ella afirma y no se piensa mucho pulsar el botón del ascensor para detenerlo. Instantáneamente mi mente nos lleva a algunas de las veces que hice lo mismo con tal de disfrutar de sus labios antes de enfrentarnos a este infierno, y me cuesta no tragar saliva y continuar como si mi corazón no me pidiera dar un paso adelante.

Caer en la profundidad de sus ojos me sabe a poco, pero al ver otra vez mi anillo, el deseo se disipa por completo.

—¿Estás recibiendo ayuda? —pregunta sin poder evitarlo, en sus ojos veo que necesita saber que fuera de estas pareces hay alguien que también me protege, ojalá fuera ella quien pudiera hacerlo.

Niego torciendo la cabeza y me apoyo en la pared del ascensor. Sabe lo que le voy a de decir incluso antes de que abra la boca.

—Créeme, me gustaría no ser tan cabezota como tú en algunas cosas —intento bromear, aunque está claro que no lo consigo por el pesar que veo en su mirada—. Hay cosas que todavía no puedo controlar, es como…

—Como cuando yo piso algún sótano, que sigo viéndole a él —aclara con voz pausada—. Te entiendo bien, pero necesitas que alguien te ayude, hablar de lo que pasó. —Tras estas palabras me quedo en silencio unos segundos y vuelvo a su mirada—. Sé que no vas a decirme nada, pero odio la idea de que ni siquiera podamos estar en una misma habitación como antes de…

—He querido hacerlo cada uno de los días desde que volví. —Aprieto los labios y lo pienso, hay algo en mi interior que me oprime y me obliga a guardar silencio—. Katherine, no quiero ponerte en peligro, ni a ti, ni a los demás. Hay cosas que… todos estos meses… —suelto el aire que tengo retenido en mis pulmones—. Me odias porque crees que desaparecí sin más y no tienes idea de lo que ocurre.

—Entonces, ¿por qué no me lo dices?

—Porque no puedo arriesgarme a ser yo quien te pierda. —Acompaño mi sinceridad con el movimiento de mi mano para apretar el botón y poner el ascensor otra vez en marcha, ojalá el tiempo acabe por darme la oportunidad de poder contárselo todo, pero no será hoy.

En apenas un segundo la puerta se abre y veo a un par de agentes que nos saludan con una sonrisa en los labios. Mi primer impulso es agarrar del brazo a Katherine cuando ella echa a andar, pero acabo conteniéndome y, con la frustración palpitándome en el pecho, cruzo el pasillo para encarar los laboratorios y encontrarme

con el semblante preocupado de Dennise nada más entrar.

Sobre la mesa de metal tiene varios informes repartidos y algunas fotografías que no deja de comparar junto a las imágenes que aparecen en tres pantallas de ordenador. Está tan metida en su trabajo que le cuesta darse cuenta de que estamos aquí y eso la sobresalta.

—Vais a matarme, ¿verdad? —dice al verme mirando todas las pruebas—. Sé que me está llevando más tiempo del habitual, pero es que hay algo que no me termina de cuadrar.

—¿Qué has encontrado? —Me adelanto.

Dennise suspira con desánimo, probablemente por el cansancio que sigue acumulando, y el violáceo de sus párpados es un buen indicador.

—Teníais razón: al diario le faltan páginas. Había algo escrito, pero no solo por parte de Parish. —Antes de continuar busca el ratón y en pantalla aparece la imagen de esas hojas en las que se pueden ver algunas letras reproducidas en digital—. Estoy sometiendo las páginas a un algoritmo avanzado que me permita crear varias probabilidades. Para que me entendáis, lo que busco es que, a raíz de algunas letras, el ordenador pueda formar frases o intentar reproducir el texto que se escribió. —Dennise infla el pecho para coger aire y nos muestra otras dos imágenes—. Esto es lo que he conseguido hasta el momento.

—«Estaba equivocado, ellos no van a cumplir con el trato» —cito según leo, y pongo las manos en mi cintura—. ¿Es lo que había escrito en la página que encontró Claudia? —Nuestra forense lo admite con una afirmación—. Podrían tratarse de Rosalie Clarkson y Jesse Murray si tenemos suerte —digo buscando la atención de Katherine—. ¿Cuánto texto crees que había escrito?

—Probablemente media página, pero solo podré extraer el contenido en el que no haya algo escrito encima —nos confirma Dennise—. Lo demás es tarea imposible, aunque he encontrado algo más. Esto no estaba con su letra. —Nos entrega un papel en el que hay escrita una dirección—. Henderson Street, lado este.

—¿Ahí no está el centro de convenciones Ernest Morial? —La rapidez con la que deduzco a qué lugar se refiere deja pasmada a Katherine, quien no puede aguantar la sonrisa que dibujan sus labios —. ¿Qué? Ya sabes que me gusta explorar la ciudad de noche.

—Yo no he dicho nada —se excusa y se cruza de brazos intentando desviar la atención—. Puede que esto no sea nada o que

lleve ahí escrito meses, así que es mejor no emocionarse. Has hecho un buen trabajo Dennise, como siempre.

—Siento no haber ido más rápido, he sometido cada página de este diario a un par de análisis completos, en total faltan tres hojas, pero no sé si podré sacar más información. Aun así, os llamaré si hay algo nuevo.

Orgullosa de su trabajo, asiento y dejo una mano apoyada en su hombro. Katherine se mantiene en silencio, deseando salir de la sala. Parece como si mirar a nuestra forense le costara un gran trabajo y no me es difícil deducir el por qué. Cada una de las veces que hemos bajado aquí el aire se ha vuelto tenso y apenas ha cruzado una sonrisa con ella, como si poco a poco hubiera averiguado por sí misma que también la estuvo engañando durante todo este tiempo.

Convencida de lo que tengo que hacer, carraspeo antes de que ella de un paso para salir de la sala y hago una confesión que ya me estaba quemando por dentro.

—Sé que te lo estarás preguntando, cómo es posible que ella no se diera cuenta de que no era mi cadáver —suelto, y Dennise palidece —. Tuvo que seguir órdenes para no dejar las cartas al aire.

Mis palabras la hunden por completo y noto el dolor en su mirada.

—Yo… lo siento.

La voz de la forense se escucha pastosa y veo muy difícil que pueda articular alguna palabra más. Está al borde del llano y sus manos se aferran como pueden a la bata que lleva puesta.

—A veces hay que acatar las órdenes, ¿no? —Katherine se encoge de hombros y veo cómo la mandíbula se le tensa, aunque un segundo después su expresión se relaja—. Tú no tienes la culpa de lo que ocurrió, pero es mejor que Anthony no se entere, ya odia a Jason bastante y no quiero tener otro problema más en mitad de la investigación.

—Será nuestro secreto —asegura nuestra compañera y parece alegrarse mínimamente de un hecho que no debería traer ningún tipo de calma.

De hecho, soy yo quien debería disculparse, pero Katherine acaricia su brazo y toma el camino hacia la salida sin pensárselo dos veces. En mi mirada se dibuja un «gracias» que no tardo en compartir con Dennise y, cuando salgo, ando más deprisa para alcanzar a la

mujer que se sigue colando en mis sueños, incluso aunque esté despierta como en este momento.

Se mete en el ascensor y apoya la cabeza en la pared, llevándose las manos a los bolsillos, lo que me hace escuchar el papelillo de los caramelos que sigue comiendo muy a menudo. Saber que hay cosas que no se han perdido en ella me pone feliz, tanto, que noto un cosquilleo en el estómago, justo cuando extiende la mano y me ofrece uno con sabor a fresa y nata. «Como en los viejos tiempos», pienso, y lo agradezco con la emoción brillando en mis ojos. En silencio, quito el envoltorio y lo meto en mi boca sin decir nada, tomando la misma postura que Katherine y dejando que el tiempo pase.

La sala de investigación se presenta ante nosotras poco después, pero ahora, ella no va un paso por delante, sino junto a mí. Y eso me da esperanzas de que, al menos, las cosas se arreglen poco a poco.

# 22

*«No hay que subestimar el atractivo primordial:*
*Salir de uno mismo, completamente.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

24 de abril de 2024, jueves.

Llevo el segundo café del día y por la manera en la que Clyde entra en la sala de investigación presiento que esto no va a mejorar. Casi tiro la taza del susto, aunque por suerte, he logrado no derramarme ni una sola gota encima. Al darme la vuelta veo el estupor en su mirada y su nuez sube y baja al tragar saliva, si me llego a poner perdida, lo mato.

—Más vale que tengas una buena razón o…

—Han atacado a Rosalie Clarkson, unos minutos antes de que Anthony y Claudia fueran a su lugar de trabajo a recopilar más información. —Mi gesto se endurece y él aprieta la mano sobre el marco de la puerta antes de volver a hablar—. No ha pasado nada, el atacante se dio a la fuga en cuanto vio a los agentes llegar.

—¿Saben si se trata de…? —pregunto, pero el sargento niega y dejo la taza con fuerza sobre la mesa—. ¡Mierda!

Por un momento pienso que va a reírse porque ahora sí que me he manchado los pantalones, pero lo que hace es clavar la mirada en Milano y cerrar la puerta de la sala de investigación. Aquí hay otra cosa que va a explotar antes.

—¿Dónde está tu compañero? —quiere saber, y su tono de voz no suena conciliador. Ella le mira con dudas y los nervios empiezan a recorrerla, lo sé por la manera en la que muerde su labio inferior. Mientras me limpio con una servilleta camino hacia ellos, pero Clyde da una orden con la mano y me deja estática en el sitio—. Mira, he sido muy complaciente con la situación y con que él esté por aquí, pero se le nota a la legua cómo trabaja y no pienso permitir que ponga en peligro a mi equipo.

—¿De verdad crees que dejaría que estuvieran en peligro? —La

sorpresa cruza el gesto de Milano y le dedica una mirada contrariada.

—No sé, dímelo tú —insiste Clyde. Me gustaría intervenir, pero la verdad es que no sé qué podría decir para ayudar a una mujer que se ha metido solita en esta situación.

Lo quisiera realmente o no.

—Si estás pensando que Jason es un topo, te equivocas Clyde, créeme. —Milano está frustrada y la verdad es que me apena que la sometan a un interrogatorio cuando ella es una de las agentes más leales que he conocido. «Hasta que se marchó sin más», me recuerdo, y duele volver a pensarlo, aunque que sé que también ha hecho lo posible por protegerme—. Es duro, arrogante y un gilipollas, sí, pero se toma muy en serio el trabajo, lleva tiempo en esto y su currículum es impecable a pesar de las formas. Te equivocas de hombre.

Clyde cierra los puños con fuerza y, tras unos segundos, abandona la idea que se le ha metido en la cabeza sobre el agente Reade. El cansancio se apodera de su cuerpo y lanza un suspiro hasta que asiente para calmar las aguas.

—Lo siento, sabéis que no soy amigo de las casualidades.

—¿Crees que alguien ha informado al sospechoso de que la policía iba para allá? —Mi pregunta no se aleja de estar desacertada, pero al ver cómo Milano se lleva la mano a un mechón de su pelo sé que está pensando en algo más—. ¿Qué?

—Puede que la misma Rosalie le avisara y esté fingiendo que van a por ella —suelta y la idea se me cruza por la cabeza.

—Tendremos que comprobarlo —propongo y enseguida busco mi chaqueta de cuero—. Jeremy está con los archivos que se encontraron en el ordenador de Frank, en cuanto tenga algo que nos espere aquí. Hay cosas que todavía se nos escapan, necesitamos urgente una reunión de equipo.

—Enseguida le busco —dice Clyde, y cuando abandonamos la sala de investigación me coge del brazo—. Llevad cuidado, no sabemos si intentarán atacarla de nuevo.

—Por la cuenta que le trae no se atreverá —aclaro con seguridad.

Subirme al Cadillac con Milano me produce un escalofrío que recorre toda mi espalda y nada más arrancar el motor, ya estoy tamborileando los dedos sobre el volante. La casa de Rosalie no está muy lejos de aquí, pero jamás voy sin mi coche a ninguna parte, en

este trabajo no se sabe a qué te puedes enfrentar, y digamos que me siento más segura dentro de esta reliquia.

—¿Cómo lo lleva Nick? —La pregunta me pilla por sorpresa y doy un frenazo a punto de pasarme un semáforo en rojo, despertando las protestas de Milano—. Joder, lleva más cuidado.

—Ahora es mi culpa, ¿no? —Al poner mi atención en ella veo cómo levanta una ceja y niega de forma inocente.

Mis labios forman lo que parece una sonrisa y espero hasta que el color cambie a verde para pisar el acelerador y seguir adelante.

—Lo lleva regular, pero no solo por esto —digo intentando que no se sienta ofendida por algo que está claro sigue haciéndole daño—. Alexander está a punto de ser novato, y ahora seremos dos quienes estemos en constante peligro, lo que es irónico porque era mucho peor cuando él estaba en el ejército. Pero supongo que tiene todo muy reciente.

—Cuando me lo dijiste admito que no podía imaginarlo, el pequeño de los Fortier siendo agente de policía. Va a tener que controlar un poco su impulsividad.

—Eso le he dicho yo un montón de veces, pero estoy segura de que tendrá una carrera exitosa, no sé, digamos que en algún momento esperé que diera el paso —comento sinceramente, imaginando a mi hermano con la placa de policía en la cintura—. Aunque también me da un poco de miedo y por eso entiendo a Nick, no tengo nada que reprocharle.

—Me gustaría que al menos pudiéramos dirigirnos la palabra —ruega y frunce el ceño apoyando el codo en la ventana para dejar caer su mejilla—. Siento que no va a perdonarme en la vida y solo de imaginármelo ya se me hace insoportable.

—Tienes que darle tiempo, si yo puedo estar aquí sentada contigo… —Intento que mis palabras no suenen condescendientes, pero consigo el efecto contrario, porque bufa y se calla, no creo que tenga fuerzas para decir nada más—. Perdona, no quería ser tan idiota, es solo que…

Su teléfono empieza a sonar y cuando lo busca en el bolsillo veo el nombre de Sam en la pantalla. La carretera se expande frente a mis ojos como una serpiente kilométrica a la que no veo final. Si había conseguido mantenerme en calma, el sentimiento cambia de forma repentina y empiezo a apretar las manos sobre el volante hasta dejar

blancos mis nudillos. Se me queda mirando, rechaza la llamada y aprieta los labios sin tener ni idea de qué decir. «Mejor así, prefiero que no diga absolutamente nada», pienso para mí misma. Durante los últimos días he conseguido ir a comisaría y entrar por la puerta de la sala de investigación dejando de pensar en ese pequeño detalle que en realidad es enorme. Muchas de las últimas noches he soñado con cómo habría sido nuestra vida si el ataque en mi casa no se hubiera producido y, de inmediato, las imágenes se empiezan a cruzar por mi mente creándome un malestar que apenas puedo controlar.

Nos recuerdo a ella y a mí besándonos, caminando por las calles de Nueva Orleans, compartiendo desayunos, comidas y cenas, siendo una pareja más, dispuesta a ir contra el mundo si hiciera falta. Y entonces caigo en la cuenta de lo sencillo que parece haber sido todo esto para ella: ponerse ese anillo y dar el «sí, quiero». La idea me repugna y me produce una extrema rabia que me lleva a pisar el acelerador sin tregua.

—Te has pasado de calle. —La oigo decir y me gustaría que se callara para siempre—. ¿Kat?

Consciente de ello, doy un volantazo y su cabeza choca con el cristal de la ventanilla profiriendo un gemido de dolor que me parece poco para lo que me gustaría que sufriera en alguna ocasión. Sus manos van a parar al cinturón de seguridad y cuando vuelvo a girar noto su tensión sobre el asiento.

Al llegar al edificio de oficinas donde trabaja Rosalie, meto el coche en el primer hueco que encuentro y las ruedas chirrían antes de apagar el motor.

Todavía más furiosa, estoy a punto de salir del coche cuando me doy cuenta de que Milano está hiperventilando otra vez. Su tez se ha vuelto más pálida de lo normal y el miedo se presenta en unos ojos grises que, poco a poco, van perdiendo su color natural. Tiene miedo, las manos le tiemblan y, al acercarme para ver si está bien, me pega un manotazo.

—¡Déjame en paz! —suelta sin más—. ¡Te he dicho que no vuelvas a tocarme! —grita e inmediatamente me doy cuenta de que parece haber desconectado con la realidad.

Mi cuerpo se tensa y el sudor empieza a caerme por la nuca, hasta ahora no me había dado cuenta de que un simple acto como este la lleva a un estado en el que parece recordar algo que haya vivido en

los últimos meses. Un ataque, el fuego y ahora…

—Milano, soy yo. Eh, eh, mírame.

Se retuerce cuando la agarro de las muñecas y se mueve con tanta fuerza que tengo que tomarme un momento para quitarme el cinturón de seguridad y poder moverme dentro del coche sin hacerme daño. De nuevo vuelvo con ella, pero esta vez dejo mis manos en su cara y la obligo a mirarme para traerla de vuelta. No necesito decir nada, porque en cuanto cruza sus ojos conmigo, el gesto le cambia y veo cómo la mirada se le baña en lágrimas.

Sus manos todavía tiemblan y el teléfono empieza a sonarle otra vez.

—¿Por qué no me deja en paz? Joder —espeta y lo apaga para estamparlo contra el coche con rabia.

—Perdóname —ruego y el sentimiento de arrepentimiento se agarra con fuerza al centro de mi pecho. Me tomo un momento para cerrar los ojos y, al abrirlos otra vez, me doy cuenta de que no me he apartado de ella ni un solo centímetro—. No pensé que esto fuera a…

—Pero sigo siendo la culpable de todo, ¿verdad? —Sus labios vuelven a tiritar y apenas es capaz de controlar lo que siente—. Siempre seré la culpable por el ataque, por haber desaparecido y por haber permitido que ellos controlen mi vida desde entonces. Lo seré toda la vida.

Se quita el cinturón y está a punto de salir del coche. La verdad es que no sé cómo se lo impido, pero soy más rápida, cierro la puerta y la obligo a sentarse. Su nariz se queda pegada a la mía, noto cómo su respiración se une a mis pulmones de una forma que empieza a cerrar las heridas que contengo en mi interior. Mi mano izquierda está sobre su mejilla e inevitablemente me quedo mirando sus labios, hace tiempo que no están pintados de rojo y lo echo de menos, pero mucho más a ella, y controlar el impulso de besarla se vuelve imposible. Me mira, traga saliva y se queda parada sin saber qué hacer. La electricidad viaja por mis dedos y se instala en mi pecho.

Soy yo la que da el paso y roza sus labios un segundo, hasta que el sonido de mi teléfono nos interrumpe y me hace volver a la realidad.

—¿Qué pasa Anthony? —contesto de mala gana, y él parece darse cuenta por el largo silencio que se produce antes de que me responda.

—He visto tu coche y pensaba que ocurría algo —se lamenta en voz baja—. No me fío de que ese tipo siga por aquí.

—Tranquilo, vamos enseguida.

Cuelgo la llamada sin darle oportunidad a replica. Para mi mala suerte, Milano cierra la puerta del coche y la veo arreglarse la chaqueta nada más pisar la calle.

Necesito tomarme un segundo antes de salir, así que descanso la cabeza hacia atrás. Nos dirigimos hacia la entrada de un edificio donde el agente de seguridad que hay apostado asiente cuando Milano y yo le enseñamos las placas y juntas cruzamos el recibidor para ir hacia la zona de descanso, una cafetería en la que vemos a Rosalie sentada y con una taza temblorosa entre sus manos.

—Haz tu magia —pido a Milano y ella me sonríe de oreja a oreja.

Le basta un asentimiento para cambiar de gesto mientras se dirige hacia la mujer cuya mirada parece perdida. En unos minutos, descubriremos si está así por un ataque real o si nuestras sospechas se cumplen.

Claudia se acerca a mí y después echa un vistazo a su alrededor.

—Hemos llegado un poco después de que se produjera el ataque —comenta en voz baja, intentando que el resto no escuche nuestra conversación—. Según varios testigos nuestro sospechoso fue hacia el otro lado del edificio, hay una salida por la parte de atrás. El personal de seguridad intentó atraparle, pero no lo ha conseguido. Yo tampoco. Anthony se quedó en todo momento con Rosalie.

Observo un instante a la mujer. A nuestro alrededor hay varias personas que no dejan de mirarla y cuchichean por lo bajo, así que llamo la atención de Anthony.

—Llevaos a esta gente de aquí —ordeno en cuanto llega—, interrogadlos por separado, quiero tener sus versiones de los hechos. Apuntad nombres, puesto de trabajo, horarios, todo lo que forme parte de sus rutinas dentro de este edificio y que nos pueda interesar, ¿de acuerdo?

Él afirma y Claudia no tarda mucho en seguir sus pasos. Camino hacia la mesa donde se encuentra Rosalie y tomo asiento al lado de una Milano que se muestra amigable, con una sonrisa transparente en los labios.

—¿Ha sentido que alguien la estaba vigilando en los últimos

días? —la mujer niega con la mirada puesta en la taza y da un pequeño sorbo a su té. Sus facciones se muestran algo intranquilas y el pelo negro y liso le cae enmarañado sobre los hombros—. ¿Y aquí, en el trabajo, ha notado algo diferente?

—No sabría decirle, en los meses previos a que se celebren las elecciones siempre hay mucho trabajo. La gente viene y va, está más nerviosa e irascible…

—¿Alguien en particular? —Mientras guardo silencio, me fijo en cómo ella deja la taza y entrelaza los dedos. Después, descansa los codos sobre la mesa y apoya la frente en las manos ocultando sus ojos marrones.

Este me parece un movimiento demasiado político.

—Miren, la pérdida del concejal Parish ha afectado a toda la ciudad… y yo… —Se calla un par de segundos en los que intento no inmutarme, pero hay algo en ella que me deja claro lo que va a decir a continuación—. No he parado de recibir amenazas, y esto ha sido la gota que ha colmado el vaso —declara con total confianza y, de repente, los nervios parecen volatilizarse por completo.

Milano y yo nos echamos una mirada y asiento con entendimiento.

—Señora Clarkson —intervengo—, ¿podría decirnos de qué conocía a Frank Moore? En su teléfono encontramos varios mensajes en los que interactuaban sobre cuándo podrían verse o cuál iba a ser el siguiente paso. ¿Para qué concretamente?

Me cruzo de brazos y adopto una postura de total autoridad. Su largo silencio me es suficiente para saber que no esperaba que la policía encontrase esos mensajes. Estoy a punto de sonreír pero, por el bien de la investigación, procuro no mostrar satisfacción delante de una mujer que rumia lo que quiere decir a continuación.

—Uno de nuestros socios tenía contacto con él, al final se echó a un lado y lo dejó colgado, así que me volví en su fijación, no crean que me ha resultado agradable tratar con un tipo como ese. —Se muestra engreída y hasta se permite esbozar una sonrisa que borra en cuanto vuelve a cruzar los dedos frente a su cara—. En campaña hay muchas cosas que valen, agentes, y Frank Moore fue contratado para sacar los trapos sucios de los demócratas. De cara a las elecciones presidenciales estas cosas nos hacen ganar puntos, pero si creen que eso era un motivo para ordenar que mataran al concejal… se

equivocan. —Sus palabras me sirven para deducir algo que estoy segura de que mi compañera también ha detectado, pero trato por todos los medios que la supuesta víctima que tenemos delante no sé de cuenta de ello, porque acaba de confirmar una teoría que nadie más que la policía sospechaba.

—Así que, para que me quede claro, uno de sus compañeros contrató a Moore para ganar puntos hacia su partido, pero digamos que vio algo turbio y cortó todo contacto con él y entonces Frank se puso en contacto con usted —asiente y cojo la libreta que suelo llevar conmigo para tomar algunas anotaciones y me esfuerzo por parecer que no tengo mucha idea del asunto—. Imagino que la tendría amenazada, ¿por qué?

—No sé, ¿algún pago extra? —insinúa sin mucho interés—. No indagué demasiado, le pedí constantemente que me dejara en paz y es evidente que no estuvo de acuerdo.

—¿Podría enseñarnos esos mensajes? —La pregunta es arriesgada, aunque estoy segura de hacia dónde va a ir esta conversación.

—Los eliminé —contesta con rapidez. Las mandíbulas se le tensan y veo como se frota las manos antes de dejarlas debajo de la mesa. Milano se estará anotando esto en la cabeza, seguro—. No pensé que fueran relevantes, de hecho, le dejé muy claro que si seguía molestándome llamaría a la policía, así que pensé que lo dejaría estar. Pero esta mañana ha venido como un loco a las oficinas. No solo me ha amenazado verbalmente, también me ha cogido del cuello con furia y, bueno, el resto ya lo saben. Suerte que sus compañeros llegaron antes de que pasara algo grave.

—Claro… —susurro fijándome en el lugar donde no parece haber ni una sola marca aparente. Hago un par de anotaciones y después corto un trozo de papel en el que he anotado mi número de teléfono—. Puede ponerse en contacto con nosotras si cree que hay algo de relevancia que no nos ha contado.

—Así será agentes.

Se levanta y nos acerca la mano derecha. Milano es la primera en estrecharla y yo hago lo mismo poco después, echando un vistazo hacia el pasillo que se dirige a la parte de atrás del edificio. Me basta una afirmación para hacer entender a mi compañera que quiero comprobar por dónde salió el sospechoso, pero, antes de moverse, se

toma la libertad de hacer una pregunta más:

—¿Quién era la otra persona, señora Clarkson? El que hizo el trato con Frank.

—Oh, Nicholas Torres, agente —dice sonriente, con cierto orgullo en su mirada por haber tirado la piedra a ese tejado—. Espero haberles servido de ayuda, que tengan un buen día.

—Lo mismo digo —responde Milano y juntas emprendemos el camino hacia la salida.

—Avisaré a Claudia para que regresen al departamento en cuanto terminen y pondré una unidad para que la vigilen, también hay que pinchar su teléfono y el de la oficina. Está metida en algo, seguro.

Mi aclaración hace asentir a Milano, aunque no dice una sola palabra de camino a la salida. Lo único que sé es que las dos estamos deseando llegar a comisaría para avanzar con la investigación, como si no hubiera otras cosas que ya se nos están pasando por la cabeza.

# 23

*«Sentía que mi existencia estaba determinada de alguna manera sutil pero esencial.»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

Las tazas de todos humean sobre la mesa y el trabajo en toda la comisaría parece frenético. Jeremy es el único que se muestra calmado mientras anota algunas cosas en el panel de investigación. El cansancio empieza a hacer mella en mí, pero el café consigue disiparlo al menos por unos minutos, supongo que la adrenalina por querer saber más logrará hacer el resto. Jason entra por la puerta con un par de bolsas de comida china y ya tiene cara de malas pulgas, seguro que me odia por haberle enviado a por la cena cuando está claro que se siente muy superior a nuestros compañeros.

—Pues hasta el momento, uno de nuestros principales sospechosos está muerto, genial.

El rotulador rueda sobre la mesa cuando Jeremy lo lanza y después se deja caer en una de las sillas para atacar a la comida sin pensárselo dos veces. Mientras rompe la unión de los palillos me fijo en cómo frunce el ceño y la manera en la que clava su mirada en la comida.

Verle así me recuerda a algo, pero no consigo deducir el qué, aunque ahora tengo otras cosas más importantes en las que centrarme.

—Eso no quiere decir que no tengamos nada —aclaro—, es más, yo diría más bien lo contrario. Rosalie ha cometido un error y, se haya dado cuenta o no, tenemos que sacar partido de ello. Las personas se delatan cuando creen estar a salvo, y ella lo demostró nada más acabar la conversación.

—Está claro que mentía sobre Torres, él no tuvo ningún tipo de contacto con Frank para que investigase a otra persona. —Claudia deja sobre la mesa algunos documentos y les echo un vistazo—. De hecho, nos comentó que cuando se presentó ante él lo hizo con el

nombre de Tobias y que ofrecía asesoramiento político. Intercambiaron unos cuantos mensajes sobre la campaña presidencial, pero nada relevante, lo que me hace creer que abrió esa vía de comunicación a propósito.

—Querían desviar la implicación del asesinato de los Parish hacia otra persona, reconozco que es una jugada bastante inteligente. Se ponen en contacto con él y buscan la manera de que alguien hable más de la cuenta —añado pensativa y me llevo los dedos al puente de mi nariz—. Así que, ¿por qué no les damos lo que ellos quieren?

—Hagámosle creer que hemos caído en la trampa, que pensamos realmente que Torres estaba metido en algo. —Extrañamente, Katherine pasa de la comida para coger el rotulador e ir hacia el panel de pruebas—. Elaboremos un plan donde el resto de los sospechosos tengan de primera mano esa información —dice cavilando las posibilidades—, es el momento de usar a nuestro favor una carta que todavía no ha sido descubierta. Liam Howard.

—Eso no tiene sentido, ni siquiera lo habéis interrogado y ¿crees que él va a ser la llave para engañar al resto? —Como siempre, Jason da a conocer su desacuerdo, pero tampoco aporta nada relevante para rebatir las palabras de Katherine.

Es más, su atención se queda en la caja con arroz chino que lleva entre manos y eso me saca de quicio. ¿En qué momento acepté trabajar con alguien como él? «Ojalá se lo pudiera hacer tragar de golpe», pienso.

—Ya que eres el experto, ¿crees que cuando se tienen varios sospechosos hay que ir a por ellos sin más? Sin vigilancia previa, sin conocer sus movimientos, sin saber por qué viaja a una ciudad u otra… porque hasta donde yo sé, recopilar información mientras se investiga directamente a más personas también forma parte de tener un buen plan. —Nunca me ha gustado dejar a un compañero en evidencia, al resto tampoco, pero parece inevitable no esbozar una sonrisa orgullosa cuando Katherine comenta esto en voz alta—. Si quieres, puedes aportar otra idea.

Jason deja la caja de cartón sobre la mesa y levanta las manos en silencio. Seguidamente se pone de pie y se acerca a mí para pegar sus labios en mi oído.

—Deberías de cuidar tus lealtades, River, o puede que un día de estos no vuelvas por aquí de verdad. —Su voz me causa escalofríos y

me deja con la mirada perdida—. Vuelvo en un rato, cuando las aguas se hayan calmado —dice, y esta vez levanta la voz para dejárselo claro al resto.

La puerta se cierra y tengo suerte de estar sentada, porque si no me habría dado de bruces contra el suelo. Para mi fortuna, me recompongo rápido y nadie se percata de mi estado, así que me levanto para buscar entre las bolsas de comida y poder centrarme en otra cosa mientras seguimos con el plan.

—Bien, ya sabemos que Liam invertía parte de sus ganancias en política, desde luego no gratuitamente. Durante los últimos días, Claudia y Anthony han estado investigando cada uno de sus movimientos y sabemos que obtuvo permisos que normalmente nadie habría conseguido para montar un local. Un ejemplo es la cafetería de Baton Rouge. —Katherine lo anota y después prosigue—. También sabemos que aquí, en Nueva Orleans, le cerraron un par de sitios en los últimos meses, lo que puede tomarse como un móvil para, al menos, intentar joder la carrera de Parish.

—Pero, hasta donde sabemos, es el mismo concejal quien estaba metido en algo turbio. Si Liam forma parte de esto, ¿no debería de temer sentirse expuesto?

—O puede que usara esa información para chantajear al concejal —propongo.

Apunta ese detalle en el panel y Jeremy asiente y se lleva un trozo de pollo a la boca. Sobre la mesa también hay unas cuantas fotografías a las que echo un vistazo con más calma, fijándome en la sonrisa de Liam y en la imagen de buena persona que parece querer dar en sus redes sociales. Cada estampa coincide con un momento especial de su carrera: haciendo visitas, cerrando acuerdos, hermanándose con más empresarios… todo parece especialmente diseñado para que el mundo exterior vea lo buen jefe que es; pero cuando llego a una en concreto, me levanto tan deprisa que todos se me quedan mirando con escepticismo.

—¿Qué pasa? —Katherine es la primera en preguntar y lleva la mirada a la fotografía que sujeto entre manos.

—Esta no estaba en sus redes sociales —aclaro y cojo uno de los ordenadores para poder comprobarlo—. ¿De dónde la habéis sacado?

—No lo sé, puede que del ordenador de Frank. —Dubitativo, Jeremy deja a un lado la comida y echa un vistazo a la imagen,

dándose cuenta de lo que pasó por alto.

Esta muestra a un Liam Howard sonriente mientras se estrecha la mano con Rosalie en una de las ferias inmobiliarias de Luisiana, pero lo que realmente se lleva nuestra atención son las personas que hay a su alrededor. Frank Moore abraza a un tipo con una enorme cicatriz que va desde parte de su mano hacia el brazo, mientras que otros visitantes aprovechan para sacarse una foto con el alcalde de Nueva Orleans. Tener a todos en una misma instantánea podría resultar simple casualidad, pero no me lo parece en absoluto.

—Llévala a los laboratorios, que Dennise la amplíe y coteje la imagen con la base de datos policial de todo el país.

A Jeremy no le da tiempo a tragarse la comida, se levanta a toda prisa y deja la sala de investigación como alma que lleva el diablo. El cabreo me sube por el cuerpo porque esta es una pista que no entiendo cómo se le ha pasado por alto y Katherine es consciente de ello en cuanto me mira a los ojos.

—Todavía está aprendiendo, dale un poco de tregua —comenta y tengo que hacer un soberano esfuerzo para no pagarlo con ella.

—Ni yo era tan torpe en mis primeros años dentro del FBI —protesto.

—Porque tú eres una superagente y todo el mundo lo sabe. —La broma parece no tener ningún sentido, pero enseguida nos echamos a reír y el resto también se contagia de ello—. Además, el caso está repleto de pruebas y el cansancio hace mella, es normal que se nos pasen algunas cosas. Al final, todo vuelve a su lugar cuando menos lo esperamos.

Me gusta que ella logre ver lo poco bueno que podemos destacar de una investigación como esta. Incluso mirar a Claudia y a Anthony con la increíble compenetración que tienen entre los dos se me antoja maravillosa, y en cierta manera, me da envidia. Por todo lo que he perdido, por lo que en su momento fue y me he encargado de destrozar.

Joder, si conseguimos sacar algo bueno de esa maldita fotografía estaremos cerca de atrapar a nuestro asesino, de saber quién organizó todo esto y de acabar con esta maldita misión, pero después… ¿qué? ¿Qué se supone que voy a hacer? La advertencia de Jason resuena en mi mente y, como si el destino me hubiera leído la mente, noto cómo mi teléfono vibra sobre la mesa. Cuando veo la pantalla me encuentro

con un mensaje de Sam que no tiene pinta de ser bueno.

Sam: Te espero en el hotel, tenemos que hablar.

El sudor me cae por la nuca y tengo un mal presentimiento. Katherine está otra vez de espaldas a mí, sigue haciendo líneas entre nombres, imágenes y el mapa de la ciudad, seguro que está meditando algo y pronto comentará alguna nueva idea. El supuesto ataque a Rosalie nos impidió ir al centro de convenciones, así que mañana —o más bien en unas horas— intentaremos averiguar por qué el concejal Parish fue allí y si quedó con alguien importante.

Un temblor repentino acude a mis manos cuando me dispongo a escribir, tengo que hacerlo, pero últimamente no sé qué decir, ni tampoco tengo claro que todo esto tenga algún tipo de sentido. Al final, decido que lo mejor es centrarme en lo que hay delante y escribo unas pocas palabras cuando, en el fondo, desearía no tener que salir de aquí en lo que queda de noche.

Milano: Estamos liados, pero nos vemos en unas horas. Te lo prometo.

# 24

*«Uno pierde su yo en favor del otro, pero al hacerlo*
*se esclaviza y se convierte en desdichado.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

25 de abril de 2024, viernes.

Faltan poco más de tres horas para que amanezca y el peso de la investigación está haciendo mella en mí. No hay músculo del cuerpo que no me duela y hasta caminar se convierte en una tarea dificilísima después de aparcar el coche y quedarme ahí dentro unos segundos. El porche de la casa de Nick está a oscuras y en el interior no veo signos de que esté despierto. «Al menos ya no se queda hasta las tantas», pienso mientras camino y, con cuidado, meto la llave para girar la cerradura y abrir la puerta. No tengo fuerzas para subir las escaleras hacia la habitación en la que me he estado quedando estos meses, así que me voy directa al sofá, me quito la chaqueta y me dejo caer con la ropa puesta. En el respaldo siempre hay una manta junto a una almohada que Bethany nunca quita para ocasiones como esta.

Cada vez me siento más como en mi propia casa, pero, después de tanto tiempo, creo que va siendo hora de darles un respiro y volver a buscar un lugar en el que vivir, a pesar de que Nick sigue teniendo entre ceja y ceja la idea de que construyan una nueva casa en el terreno donde mi hogar se redujo a cenizas. Después de lo ocurrido, no creo que pueda volver a vivir allí aunque, como siempre, es algo que no he compartido con ninguno de mis hermanos. «Sigues guardándote demasiadas cosas en tu interior, Kat», pienso, y el malestar se presenta con más fuerza al recrearlas.

Con el silencio rodeándome, cojo uno de los cojines y me abrazo a este acomodándome mejor en el sofá. El teléfono se queda en la mesita que hay al lado y, rápidamente, el sueño me lleva completamente a su terreno.

«Estás aquí. —La voz de Milano atraviesa el espacio y llega con esa energía que siempre han transmitido sus palabras—. Pensaba que

ya no vendrías.»

La oscuridad de mis sueños cambia y me sitúa en Bourbon Street. Ella está delante de mi casa intentando fijar la mirada en alguna parte. Al dar un paso, por fin la veo con más claridad y su semblante cambia por completo. El entrecejo de Milano se relaja y consigue dibujar una fina línea en los labios, aunque sigue habiendo algo que la asusta. Me aproximo a ella y cojo sus manos temblorosas entre las mías, dejando una caricia en su piel hasta que la acerco a mí y la abrazo con fuerza, dejando que nuestro corazón lata al unísono, haciéndola suspirar. Sus dedos me acarician la espalda y se aferran a mi cuerpo con tanto ahínco que siento que me va a cortar la respiración.

—No te preocupes, estoy aquí —digo, aunque no sé si la he convencido.

—Ojalá fuera verdad —musita.

Al apartarme de ella veo cómo las lágrimas caen con fuerza por sus mejillas. Quiero secárselas pero, de repente, su cuerpo empieza a alejarse de mí y por más que estiro las manos, no logro atraparla. Alcanzo a ver cómo el pintalabios rojo le desaparece, arrastrándose por su mejilla como si alguien deseara quitárselo de la cara con asco. No quiere que sea para mí, no quiere que ella esté conmigo.

—¡Milano! —grito, pero por más que lo intento no logro acercarme a ella.

Correr no sirve de nada porque el impulso parece dejarme todavía más lejos y mi corazón empieza a latir con tanta fuerza que siento mi pecho a punto de explotar. Pasa un segundo y caigo de rodillas, agotada por el cansancio y por el dolor; sin poder aguantar mucho más. Mis manos se pegan al suelo y al levantar la mirada vuelvo a mi casa, a lo que queda de ella. Las cenizas manchan mi ropa y todavía sale humo de lo poco que ha quedado en pie. La imagen me destroza al ver una fotografía a punto de consumirse por completo, pero ante mí aparece algo que me deja sin poder respirar: es su cuerpo. Milano está calcinada, apenas se la reconoce, salvo por los ojos grises que están abiertos y me observan sin nada de vida. El viento azota y, poco a poco, se lleva el polvo que hay a mi alrededor.

—Ayúdame… —La oigo susurrar.

—¡No, a ella no! —grito desesperada.

Vuelvo a intentar correr, pero no me sirve de nada y cuando

estoy a punto de alcanzarla, el sonido de una vibración me despierta de golpe.

—Joder… —murmuro apenas sin voz.

El sudor me cae por el cuello y ha empapado la camiseta que me he dejado puesta. Cuando cojo el teléfono y miro quien llama, el pánico se apodera de todo mi cuerpo. Clyde jamás me molestaría en mitad de la madrugada si no fuera importante, y necesito un segundo para poner mis sentidos en orden.

—Katherine, siento despertarte —se disculpa nada más descolgar—. Creo que…

—¿Qué ocurre Clyde? —Su silencio me pone de los nervios y noto cómo empiezo a temblar.

—Han dado el aviso en comisaría de una disputa violenta —comenta, y aunque no sé qué tiene eso que ver con nosotros espero a que continúe—. Se ha producido en La Galerie, habitación 22.

—Mierda, Milano —suelto sin tener que pensarlo y el miedo empieza a apoderarse de todo mi cuerpo—. ¿Sabes algo más?

—Han detenido al agresor, la recepcionista del hotel dice que ella se marchó huyendo de allí. Según ha comentado se… —Clyde intenta respirar y formar las palabras que parecen habérsele atascado en la garganta—. Se encontraba bastante herida.

—Me voy a buscarla, por favor, estate pendiente del teléfono.

Cuelgo sin escuchar lo que dice y, al levantarme de golpe, me tropiezo contra la mesa que tengo delante. No sé qué se cae al suelo, pero el ruido me sobresalta y me llevo las manos a la cara para intentar calmar mi respiración, no puedo salir hecha un manojo de nervios y ponerme a conducir. Los ojos llenos de lágrimas de Milano se vuelven a presentar en mi cabeza y siento que el sueño ha sido una especie de premonición para que vaya a ayudarla.

Sin recuperar el control de mis acciones, doy varias vueltas hasta que la luz del salón se enciende y veo a Nick aparecer por las escaleras.

—¿Ha pasado algo? —pregunta frotándose los ojos, como si quisiera quitarse el sueño con la mano.

Lleva el pelo alborotado y se nota que se ha puesto el pijama corriendo. En otra ocasión eso me haría sonreír, pero la realidad no me lo permite.

—Milano tiene problemas, alguien la ha agredido.

—¿Y eso que tiene que ver contigo? —suelta con indiferencia.

La frialdad que hay en su mirada duele tanto como un puñal clavado directo al corazón. Jamás le había visto hablar así, ni siquiera del hombre que nos engañó durante años y que lleva meses entre rejas.

—¿Me has escuchado o estás sordo? —espeto y, ante su pasividad, levanto las manos—. Tengo que ir a buscarla, ha dejado su hotel y… no sé qué ha pasado ni cómo estará.

—Una lástima, pero se lo tiene merecido.

La distancia que nos separa desaparece en un segundo y no soy capaz de controlar el bofetón que le propino con tanta fuerza que el labio se le parte. Mis ojos se clavan en él inyectados en una rabia que jamás había sentido por mi hermano y, aunque me arrepiento de haberle pegado, no le ofrezco ninguna disculpa.

—En la vida se te ocurra decir que una mujer se merece que alguien le agreda solo porque tú no seas capaz de perdonar, Nick —declaro con enfado y le pongo el índice cerca de la cara—. Es vergonzoso, después de lo que vivimos a diario deberías haber aprendido algo. —Sus ojos se anegan en lágrimas y abre la boca para decir algo, pero no le permito hablar—. Ojalá ella esté bien, porque si no vas a arrepentirte toda la vida.

Sin pensármelo más, voy hacia el recibidor y cojo las llaves del coche además de mi chaqueta. Cierro la puerta con furia y estoy a punto de gritar contra el aire, pero las fuerzas vuelven a flaquearme y necesito poner toda la concentración en la carretera.

Encontrar a Milano se vuelve mi prioridad en cuanto arranco el motor y hago un repaso mental de cada uno de los sitios que visitamos juntas de Nueva Orleans, y también de otros que le causaron fascinación en esos momentos libres que solía tomarse para explorar la ciudad. A pesar de que tengo prisa por encontrarla, conduzco despacio con tal de poder ver lo que sucede alrededor y en las calles contiguas por las que paso. El corazón me late deprisa, golpeando mi pecho, y cada minuto que pasa me deja un sabor de boca más amargo.

Aunque Clyde no lo expresó a viva voz, me hago una idea de lo que puede haber pasado y mi mente trae ciertas imágenes en las que veo a Sam con Milano en el bar. La forma en la que puso su mano sobre ella, como si quisiera dejar claro que era de su propiedad, se

repite una y otra vez en mi mente junto a sus palabras y tardo poco en conectar con lo ocurrido. El cuerpo me tiembla al llegar a una conclusión y eso hace que me salte un semáforo en rojo.

—¡Joder! —El pitido del coche que me pasa por delante me deja asustada y clavada en mi asiento.

Empiezo a tiritar sin ningún tipo de control y el *shock* toma el control inmediato de mi cuerpo. Respirar me duele y parece que a mis pulmones no quiere entrar ni un poco de aire, al menos, hasta que soy capaz de mirar al frente y choco con la imagen de la luna gobernando la noche. Hace dos días que estaba llena y mientras me quedo embobada mirándola, recuerdo una conversación que tuve con Milano tras una dura jornada de trabajo.

Ella estaba tirada en su cama, vestida con una camiseta enorme de *League of Legends* blanca y una bolsa de patatas. La felicidad bañaba su rostro mientras comía y me contaba que la noche anterior se había cruzado con el reflejo más bonito de la luna que jamás hubiera visto. Su amor por el río Misisipi era tan puro como el mío y me hizo jurarle que iríamos juntas a disfrutar de esas vistas cuando el trabajo no nos tuviera tan maniatadas.

Una promesa que jamás llegamos a cumplir, una promesa que me hace suspirar y saber el lugar exacto donde probablemente estará.

«El parque Audubon», pienso para mí recordando cómo hablaba de su paseo y la manera en la que las aguas del río acarician la hierba cercana, dándole una enorme paz.

Tardo dos segundos en arrancar el motor y girar el volante para ir a toda velocidad hacia el lado oeste de la ciudad. El tiempo pasa en un suspiro, pero mi corazón lo siente tan pesado que me asusta la idea de que haya cometido una locura. Diez minutos después, dejo el Cadillac en las cercanías del parque y salgo a toda prisa para empezar a correr mientras la busco por todas partes. El barrio duerme y permanece tranquilo, la oscuridad es profunda a pesar de la cantidad de farolas que iluminan los alrededores. Mis pies se detienen durante un momento, me rasco la nuca e intento por todos los medios no caer en la desesperación. Me llevo las manos a la cabeza y voy girando despacio, mirando con detalle lo que hay delante de mí y mis ojos chocan con la zona cercana al río, donde las vistas te hacen querer caer de lleno contra el agua.

Su figura aparece en la lejanía. Sus pies trastabillan mientras va

hacia delante con los brazos estirados y la sudadera moviéndose con la brisa que corre. Desde aquí puedo ver cómo está a punto de caer.

—¡Milano! —grito, y voy hacia ella sin perder un segundo más.

Desde aquí la veo girarse y, cuando la miro, el corazón se me vuelve a partir en dos.

# 25

*«Perdóname por todo lo que he hecho,*
*pero en particular por todo lo que no he hecho.»*
Donna Tartt, *El secreto*

MILANO

Mi alma se desprende, se convierte en arena y empieza a alejarse de mí, grano a grano, recuerdo tras recuerdo. La espalda me arde y el fuego sube por mi piel, acariciándome el cuello y cada una de las heridas que marcan mi cuerpo. Las piernas me tiemblan, y ya no puedo controlar el llanto. Mientras la luna se esfuerza por protegerme, las estrellas parecen balas que vienen hacia mí para golpearme una y otra vez hasta que caigo tan profundo que no sé si voy a poder salir de aquí.

Me encuentro con la oscuridad, esta me abrasa como aquella noche, en la que toda mi vida se fue a la mierda tras un ataque que continúa arrancándome lo poco que quedó de mi persona desde que volví a despertar. Katherine corre hacia mí, veo el dolor en sus ojos y eso me atraviesa tanto el pecho que respirar se convierte en una tarea imposible. ¿Qué va a pasar cuando me vea? ¿Cómo podré seguir sin más?

«¡Eres una zorra!», el grito de Sam me aporrea la cabeza otra vez y el caos se instala en mis recuerdos para llevarme de nuevo a la habitación de hotel, a un lugar que no pensé que se fuera a convertir en pesadilla.

—¡Milano! —Escucho gritar a Katherine, pero ya no estoy aquí.

Lo que veo es a Sam cerrando la puerta de mi habitación y tirando su chaqueta sobre la cama. Al llegar de la comisaría fui a darme una ducha y me puse el chándal para llevar mi mente lejos de una investigación que me tenía agotada. Él tenía la sonrisa puesta en los labios, y cuando me acerqué para darle un beso, no lo vi venir.

El bofetón que me propinó me tiró contra la cama dejándome totalmente paralizada. Sus ojos, tan bonitos como la noche, se

inyectaron en celos, en rabia, en asco y en odio hacia mí; un potente cóctel que ya lo había envenenado. Su aliento apestaba a alcohol cuando cayó sobre mí y, de repente, me puse a pensar en qué momento él había bebido tanto durante los últimos meses.

«¿Qué crees que haces? ¡¿Eh?!», volvió a gritar, y la fuerza de su cuerpo cayó sobre el mío, paralizándome al sentarse sobre mi cintura y cogerme por las muñecas. «¿Me has visto cara de estúpido? ¡Eres una zorra!, después de lo que he hecho por ti vas y te lías con esa… puta.»

Sam escupió palabra tras palabra y empecé a notar cómo los oídos me pitaban por culpa del pánico. Verle así me hizo pensar en qué error había cometido, pero mi lado valiente me pidió salir de la situación, así que le propiné un cabezazo que también me hizo gritar. Katherine siempre había insistido en aprovechar la fuerza del contrario para quitarte a un agresor de encima. El golpe provocó que me soltara un segundo y conseguí girar sobre la cama para caer al suelo, dándome de bruces contra la alfombra.

El dolor de cabeza era tan profundo que todo empezó a darme vueltas.

Por un segundo creí que podría escapar de él, que volvería a ser el hombre dulce que luchó porque me mantuviera cuerda tras salir del hospital, la persona que me cuidó sin descanso cada uno de los días siguientes mientras yo seguía haciéndome a la idea de que no iba a volver a mi vida anterior. Poco a poco, él había empezado a tomar el control de todo y yo ni siquiera me había dado cuenta. La admiración por ese hombre se convirtió con el paso del tiempo en cariño y, después, quise ver la parte bonita de la vida cuando Sam me dijo un «te quiero» que prometió que sería eterno. Creerlo me hizo cometer un error y también pensar que debía conformarme con lo poco que me ofrecía ese presente.

«Sam, ¿qué te pasa?», supliqué cuando conseguí ponerme en pie.

«¿Que qué me pasa? Cómo tienes la cara de preguntármelo después de lo que me has hecho. ¿La quieres? Dime, ¿¡¡la quieres!!?»

Su pregunta me llevó al momento exacto en que Jason me habló en comisaría, con el mismo asco y odio que Sam tenía grabado en la mirada. Intenté justificarme levantando las manos, pero no encontré ni las palabras ni el modo de hacerle entrar en razón. Parpadeé y, al momento, noté la falta de aire, sus dedos me rodeaban el cuello con

tanta fuerza que oí el crujido de mis músculos. Me agarré de su muñeca, pero no sirvió de nada.

«P-Por fa-favor…», balbuceé sintiendo cómo la vida se me iba poco a poco.

«Si no vas a ser mía, no serás de nadie», soltó de forma dominante estampando sus labios en los míos y mordiéndome en un intento por poseerme. El peso de su cuerpo se vino contra mí hasta que choqué con una pared y me vi a su completa merced. Apoyé las palmas contra esta e intenté impulsarme para apartarme de él, pero no sirvió de nada. Mi renuncia por besarle volvió a provocarle y me abofeteó otra vez con tanta fuerza que me golpeé contra el escritorio en el que solía trabajar. Al cerrar los ojos por el dolor recordé la primera vez que Katherine apareció por la puerta de la habitación y me vio jugando a *League of Legends*. La forma tan extraña en la que me miró hizo que me enamorara de ella y, desde entonces, ya no hubo marcha atrás.

Envuelta en esa bonita ilusión, Sam volvió a lanzar su mano contra mí, mis costillas se quejaron y otro tortazo me hizo saborear la sangre en el interior de mi boca; aunque lo peor vino cuando me golpeó la cabeza contra la esquina de la pared. Las piernas me temblaron, caí de rodillas y dejé de sentir a pesar de que su pie se vino hacia mí en una patada que me dejó estática en el suelo, casi sin poder respirar.

«River… cariño», la dulzura volvió a su voz mientras alguien aporreaba la puerta al otro lado. «Dios, ¡joder, joder! Lo siento», le escuché.

Mis ojos seguían abiertos mirando fijamente la entrada. Noté sus manos temblorosas sobre mí, sentí su pestilente aliento en mi cuello y pensé en Katherine, la metí tan adentro de mi mente que me entregó el último resquicio de fuerza para responder. No sé cómo logré apartarlo de mí enredando mis piernas con las suyas, pero lo conseguí, y la caída le hizo golpearse la cabeza.

El terror se apoderó de todo mi cuerpo, abrí la puerta de la habitación y me encontré con la recepcionista. Todavía tengo su mirada clavada en la mente.

«La policía está llegando», dijo. Pero yo ya no podía escuchar nada y lo único que se me ocurrió fue correr pasillo a través, abandonando el hotel y perdiéndome en las calles.

Hasta llegar a donde la luna se besa con el agua.

—Milano… —Vuelvo a escuchar. Las manos de Katherine van a mi cuello con cuidado, pero el miedo me hace temblar y volver a caer.

Me agarro como puedo a su ropa y ella se pone de rodillas conmigo. Sus dedos también vibran mientras me toca, intentando apartar la sangre que brota de mis heridas. Tengo un ojo tan cerrado que apenas la veo y la voz se me atasca, solo tengo fuerzas para decir una palabra que sigue palpitándome en el corazón a pesar de que no quiere que la pronuncie.

—Perdóname —suplico mientras lloro y me aferro a ella—. Perdóname.

—Tranquila, estoy aquí —asegura, pero ya no sé si esto es real o no. Se saca el teléfono de la chaqueta y cierro los ojos. No sé a quién llama, no quiero saberlo, solo deseo que la oscuridad me lleve lejos de aquí—. Sí, Clyde, estoy con ella, me la llevo al hospital. Que ese hijo de puta no salga de comisaría —añade con rabia.

Me levanta con esfuerzo y rodea mi espalda con un brazo. La luna sigue firme en el cielo, pero ya no hay estrellas, estas han caído y se han perdido en el río. El aire silba mientras cruzamos el parque y llevo mi mente a otra parte, a esa promesa en la que ella y yo vamos de la mano, sonriendo y disfrutando de la vida que el universo nos robó.

. . .

La presión en mi pecho es insoportable y, al abrir los ojos, siento que estoy a punto de morir por el intenso pitido de mis oídos. Mis manos buscan por todas partes algo a lo que aferrarme y me cuesta enfocar lo que hay delante de mí. No llevo las lentillas puestas y me cuesta ver con claridad, pero hay un aroma que llega hasta mí y me anestesia por completo. Katherine aparece por la puerta, se acerca a la cama y coge mi mano, llevando la otra hacia mi frente, donde aparta un mechón de pelo que me cae sobre los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, pero enseguida adivina que no sé qué responder—. Los médicos han dicho que en cuanto te estabilices te darán el alta, tienes unas cuantas contusiones, pero gracias a Dios no te has roto nada y tampoco hay traumatismos graves.

No sé si sentir alivio por eso cuando, en realidad, me gustaría estar dormida y no volver a despertar. Los sedantes estarán haciendo su trabajo porque apenas siento un leve cosquilleo en mis costillas y la hinchazón del ojo parece haber bajado un poco. Katherine se queda en silencio, mordiendo su labio inferior y eso me parte el corazón.

—No sientas pena por mí —comento, llevando la mirada hacia nuestras manos—. Me lo tengo merecido por el daño que he provocado.

—Jamás vuelvas a decir eso, ¿está claro? —Eleva el tono de su voz y veo cómo frunce el ceño con enfado, aunque el sentimiento cambia a la tristeza y después a ese miedo que he sido capaz de reconocer en el espejo—. Por muchas cosas que hayan pasado, nunca vas a merecer que te traten así. Ese cabrón, en cuanto lo tenga delante…

—Ni se te ocurra hacer una tontería —le ruego cruzándome con su mirada—. Si por mi culpa tienes problemas en el trabajo… eso es lo último que quiero.

Asiente y se queda en silencio un rato, como meditando lo que quiere decir a continuación, después, tamborilea los dedos sobre la cama y mira de reojo hacia la puerta donde hay dos agentes que están apoyados contra la pared. Dejo ir el aire despacio y me incorporo un poco, buscando con torpeza el vaso de agua que hay en la mesa supletoria de la cama. Ella me ayuda y suelto un siseo de dolor cuando el plástico contacta con mi piel herida. Las ganas de llorar vuelven y noto cómo las manos me empiezan a fallar, pero enseguida me las coge y hace algo que me pilla totalmente de sorpresa.

Sus labios acarician el dorso de mi mano derecha y después, se mueve para poder besarme en la frente antes de encerrarme entre sus brazos.

—Todo va a salir bien, ¿vale? —susurra y, cuando se aparta, intenta esbozar una sonrisa que no le sale. Sus ojos también están anegados en lágrimas—. ¿Necesitas que me quede mientras hablas con ellos?

Aunque el miedo que siento me dice que sí, mi corazón me pide que ella no lo escuche, no solo por mí, también por lo que vendrá después; así que me armo de todo el valor posible y niego acariciándome las manos sin parar.

—Estaré bien —aseguro, a pesar de que ni yo misma me lo creo

—. Ve a por un café, tienes una cara horrible.

Mi broma está a punto de hacer que se ría, aunque tampoco lo consigo. Se queda de pie, mirándome, sin saber muy bien hacia dónde ir. Entonces, se agacha y pega sus labios en la comisura de los míos para calmar mis nervios con un beso que me hace recuperar parte de la entereza que he perdido.

—Enseguida vuelvo —promete y, al salir por la puerta de la habitación, informa a los agentes de que ya pueden entrar para hablar conmigo.

Los dos se quedan impactados al ver mis heridas, sus facciones se endurecen y aquí es cuando soy consciente de cómo y de qué manera ha pasado todo. Uno de ellos saca su libreta y se prepara un bolígrafo para anotar. Me dan mi tiempo y no me presionan mientras arrugo los dedos bajo la sábana de la cama. Echo la cabeza hacia atrás y tomo aire hasta llenar mis pulmones. Al principio me cuesta abrir la boca, pero con el recuerdo firme en mi cabeza de cada uno de los golpes de Sam, de su mirada, sus gritos y su violencia, soy muy consciente de que no puedo callarme nada. Ni por mí, ni por el resto de las mujeres que también han sufrido esto. Así que aprieto los labios, cierro los ojos y, sin más, me quedo mirando a los agentes antes de decir:

—Se lo contaré todo.

# 26

*«El mundo era de una claridad aguda y discordante.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

La brisa entra por la ventana y mueve las cortinas. Sobre la cama, dejo la bolsa de deporte que he traído conmigo tras recoger las cosas esenciales en la habitación donde se ha estado hospedando Milano. El miedo la hizo quedarse dentro del Cadillac mientras yo cruzaba la calle con la incertidumbre pegada en los hombros por si volvía a pasarle algo, pero lo que realmente me impactó fue ver el desastre creado por un hombre al que mataría si me lo encontrara de frente.

Ahora, ella camina con los labios apretados y sin decir absolutamente nada por el lugar donde he estado viviendo. Tiene el pelo enmarañado y esconde las manos entre los puños de la sudadera que tiene varios manchurrones de sangre, pero lo peor es mirarla a la cara y ver las heridas en su labio, en su frente, en su ceja y en su ojo izquierdo. Seguramente el hematoma le dure unos días, aunque lo que más me preocupa son los daños que se hayan podido abrir en su interior.

—Me parece injusto quedarme aquí y quitarte el sitio —protesta y se frota la mano izquierda con el dedo pulgar.

—Tendrás que acostumbrarte, no voy a dejar que te alojes sola en otro hotel. Aquí estarás más segura.

—No creo que a tu hermano le guste la idea. —Tuerce la boca y su expresión adquiere un tinte de tristeza que no me gusta ver en ella.

—Nick hará lo que yo le diga —aclaro justo cuando escuchamos ruido por las escaleras.

—¡Tita River, estás aquí! —Ben corre hacia ella tras atravesar la puerta y se le abraza a la cintura provocando que suelte un siseo por el dolor—. Te he echado de menos. —Él levanta la cabeza y apoya la barbilla en el cuerpo de Milano, con una sonrisa dulce en los labios y sus ojos brillando por la emoción—. ¿Quién te ha hecho daño?

—Eso no importa —intervengo y me acerco a él para acariciarle el pelo—. Ahora lo que hay que hacer es cuidarla, y ¿sabes cómo puedes darle una alegría? —Los ojos del pequeño se abren como platos y asiente sin parar, así que me acerco a él para susurrarle unas palabras al oído—. Creo que le encantaría comer unas cuantas galletas de esas tan ricas que preparas con mamá.

—¿Las de *chispitas*? —afirmo y vuelvo a revolver su cabello.

Ben la abraza otra vez con fuerza y sale disparado de la habitación escaleras abajo para gritarle a su madre que saque la caja donde guarda sus galletas. La escena provoca que Milano y yo esbocemos una sonrisa sincera por primera vez en mucho tiempo y eso nos trae una calma que necesitamos como el respirar.

—Yo también le he echado de menos —musita y su mirada se empaña de emoción—. Mucho. No sé cómo no me odia.

—Porque es el alma más inocente que he conocido —aclaro y me acerco a ella sin pensármelo dos veces. Mis manos van a su cara y le acaricio las mejillas con cuidado—. Tienes que dejar de pensar que todo el mundo te odia, lo pasado, pasado está. ¿Vale? —En vez de asentir, Milano se abraza a mí y descansa la cabeza en mi pecho. Sus dedos aprietan mi espalda y la beso en la cabeza. Al separarme, la obligo a que me mire y, aunque mi primer impulso es buscar sus labios, termino por contenerme—. Deberías de descansar un poco, Bethany no tiene que ir a trabajar y Ben estará encantado de ayudar, así que, si necesitas algo, díselo.

—¿Vas a verle? —Quiere saber, no necesita respuesta para eso —. No te metas en un lío, por favor.

—Tranquila, todo va a ir bien.

Le dedico un guiño y, al salir, cierro la puerta despacio, quedándome unos segundos apoyada contra la pared del pasillo. La oigo quitarse las zapatillas y el sonido de las sábanas me deja tranquila y con las fuerzas suficientes para bajar las escaleras y enfrentar el primer dilema que se me pone de cara. Nick está con los brazos extendidos a cada lado de su cuerpo y su cara me lo dice todo.

—Kat…

—Te dije que te arrepentirías —sentencio, paso por su lado y choco con su cuerpo, pero esta vez no miro atrás.

—¡Lo siento! No pensaba lo que dije —se justifica y sus palabras me hacen girarme de golpe.

—¿Estás seguro? —inquiero, y me acerco a él para ponerle el índice sobre el pecho—. Yo creo que sí, pero la mujer que está ahí arriba no se lo merecía, por más que haya cometido un error.

—¿Un error? Katherine, por Dios, fingió estar muerta durante más de un año, ¿eso es un error? —Nick no puede creerse lo que digo y se lleva las manos a la cabeza.

Su hijo asoma la cabeza por el pasillo y cuando le veo aprieto los labios con fuerza. Este no es el momento ni el lugar para tener otra discusión, así que levanto las manos en son de paz.

—Tengo que volver a comisaría —digo, pero antes de encarar la puerta de salida no me olvido de dejarle claro una cosa—. A veces, en este trabajo hay que hacer ciertas cosas que no nos gustan y también nos equivocamos —admito—. Yo misma lo he hecho un millón de veces y, lo creas o no, ahora sé que ella no lo hizo a propósito.

En realidad es una sensación que me llevo conmigo fuera de casa y que me acompaña durante el trayecto desde Canal Street hasta comisaría. Estoy tan enfadada que ya noto los dedos entumecidos de apretar tanto el volante, y ni los caramelos son capaces de controlar las emociones que se mueven en mi interior.

Cuando aparco el coche, estiro los brazos y pego mi espalda al asiento, intentando poner mis pensamientos en orden y cuando siento que ya me encuentro mejor, salgo fuera para darme de cara con una persona que lleva dándome mala espina desde el instante en que le conocí.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Jason mientras se apoya en su propio coche.

No sé cuánto tiempo llevará esperándome, pero me da igual, porque lo primero que hago en cuanto camino hacia él, es cerrar un puño y lanzarlo directamente contra su cara.

El impacto me hace sisear, aunque está claro que la peor parte se la lleva un hombre que en cuanto se pone recto está decidido a venir a por mí.

—Venga, hazlo, como el hijo de puta de tu compañero. —Varios agentes llegan a nuestro encuentro y les pido que no se acerquen levantando un brazo. Me giro hacia Jason y él me encara con rabia mientras se limpia la sangre de los labios—. Te quiero fuera de esta ciudad, si vuelves a acercarte a ella juro que te meto una bala entre ceja y ceja. Estás fuera de la investigación.

—Tú no puedes hacer eso, ¿sabes con quien estás tratando? Llevamos meses metidos en esto y no voy a permitir que una agente de mierda quiera robarme el protagonismo en el caso más importante de mi carrera —escupe con asco en el suelo y se encamina hacia comisaría.

—Si das un paso más le contaré a todo el departamento que has estado espiando las líneas telefónicas de cada uno de nuestros agentes —amenazo y lo digo con tanta severidad que el fuego se enciende en mi mirada—. Como eso pase, no seré yo quien acabe matándote. —Abre la boca y noto cómo aparece un tic en su ojo. Puede que esto tenga consecuencias fatales para mi futuro, pero ya me da igual—. Tendrías que haberla protegido y tu maldita hombría la ha traicionado. Vosotros la obligasteis a desaparecer, ¿verdad? —Esbozo una sonrisa irónica y sé que su silencio lo dice todo—. Espero que recuerdes bien este día, agente Reade, porque no habrá indulgencia ni para ti ni para tu amigo, la NOPD se encargará de ello.

Al girar sobre mis pasos me encuentro con el rostro desencajado de Anthony, no sé cuánto de la conversación habrá escuchado, así que voy hacia él y le cojo de un brazo para obligarle a caminar a mi lado. La cabeza empieza a dolerme y, durante el trayecto hacia la entrada, me llevo una mano a la nuca, intentando disipar el malestar, pero parece que lo único que vamos a vivir a partir de ahora son problemas. Clyde me está esperando en la sala de investigación y verle de brazos cruzados y con el ceño fruncido no me da buena espina.

—Detective Fortier…

—Sé lo que me vas a decir, me he pasado, pero no he podido evitarlo. —Me quito la chaqueta de cuero y la lanzo contra una silla antes de apoyar las manos contra la mesa—. Tú no la has visto, no has visto cómo ese malnacido la ha dejado. —De repente, siento un nudo en el estómago y no puedo evitar que los labios me tiemblen. El pelo me cae sobre la cara y agradezco que oculte mi dolor y las lágrimas que ya se están acumulando.

—Te iba a decir que has hecho un buen trabajo. Nunca me cayó bien ese Jason y si ese tipo es amigo de él, está todo dicho.

Giro la cabeza y al ver su sonrisa siento un alivio que me pica en el pecho.

—¿Y qué pasa si el FBI da problemas? —«O si ella los tiene», me digo más bien.

—Ya nos encargaremos de eso, haré unas llamadas al respecto. —Pone una mano sobre mi hombro y cuando todo el equipo está en la sala le pide a Jeremy que cierre la puerta—. El agresor de Milano ya ha pasado a disposición judicial, el departamento ha aligerado el papeleo y me alegro, porque yo mismo le habría dado una paliza si me llego a cruzar con él de nuevo. —Lanzo un suspiro, y aunque sí es cierto que me hubiera gustado enfrentarlo de cara, prefiero que las cosas hayan sucedido así—. Dennise ha obtenido la identidad de nuestro sospechoso, se trata de Chris Martens, un exmilitar de las fuerzas especiales, compañero de Tobías Martínez, más conocido como Frank Moore, quien se cambió el nombre al volver. Su batallón fue abandonado a su suerte y atacado por las tropas enemigas en una misión no registrada que se llevó a cabo hace unos años en Siria.

—¿Cómo ha llegado a nosotros esa información? —cuestiono cruzándome de brazos.

—Porque estuve destinado allí. —La confesión de Jeremy me deja boquiabierta, al igual que al resto. Su frente se arruga e hincha los pulmones mientras pone los brazos en jarras—. Al principio no quise comentar nada porque no estaba seguro de haber conectado bien la información que tenía en mi cabeza, pero el rumor de cómo se hizo la cicatriz llegó hasta nuestra unidad, solo que cuando vimos las grabaciones no lo conecté con ese momento en concreto.

Mis ojos se clavan en él y después en la información que tenemos sobre la mesa. Las imágenes donde se ve a Chris Martens y a quien conocimos como Frank Moore les muestran sonrientes y colaborativos junto a otros miembros de su unidad. Cuando levanto la cabeza, Jeremy ya sabe qué le voy a preguntar, se lo veo en la cara.

—Murieron todos —confiesa mi compañero—. Creo que esto podría estar relacionado con el ataque del 22F, como una especie de venganza. Muy pocas personas tenían esta información, he tenido que pedir unos cuantos favores, el senador de Indianápolis formaba parte de la jerarquía militar por aquel entonces, fue uno de los encargados de dar la orden de retirada.

—¿Qué relación tiene esto con Liam Howard? —pregunto, cojo el rotulador sobre la mesa y me encamino hacia el panel rascándome la barbilla.

Al quitar el tapón, me giro y no aparto la mirada del resto.

—Resulta que Liam los ayudó económicamente cuando

volvieron a Estados Unidos. —Claudia interviene y se pone a mi lado para pegar una fotografía en el panel—. Hemos estado indagando un poco y encontramos varias fotografías que, al parecer, se eliminaron de redes sociales. Los tuvo trabajando en distintas ferias por varios condados del país.

—Y eso les ayudó para acercarse a las personas correctas gracias a Liam y sus contactos políticos. Qué bien. —Agacho un momento la vista y después me aparto el pelo de la cara—. Milano y yo nos íbamos a ocupar de Liam, así que, Jeremy, tú averigua dónde se encuentra ahora mismo e iremos a por él, tenemos que interrogarle ya y saber con quienes más ha tenido tratos. ¿Qué hay del teléfono de Rosalie?

—Se ha andado con bastante cuidado —se lamenta Anthony—. No ha hecho ni una sola llamada sospechosa desde que hablasteis con ella. Pero seguro que en algún momento mete la pata. Tampoco ha tenido contacto con Jesse Murray y este no ha hecho ningún movimiento sospechoso, y teniendo en cuenta la comunicación que ha habido entre ambos durante los últimos meses, esto los delata bastante.

—Cuando esté entre las cuerdas ella sola se descubrirá. Chicos, hay que trabajar, tenemos que hacerlo por Milano, si estuviera aquí no tardaría en elaborar un perfil que nos pudiera ayudar.

—Id con ella. —Clyde, quien se había quedado en silencio echando un vistazo a todas las pruebas, sonríe y levanta una ceja—. Llevad lo esencial a casa de tu hermano y que os eche una mano. Conociéndola, seguro que estará de los nervios y no podrá descansar como le he pedido, esto ya lo he vivido. —Nuestro sargento clava la mirada en mí y capto la ironía de inmediato.

—Tengo que hablar con Nick, no le va a hacer mucha gracia que hagamos de su casa una oficina, pero estos días la ha cagado bastante conmigo así que… —Me encojo de hombros y voy a por mi chaqueta —. Por ahora, nos ponemos con esto, quiero que cada detalle esté bajo control, no os dejéis nada fuera, y después id a descansar un poco, han sido jornadas muy duras. Iré a ver cómo está todo por casa.

Todos asienten y salgo junto a Clyde de la sala de investigación. Tengo un firme deseo por acabar con esto, pero ahora mismo lo que más quiero es volver a casa y saber cómo se encuentra ella.

—Nos vemos luego, tengo que hacer papeleo —protesta Clyde y le dedico un guiño antes de que desaparezca por el pasillo.

Al dirigirme al ascensor busco un caramelo en uno de mis bolsillos y lo desenvuelvo antes de que alguien se cruce por mi camino. El superintendente del departamento de policía se detiene delante de mí y me tiende su brazo, la sorpresa casi me hace tirar el dulce delante de sus narices.

—Jefe, ¿qué hace por aquí? —Saludo con un apretón de manos y carraspeo mientras echa un vistazo a su alrededor.

—He oído lo de la agente Milano, transmítale mis buenos deseos. —Con expresión compungida me da dos palmaditas en el hombro y después lleva la mirada más allá—. También me he enterado de que ha echado a patadas a ese tal Reade. —«Mierda, sí que ha ido rápido», pienso. La espalda se me enfría y noto como empieza a faltarme el aire, si meto en problemas a Clyde o al equipo, no me lo perdonaré. Al pensarlo, suspiro pero, extrañamente, el jefe cambia su semblante y sonríe amigablemente—. Has hecho bien, Katherine —me tutea de pronto—, nunca me he fiado de esa gente, siempre meten las narices donde no deben. Por supuesto Milano siempre ha sido la excepción, formáis un buen equipo; pero tenerlo constantemente en nuestras oficinas no iba a traer nada bueno. Hoy has actuado tal y como merece este departamento.

—No hay de que… —digo sin poder creerme que me haya salvado de esta. Con un carraspeo miro el reloj e intento disculparme —. Debo volver a casa, quiero asegurarme de algunas cosas antes de continuar con la investigación.

—Ve sin problema, haré una visita a tu sargento para ver cómo se ha avanzado con todo. Ya debe de saber que hay alguien muy pendiente de lo que hacemos —asiento y él aprieta los labios volviéndome a golpear en el brazo—. Que tenga un buen día, detective Fortier.

—Lo mismo digo.

El superintendente se marcha y me dirijo hacia los ascensores para volver a casa. Antes de girar por el pasillo, me doy la vuelta y echo un vistazo a la sala hasta dar con su figura entrando en el despacho de Clyde. El malestar ante mis actos se esfuma y cae por su propio peso, y ahora lo único que espero es que la investigación siga yendo por buen camino.

# 27

*«El alma tiene un lugar propio y puede hacer de él un cielo o un infierno.»*
Donna Tartt, *El secreto*

MILANO

Alguien llama a la puerta y doy un brinco en la cama. La mirada de Sam se clava en mí antes de que pueda enfocar la vista y darme cuenta de que no estoy en la habitación del hotel. Por el hueco que se abre despacio asoma una cabecita y Ben apoya las manos con cuidado, como si no quisiera hacer ruido.

—Estoy despierta —le digo con dulzura y entra en la habitación.

Lleva su mochila entre los brazos y viene hacia la cama para subirse de rodillas antes de sentarse frente a mí. Cuando se queda mirándome permanece en silencio durante unos segundos, pero luego abre la cremallera como si nada. Que no vea mis heridas con pena hace que el corazón me dé un vuelco de alegría.

—¿Quieres dibujar? —propone sacando un enorme cuaderno y algunas ceras de colores que están dentro de una caja pintarrajeada y desgastada—. En el cole me han enseñado a hacer dibujos muy chulos y la tía Kat me dijo que te gustan los monstruos.

La imagen de ella observando a los maestros de *League of Legends* con sorpresa viene a mi memoria, pero es la vocecilla de Ben la que recorre cada una de mis heridas con la fuerza de un torrente que tiene la capacidad de llevarse el dolor y todo lo malo que he estado acumulando durante los últimos días, aunque tal vez sean meses. No sé cómo puedo aguantar la emoción, pero lo hago, y cojo una de las ceras que me ofrece mientras me incorporo mejor en la cama y cruzo las piernas para pintar con él sobre el papel.

Los dos nos mantenemos en silencio concentrados en la tarea. El mundo exterior deja de existir y solo estamos este niño de siete años y yo, vaciando el papel de blanco al juntar un montón de colores que forman monstruos, un sol, algún que otro coche y galletas con trocitos de chocolate, porque Ben dice que las devoran todas las noches sin

dejar una sola miga.

No soy consciente de que el tiempo pasa hasta que el estómago me ruge y eso parece llamar la atención del pequeño, quien busca algo dentro de la mochila. Cuando ve que no lleva nada forma un puchero y levanta la mirada para clavar sus bonitos ojos en mí.

—Hay zumo en la cocina, mamá lo compro ayer, podemos compartir uno si quieres —comenta con cariño, y parece averiguar enseguida cómo me siento porque su manita pequeña y temblorosa se dirige hacia los puntos de sutura de mi ojo magullado—. La tía también los ha llevado y dice que los golpes te hacen el alma más bonita. ¿Te has hecho mucho daño, tita River?

El corazón me da un vuelco ante su pregunta. No soy capaz de responder con palabras así que niego y cojo su mano para dejar la cama atrás y ponerme las zapatillas de estar por casa que Katherine me ha dejado antes de irse. Lo de la ropa será más difícil, pero eso no nos detiene en nuestro recorrido hacia la cocina, donde Ben se mueve como pez en el agua tras pedirme que tome asiento en uno de los taburetes de la isla.

Desde aquí veo a su madre en la parte de atrás de la casa, arreglando unas flores y, al reparar en mi presencia, se seca el sudor de la frente y saluda con la mano.

—Suficiente —comenta Ben con un gracioso seseo y pone delante de mí un plato con galletas y un buen vaso de zumo de piña —, pero puedes pedir más si quieres, ¿eh?

No sé en qué momento se ha hecho tan mayor y ha empezado a hablar casi como un adulto, pero es él quien me saca la primera sonrisa alegre del día.

—Gracias, señorito. Come tú también o la barriga te rugirá como un león. —Se sienta a mi lado y le hago cosquillas provocando que rompa a reír.

La escena es tan bonita que deseo que no tenga fin, así que saboreo cada segundo. La puerta que da al jardín se abre y me tenso al ver aparecer a Nick junto a Alexander. El último se queda boquiabierto, aunque enseguida procura quitar el gesto de la cara. En su mano lleva otra bolsa de deporte que deja sobre la isla y viene hacia mí para fundirse en un abrazo que dura unos cuantos segundos. Veo mi maleta en el suelo y frunzo el ceño.

—Hemos recogido el resto de lo que estaba en la habitación —

cuenta Nick—. Espero que no nos hayamos dejado nada.

—Más tarde lo reviso. —La alegría se refleja en mi cara al separarme y ver más de cerca a Alexander y sus ojos azules que también reflejan la misma felicidad—. Parece que hayas madurado diez años desde la última vez que te vi.

Recuerdo nuestro único encuentro, durante el permiso que se tomó poco después de que detuviéramos a Ictero. Ahora, su mirada transmite esa seguridad que van adquiriendo los agentes tras años de experiencia, incluso su postura me habla de ello, aunque él siempre ha sido tan bromista que no me extraña para nada lo que dice a continuación.

—Soy como el vino, mejoro con los años —bromea y aletea sus pestañas en un gesto de lo más cómico.

—Qué idiota eres. —Nick pone los ojos en blanco y me echo a reír, la escena es tan divertida que no me importa el dolor de mis labios. El silencio vuelve y, mientras niego, me enseña la maleta—. Acuérdate de esto, ¿vale? —dice y después parece como si intentara buscar las palabras correctas—. Yo… no sé qué decir.

—Empieza por disculparte, don Kung-fu.

Alexander lo pone contra las cuerdas, pero debo hacerlo mejor, entonces me levanto del taburete y me quedo cerca de Nick para elevar una mano y dejarla sobre su hombro antes de abrazarme a su cuerpo. Al principio espero que se aparte, pero no tarda mucho en rodearme con sus brazos y apoyar la barbilla en mi cabeza.

—Entiendo que quizá no me perdones, pero espero que me des otra oportunidad —pido sin mirarle a los ojos.

Noto como asiente y eso me es suficiente para coger aire e ilusionarme con un nuevo comienzo.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Katherine me sobresalta y me giro.

Ella está apoyada en la esquina de la pared que da a la cocina, de brazos cruzados y con los ojos bien abiertos. Lo que veo también es una sonrisa que me llena de mariposas el estómago y su mirada brilla entre esas líneas de maquillaje que siempre la han hecho ver preciosa. No sé cuándo se ha tomado unos minutos para eso, lo único que tengo claro es que me gusta que poco a poco vuelve a ser ella.

«¿Y yo?», me pregunto. Supongo que ya estará por ver.

—Solo me hacía de querer —confiesa Alexander en tono

bromista. Tuerce la boca y alarga el brazo por encima de Ben para robarme una de las galletas que hay en mi plato.

—¡Eh, que son de la tita River!

La forma en la que el pequeño habla consigue que Katherine se mueva del sitio y me dedique otro guiño familiar cargado de ese significado que parece volver a ser normal entre las dos. Me encojo de hombros y suelto un siseo por el dolor en mi ojo. No puedo evitar ver a Sam cada vez que los cierro y sentir que detrás de mí todavía está esperándome, así que cojo la maleta que ha traído Nick y voy hacia el salón para revisar lo que hay dentro.

Katherine trajo una muda de pijama, pero prefiero ponerme algo más cómodo para estar por casa. Ver las camisetas de *League of Legends* me traen recuerdos enfrentados y ella se da cuenta nada más ponerse a mi lado.

—Si quieres le puedo decir a Nick que te deje alguna camiseta —propone y me rodea antes de tomar asiento en el sofá para revisar lo que hay en la maleta conmigo.

Ella acaricia mis trajes, unos tacones, las sudaderas y varias de las chaquetas informales que suelo llevar al trabajo los pocos días que decido ir con vaqueros; pero lo que le saca una sonrisa es ver la funda negra de mis gafas. No soy capaz de decir nada, pero ella se encarga de desvelar lo que siente mi corazón cuando la abre y pasa las patillas por mis sienes para ajustármelas al puente de la nariz. El gesto es un poco doloroso, aunque al notar la caricia de sus dedos, todo el malestar se disipa por completo.

—Gracias —susurro sin apenas fuerza.

—Siempre me han gustado cómo te quedan, eso y tus maravillosos labios rojos. Los echo de menos. —Su confesión me deja nerviosa y provoca que me quede parada sin saber qué decir—. La otra versión de la agente Milano también está genial, pero ya sabes… —Katherine se encoge de hombros y me acaricia la mejilla con los dedos antes de volver a ponerse seria—. Ya le han llevado a disposición judicial, el departamento va a pelear la condena en nuestra ciudad, así que ya veremos qué pasa.

—No sé si voy a poder mirarle a la cara, él… ¿cómo no lo vi venir? Después de lo que pasó fue el único que se portó… bien, nunca percibí ni una sola señal, ¿sabes? Ni siquiera en ese comportamiento tan protector que solía tener conmigo. —Se me atascan las palabras en

la garganta, quizá por lo duro de la situación o tal vez porque tengo a Katherine delante y no quiero hacerle daño hablando de Sam, quien hasta hace nada estaba representado en mi mano con un anillo—. Espero que al menos esto vaya rápido o me volveré loca. ¡Dios! ¡Y en el FBI no paran de llamarme!

—He echado a Jason de la investigación —confiesa y la sorpresa me hace abrir la boca de golpe—. Me he cruzado con el superintendente y parecía de acuerdo, así que no creo que tengas ningún problema. A partir de ahora, eres toda de Nueva Orleans.

Los ojos se me bañan en lágrimas y no puedo controlar que estas caigan con fuerza por mis mejillas. Katherine me abraza y me ayuda a sentarme en el sofá, quedándose en silencio mientras yo hipo una y otra vez, al borde de sufrir un ataque de ansiedad. Refugiarme en sus brazos es lo único que me ayuda a parar y enfrentar una realidad que jamás pensé que llegaría a vivir. Al apartarme, me limpia la cara con cuidado y se saca un pañuelo de la chaqueta de cuero con el que me sueno la nariz. En su expresión ya no existe el dolor, ni la tristeza, más bien un sentimiento de paz que viaja directo hacia mi corazón.

—¿Queréis que vaya preparando algo de cenar? —Nick carraspea al interrumpir la escena y está a punto de girar sobre sus pasos para volver a la cocina, pero Katherine llama su atención.

—Nuestros compañeros van a venir a casa, queremos repasar juntos algunas cosas y necesitamos que ella nos ayude. —Aunque suena a afirmación y no a petición, ella lo dice con mucho tacto para evitar tener problemas con su hermano.

Sorprendentemente se lo toma muy bien porque enseguida se encoge de hombros y señala hacia la cocina con la cabeza.

—Nosotros estaremos por ahí, no os molestaremos —comenta rascándose la barbilla con los dedos—. Pero a la hora de cenar los quiero fuera, sabes que no me gusta que Ben sea participe de estas cosas.

—Anotado. —Katherine lleva la mano a su frente para hacer el saludo militar y después vuelve la atención hacia mí—. ¿Te ves capacitada para seguir con el caso? Hemos averiguado algunas cosas bastante interesantes.

—No hay mejor propuesta que esa —confieso subiéndome con cuidado las gafas, debo reconocer que había echado de menos este gesto, pero mucho más la sonrisa que Katherine esboza—. Gracias por

dejar que me quede aquí.

Ella niega y se queda un rato en silencio. Su mano izquierda va hacia la maleta y deja otra caricia sobre la ropa.

—Aquí estarás bien, te lo prometo —asegura, y la creo, por supuesto que lo hago.

El timbre suena y suelto un suspiro. Katherine vuelve a guiñarme el ojo y me acaricia el hombro antes de caminar hacia la puerta para dejar que los agentes pasen. Ellos me saludan alegremente, pero ninguno expresa tristeza o desolación, sino un hambre por trabajar que se me contagia de inmediato.

Me gusta estar en el campo de batalla, sobre todo porque los compañeros que tengo son la mejor familia que he podido encontrar.

# 28

*«De pronto el sol asomó por detrás de un nubarrón.»*
Donna Tartt*, El secreto*

KATHERINE

—Sabemos dónde estará. —Jeremy se vanagloria enseñándome un papel donde hay apuntada una dirección y me alegro de que tras algunos errores se haya puesto las pilas—. Al parecer, mañana va a pasar el día en Nueva Orleans, tiene algunos asuntos de trabajo y, entre ellos, una reunión de empresarios o algo así. Adivina dónde va a ser.

—No estoy para acertijos —reprocho, aunque en cuanto Milano me mira no puedo evitar ceder—. Ilumíname.

—En el Centro de convenciones —afirma y el resto nos quedamos asombrados mientras nos miramos los unos a los otros—. Teniendo en cuenta cómo va el curso de la investigación, no creo que sea de pura casualidad. Desde que Dennise nos dio la dirección hemos estado indagando un poco en los eventos que se han celebrado allí, pero no hemos conseguido encontrar nada relevante en cuanto al concejal Parish, quizá simplemente se vio con un amigo o intentó averiguar algo más. Pero Liam va a estar presente mañana, y seguro que no pierde la oportunidad de ver a los implicados.

La teoría puede estar acertada, pero también creo que aquí hay algo que se nos escapa, sobre todo teniendo en cuenta lo peligroso que es enfrentarnos a un tipo como Chris. Tengo claro que él está respaldado por alguien más importante, una mente maestra que fue capaz de organizar el ataque del metro en Indianápolis. La copia de los informes que hemos elaborado desde que el concejal y su familia murieron están sobre la mesa, acompañadas de varias fotografías y otras tantas tazas de café que ya nos hemos bebido necesitados de un buen chute de energía. La idea de no dar con la persona que estamos buscando me da dolor de cabeza y, además, sigo teniendo en la mente una pregunta, ¿qué parte del trato no cumplieron para el concejal y a

quiénes se refería él?

Golpeo la mesa con el bolígrafo e intento poner en orden la maraña de ideas que tengo; aunque, como siempre, hay alguien que tiene una capacidad mucho más brillante para la deducción.

—Usaron el Centro de convenciones como señuelo para sus reuniones, está claro. Por eso Parish fue allí, fortuitamente o no. —Milano se lleva el dedo índice al puente de su nariz y después estira el brazo para hacerse con el mapa de Nueva Orleans que han traído—. La entrada principal del edificio da al bulevar que hay frente al río Misisipi, ¿por qué sino iban a quedar con él en una de las entradas secundarias? Probablemente querían evitar que los de seguridad supieran de su llegada. Para entrar a cualquier evento tienes que hacerlo con invitación o entrada, de lo contrario te quedas fuera. No tenían ningún interés en que registraran su presencia. Eso o se tomaron la libertad de usar su cargo para evitar a la multitud. En cualquier caso, sigue sin haber una aparición puntual, lo que les sirvió para poder reunirse antes de que todo empezara.

—¿Pero por qué ahí? Podrían haberse visto en cualquier otro punto de la ciudad. —Jeremy se echa hacia atrás y se lleva las manos a la nuca.

—Porque querían pasar desapercibidos ante el resto, y no hay nada mejor que un gran evento para ello. Tenemos fotografías de Liam, Rosalie, Frank y Chris acudiendo a ferias, parece que convirtieron esos encuentros en una excusa para continuar con sus planes. De haberlo hecho en otro punto de la ciudad, probablemente más de uno se habría dado cuenta, hasta el alcalde está presente en varios momentos —suspira Milano y busca por la mesa un bolígrafo que le cedo, expectante por saber qué va a decir, seguramente le habría venido muy bien tener nuestro panel de investigación—. El Centro de convenciones está repleto de salas donde se dan conferencias, hay cafeterías, varias salas para exposiciones y también otro pabellón que se usa para dar clases. Con la cantidad de personas que acuden a las ferias y festivales, por mucho que haya un gran despliegue de seguridad, allí están a salvo.

—Tenemos que saber qué eventos se han celebrado en los últimos meses e indagar en los posibles rastros que hayan dejado. —Antes de dar la orden, ya estoy cogiendo el ordenador y tecleo en el buscador. Los resultados me llevan a una información que no tardo en conectar con lo ocurrido en Indianápolis—. Hubo un evento

empresarial el 22 de febrero. Al parecer se presentaron varias propuestas ciudadanas para la mejora de los barrios de Nueva Orleans. —Claudia y Anthony se miran entre sí sin poder creer que hayamos tenido suerte con esto, la sorpresa baña sus expresiones y no tardo en sacar una conclusión—: Lo usaron como tapadera… fueron al evento para construirse una coartada.

—Hay que tener acceso a la lista de invitados principales —propone Milano.

—Eso nos va a llevar horas. —Jeremy bufa y vuelve a apoyar los codos sobre la mesa.

—No si cerramos el cerco en torno a los organizadores —apunta Claudia y se hace con el ordenador sin esperas—. Si Katherine está en lo cierto, ese día en concreto, al contrario que la última vez, se preocuparon por ser vistos, cuantos más ojos estuvieran en ellos más posibilidades tenían de librarse de la culpa. —Nos quedamos en silencio, expectantes por ver qué encuentra Claudia. Ella muerde el lado derecho de su labio inferior y entrecierra los ojos mientras teclea a toda prisa. Sus dedos se mueven rápido, pero los segundos pasan lentos y eso me da la oportunidad de mirar a Milano, está con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza descansando en sus manos. Deseo quedarme en este momento un rato, poder admirarla mientras el ambiente se llena de esa emoción que nos da poder investigar juntas —. ¡*Voilà*!

Claudia gira el ordenador y vemos un montón de imágenes en la pantalla. En un primer vistazo no se aprecia con claridad a ninguno de los invitados, pero cuando hace *zoom*, todos nos quedamos mirando la imagen sin poder creer lo que estamos viendo.

—¿Ese no es…?

—Tengo que llamar a Clyde ahora mismo —interrumpo a Jeremy y me levanto de la silla para ir a buscar mi teléfono. En cuanto escucho el pitido varias veces siento los nervios en la boca del estómago, pero al oír su voz, me calmo de inmediato—. ¿El jefe sigue por el departamento? —Mi pregunta debe descolocarle, porque se queda en silencio un buen rato. Enseguida caigo en que debe de estar en su despacho, así que continúo sin más—: El alcalde estuvo con los asesinos —informo y me giro para echar un vistazo a la mesa—. Tenemos fotografías de él en un evento del pasado 22 de febrero, no puede ser casualidad. Liam estará mañana en el Centro de

convenciones. ¿Te has fijado si ha dicho algo sospechoso o que se le haya escapado sobre el alcalde? —pregunto refiriéndome al superintendente.

—Se ha interesado, ya sabes cómo son estas cosas. —Frunzo el ceño y al darme cuenta de lo que pasa, tapo el teléfono para susurrar a los demás: «está con él»—. Estaba normal así que no sabría qué decirte —continúa—, tampoco ha indagado mucho en el tema, pero podemos tomarnos una tarde libre para ir a hablar con ellos y asegurarnos, ya sabes… ver si todavía se lleva bien con sus colegas. Los adolescentes son así, saben mentir muy bien.

—Prepararé un operativo para mañana, en cuanto estés libre, infórmame. —Cuelgo el teléfono y trago saliva, que Clyde siga con el jefe pegado a la espada no me gusta nada, y no solo porque pueda traernos problemas—. Creo que le están vigilando.

—¿A Clyde? ¿Qué tiene esto que ver con él? —pregunta Anthony desconcertado.

—Con él no, con el departamento —aclara Milano—. Esto lo he visto antes, creedme. No quiero aventurar nada, pero puede que el jefe esté siendo coaccionado por el alcalde o quizá simplemente le estén utilizando para saber cómo van los avances de la investigación. Tenemos que cuidar mucho los siguientes movimientos—. Se rasca la nuca y, al dejar la mano sobre la mesa, tamborilea los dedos nerviosa —. Lo que tenemos hasta ahora es bastante jugoso, así que vamos a repasarlo con cuidado.

Antes de que empiece, escuchamos unos golpecitos en la pared y al girarme veo que Alexander nos mira con interés. Los últimos días se ha estado preparando con ahínco para acceder a la academia cuanto antes y empezar su período como novato, así que le pido que venga para que esté presente en nuestras deducciones.

—La cena no tardará mucho —nos indica llevándose la mano a su sien, rascándose con nervios—. ¿Va todo bien?

—Puede que esto haya dado un giro interesante —confieso y enseguida doy paso a nuestra genio—. Milano.

—Lo que sabemos es esto —empieza y no tarda mucho en ponerse de pie para caminar alrededor de la mesa—. Frank y Chris formaban parte de las fuerzas especiales y prácticamente fueron abandonados a su suerte en una misión que se llevó a cabo en Siria. A su vuelta, Liam les ayudó a reintegrase en la sociedad, les ofreció

trabajo y contactos. ¿Puede ser la venganza una motivación? Si enlazamos esto con el ataque en Indianápolis y los otros eventos fortuitos, tenemos un hilo conductor. —Se para y pone los brazos en jarras mirándonos a todos. La admiración con la que mi hermano la observa es digna de fotografiar—. Sabemos que ese mismo día estaban en Nueva Orleans. Pero el FBI concluyó que la bomba explotó de forma remota, podrían haberlo hecho perfectamente desde aquí, la tecnología ha avanzado muchísimo en los últimos años y más estando en tiempos de guerra. Supieron muy bien ocultar este detalle.

—Entonces, podríamos estar ante una trama para vengarse de aquellos que dieron la orden de no proteger a la unidad de fuerzas especiales. —Claudia hace algunas anotaciones cuando nuestra perfiladora asiente—. ¿Por qué se implicaría Parish en algo así? Se sabe a ciencia cierta que él era muy querido por la sociedad, sinceramente, no le veo cometiendo traición.

—Puede que no estuviera convencido al principio, pero la división en este país cada día es mayor, no solo en los partidos políticos. La sociedad busca algo mejor y allí murieron muchas personas inocentes igual que en otros países o guerras, tal vez en algún momento le llegaron a convencer o tenía a alguien cercano que sufrió una pérdida, solo hay que mirar a nuestro alrededor para saber lo mal que está todo —explica Milano y mi hermano parece ser el mismo reflejo de lo que dice—. La situación es esta: puede que atacaran a la hija del senador en Indianápolis, pero creo que lo que querían conseguir en realidad es que él dejara su cargo. Tenía influencias, el FBI lleva a cabo muchas misiones junto a la Agencia de Seguridad Nacional y sé de buena cuenta que no es la primera vez que un senador se mete de cabeza en la jerarquía después de haber hecho vida militar, teniendo poder de decisión en ciertas operaciones tácticas. Hay muchos comandos regionales o funcionales que las dirigen, ellos tienen bastante peso.

—Tal vez estén preparando a alguien para que tome ese cargo y por eso necesitaban a Parish, como mentor o algo así —interviene Alexander sin que lo esperemos y aprieta los labios cuando es consciente de nuestras miradas, pero le pido que continúe con un asentimiento—. El otro día dijiste que esa tal Rosalie se encarga de preparar a gente para una campaña, quizá esté ayudando a que otra persona tome el cargo, si alguien lo abandona, normalmente es esa persona quien elige a su sucesor. ¿Y si le estaban amenazando y lo

hicieron efectivo con el ataque a su hija? ¿Y si el concejal vio cómo eso se salía de control e intentó detenerlos por todos los medios?

Las miradas recorren la mesa y, como si fuera una especie de señal, acabamos por verlo claro. Alexander ha dado en el clavo.

. . .

Con parte del operativo preparado, nuestros compañeros se van a descansar y nosotros disfrutamos de una cena familiar en la que las risas estuvieron aseguradas gracias a Ben y Alexander, pero, sin duda, lo que más disfruté fue ver a Milano tranquila, bromeando con ellos y mostrándose encantada con cada ingrediente que había sobre la mesa. Durante un buen rato, reviví los mejores momentos que pasamos juntos antes de que nuestras vidas dieran un giro horrible, y aunque hubo tintes de oscuridad en algunas partes de la conversación, el dolor en las mejillas por sonreír tanto todavía persiste.

El silencio reina en la casa mientras acaricio con los dedos las piezas de un objeto que ha estado en casa durante los últimos meses y que no me he atrevido a tocar desde hace mucho. La puerta de la habitación donde solía dormir está cerrada y, por un segundo, me quedo parada delante con la sensación de que esto no va a ser buena idea y haciendo que esté a punto de volver por donde he venido.

—Estoy despierta —asegura Milano desde el interior, cómo me gusta su sexto sentido.

Bajo el puño que tenía listo para golpear la madera y giro la manivela para asomarme al interior de la habitación y verla sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas y las gafas deslizadas hasta la punta de su nariz.

—¿No ibas a descansar? —le recuerdo con un tono de enfado fingido.

—Podría decirte lo mismo —rebate encogiéndose de hombros. Me ha pillado—. Estaba revisando algunas de las pruebas, no quiero que mañana vayáis al Centro de convenciones y que se me haya escapado algo.

—Sabes que vas a estar en contacto con nosotros en todo momento, el FBI no tendrá nada que envidiarnos. —Abre la boca y niega sin poder creerse que bromee con algo así, pero la verdad es que no me importa mucho dejar claro que ellos están muertos para mí—.

Lo haremos bien, estoy segura.

Aprieta los labios y se me queda mirando en silencio, de un momento a otro se sorprende como si no hubiera sido consciente de que traía una caja conmigo, así que aparta los documentos y estira el cuello intentando ver lo que hay en el interior.

—¿Qué llevas ahí? —Que no tarde ni dos segundos en preguntar me deja claro que no ha perdido ni un poco de esa desesperación curiosa que tanto la caracteriza.

Ahora estoy nerviosa y me cuesta dar un paso adelante, pero, una vez que avanzo, consigo sentarme a su lado, cerrando bien las tapas de la caja mientras busco las palabras correctas que quiero pronunciar.

Por un instante había olvidado lo bonitos que se ven sus ojos tras las gafas y tengo ganas de acercarme a ella para dejar que los míos se reflejen por completo en ellos. Sin embargo, agacho la mirada y doy un par de golpes al cartón.

—Antes de venir a casa de Nick, empaqueté algunas cosas del apartamento. El contrato rescindió y no tenía fuerzas para pensar en renovarlo. No creí que… —Los nervios me hacen titubear y necesito tomar aire para ponerlos en orden—. El caso es que traje esto conmigo y durante un tiempo me ayudó a no caer, hasta que hubo un momento en que lo dejé en el garaje y ya no lo volví a ver. Ahora, creo que tú lo necesitas mucho más.

El pelo me cae por el lado izquierdo de la cara, roza mi hombro y me agacho para acercar la caja hacia ella y que descubra lo que hay en su interior.

A Milano le tiemblan los dedos. Se toma un momento para acariciar las solapas e hincha los pulmones a la vez que las abre. Sus ojos grises se clavan en lo que hay en el interior y los labios empiezan a tiritarle por la sorpresa, una emoción que se refleja en todo su cuerpo cuando lleva una mano a su boca para tapársela. La emoción aparece en su mirada y siento que no va a poder aguantar mucho más las lágrimas.

Con cuidado, mete las manos en el interior de la caja y coge el Coliseo de LEGO que construyó al poco de mudarse a su antigua casa. La manera en la que acaricia cada una de las piezas me deja ver que ha echado de menos unirlas para formar objetos increíbles, creando esa burbuja que esta vez tiene la forma de la habitación en la que nos

encontramos. Trata el objeto con tanto mimo que eso me hace sonreír, y, al dejarlo sobre la cama, se mueve para llegar hasta mí y sujeta mi mejilla.

—Te quiero tanto, esto es… —No me espero para nada estas palabras y ella se da cuenta de inmediato.

La veo dudar, incluso respirar a toda prisa, quizá con la intención de apartarse de mí, pero entonces soy yo quien se acerca a ella y encierra su rostro entre mis manos.

Afuera dejo todo lo que nos ha hecho daño: el fuego, las malas decisiones, nuestro trabajo, ese mal que se empeña en aferrarse a nuestras espaldas. Lo echo todo con un simple parpadeo y una caricia sobre su piel. Mis labios se pegan a los suyos y noto que el corazón me vuelve a latir por primera vez. Una sensación electrificante sube por todo mi cuerpo y se apropia de mi boca cuando tomo la suya con el deseo que he estado reprimiendo todos estos días, probablemente desde el momento que la vi, a pesar de las cosas horribles que ocurrieron después.

No pienso en respirar, me da igual el aire si puedo morir con ella así de cerca, entre mis brazos y elevando mi alma hasta más allá de las estrellas. Sus ojos pasan a ser la luna que nos guía de nuevo hacia la otra, y ahora sus manos están en mi cuello y en mi espalda, aferrándose a mi nuca mientras me besa sin alejarse ni un solo centímetro. «La quiero», pienso de manera fugaz, la quiero tanto que no concibo que el tiempo haya sido tan injusto con nosotras separándonos de una forma cruel. Y tal vez es por eso por lo que suspiro una y otra vez, con el centro de mi pecho encendido por esa llama que tiene su nombre y que me recorre con una energía descomunal. Ella se aparta un momento para poder mirarme a los ojos y le quito las gafas con cuidado, dejándolas a un lado de la cama mientras le acaricio el puente de la nariz. Mis dedos tratan con cuidado sus heridas y aparto de su cara un mechón de pelo para llevarlo tras su oreja. Acaricio su barbilla deseando hacerla mía otra vez.

—Yo también te quiero —confieso a viva voz.

Sonríe y está a punto de llorar, pero no se para a ello cuando me besa otra vez. La vida ha vuelto a cobrar sentido.

# 29

*«Acababa de volver a la vida, al sol y al aire.»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

El cuerpo me empieza a temblar, pero es la sensación más bonita que he experimentado en mucho tiempo. Las palabras de Katherine han cruzado mi mente y se han instalado más allá de mi alma, ahí donde nosotras somos hogar y formamos un solo yo. Mis dedos recorren su mejilla y delinean cada pequeña curva de sus facciones. Observo que las arrugas que se han instalado alrededor de sus párpados y la forma de sus labios antes de perderme de nuevo en sus ojos, donde las motitas verdes brillan con más fuerza que nunca. Dibujo una sonrisa nerviosa y a mi mente llega la imagen de la primera vez que la tuve tan cerca, cuando la desafié en mi habitación de hotel. Aquello fue ir en contra de toda lógica, pero el acto más valiente y verdadero que hice hasta el momento; igual que ahora cuando estampo mis labios en los suyos.

El costado me da un pinchazo y emito un quejido que la hace apartarse de golpe, pero niego y la atraigo otra vez a mi boca enredando los dedos en su pelo. Sabe a caramelo de nata con fresa, mezclado con un toque picante y salvaje, y eso provoca que cada uno de mis sentidos se despierten. Llevo las manos al borde del jersey que lleva puesto y se lo quito creando una revolución en su pelo que me hace reír de forma nerviosa cuando le tapa toda la cara.

—Hasta así estás guapísima, detective *sexy* —confieso apartando los mechones para clavar mis dedos entre la mandíbula y su cuello.

Su boca fue durante mucho tiempo la personificación del pecado y ahora se convierte en salvación, en el lugar seguro donde quiero zambullirme una y otra vez. Katherine suspira y parece que se ha quedado sin aire cuando clavo los dientes en su labio inferior y dejo que mi lengua se apropie de la poca cordura que le queda. Se pone de rodillas y se acerca a mí mientras busca saborear mi piel sin descanso,

sus dedos me acarician la espalda antes de deshacerse de cada una de las prendas que cubren mi cuerpo. Siento miedo, un pánico terrible a que se detenga cuando vea las cicatrices que marcan mi piel, y estoy a punto de clavar las manos sobre su pecho para que no vaya más allá, pero ella me acaricia el cuello entre besos. Vuelvo a temblar sin poder controlar las emociones que también me erizan la piel. No dice nada, solo me levanta la barbilla, hace que la mire con los ojos bien abiertos y sonríe como no recuerdo que lo hacía. Quizá simplemente había eliminado esa imagen de mi mente con tal de no volver a sufrir, puede que me hubiera hecho a la idea de que no la vería otra vez y por eso me cuesta creer que ella esté aquí, con sus dedos bailando sobre mis brazos hasta que llega a los míos para entrelazarlos y unir nuestras manos.

Pero esto es real, y quiero que se convierta en algo eterno.

Sin decir nada, se lleva una de mis manos a sus labios y después la guía hacia el lugar donde empieza a verse una de mis cicatrices. Tocar mi cuello duele, duele tanto que quiero echarme a llorar en un acto desesperado por olvidar el fuego de un incendio que Katherine apaga cuando se mueve sobre la cama y se pone a mi espalda, rodeando todo mi cuerpo con sus brazos.

—Eres perfecta, cada detalle de tu cuerpo lo es —dice en mi oído con un tono de voz dulce y directo, sincero y maravilloso.

—Yo…

—No digas nada —me interrumpe y pone sus manos sobre mi vientre antes de subirlas poco a poco hacia mi pecho.

Cuando llega a la altura de mi corazón me lleva contra ella y el dolor desaparece de golpe, se esfuma con una claridad que hasta a mí me sorprende y me lleva a soltar algunas lágrimas. Escucho su respiración y la forma en la que besa mi cuello. El roce de su pelo sobre mi espalda es como el tacto del algodón y, de repente, me olvido de que la muerte se llevó parte de mi yo aquella noche, porque ella está aquí y besa mis cicatrices con amor, con deseo, con la desesperación de los momentos que nos arrancaron de cuajo.

Una de sus manos se desliza hacia abajo y la tensión me hace echar la cabeza hacia atrás. Quiero que me bese, quiero fundirme con su boca, pero cambio de opinión en cuanto cuela sus dedos por mi ropa interior y me hace desear que vaya más allá.

Sus dedos se mojan con mi excitación y suelto un gemido que ya

no puedo contener hasta que lleva su otra mano a mi boca y la muerdo mientras me silencia y clava sus labios en mi hombro.

—Te he deseado desde que volviste, ¿sabes? —confiesa en un susurro, con la pasión gobernando el tono de su voz—. Jamás me he sentido tan furiosa por algo así.

«Yo jamás he dejado de hacerlo», pienso para mí y me lo digo con sinceridad a pesar de los errores que he cometido.

Katherine me posee sin esperas, acaricia mi sexo con pasión y movimientos lentos, haciéndome sentir como en una montaña rusa, donde las emociones se te clavan en la boca del estómago y revolucionan por completo tu corazón. No deja de besarme y tampoco quiero que pare, así que empiezo a mover mi cadera contra ella para que sus dedos se encuentren con mi interior donde el calor me hace gemir y necesito que me aferre a su cuello para que no se separe de mí. Mis pezones se endurecen y, cuando es consciente de ello, los roza por encima de la ropa interior. Los temblores llegan tan rápido que la acojo en mi interior y suelto un gemido cargado de pasión que ella atrapa con un beso que me transporta a un lugar muy lejano, hasta que abro los ojos, la miro y vuelvo a donde estoy.

El orgasmo me posee rápidamente. Sonríe, noto ese gesto sobre mi piel, así que me muevo, aparto sus manos y me giro para quedarme frente a ella. Ahora soy yo quien atrapa sus muñecas y la obliga a que me acaricie la espalda mientras la desnudo poco a poco, sin perder en ningún momento de vista sus labios.

La ropa vuela y cae por los lados de la cama. El movimiento hace que tiremos la caja y el Coliseo de LEGO sin querer. Escucho cómo las piezas se esparcen por el suelo y se levanta de golpe apoyando las manos sobre las sábanas. Las dos rompemos a reír hasta que las mejillas nos duelen y, a excepción del latido de nuestros corazones, el silencio vuelve a mandar en este momento.

—Habrá que volver a construirlo —apunto con un maravilloso cosquilleo en los labios.

—Esta vez lo haremos juntas —dice, y la emoción que veo en sus ojos me lleva a besarla sin pensármelo dos veces.

Su espalda cae sobre la cama y mis manos se mueven sobre su piel desnuda como si fuera la primera vez que la toco en la vida. Noto mis dedos temblando, pero los nervios se esfuman y dan paso a ese deseo desbordante que siempre he sentido por Katherine, una mujer

con inseguridades, fría, a veces oscura, pero la pieza perfecta para que sea colocada en mi pecho. Ella no deja de mirarme, sigue con sus ojos el recorrido de mis dedos, incluso cuando la hago mía introduciendo un par de ellos en su sexo, haciendo presión con el único deseo de escucharla gemir mientras la beso y mis labios marcan un recorrido por su cuello, su pecho, su vientre y vuelvo a subir.

Cuando me tumbo sobre ella, me atrapa enredando sus piernas con las mías y no pierde la oportunidad de encontrarse con mis labios y llevar su mano entre mis piernas para acariciarme a la vez que yo lo hago con ella. Nuestras caderas se mueven, el sudor empieza a perlar nuestra piel y las heridas superficiales que todavía hay en mi cuerpo empiezan a desaparecer poco a poco para mudar de alma y de corazón; y también, para traer de vuelta a la antigua Milano, a la mujer que ella conoció con una maleta muy friki entre manos y un *outfit* cuestionable. El recuerdo se pasea por mi mente y trae un gesto a mi boca que se destruye cuando muerde mi labio inferior y el deseo nos hace gemir por la otra sin ningún tipo de descanso, desbordando amor y pasión.

Convirtiéndonos en orgasmos y también en unas pocas de lágrimas que acojo con una sonrisa, volviendo a sentirme yo, encontrándome con el amor de mi vida y la única mujer que ha hecho de mi existencia algo real.

. . .

—Ojalá pudieras quedarte aquí un poco más. —Lanzo un suspiro y echo un vistazo hacia el reloj que hay en la mesita de noche. No falta mucho para que amanezca y sé que el caso la tiene que llevar lejos de mí otra vez.

—Estaré de vuelta sin que apenas te des cuenta.

Besa mi cuello y después se mueve para separarse un poco de mí. Sus labios acarician otra vez mi espalda y me produce un escalofrío que recorre todo mi cuerpo sin agotamiento. Me encanta sentir su respiración sobre mí y el tacto de sus dedos me saca un nuevo suspiro cuando recorre mi cadera, mi costado y se planta al inicio de una cicatriz que ella ha convertido en su atracción favorita.

—Se ve horrible, ¿verdad? —El mordisco que me pega en el hombro me hace ver que no está de acuerdo con lo que digo.

—¿No me has creído cuando te he dicho que eres perfecta? Porque puedo metértelo en la cabeza de una forma que no te va a gustar. —Su voz suena firme, como cuando está en mitad de un interrogatorio—. Usted decide, agente Milano.

—Que no me va a gustar… —Giro la cara y la observo levantando una ceja—. No me lo creo.

Se mueve rápido y me sorprende la forma rápida en la que se pone a horcajadas sobre mi cintura, agarrándome también de las muñecas. La presión hace que las manos se me hundan en la almohada y la respiración se me corta. Parpadeo y a mi mente viene esa mala sensación que se ha metido muy adentro de mí en situaciones que no puedo controlar, hasta que se agacha y besa mis labios enredando su lengua con la mía, llevándose los miedos que aún desean tomar el control de mi corazón.

—Si te mueves un solo centímetro, te juro que no vuelves a tocarme en meses. —Parece que está de broma, pero sé que lo dice totalmente en serio.

El deseo baña sus ojos mientras hace presión sobre mí. La orden provoca el temblor de mi cuerpo y este se acentúa cuando pasea su lengua por mis labios, empezando un recorrido que va desde ahí hasta mi barbilla y, poco a poco, por todo mi cuello, mi pecho, mi cintura… El instinto me hace levantar la cadera cuando su lengua roza mi humedad entre caricias que me hacen suspirar y aferrarme a las sábanas con fuerza. Cierro los ojos y la recuerdo haciéndome el amor y rescatando cada uno de los instantes de nuestra historia, y también nos veo a nosotras renaciendo, volviendo a convertirnos en esa clase de fuego que te aviva el corazón a diferencia del que se llevó todo mi yo. Suelta el agarre de mis muñecas y arrastra los dedos por mi piel, erizándomela al instante, acariciando esos puntos en los que sabe que me volverá loca: mi vientre, mi costado, mis pechos. Los movimientos de su lengua son firmes, profundos, tan cargados de pasión que tengo que morderme los labios para evitar gritar.

Y entonces la escucho unirse a mis gemidos, a mi respiración entrecortada, hasta siento que su corazón late en compás con el mío y pierdo el control. Me pierdo en su boca de una forma increíble y que me hace vibrar tanto que estoy a punto de echarme a llorar.

Katherine llega a mis labios y me aferro a su cuerpo para apoderarme de su calor y el sabor que está pegado a su boca, besando

la mía, llevándome al paraíso, ahí donde me quiero quedar acariciando su pelo, su cuerpo y las nuevas cicatrices que ahora forman parte de su cuerpo.

—No me he movido —recuerdo con picardía, se ríe mientras niega y, al momento, su mirada se envuelve en un velo de deseo.

Cuando la beso, la atraigo hacia mí y ahora soy yo la que se olvida del pasado, del dolor y de todo lo que nos ha separado. Porque si fuera con ella, me lanzaría al vacío una y otra vez.

. . .

Saboreo la soledad un momento, hasta que mi teléfono suena mientras ella está en la ducha y la realidad vuelve a darme un golpe macabro cuando veo el nombre de Jason en la pantalla. Los dedos me tiemblan y estoy a punto de no responder, pero estar en este sitio me da las fuerzas necesarias para contestar la llamada y afrontar lo que quiera decir.

—Por fin te atreves a contestar, no esperaba de ti tanta cobardía —espeta sin esperas. Cuando creía que no podía ser una persona más rastrera, demuestra todo lo contrario.

—Vaya, qué decoroso. Estoy bien, gracias.

—¿Sabes? No apruebo lo que Sam te hizo y espero que pague por ello, pero tú solita te has metido en el fango, River. El FBI te salvó la vida, durante más de un año protegió a esa gente que dices llamar amigos, ¿y así es cómo nos lo pagas? —Me lo imagino con el ceño fruncido mientras camina dándose aires de superioridad. Esta vez, no pienso caer en su juego—. Y ahora no dices nada. Pues te informo que Russell ya se ha puesto manos a la obra y no va a dejar en muy buen lugar a ese maldito departamento.

—¿Sabes, Jason? —Me acomodo bien en la cama dejando un mechón tras mi oreja, y al mirar hacia la ventana veo como la claridad de Nueva Orleans le presta una belleza al cielo que quiero seguir viendo cada vez que abra los ojos, o esté abrazada a Katherine o dando un paseo por la ciudad—. No vais a conseguirlo y te voy a decir por qué. Mientras vosotros me pedíais que controlara a mis compañeros para protegerlos, según tú, y que intentara averiguar lo que se traían entre manos, yo misma me encargué de seguir tus pasos, los de Russell y averiguar en qué estabais metidos. Dile que se mantenga al margen si no quiere manchar su excelente currículum, o

enviaré lo que tengo para que le abran un expediente y que el mundo sepa que ha ocultado información durante años de investigaciones en curso, o tal vez le guste saber que tengo muchas pruebas de sus tratos con terroristas y enemigos de la nación. No sé, ¿habíais olvidado lo bien que se me da este trabajo?

—Eres una hija de pu…

—Adiós, agente Reade. —Cuelgo la llamada y, a pesar de que tengo claro que pueden ponerse en contacto conmigo de mil formas, bloqueo su número y dejo el teléfono sobre la mesita con el subidón de adrenalina dejándome a punto de temblar.

Katherine aparece en escena y me pregunto cuánto tiempo ha estado ahí, lleva una toalla enrollada a su cuerpo y el pelo mojado le cae provocando que un montón de gotas recorran su piel hasta perderse más allá de lo que puedo ver. La cicatriz que tiene en su hombro izquierdo se queda en mi retina pero, de inmediato, sonríe y eso me eleva hasta el séptimo cielo. Sobre todo cuando camina hacia mí con elegancia y echo el teléfono a un lado para levantarme y quedarme muy pegada a ella.

—Tendrías que haber entrado en la ducha conmigo —protesta y lleva sus manos hacia mi cuello—. ¿Qué quería ese imbécil?

—Nada importante, asustarme con la idea de que el FBI va a tomar cartas en el asunto —cuento, pero no demuestro ni un poco de temor—. Lástima que todavía no se hayan dado cuenta de la agente con la que han estado trabajando. —Me encojo de hombros y beso sus labios dejando atrás cualquier idea que pueda apoderarse de mi cabeza—. ¿Tienes tiempo para desayunar?

—Por supuesto que sí, déjame que me prepare y bajamos.

Pone una sonrisa en los labios y con picardía me guiña un ojo antes de quitarse la toalla que la cubre. Cuando cae al suelo la aparta con un pie y camina por toda la habitación sin ninguna clase de pudor, dejándome con la boca abierta y las ganas de quitarle esa cara de orgullo a besos. Nuestras miradas chocan de nuevo y cuanto más la miro, menos puedo creer que estemos las dos juntas en esta habitación. Si hace días deseé encerrarme para no salir jamás, ahora no puedo evitar querer todo esto: más despertares junto a ella, debatirme entre si dejarla cumplir con su deber o llevarla a la cama conmigo, soñar con que tengamos un millón de desayunos juntas y también en familia.

Al mirar por la ventana veo algunos pájaros moviéndose por el cielo, girando y batiendo las alas con fuerza, dispuestos a todo, conscientes de que el ahora es el mejor instante. Y, entonces, decido que me da igual lo que quiera el futuro de mí, porque cuando estoy cerca de ella sé que estoy dispuesta a darlo todo.

—Kat… —digo mientras ella se pone una camiseta. Al mirarme, veo una felicidad escrita en sus ojos que estaba deseando volver a presenciar, lo que me da las fuerzas suficientes para comunicar la decisión que acabo de tomar—. Voy con vosotros.

# 30

*«La muerte es la madre de la belleza. ¿Y qué es la belleza?*
*El terror.»*
Donna Tartt, *El secreto*

KATHERINE

26 de abril de 2024, sábado.

Los alrededores del Centro de convenciones están menos concurridos de lo que esperaba a pesar de que el movimiento en las calles de la ciudad es frenético. Tras un desayuno donde las miradas de Nick estuvieron puestas sobre nosotras, el equipo llegó a casa para preparar los últimos detalles de un operativo en el que nada puede salirse de control. Nuestros compañeros van tras nosotras en su propio coche mientras Milano revisa algunos documentos en el asiento de al lado. Las gafas se le han deslizado por el puente de su nariz y mantiene una mirada de concentración que la vuelve realmente *sexy*, tanto, que desearía no tener que salir de aquí. Pero la realidad es injusta, así que giro el volante con cuidado y busco un lugar en el que aparcar antes de dar las debidas instrucciones.

—Entraremos por la puerta de Plaza Marquee, vosotros lo haréis por la de seguridad en Henderson Street, por allí hay menos ojos que puedan dar a conocer nuestra llegada —hablo por la radio y al estirar el cuello para ver qué hay más allá, me encuentro con la silueta de Liam Howard siendo recibido y saludado por algunos colegas—. Nuestro objetivo acaba de hacer aparición.

—¿Vamos directamente a por él? —pregunta Jeremy y mi acompañante pone los ojos en blanco.

—No, primero hay que ver hacia dónde nos lleva, si va a reunirse con alguien tenemos que hacer lo posible por pillarle con las manos en la masa. Recordad cada uno de los detalles que hemos hablado esta mañana, hay que andarse con cuidado —insisto, y para lograr que Milano quite la cara de disgusto, le dedico un guiño—. No perdamos más el tiempo.

—Tengo un mal presentimiento —dice ella mientras compruebo

el arma y mi chaleco antibalas.

Por un momento, veo cierta inseguridad cruzarse por su mirada, pero entonces me vuelvo y la miro a los ojos, aprovechando la oportunidad para colocarle bien las gafas.

—Sé que las últimas semanas han sido duras y que has vivido cosas horribles, pero estamos juntas y nuestros compañeros también, así que no quiero que te preocupes por nada, ¿vale? —A pesar de que también noto cierta inseguridad, intento que ella no lo perciba.

Asiente y le doy un beso en los labios que me cura las heridas antes de salir a un mundo que en ocasiones es mucho más terrorífico de lo esperado. Las sombras caen sobre el asfalto con el movimiento de la ciudad, aunque rápidamente desaparecen, y quiero pensar que así puede ocurrir con el miedo, porque a veces este oscurece el alma, pero no se queda ahí para siempre.

Milano se arregla la chaqueta y se echa un vistazo en el espejo retrovisor del coche. El morado que cubre una buena parte de su ojo y su mejilla ya ha adquirido un color más oscuro y vuelve a nacer en mí ese sentimiento de rabia, algo que desecho en cuanto me encuentro con los demás. Claudia se acerca a nosotras con el teléfono en la mano y nos enseña algo que acaba de publicar Liam en sus redes sociales.

—Está en la zona de conferencias, cerca de la sala H —nos dice y anotamos ese dato mientras echamos a andar.

—Jeremy, no quiero que te alejes de ellos, ¿está claro? Cubriremos todo el terreno posible, pero sin separar los equipos. —Pongo las manos en mi cintura y tomo una bocanada de aire—. Muy bien, cuando estemos dentro cubrid todo el espacio posible. Recordar que además de las salas de conferencias están las exposiciones. Hay mucha gente en el centro de convenciones así que llevad cuidado y si hay algún peligro, informad al departamento para que envíen más unidades, hoy estamos todos al mando.

Todos asienten y atravesamos el primer cruce para dirigirnos hacia el gran complejo. Como era de esperar, la seguridad lejos de la entrada principal no está tan presente y eso nos da la oportunidad de enseñar nuestras placas a los trabajadores sin que haya ojos curiosos de por medio.

—Que nadie anuncie ahí dentro que estamos aquí —ordena Milano y el tipo se le queda mirando con cara de pocos amigos, pero al final sabe que tiene que obedecer—. Muy bien, como ha dicho Kat,

a trabajar. Nos comunicaremos por radio en todo momento, ¿está claro?

—Clarísimo —asiente Anthony y, al tomar la iniciativa, nosotras les damos la espalda y nos dirigimos a la derecha.

Algunos de los trabajadores nos saludan y hago lo mismo intentando dar la imagen de que soy una más en este lugar. Desde que descubrimos la identidad del hombre que mató a la mujer e hijas de Parish no hemos conseguido seguirle la pista y hay algo dentro de mí que me alerta del peligro que eso tiene, aunque estar al lado de Milano hace que me sienta mucho más tranquila, incluso valiente. Tantos años trabajando sola y ahora no podría hacerlo sin ella.

Cierto nerviosismo se mezcla con la seriedad que tiene su expresión mientras camina mirando hacia todas partes como si fuera un animal salvaje queriendo cazar a su presa. Se muerde el labio inferior y más de una vez acaricia el puente de su nariz para colocarse las gafas. Incluso se lleva la mano a su cintura para comprobar que el arma está en su lugar y eso parece aliviarla por el suspiro silencioso que lanza. La gente empieza a acumularse en el lado oeste del centro y ya hay un montón de personas que se cruzan por nuestro camino impidiéndonos ver lo que hay más allá. Milano frunce el ceño y echamos un vistazo a nuestro alrededor antes de encontrarnos con la silueta de alguien que ya conocemos bien.

—Rosalie está aquí —digo a través de la radio—, tened los ojos bien abiertos.

—Odio tener razón —comenta mi acompañante en voz baja.

En la lejanía, vemos a la mujer sonreír mientras habla con alguien. El alcalde de Nueva Orleans mueve las manos mientras expresa algo que debe resultarle gracioso y luego estrecha una de ellas con otro hombre al que identificamos como Jesse Murray. Los tres miran a su alrededor y Milano y yo nos damos la vuelta para evitar que nos vean hasta que vuelven a caminar y nos dedicamos a seguir sus pasos.

—Liam se mueve —indica Jeremy y eso me hace caminar más deprisa.

—Que no os vean, creo que se van a reunir con alguien más —respondo y me llevo la radio al pecho—. Recordar que nuestro principal sospechoso también podría encontrarse aquí, hay que tener mucho cuidado con él.

Una sensación horrible se me instala en la boca del estómago al cortar la comunicación con mis compañeros. Milano se da cuenta y lleva una mano hacia mi brazo para dejar ahí una caricia que me calma durante gran parte del recorrido que hacemos a continuación. Los asistentes a la feria empiezan a agolparse en las zonas de espera, aunque no es impedimento para que encontremos a nuestros objetivos, al menos hasta que llegamos al lugar donde están los diferentes puestos cuyos anunciantes ya están listos para hacer su trabajo. Levanto el cuello y consigo ver a Anthony y a Claudia en la lejanía, pero Jeremy no está con ellos.

El aire se me corta de repente y siento un gran peso en mis pulmones a la vez que se oye una voz por nuestra radio.

—Hemos localizado a Chris, Jeremy le sigue los pasos. Van hacia las escaleras que dan a la segunda planta —Claudia titubea y, un segundo después, empiezo a escuchar movimiento frente a nosotras.

—Joder, os hemos dicho que no os separéis. Que el resto no salga de aquí, nosotras vamos con a por él —musito y me guardo la radio—. ¡Mierda!

—Necesita a un compañero o en algún momento nos meterá en problemas —protesta Milano y no sé cómo voy a contenerla de pegarle una buena bronca cuando lo tenga delante—. Deberíamos ir cada una por un lado.

—¿Qué? No, ni hablar. —Antes de que pueda decir nada más, llevo mis manos hacia sus hombros y la obligo a mirarme—. Si Jeremy necesita que alguien le cubra las espaldas, nosotras no vamos a ser menos, no pienso alejarme de ti. —Sé que habla el miedo, que tengo en la mente cada una de las imágenes en las que nuestro trabajo la ha puesto en peligro, igual que a mí, pero también hay un lado racional que no puedo dejar atrás, así que me pongo firme—. No vas a ir sola por ahí.

Lejos de reprochármelo, Milano me dedica una sonrisa y asiente acariciándose las manos.

—Con lo que ha pasado no sé cómo se me ha ocurrido proponértelo —admite y echa un vistazo a nuestro alrededor—. Que otra unidad venga para ayudar a los demás, tienen que ir a comisaría ahora mismo.

Doy la orden por radio y nos dirigimos hacia el fondo de la sala, donde ya no se ven invitados y hay varias puertas que dan a las

escaleras. El silencio que nos recibe me hiela los huesos y la poca luz que nos acompaña tampoco produce en mí buenas vibraciones. Camino con la sensación de estar metiéndome en la boca del lobo, como en aquella cabaña o una casa en la que también miré a la muerte de cara. Ella sigue mis pasos con la mano puesta sobre su pistola, igual que yo, y poco después vemos el acceso que da hacia el pasillo principal de la segunda planta.

Aquí no hay nadie, así que me tenso sin remedio. Jeremy se va a llevar una buena bronca en cuanto lo tenga delante.

—Podrían estar en cualquier parte —susurra y los nervios empiezan a instalarse en el centro de mi pecho.

—Empecemos por el final del pasillo —propongo y esta vez me aseguro de que el arma vaya unos pasos por delante de mí.

Doy un paso y el corazón se me encoge al escuchar un golpe.

—¡Has faltado a tu palabra! —grita una voz, no es la de Jeremy —. ¡Dijisteis que ibais a acabar con ellos y mirad cómo acabó él!

Mis pies se mueven rápido mientras apunto con el arma y voy hacia la sala de la que proviene la voz. Con cada paso, noto la sangre palpitándome en las venas y la situación empeora cuando veo una puerta abierta y me encuentro con una silueta que reconozco bien. Jeremy está tirado en el suelo, con un golpe en la cabeza mientras Chris apunta con un arma hacia otra persona. Milano se queda helada en el sitio al ver a nuestro compañero, sus manos tiemblan y la distracción provoca que el sospechoso dispare hacia donde me encuentro.

La bala se dirige peligrosamente hacia ella así que me giro y la abrazo sin pensármelo dos veces cuando siento el golpe en mi espalda cubierta por el chaleco antibalas que llevo debajo. Instintivamente tomo aire y arrugo los dedos sobre la ropa de Milano para intentar no perder la estabilidad.

—¡Id a por él! —grita la otra persona, la zona del omóplato derecho me pega un pinchazo que me hace sisear, y es cuando Milano reacciona.

—Quédate con Jeremy —me ordena, y me deja con nuestro compañero mientras sale corriendo para ir a por nuestro sospechoso.

Todas las salas de la segunda planta tienen una entrada por cada lado y la puerta se cierra de golpe delante de mis narices, haciéndola desaparecer. Todo ha pasado tan rápido que los pies se me quedan

clavados en el suelo y no sé por qué no puedo moverme, hasta que veo a Jeremy despertar y apoyar las manos en el suelo.

—¿Qué… qué ha pasado? —balbucea llevándose una mano hacia la cabeza.

Rápidamente, busca su arma con la mirada y tantea el suelo para ver dónde está, pero cuando me giro veo el cañón de otra apuntando directamente hacia nosotros.

—Lo siento, detective Fortier, pero no puedo permitir que salga de aquí con vida. —Mis ojos se clavan en el gesto duro de Harrison, quien se encoge de hombros antes de dar dos pasos hacia nosotros. El instinto me pide coger mi arma, pero él nos apunta con más firmeza —. Ah, ah, yo no haría eso.

—Pero ¿qué coño? —Jeremy se pone a mi lado sin poder creer lo que está pasando.

—Debí imaginármelo —comento poniendo una sonrisa irónica en los labios—. Tuvo buen ojo al hacernos creer que Parish confió en usted para darle las pruebas que tenía en su propiedad, ¿también acabó con su vida aquella noche o envió a otro para que se manchara las manos?

—Hijo de puta… —El abogado se ríe ante el balbuceo de Jeremy y seguidamente levanta una ceja mientras niega.

Aquí hay algo más.

—Es una lástima que no hayamos podido hacer nada interesante contigo, chaval —le reprocha encogiéndose de hombros—. Un chico como tú, que tiene claro la manera en la que el Gobierno traiciona a los que luchan lejos de aquí por su país. Creímos que serías bueno para formar parte de esto, pero aquella noche, durante el incendio, demostraste que no valías para nada.

Me quedo helada en el sitio y mi mirada va a parar hacia un Jeremy que también se ha quedado pálido, abriendo la boca y con gesto de querer reunir los recuerdos de lo ocurrido.

—Él… te cubría las espaldas… —deduce con la voz entrecortada.

—¿A qué se refiere, Jeremy? —pregunto cerrando mis puños, queriendo saber qué es lo que ocurre aquí.

El temor cruza el semblante de mi compañero y yo insisto echándole una mirada fugaz.

—No pasa nada, puedes decírselo, chico. Ya no tienes que ocultar nada a tus queridos amigos. —La risa de Harrison me pone los pelos de punta y el recuerdo del incendio se pasa por mi cabeza trayendo la imagen de un hombre cojeando y, al segundo, veo con más claridad la mirada de Jeremy entre el humo haciendo que abra la boca sorprendida—. Vaya, al parecer ya lo recuerda, detective Fortier.

—Yo… yo… me ordenaron que fuera allí para ver qué había ocurrido porque ella era una traidora y querían que la detuviera, pero un agente me contó que ya habíamos perdido a Milano y pensé… —Jeremy tiembla y está a punto de echarse a llorar—. Pensé que ese tipo era de los nuestros, detective; nunca imaginé que estaría viva y que me… mintieron.

—¡Suficiente! —grita el abogado y rápidamente da dos pasos hacia nosotros sin dejar de apuntarnos con el arma—. Tantos años como soldado y no sabes seguir bien ni una puta orden, lástima que el maldito FBI también se entrometiera —escupe con rabia—. Cuando supe que Milano seguía viva y que ellos querían seguir investigando dentro del departamento ya no pude hacer nada para evitarlo, me habría delatado. Lástima que el concejal Parish llegara al fondo del asunto, nadie podía salvarle.

—Entonces decidió acabar con él y con toda su familia —espeto y chasqueo la lengua sin poder creerme hasta dónde llega el poder de la venganza—. ¿Qué le hizo a usted? ¿Qué ha sacado de todo esto: reconocimiento, poder, dinero?

—Honrar la memoria de mi sobrino, engañado y abandonado a su suerte en Siria, y demostrar que este país está corrupto. ¿No le sirve con que vuestro querido superintendente lo cubriera todo a su favor para darse cuenta de lo que pasa, detective Fortier? Ahora, poneos de rodillas, los dos. —Junto a esas palabras, mueve el arma para que sigamos sus instrucciones y afirmo mirando a Jeremy mientras aprieto los labios.

Levanto las manos, él hace lo mismo y acabamos contra el suelo en cuestión de un segundo. Harrison se lleva la mano libre hacia la frente y se rasca limpiándose también el sudor de la cara, es evidente que no está hecho para esta clase de situaciones y eso me hace creer que, de alguna forma, convenció a Parish para ir con él en el coche y fingir su suicidio. Una jugada inteligente para un crimen que está lejos de ser perfecto. La tensión del cuerpo delata su temor a que algo salga mal, pero eso no le impide seguir apuntando el arma, aunque sí que

dé un brinco al escuchar un disparo cerca de donde estamos.

El error que comete al girar la cabeza un segundo, me permite aprovechar el momento para desenfundar mi arma, y cuando sus ojos vuelven a clavarse en mí y veo su dedo en el gatillo, disparo.

Su cuerpo cae cuando la bala le atraviesa la pierna y empieza a gritar de dolor. Mi radio da un pitido y escucho la voz de Anthony.

—¿Qué ha pasado? —grita por encima de la gente que parece correr despavorida a todas partes.

—Sacadlos a todos de ahí y pedir una ambulancia, tenemos a un hombre caído—. Corto la comunicación sin perder más el tiempo. En mi mente solo está Milano, así que me levanto para comprobar que mi compañero está bien a pesar de que el cuerpo le tiembla—. Espósale, tengo que ir con ella.

—Vale… —susurra sin apenas fuerzas y cuando echo a correr llama mi atención—. No dejes que le pase nada más, por favor.

El sentimiento de culpa cruza su mirada y niego mientras le guiño un ojo. Atravieso la sala a la carrera y cuando llego al otro lado doy con un pasillo vacío. El miedo se apodera de mi cuerpo y me cuesta caminar, pero cuando por fin lo hago, veo un par de siluetas aparecer frente a mí. Milano asiente, no está herida y la calma me hace bajar los brazos cuando también veo a Claudia. Ambas me sonríen y siento cómo el alma me cae a los pies.

—Chris está muerto —anuncia la última, pero lo único que me importa es ver cómo cortan la distancia y llegan hasta mí.

Las dos están bien y esta pesadilla, por fin, ha terminado.

# 31

*«Pese a estar en una oscuridad horripilante, temía sumergirme en la otra, en la definitiva, un abismo de fango.»*
Donna Tartt, *El secreto*

MILANO

Las manos todavía me tiemblan a pesar de que me las agarro y aprieto para intentar que no ocurra. Mientras camino, intento regular mi respiración y pintar la calma en mi cara, aunque no creo poder evitar que ella se dé cuenta de cómo he desconectado. Al salir por la puerta corrí pasillo a través para intentar atrapar a Chris, pero al girar hacia la izquierda lo di por imposible, por lo tanto, cogí mi arma y avancé sin detener mis pasos. El corazón me latía tan rápido que apenas podía tomar aire sin sentir que el mundo iba a venírseme encima. Fueron las sombras en el suelo o tal vez el silencio, no pude deducirlo, pero algo me atrapó de pies y manos, haciéndome hiperventilar.

Caminar y seguir adelante resultó inviable, y volver atrás no era una posibilidad cuando sabía que el sospechoso podía escaparse. Apreté los labios con tanta fuerza que sentí una punzada de dolor por la cara y cada una de las heridas de mi cuerpo, incluyendo unas cicatrices que solo han mostrado calma cuando han sido acariciadas por Katherine.

Lo mejor que se me ocurrió fue llamar a Claudia y pedirle ayuda. Con Anthony y los agentes de seguridad custodiando a Liam, Rosalie, Jesse y al mismo alcalde, ella pudo acudir en mi ayuda mientras yo le daba instrucciones del lugar donde me encontraba sin que nuestro sospechoso se diera cuenta. Estudiar cada trazo del plano del centro de convenciones sirvió para que juntas fuéramos hacia el siguiente pasillo donde nos encontramos con Chris pateando una puerta que no cedía. Él se giró y se vino hacia nosotras apuntándonos con el arma. La temeridad que me faltó se vislumbró en mi compañera, quien apretó el gatillo sin pensárselo dos veces para dispararle directo al corazón.

Recuerdo el golpe de su cuerpo al caer y cómo ella le comprobó

el pulso, pero lo siguiente está borroso, hasta que he visto a Kat venir hacia nosotras. Sus manos van hacia mi cuello y me abraza con tanta fuerza que podría romperme de nuevo, aunque lo que de verdad consigue es recomponerme.

—Deberías de seguir tus propias órdenes —me regaña y después se separa—. ¿Estáis bien?

—De maravilla, Anthony está con los de seguridad. Los tenemos a todos —dice Claudia con el orgullo apareciendo en su mirada—. ¿Dónde está Jere…? ¡Joder! —exclama y abre la boca sin poder concebir lo que parece ver.

Al girarme junto a ella, veo cómo nuestro compañero camina con Harrison esposado y cojeando. El muslo le sangra, pero mi atención se va enseguida a Katherine, quien coge la radio para contactar con nuestro compañero.

—Situación —pide, mientras Jeremy pasa por nuestro lado conduciendo al abogado de Parish que acaba echándome una mirada que podría haberme matado.

—Tenemos a dos equipos de la estación sur controlando la salida de la gente. Todo está en orden, nos reunimos en la entrada —aclara Anthony.

—Que la unidad forense venga al segundo piso —ordena Katherine y enseguida corta la comunicación—. Usted se va directo al infierno. —Sus palabras se dirigen a Harrison, quien intenta apartarse cuando es ella la que lo coge.

—Yo me quedo aquí hasta que el resto llegue —dice Jeremy y nadie se lo discute.

Pasa un rato hasta que puedo dar el primer paso para seguir al resto tras la llegada de otro par de agentes que se ocupan del cuerpo de Chris. Con los detenidos en sus respectivos coches ponemos rumbo hacia comisaría en absoluto silencio durante gran parte del camino.

Tengo los dedos entrelazados sobre mis muslos y Katherine está tan concentrada en la carretera que me da miedo molestarla aunque, como siempre, parece adivinar lo que pienso sin necesidad de mucho más.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras me mira de soslayo.

Las palabras se me atascan en la cabeza y se mezclan con cada una de las situaciones que he vivido en los últimos meses y semanas. Los ataques de pánico, las desconexiones con el presente, los

temblores… todo forma un ovillo que, de repente, se convierte en una bomba incendiara que explota al darme cuenta de cómo pueden acabar las cosas si se cometer un error. Pero al mirar a la mujer que tengo a mi lado siento que no voy a tener fuerzas para contárselo, así que niego y adopto esa expresión fingida que ha estado conmigo cada segundo de los pasados días. No sé ni cómo procesar esto, mucho menos poder decírselo.

—Nada, es solo que me ha sorprendido lo de Harrison, no se me pasó por la cabeza que él pudiera haberlo organizado.

—El superintendente estaba al tanto —comenta ella y me quedo pálida en el sitio.

—El FBI sabía que alguien en el departamento no estaba haciendo las cosas bien, pero ¿él? ¿Tendrá que ver con el alcalde? —conjeturo intentando ver las señales.

—Ahora entiendo por qué vino a comisaría para saber cómo iban las cosas, pero supongo que cuando interroguemos al resto sabremos más. —Katherine se encoge de hombros y suspira mientras aprieta el volante, después aprovecha una señal de *stop* para girarse y sonreír mientras lleva la mano a mi cara—. Lo importante es que la cosa ha salido bien y que nosotras también lo estamos.

Afirmo en silencio y vuelvo la mirada a la carretera. El edificio del departamento de policía no tarda en aparecer en el horizonte y me obligo a cerrar los ojos para intentar poner la mente en blanco, antes de tener que vestir una nueva capa que aleje mis inseguridades y me dé las fuerzas suficientes para continuar hasta que el caso se cierre.

La cuestión es, ¿cuánto tiempo podré seguir así?

. . .

—Conspiración para cometer un asesinato, ocultar información, obstrucción a la justicia… va a pasar muchos años en la cárcel, señora Clarkson.

Rosalie se aprieta contra el asiento mientras Katherine camina por la sala de brazos cruzados y con gesto serio. La mujer se muerde el labio inferior y gira el anillo de casada que lleva en su mano izquierda. De repente, la valentía que mostró en nuestro primer encuentro se pierde por completo y veo a una persona vulnerable y tan asustada que no puede fijar la mirada al frente.

—¿Por qué ejecutar a toda la familia? —intervengo. Mientras espero la respuesta, deslizo las manos sobre la mesa y abro una de las carpetas que hemos traído con nosotras para enseñarle algunas imágenes sacadas de las cámaras de seguridad de la casa—. ¿Cree que estas niñas se merecían esto?

La mujer palidece y empieza a hiperventilar apartando rápidamente la mirada tras quitarse de la vista las fotografías con un manotazo. Katherine camina y se pone tras ella antes de apoyarse en la mesa y quedarse cerca de sus oídos.

—Podrían haber sido sus hijas, ¿qué creen que pensarán ellas de usted cuando sepan lo que su querida mamá les ha hecho?

—¡No, basta! —clama llevándose las manos a la cara—. Lo único que queríamos era que el senador dejara su cargo, jamás participé en la muerte del concejal ni la de su familia, me parecía una locura, algo totalmente innecesario.

—Pero no lo evitó —apunta Katherine—. No lo evitó ni tampoco nos dijo la verdad cuando fuimos a verla a su lugar de trabajo. ¿De verdad cree que ahora vamos a creerla? No, qué va. —Como buena que es en su trabajo, se agacha y coge una de las fotografías que Rosalie ha tirado para estamparla contra la mesa y llevar la misma mano hacia la nuca de la mujer—. ¡Mire bien esa imagen!

—Y-Yo no quise que esto terminara así… —balbucea Rosalie.

—¡Que la mire! —Eleva la mirada mientras me encojo de hombros y adopto una postura mejor en la silla. Ver a Katherine así de ácida provoca que busque sus ojos, pero estos no destilan ni un poco de maldad, solo está apretando a nuestra sospechosa para que hable con sinceridad—. Muy bien, señora Clarkson, estas son las consecuencias que han tenido sus actos, puede verlo una y otra vez e intentar pretender que no sea cierto, pero lo es. Estas niñas fueron asesinadas por un hombre al que usted ayudó, y la justicia no va a ver algo distinto; puede seguir engañándose o colaborar para que sepamos cada uno de los pasos que han seguido durante todo este tiempo.

—Les juro que no tuve nada que ver con el plan, cuando Parish lo averiguó intenté que no hicieran nada, fueron Jesse y Harrison los que planearon todo, yo solo seguí órdenes de cerrar la boca y continuar con mi trabajo, nunca quise que mataran a su familia, pero no podía abandonar después de lo ocurrido. Tenía el agua hasta el

cuello, dijeron que los míos también estarían en peligro. Ese… ese Chris era peligroso, ¡ustedes mismas lo han visto, joder! No fingí su ataque en las oficinas. —Rosalie se echa a llorar y se cubre la cara en un intento por controlar el llanto—. Quiero ver a mi abogado, ahora mismo —añade poco después entre sollozos.

Afirmo y sin decir una palabra más, recogemos lo que hay sobre la mesa para dejar a la mujer totalmente a solas.

Katherine pasa hacia la sala contigua y tira la carpeta sobre la mesa en la que aguardan un par de tazas y, sin perder un segundo más, enciende la cafetera. El cansancio se le nota en la cara y no puedo afirmar que yo me vea diferente, aunque me gusta saber que lleva ojeras por culpa de no haber dormido al pasar la noche en vela conmigo.

—Tiene razón, ella no es quien dio la orden —comenta llevándose un mechón tras su oreja. El aroma a café empieza a inundar la sala y me dejo caer en una de las butacas para descansar. Las costillas me están matando—. Aun así, podemos acusarla de complicidad y conspiración en el delito de asesinato de Parish. No se va a librar ante un tribunal.

Apenas he abierto la boca para responder cuando alguien toca a la puerta y veo aparecer a un Jeremy que aprieta los labios como si verme le produjera una especie de temor. Consigo lleva una carpeta y busca la mirada de su superior antes de dar un paso hacia el interior de la sala.

—He encontrado algo. —Nuestro compañero carraspea y abre la carpeta para dejar una serie de fotocopias en las que se ven algunos mensajes que se enviaron desde el teléfono de Jesse a Frank Moore, Chris Martens y David Harrison—. ¿Ha confesado? —añade mirando a Rosalie tras el cristal.

—Ha dicho exactamente lo que estamos viendo aquí —responde Katherine—. Que fueron ellos quienes planearon acabar con la familia del concejal, una forma de evitar que los pusieran en peligro.

Él se queda en silencio, como meditando algo y finalmente se cruza de brazos para afirmar con un gesto de la cabeza.

—Claudia y Anthony llevan un rato interrogándole, ha confesado que el concejal se enteró de sus planes y le amenazó con contar lo que habían hecho si no daban un paso atrás. Lo que Parish

tampoco sabía era que alguien en nuestro departamento cubría las espaldas de Harrison, al parecer son amigos desde hace décadas, han perdido a hijos de colegas en común en diferentes despliegues militares. —Mientras nos lo cuenta, veo a Jeremy compungido y, en parte, también decepcionado—. También han intentado coaccionar al alcalde para que deje el cargo y su empeño por sustituir al senador de Luisiana en las próximas elecciones. Liam es la persona a la que estaban preparando.

Katherine y yo nos miramos con sorpresa, ninguna esperábamos que él fuera el elegido.

—Según los mensajes que se han cruzado, Liam es buen amigo de quien está segundo en lista para el senado de Indianápolis, por eso el ataque a la hija del actual senador. Y adivinad qué… —Jeremy pasa unas cuantas páginas y veo el informe de un militar junto a una fotografía—. He averiguado que su supuesto sustituto perdió a su hijo en una misión de las fuerzas especiales, también en Siria. Según Howard, no tenía idea de todo esto, no para de repetir que le ocultaron sus planes, supongo que tendremos que comprobar si lleva razón.

Cuando me quedo mirando a nuestro agente más novato, veo una determinación por la que lamento cualquier tipo de reproche que haya podido tener en el pasado, así que no dudo en acercarme a él y poner una mano en su hombro.

—Has hecho un gran trabajo, Jeremy. Vas a ser alguien importante aquí —confieso, aunque un segundo después mi semblante se vuelve serio—, pero sigues necesitando a un compañero con el que cubrirte las espaldas y del que aprender en situaciones de riesgo.

—Será la primera petición que ponga sobre la mesa de Clyde —dice Katherine y, a pesar de que está paralizado, no tarda en sonreír.

—Me parece bien, además es aburrido andar por la ciudad solo. No sé cómo pudiste hacerlo durante tanto tiempo —comenta, refiriéndose a Katherine.

—Supongo que no había encontrado a la compañera ideal. —Ella gira la cara y me dedica un guiño.

El café humea en nuestras tazas cuando las sirve y el sorbo que le doy al mío me sabe a gloria. El calor baja por mi cuerpo y me dedico a disfrutar de este momento un rato, hasta que el deber nos

llama de nuevo para acabar con los interrogatorios y presentar los informes ante Clyde. Después, la justicia hará el resto.

. . .

Dennise está en la sala de investigación cuando subimos y también nos recibe con gesto cansado. Al parecer, este caso se ha llevado la energía de todo el equipo y no me puedo sentir más orgullosa de haber vuelto aquí a pesar de las circunstancias.

—Quería entregaros lo último que conseguí sacar del diario de Parish. —Se acerca a nosotros y nos da una hoja en la que vemos un pequeño texto que ella misma no tarda en leer—. «El engaño forma parte del día a día en nuestro trabajo, pero jamás imaginé que sería traicionado por alguien como él. Después de tantos años, de tanto tiempo juntos, ahora ya no sé qué pensar ni en quién confiar. Siento que el círculo se ha abierto para llevarme a un laberinto del que no podré escapar. Necesito ayuda, pero ¿a quién puedo acudir si allí también lo tienen todo controlado?» —Dennise levanta la mirada del papel y lanza un suspiro—. Supongo que con esto último se refería al superintendente, el concejal tenía un buen trato con él.

—Y yo que pensé que el FBI era el único lugar donde los altos cargos jugaban al antojo sus propias cartas. —Me encojo de hombros y cojo el papel para repasar unas palabras que me duelen. Si Parish hubiera podido acudir a mí, seguramente estaría vivo y el pensamiento se me cruza por la cabeza dejándome cierto malestar que no puedo controlar.

—Al menos, hemos resuelto todo esto y tú no has tenido que volver con el idiota de tu compañero. —La broma de Katherine provoca que riamos, y las costillas me duelen al hacerlo pero, al menos, ya me siento en paz—. ¿Vamos a tomar algo para celebrarlo? El equipo se merece un descanso.

—¿Puede ser mañana? Estoy reventado. —Anthony aparece por la puerta y se va directo al sofá que hay en la sala y Claudia sigue sus pasos.

Cuando se quedan abrazados y él besa su frente siento que este trabajo ha jugado bien con el destino de algunos, trayendo a nuestras vidas personas que siempre van a estar ahí para protegernos, un equipo que más que eso son amigos y familia, la luna que a partir de ahora me guiará por las noches y las estrellas que pueden convertirse

en balas para batir a cualquier enemigo.

—Será mañana entonces, iré a hablar con Clyde para que nos acompañe.

Al pasar por mi lado, Katherine roza mi mano y gira la cara para dedicarme un guiño, me quedo mirándola sin remedio alguno y adoro cómo el pelo se le mueve sobre su eterna chaqueta de cuero.

Las piezas que creía perdidas vuelven a su lugar y, por primera vez en muchos días, siento que de verdad estoy a salvo y también en el lugar donde merezco.

# 32

*«Cualquier cosa hecha a escala suficientemente grande es magnífica.»*
Donna Tart*, El secreto*

KATHERINE

27 de abril de 2024, sábado.

La música se mezcla con nuestras risas y el choque de los botellines de cerveza en celebración a otro caso cerrado. Anthony vuelve con una nueva ronda que deja sobre la mesa para tomar asiento al lado de Claudia y rodear su cuello con un brazo, tomándose la libertad de estampar un beso en sus labios.

—¡Eh, no deis envidia a los pobres! —Jeremy se queja y rompemos a reír hasta que el dolor se presenta en mi estómago.

Cuando llevo el botellín a mi boca choco con los ojos de Milano mientras sonríe en un acto puro y sincero, brillante, borrando cualquier ápice de dolor que haya querido conquistar su alma en las últimas horas y cuando se aparta la cerveza de los labios, me dedico a ver cómo se saborea el pintalabios rojo que, en su día, tanto despertó en mí. Aunque el sentimiento no ha cambiado en absoluto y de no ser porque prometí a los chicos que celebraríamos nuestra apreciada libertad, ya la habría encerrado en una habitación.

La puerta del bar se abre para dar paso a Clyde. Este nos saluda y viene corriendo a la mesa mientras se quita la chaqueta.

—Siento llegar tarde, me han entretenido en comisaría. —Anthony le acerca una cerveza y nuestro superior le pega un buen sorbo sin pensármelo dos veces.

—Por nosotros —interrumpe Claudia y levanta su botellín para volver a brindar ahora que estamos todos.

—¡Por nosotros! —gritamos al unísono y chocamos los cristales antes de beber.

La televisión está silenciada, pero desde aquí puedo ver cómo las noticias ya se han hecho eco de un caso en el que el departamento de

policía de Nueva Orleans ha sido felicitado por su capacidad para resolverlo en mitad de una conspiración política donde el FBI también ha colaborado. La imagen de un tal Russell se planta en escena mientras el titular afirma que somos nosotros quienes hemos llevado el peso de esta investigación. No sé qué les diría Milano, pero está claro que ahora tenemos un problema menos del que preocuparnos y, al pensar en ella, siento una calma que hacía días no se instalaba en mi pecho.

Saberla lejos de Jason y la manipulación a la que estaba siendo sometida es un logro que celebro con una sonrisa al volver a mirarla. Mis ojos se pierden un segundo en la puerta que hay en el fondo y estoy segura de que ella me ha leído la mente por la forma en la que se ha mordido el labio inferior.

Pero Clyde se interpone a la idea y carraspea llamando mi atención.

—Kat, quiero comentarte algo. —Su semblante cambia a uno más serio y, cuando tuerce la boca, sé que lo me tiene que decir es importante—. ¿Vienes?

—Por supuesto. —Le dedico un guiño a Milano y me levanto de la silla para coger la chaqueta de cuero sin dejar pasar la oportunidad de besarle en la frente—. Enseguida volvemos.

Los chicos no nos prestan ni la más mínima atención, así que los dos vamos hacia la salida para darnos de lleno con una noche donde el cielo se ve tranquilo, iluminado por algunas estrellas que brillan con fuerza. Hacía mucho tiempo que no me fijaba en algo así.

Clyde se lleva las manos a los bolsillos y agacha un momento la mirada antes de volver a mis ojos, verle tan serio está empezando a preocuparme y me cruzo de brazos para evitar pensar de más. Mis dedos empiezan a tamborilear y él niega esbozando una pequeña sonrisa.

—Intuyes muy bien cuando algo es importante.

—Dispara de una vez, sabes que no me gusta que te andes con rodeos —pido y levanto mis cejas instándole a hablar.

—Con lo que ha pasado va a haber unos cambios en la jerarquía del departamento. El sindicato ha tenido una reunión de urgencia y ya han dejado unas cuantas directrices. —El silencio que guarda durante un par de segundos le sirve para estirar el cuello y echar un vistazo a lo que ocurre en el interior del bar. Su semblante cambia

repentinamente y veo que la tristeza empieza a empañar su mirada—. Me van a ascender, así que ya no voy a dirigir solo a nuestra unidad. Llevo poco tiempo como sargento, pero han dicho que estoy más que preparado. Se hará oficial el miércoles.

—¡Clyde, joder! Eso es genial. —La euforia me inunda y no me lo pienso cuando voy hacia él para darle un fuerte abrazo. Me pega a su cuerpo y deja ir un largo suspiro, como si hubiera tenido miedo a ver mi reacción—. Te lo mereces, eres el mejor agente con el que he trabajado.

—No le digas eso a Milano, o herirás su orgullo —bromea y provoca que me ría.

—Va en serio, te mereces esta oportunidad, estoy muy orgullosa de ti. —Me separo y llevo las manos a sus hombros para apretarlos con firmeza antes de volver a abrazarle—. No me quiero ni imaginar cómo se van a poner las niñas.

—Y Charlotte, está harta de tener un marido que se pierde Navidades o cumpleaños porque tiene que quedarse a dirigir en el campo a un equipo. Ahora podré delegar un poco más y tendré más tiempo para ellas. —Recuerdo la festividad que pasamos en casa de Nick, con Milano como invitada por primera vez y eso me hace pensar en la gran familia que hemos formado a pesar de las circunstancias—. Pero no era solo por eso que quería decírtelo a solas—. Me separo de él un poco y los nervios que empiezan a caminar por mi cuerpo hacen que meta las manos en los bolsillos y busque uno de los caramelos que llevo ahí guardados—. Sé que te vas a negar, pero me gustaría que esta vez sí te pensaras aceptar el puesto de sargento. Te confiaría mi vida, eres una líder que muy pocas veces se encuentra y me encantaría que fueras tú quien llevara a cabo este trabajo.

Abro la boca por inercia y enseguida saco las manos para dejarlas caer a cada lado de mi cuerpo. Lo primero que se me pasa por la cabeza es la promesa que me hice a mí misma de no dejar las calles de Nueva Orleans, Clyde lo tiene tan claro que aprieta los labios y lleva la mano hacia mi mejilla para dejar un par de toques antes de que Jeremy nos interrumpa.

—Los chicos quieren ir a dar una vuelta, ¿os venís?

Nuestro superior se separa de mí y camina hacia la puerta mientras asiente sin perder la sonrisa que ha dibujado antes de que él hablara y se zambulle en el interior del bar mientras gira para

mirarme a los ojos.

—Piénsatelo, ¿vale?

Cuando quiero darme cuenta, Milano aparece con su gabardina puesta y se me queda mirando mientras levanta una ceja, preguntándose a qué venían las palabras de Clyde, pero niego y la cojo de las manos para atraerla hacia mí y besar sus labios durante unos segundos que recargan la felicidad en mi pecho. Al respirar de su mismo aire siento que mi cuerpo se estabiliza y todo se esfuma para dejarnos a nosotras dos, una frente a la otra, dispuestas a entregarnos a esta ciudad el tiempo que quede y más.

—Sé que la noche es larga, pero me gustaría ir a casa —pide y apoya una de mis manos en su mejilla—. El dolor me está matando y creo que me ha venido el bajón por el caso.

Debo reconocer que me sorprende que lo pida, más viniendo de una mujer que parecía inquebrantable, siempre dispuesta a seguir adelante a pesar de que no pudiera más y doy gracias porque eso haya cambiado. Asiento y después nos despedimos de los chicos para poner rumbo a casa de Nick. El camino por Bourbon Street parece diferente a muchas noches atrás y, con cada paso, mi corazón se recompone. Milano está pegada a mí y apoya su cabeza en mi hombro, noto cómo aprieta su mano contra la mía y eso me deja ver que aún siente miedo de perderme, así que cuando nos cruzamos con una banda de jazz callejera, sonrío y me detengo para girarme y poder mirarla a los ojos.

—No vayas a pensar que esto es un sueño —digo y la atraigo hacia mí para volver a besarla.

Ella no responde, sin embargo, se abraza a mi cuerpo para respirar al compás de mi corazón. Y así se mantiene un rato hasta que volvemos a echar a andar, dejando que cada elemento que nos rodea termine por curar durante un buen rato las heridas que aún están abiertas en nuestro interior.

Llegar a casa significa reencontrarnos con ese sentimiento de familia que tanto echaba de menos. Nick y Alexander están viendo la reposición del último partido de los Mets y en cuanto ponemos un pie en el salón, Bethany aparece desde la cocina con varias cervezas en mano y un bol de palomitas que deja sobre la mesa que hay delante del sofá. Los chicos se giran y nos invitan con la mirada a sentarnos y disfrutar de las mejores jugadas de un partido al que Milano presta atención como si estuviera presenciando el mejor evento de su vida.

Las estrategias son lo suyo y no puedo evitar quedarme maravillada con el brillo de sus ojos cada vez que alguien batea la bola o corre para atraparla.

—¿Vais a tener algún día libre? —pregunta Bethany—. Porque estaba pensando que podríamos irnos de acampada o hacer alguna barbacoa, no sé, lo que os apetezca.

Nick se me queda mirando mientras bebo de mi cerveza y al chocar con su mirada algo ensombrecida sé que hacerse a la idea de que tenga que volver a enfrentar un nuevo caso le remueve las tripas. Le conozco tan bien que soy capaz de reconocer el terror que eso le produce y, al cerrar los ojos, hasta yo soy consciente de que los últimos años me han llevado a vivir un montón de situaciones cercanas a la muerte.

Con cuidado, dejo la cerveza sobre la mesa y entrelazo mis dedos apoyando los codos sobre las rodillas para descansar mi barbilla.

—Clyde me ha ofrecido el puesto de sargento —suelto sin rodeos, Alexander es el primero que abre la boca del asombro—. Y voy a aceptarlo. —A nuestro hermano mayor le tiemblan los labios y Milano parece no tener idea de qué decir, así que soy yo la que da ese paso, sincerándome y dejando ver que también me aterra el futuro en este mundo donde no sabes qué va a pasar—. Este trabajo me ha dado muchas cosas buenas, pero también me ha quitado otras que… ya lo sabéis, no sé si en algún momento podremos superar, al menos del todo. Creo que ya es hora de dar un paso al lado, permitirme un poco de paz y dejar de tentar a la suerte. Por vosotros —añado y le sonrío a Nick—, pero también por mí. —Busco la mano de mi chica y la llevo a mis labios mirándola a los ojos poco después—. No quiero perderte otra vez, no quiero permitir que este trabajo me robe lo mejor que me ha pasado en la vida después de haber perdido a mi hija, River. Espero que no te enfades por dejar de ser la detective que conoces.

El toque bromista que doy a esta confesión no evita que sus labios tiemblen al borde del llanto y, de hecho, deja caer las lágrimas en silencio, con su cuerpo sumándose a esa emoción, dejando ir cada uno de los sentimientos que lleva dentro.

Alexander se levanta de su sitio y cae a su lado para abrazarla con fuerza, algo que Nick también imita conmigo. Por primera vez en mucho tiempo siento que estoy haciendo bien las cosas, y veo la

alegría que se refleja en Bethany, una mujer que se ha convertido con el paso del tiempo en una hermana para mí. Ella se levanta y se une a un abrazo que nos hace romper a reír y es el efecto más increíble que he sentido en muchos años. Estar aquí con ellos me da paz, y ahora no puedo pensar en otra cosa que volver a la batalla, aunque sea de una forma totalmente diferente, entregando todo lo que tengo de mí como policía, pero también dejando espacio a mi yo más personal. A ese que pedía a gritos un cambio y también la oportunidad de volver a empezar, a construir una familia que parecía haberse quedado a la mitad, con piezas rotas y otras que está claro que serán insustituibles, pero que también estarán ahí para recordarme que, entre los huecos, la luz aún puede brillar.

# 33

*«Solo puede definirse mediante la anécdota, el encuentro fortuito, la frase suelta.»*
Donna Tartt*, El secreto*

MILANO

1 de mayo de 2024, miércoles.

El carril superior se abre paso y *Poppy* aparece en pantalla por decimoséptima vez en menos de media hora, lo que me hace pensar que —después de tres días— esto no está yendo muy bien. La guardiana del martillo se mueve a manos de Katherine por *La Grieta del Invocador* y las arrugas que se mantienen en su frente al fruncir el ceño me da a entender que la paciencia se le está acabando, así que le robo un beso en la comisura de sus labios y después me pego a su lado. Jugar a *LoL* en el portátil no es que sea lo más práctico para una novata, pero vamos a tardar unos días en encontrar un nuevo sitio en el que quedarnos así que, de momento, esto es lo mejor que podemos hacer.

La estructura del Coliseo en LEGO está a medio hacer sobre el escritorio y después de un largo interrogatorio sobre mi juego favorito, ella decidió que sería buena idea probar a conocer un poco más de este mundo. Algo que no comparto en absoluto, sobre todo porque…

—¡Carga heroica no! —grito cuando veo que usa esa habilidad contra una marabunta de enemigos que están lejos de los muros y enseguida se van a por ella.

Veinte segundos después está muerta otra vez y Katherine da un puñetazo contra el colchón. La vena de su frente se está hinchando y esto no augura nada bueno.

—Joder, esto es imposible —se queja y agarra el portátil con ganas de lanzarlo contra la pared.

—Eh, que esto es caro —recrimino y le robo el ordenador de las manos para volver a dejarlo sobre la cama—. Tienes que pensar estratégicamente, imagínate que tu compañero soy yo y que los chicos

están recorriendo el resto de los carriles y la jungla haciendo su trabajo a la espera de que te unas a ellos, si atacas a todos a la vez no vas a conseguir protegerlos. Las habilidades tienen ciertas características que solo funcionan si las usas cuando corresponde, por ejemplo, «carga heroica» es muy buena en el uno contra uno y si el enemigo tiene un muro atrás, mejor. Combinando ese ataque con el lanzamiento de su broquel te dará más oportunidades de avanzar.

Katherine levanta una ceja y se me queda mirando como si no le hubiera explicado esto veinte veces, lo que me hace suspirar con impaciencia, hasta que recuerdo cuanto quiero a esta mujer y la frustración se me pasa. Ni siquiera sé por qué desea con tanto ahínco aprender a jugar, aunque las últimas horas me han servido para darme cuenta de que intenta recuperar el tiempo perdido. «Solo quiere estar contigo», me digo, y al ver a *Poppy* sobre la pantalla otra vez, le guiño un ojo y le cedo el ordenador.

—«Impacto de martillo» es para la distancia y bloquear a los enemigos, «carga heroica» es para el uno contra uno. Creo que ya lo tengo —susurra para sí misma.

Después, aprieta los labios y pone los dedos sobre el teclado para moverse por el escenario lentamente, observando cada detalle del campo de justicia más usado por millones de jugadores. Su concentración provoca que entrecierre los ojos y el pelo le caiga sobre la cara, dándole una imagen tan relajada que hasta me parece irreal.

—Genial, sigue avanzando, vas bien —digo cuando ataca a unos cuantos enemigos que pierden la vida a su paso.

Los segundos empiezan a alargarse y se convierten en minutos sin apenas darnos cuenta. Sus dedos se mueven sobre el teclado con una habilidad que me deja pasmada, teniendo en cuenta que Katherine ni siquiera se maneja con los programas más sencillos. En silencio, curva la espalda y se tensa cuando visualiza la primera torreta que se le pone por delante.

—Madre mía, madre mía, ¡¿ahora qué hago?! —chilla con los nervios a flor de piel, esta es la escena más divertida que he vivido jamás.

«No te rías, por favor, no te rías», me pido y carraspeo intentando concentrarme en el juego.

—Cuidado con el campo de energía, es muy poderoso. —Levanta las manos del teclado y da un gritito que suena adorable pero que la

desconcentra de la batalla, hiriendo a su campeona—. ¡Venga, puedes conseguirlo! Un poco hacia atrás, aléjate de ahí para evitar que la torreta te dañe, ahora puedes usar ataques a distancia.

—Vale… voy a joderos, cabrones. —Al escucharla arrugo la frente y tengo que morderme el labio inferior para evitar que me den ganas de volver a reír. Sus ojos miran a todas partes y, de repente, su habilidad para atacar parece *in crescendo* tanto que ella con *Poppy* y el campeón que le acompaña acaban con la torreta poco después—. ¡La he destruido! —grita y levanta los brazos como si acabara de ganar el campeonato.

Aunque su alegría dura poco porque cuando llega a la del interior, sus enemigos la machacan. Totalmente exhausta se tira sobre la cama y estira los brazos y piernas girando la cara para intentar darme pena con cara de súplica.

—Sabes que es delito abandonar una partida, ¿verdad? —aclaro, pero por la forma en la que me mira, parece que le da igual.

—Me apetece hacer otra cosa antes de tener que ir a comisaría. —Sus dedos se aferran a mi camiseta y me echa a su lado para ponerse sobre mí, dándole una patada al portátil. Cierro los ojos con fuerza, esperando escuchar cómo se estrella contra el suelo, pero al parecer no ha pasado nada y Katherine rompe a reír mientras niega—. Si te vieras la cara ahora mismo… —susurra sobre mis labios y me besa sin pensárselo dos veces haciéndome suspirar—. No me puedo creer que te importe más *LoC* y tu ordenador que yo.

—Se dice *LoL* —corrijo, aunque por cómo levanta las cejas creo que hasta lo ha hecho a propósito—. Y para tu información, no hay nada que me importe más que tú, pero eres un completo desastre jugando. ¿Por qué insistes tanto?

—Porque quiero sentir lo que tú cada vez que estás frente a esa pantalla, no sé si alguna vez te has fijado, pero jamás te había visto tan en calma. Es algo parecido a cuando construyes tus LEGO, pero no igual.

—Eso es porque te tenía a ti cerca, cuando entraste a la habitación del hotel lo primero que pensé fue que quería que me vieras jugar siempre.

—Vaya, menuda confesión. —Se mueve por encima de mi cuerpo y lleva sus manos a mis muñecas para agarrarlas con fuerza mientras besa mi cuello y clava sus labios contra mi clavícula—. Me

encanta saberlo…

Las costillas ya no me duelen tanto, pero aun así, siseo de vez en cuando, lo que hace que ella se levante y se ponga de rodillas. El disgusto se dibuja en mi expresión, pero la veo negar antes de bajarse de la cama y buscar mi mano para que la acompañe. Lo bueno de que la casa esté vacía —a pesar de que es temprano— es que podemos hacer lo que queramos durante un buen rato. Katherine me conduce entre besos por el pasillo y cuando llegamos al cuarto de baño abre la manilla de la ducha y deja que el agua se ponga caliente mientras sus manos se mueven por todo mi cuerpo quitándome la ropa. El vaho se mueve por las paredes con la misma calma que sus manos sobre mi piel. Noto el roce de sus dedos en mis cicatrices y otra vez suelto un suspiro, tan maravillada de cómo siento esa acción que no quiero que deje de hacerlo nunca.

En cuanto estamos bajo el agua la beso y me fundo con su boca provocando que mi cuerpo tiemble de excitación mientras sus manos recorren cada una de mis curvas. Se pega tanto a mi cuerpo que el agua no tiene espacio por el que deslizarse y se mueve con elegancia por encima de ambas. Un gemido se escapa de mis labios cuando Katherine se abre paso al interior de mi sexo con sus dedos y su beso me lleva a moverme hasta quedarme contra la pared de la ducha.

La presión que hace sobre mí me vuelve tan loca que enseguida me noto mojada, deseando que el tiempo se detenga y nos dé una eternidad que disfrutar para ella y para mí.

—No pares… —le pido con los labios pegados a su oído, y no lo hace, ni siquiera cuando unimos nuestras manos libres y entrelazamos los dedos dejándonos llevar por la pasión.

Sus gemidos son mi nueva canción favorita y el color que adquieren sus ojos al llegar al orgasmo es digno de volver a descubrir una y otra vez. Como las cicatrices que también forman parte de su cuerpo, de batallas pasadas y algunas en las que yo he estado presente, pero todas con la misma importancia, devolviéndonos al momento del aquí y del ahora. La beso de nuevo y me pongo a su espalda para enjabonarla y recorrerla con mis labios una vez que el agua se ha llevado todo.

Disfruto de cada segundo y de cada suspiro que se escapa de sus labios como si el mañana no fuera a existir; cuando esta vez tenemos un maravilloso futuro por delante, sobre todo porque hay algo que

tengo en mente, una confesión que me guardo para luego. Y es que ahora solo existe el baile de nuestros cuerpos y la pasión que despertamos en la otra, haciendo del tiempo nuestro súbdito, y su corazón otra vez me pertenece.

. . .

A diferencia de otros días, hemos decidido ir a comisaría dando un paseo. Las dos llevamos un café entre manos y lo bebemos tranquilamente mientras disfrutamos del movimiento que hay en las calles de Nueva Orleans. El pelo de Katherine aún está mojado y se mezcla de maravilla con el delineador negro de sus ojos, pero lo más bonito es ver lo relajada que está y cómo una sonrisa tonta cruza su mirada. Quiero decirle algo, pero la veo paralizarse de golpe y cuando llevo la mirada hacia donde tiene puesta la suya, también me quedo clavada en el sitio.

Nunca pude conocerla en persona, pero reconozco a Hailey por las fotografías que había en la que fue su casa familiar y, de repente, se me forma un nudo en el estómago. Sobre todo, porque su exmujer la saluda con alegría y rompe el agarre de mi mano para darle un fuerte abrazo.

«No sabía que se llevaran tan bien…», me comento con inseguridad. Al verlas cómo se abrazan, los celos me hacen apretar los labios, pero en cuanto Katherine se gira para mostrarme su mano y sonríe me siento realmente estúpida.

—Hailey, te presento a River —dice y necesito tragar saliva para poder decir algo que no suene estúpido.

—Encantada —murmuro y la garganta se me seca, los nervios se apoderan de mí y Hailey parece notarlo por la manera en la que me mira.

—Así que tú eres la mujer que le ha devuelto la sonrisa a Kat, por fin tengo la suerte de conocerte. —Por un segundo he pensado que iba a abofetearme por el daño que le hice a su exmujer. A cambio, estrecha mi mano con fuerza y me abraza susurrándome algo al oído —. No la dejes escapar, se la ve muy feliz —dice y el alma se me cae a los pies justo cuando se separa de mí—. Bethany me ha dicho que estáis preparando una escapada a las montañas que no me puedo perder, ¿te importa si Lea se nos une?

Katherine niega y aunque me siento extraña enseguida me doy cuenta de que entre ellas ya no parece quedar nada de las cosas malas que ocurrieron en el pasado. Quizá se le pueda sacar algo de bonito a la vida con esto, no puedo pensar lo contrario.

—Podríamos considerarlo una despedida de soltera —comenta Katherine y luego me mira—. Se casa en un par de meses, estamos invitadas, por cierto.

Abro la boca y veo a Hailey dedicarme una sonrisa que logra que los nervios y el malestar que se había formado en mi estómago desaparezca.

—Allí estaré —digo, y me alegra poder asegurar algo que hace unos días creí imposible.

Las dos se despiden con un abrazo y Katherine vuelve a entrelazar sus dedos con los míos llevando la mano a sus labios para dejar un beso sobre mi piel. Recorriendo las últimas calles que nos separan de la comisaría me cuenta cómo Hailey estuvo con ella después de lo que ocurrió y que por fin lograron superar esas rencillas que quedaron por resolver. Ahora, ella vuelve a formar parte de su vida y la de sus hermanos como lo hizo en el pasado, y me alegro tanto que no puedo evitar pensar en lo increíble que son por haberme dado también una segunda oportunidad.

El edificio del departamento de policía se presenta ante nosotras y dejo ir un largo suspiro antes de tirar del brazo de Katherine para que espere un momento.

—¿Qué ocurre? —pregunta y nota que me pasa algo—. ¿Estás bien?

—Quería decírtelo antes de presentarlo formalmente ante Clyde y los jefes. —Noto que me cuesta un poco encontrar las palabras correctas, sobre todo por el miedo que me da que ella me vea como una cobarde o algo así. Al menos, hasta que la preocupación se refleja en su mirada y eso me hace capaz de hablar—. Siento que no voy a poder hacerlo… no voy a poder ser la agente de antes. Cada vez que tengo que afrontar algo como el incendio, una persecución o un simple enfrentamiento me paralizo tanto que hasta los huesos me duelen. —La emoción empieza a recorrerme y las lágrimas luchan por salir, pero consigo mantenerlas a raya—. Tú vas a ser sargento y creo que necesito apartarme de las calles, me gustaría seguir siendo

perfiladora, pero también quiero dedicarme a formar agentes como Alexander, darles los recursos que necesitan para afrontar este horrible mundo. Dejar de estar frente a un constante peligro, no… no quiero pasar otra vez por esto. Cada vez que cierro los ojos las imágenes de lo que pasó se me vienen a la cabeza y, Kat… no… quiero morir.

Me abraza y pega su cuerpo con el mío justo cuando las lágrimas empiezan a fluir y ya no puedo controlar el temblor de mis músculos. Me siento tan débil que, de no ser por ella, seguro que me habría caído. Desde el momento en que desperté en la cama de hospital y me informaron de que tenía que ser una completa desconocida, sentí que mi mundo se venía abajo. Pero una vez más, Katherine, su familia, nuestros compañeros y Nueva Orleans consiguen que las piezas perdidas de mi alma vuelvan a su lugar y eso me reconforta. Tanto que no me importa estar llorando abrazada a la mujer que amo.

Katherine se separa y me mira a los ojos mientras limpia cada una de mis lágrimas. Después me besa y deja las manos apoyadas en mi cuello, acariciándome, dedicándome esa increíble sonrisa que no quiero que pierda nunca. No si yo puedo remediarlo.

—Presentaremos esa solicitud juntas. Los novatos no podrían tener a una mejor mentora que tú. —Sus palabras fluyen con orgullo y felicidad. Coge mi mano y se gira para encarar la comisaría con cierta ilusión en su mirada, como si este día fuera una nueva oportunidad para las dos. Y, de hecho, lo es—. Vamos, pueden cambiar algunas cosas, pero como lleguemos tarde al anuncio de su ascenso, Clyde se va a poner hecho una furia.

Rompemos a reír y niego apretando con fuerza su mano. Estoy a punto de entrar en ese edificio para volverme oficialmente parte de una increíble familia de agentes y, mientras voy al lado de Katherine no puedo parar de pensar que por fin he cumplido mi sueño y otro que jamás pensé que estaría hecho para mí. El primer paso me cuesta, pero los siguientes se sienten tan bien que creo que ya no voy a poder dejar de sonreír.

Porque aquí, ahora tengo un hogar.

# EPÍLOGO

*«Las escenas con que yo soñaba secretamente en mi cama siempre empezaban así.»*
Donna Tartt*, El secreto*

## VARIAS SEMANAS DESPUÉS

KATHERINE

El primer café del día humea sobre mi escritorio y ya tengo varios documentos preparados para llevarle a Clyde en cuanto eche un par de firmas. A pesar de que ya siento este lugar casi como mío, todavía me falta acostumbrarme a la rutina de no salir corriendo cada vez que hay un aviso para recorrer las calles de Nueva Orleans, aunque extrañamente, no lo echo tanto de menos como creía. Estos días me han servido para darme cuenta de que tal vez sí que estaba hecha para este trabajo, para ser una líder con más notoriedad, para hacer de esta unidad una familia que se protege y lucha contra todo. Y la realidad es que estoy disfrutando del proceso, como también de la idea de volver a vivir en Bourbon Street, no en la que fue mi casa, pero sí en otra donde empezar a construir algo increíble con Milano.

El teléfono vibra y veo un mensaje de mi hermano que me hace sonreír nada más verlo, estas son las pequeñas cosas de las que ahora más disfruto y, joder, siento que lo he merecido durante toda la vida.

Nick: Se ha ido hace media hora, está hecho un manojo de nervios, así que no te pases con él.

Katherine: No puedo prometerte nada.

Nada más pulsar «enviar» alguien llama y veo a Claudia asomándose por la puerta con gesto de preocupación. Mi cuerpo está tan acostumbrado a mantenerse en alerta que enseguida me pongo de pie y avanzo rodeando el escritorio.

—¿Qué ocurre? —pregunto y ella señala hacia la televisión que hay en la sala.

—Esto no te va a gustar. —Quiero preguntar a qué se refiere pero, en cuanto giro la cabeza, leo el titular que aparece en pantalla

—. «Rosalie Clarkson sale en libertad y sin cargos. Su abogado demuestra que no actuó de forma premeditada con relación a la muerte del concejal Parish y que fue coaccionada por el resto de los sospechosos.»

—¿No te parece increíble? —Claudia se cruza de brazos y bufa —. ¿Quién se va a creer esto?

—Al parecer alguien lo ha hecho. —Llevo la mirada al techo y después cojo el mando para apagar el televisor justo cuando sale en pantalla su abogado, no tengo ganas de que esto me joda el día—. En cuanto tenga un rato llamaré a Clyde para ver qué hacer, quizá podamos recurrir, pero seguramente no consigamos nada.

—Nuestro sistema está podrido, menos mal que aún quedan personas decentes que se esfuerzan por cambiar las cosas. —Se encoge de hombros y se lleva las manos a los bolsillos—. ¿Qué tal te llevas con tu nuevo cargo? ¿Todavía no te acostumbras?

—Me va a costar un poco, pero seguro que me hago con ello, además… no quiere decir que no vaya a trabajar con vosotros de la manera que lo solíamos hacer.

El teléfono del despacho suena sin que pueda añadir nada y, como si alguien me hubiera leído la mente, me informan de que ha aparecido un cuerpo sin vida en la terminal del *ferry*. Uno de los agentes que se encarga de recoger las llamadas me entrega los datos que anoto en mi libreta y en cuanto cuelgo le pido a Claudia que venga conmigo a la sala de investigación. Una vez allí llevo las manos a mi cintura y miro a cada uno de los miembros del equipo con el que he estado trabajando durante los últimos meses y.

Anthony parece estar fresco después de unas merecidas vacaciones y Jeremy también está dispuesto a cumplir con su trabajo.

—¿Qué tenemos? —pregunta y que no haya perdido la iniciativa hace que dibuje una pequeña sonrisa.

—Como ya sabéis, en la reunión del sindicato posterior al nombramiento de Clyde, a los superiores se nos ha pedido que estemos más cerca de los agentes, que hagamos hincapié en cumplir con las necesidades del ciudadano al que tenemos que proteger, pero también que seamos buenos líderes —comento viendo cómo adoptan una postura tranquila y mi mirada va hacia Claudia y Anthony—. Como detectives tenéis una gran responsabilidad y no quiero que todo recaiga al completo en vosotros, ahora seremos más que nunca un

equipo. Los dos estáis preparados para dirigir al resto de agentes de la unidad, necesitáis un nuevo compañero en el que apoyaros así que os doy la libertad de escoger. Y a su vez, yo lo haré con vosotros. Cuando sea necesario dejaré este despacho para ir con vosotros y cuando no, prometo dirigir cualquier investigación desde aquí sin dejar nada de lado.

—Me parece una gran idea —comenta Anthony apoyando la mano en la pared y me mira expectante por ver qué tengo que informar.

—Han encontrado el cuerpo sin vida de un hombre en la terminal sur del *ferry*, quiero que vayáis allí y acordonéis la zona, a cualquier periodista que llegue lo echáis a patadas, ¿está claro? No podemos cometer los errores del pasado. Interrogad a los trabajadores y posibles testigos y que la científica no se deje nada, quiero que Dennise vaya con vosotros. Mantened en todo momento el contacto conmigo, ¿estamos?

Las órdenes fluyen rápido a través de mis labios con ciertos nervios, pero también con la sensación de haber estado haciendo esto durante mucho tiempo. Los chicos cogen sus respectivas chaquetas y son seguidos por mí. Anthony echa un vistazo a su alrededor y se para en mitad de la sala principal, donde varios agentes hacen su trabajo sin detener el ritmo que Nueva Orleans merece.

Con las manos en mi cintura observo a toda la unidad de homicidios y me alegra tener a cada una de estas personas a mi cargo. Ahora entiendo perfectamente a Clyde cuando decía que ser sargento te daba otra perspectiva de las cosas, y mientras lo pienso mi mirada choca con la de un hombre que estoy segura llegará a ser un gran agente.

—¡Eh, novato! —Un silbido cruza el escenario y llama la atención de Alexander, quien se petrifica en el sitio. Su semblante se tensa y no puedo evitar querer reír, pero en realidad lo que hago es disfrutar del orgullo que se despierta en mi pecho al verle llegar tan lejos y saber que lo va a hacer aún más—. Te vienes con nosotros —le dice Anthony—, a partir de ahora trabajas con el agente Martin. No quiero cagadas, ¿está claro?

—Cla-Clarísimo. —Mi hermano aprieta los labios y busca a Jeremy para estrechar su mano antes de irse con él, aunque en sus ojos veo que le gustaría abrazarlo y saltar con él de la emoción.

Anthony se gira antes de perderse por el pasillo y me dedica un guiño. Saber que mi hermano estará al cuidado de las personas en las que más confío me deja en paz, así que voy hacia el despacho y cojo la radio para guardarla en la cintura de mi pantalón y llevar la taza conmigo a lo largo del pasillo.

Muchos agentes me saludan y me dedican una sonrisa, mostrando un respeto que espero hacerles sentir de verdad con el paso de los días.

Al cruzar el pasillo y subirme al ascensor siento un pequeño vacío al no tener a Milano conmigo, pero en cuanto el número 8 se dibuja en el panel y la puerta se abre siento que ya estoy con ella. Hacía años que no venía a esta parte del edificio, donde el departamento sigue formando a nuevos agentes y aquellos que se exigen lo mejor de sí mismos. Una de las salas de formación está repleta de gente y nuestra perfiladora criminal se encuentra al frente de una veintena de agentes que toman anotaciones mientras las imágenes cambian en el proyector durante su explicación.

Bebo un sorbo de café y su mirada choca conmigo dando la razón a esa conexión que siempre ha existido entre nosotras. La saludo con la mano y le dedico un guiño viendo cómo se sube las gafas por el puente de su nariz. Las heridas provocadas por su ya exmarido han desaparecido casi por completo y verla moverse con sus tacones me provoca un escalofrío de placer que recorre todo mi cuerpo, dándome ganas de tenerla cerca de mí para besarla sin pensar en el trabajo.

Con cuidado, abro la puerta y me quedo de pie en el fondo de la sala, apoyando mi espalda contra la pared.

—El perfil psicológico bien realizado de un asesino en serie determinará que podáis o no dar con él —recuerda Milano moviéndose como pez en el agua por este escenario. Me encanta verla en modo perfiladora, con su camisa y el pantalón de un traje que en cuanto lleguemos a casa dentro de unas horas, no le va a durar mucho tiempo puesto—. Recordad que existen muchos tipos de asesinos y asesinatos en función del móvil del crimen, la forma de realizarlo y el número de víctimas o incluso el tipo de relación que hay entre estas y su verdugo. Esta semana vamos a analizar uno de los casos más llamativos de la última década. A él le conocían como *Pincel* Ictero, por su forma de crear arte con las mujeres a las que mataba, pero hoy no hablaremos del asesino, sino de la persona que se escondía en su interior. Algo determinante para resolver este caso.

Remy aparece en pantalla y mis ojos se conectan con los suyos sin remedio, los labios me tiemblan un poco, pero oculto lo que siento tras la taza y el café que circula por mi cuerpo intenta llevarse el dolor y la tristeza que todavía me produce lo que pasó. A veces le echo de menos, y otras llega ese sentimiento de rabia que solo una persona puede calmar.

Esa mujer se llama River Angelica Milano y mientras habla, se toma la libertad de sonreírme en algunos pequeños instantes que para las dos tienen otro significado, y entonces, el dolor se vuelve a esfumar y mi pecho vibra con un sentimiento de amor y seguridad que ahora me llenan por completo. Mi mirada vuelve a encontrarse con la de ese hombre que una vez fue mi mejor amigo, un traidor al que le tengo que dar las gracias, porque de no haber sido por sus crímenes tal vez nunca habría conocido a Milano, ni tampoco me habría convertido en sargento o aceptado que no puedo permitir poner al resto de la gente por encima de mi propia familia.

Y entonces, comprendo que los huracanes pueden arrasar con todo, pero también te dan la capacidad de levantarte, volver a caminar y hacerte valiente, hasta que te rehaces como persona y tienes el poder de poner en orden las cosas. Vas a trabajar, entregas tu alma y, mientras tanto, también encuentras la forma de amarte a ti y a otra persona con la que enfrentar un caos que, en ocasiones, te lo quita todo, pero que también te puede dar una nueva y maravillosa oportunidad. Para nosotras se presenta de esta forma: yo sonriendo mientras ella hace su trabajo, a la espera de que vayamos juntas a ver cómo las cenizas del que fue mi hogar cambian por una nueva casa, construida con el corazón de Milano puesto sobre unos planos. Y también, con nuestros compañeros continuando con el legado de esta unidad mientras Nueva Orleans oscurece acogiendo a toda nuestra familia. Creados con valor, renacidos del fuego.

# AGRADECIMIENTOS

Esta novela está dedicada a cada uno de los lectores y personas que han apoyado mi trabajo y siguen dándome alas para continuar. Gracias a los que habéis seguido con ilusión y emoción la historia de Katherine Fortier y River Milano, jamás tendré palabras suficientes para definir qué han significado estos dos personajes para mí. Espero que hayáis disfrutado de la trilogía tanto como yo escribiéndola, y que cada alma que ha quedado escrita aquí, os haya llegado al corazón.

A mi mujer, por ser mi ancla en todo momento, y a esas amigas que se han convertido en familia.

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de* ***Amazon*** *o* ***Goodreads****. Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.*

# SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Soñadora y devoradora de series, empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias. Puedes leer todas sus obras publicadas en Amazon.

*Verde entre las flores.*
*Flores en nuestro camino.*
*Los puentes que nos unen.*

*Quiero ser tu canción.*
*La cosmonauta: Ciudad perdida.*
*La Caída.*

*Novelas anteriores a* ***El final del engaño:***
*La obra de Ictero.*
*Las voces perdidas.*

# ÍNDICE